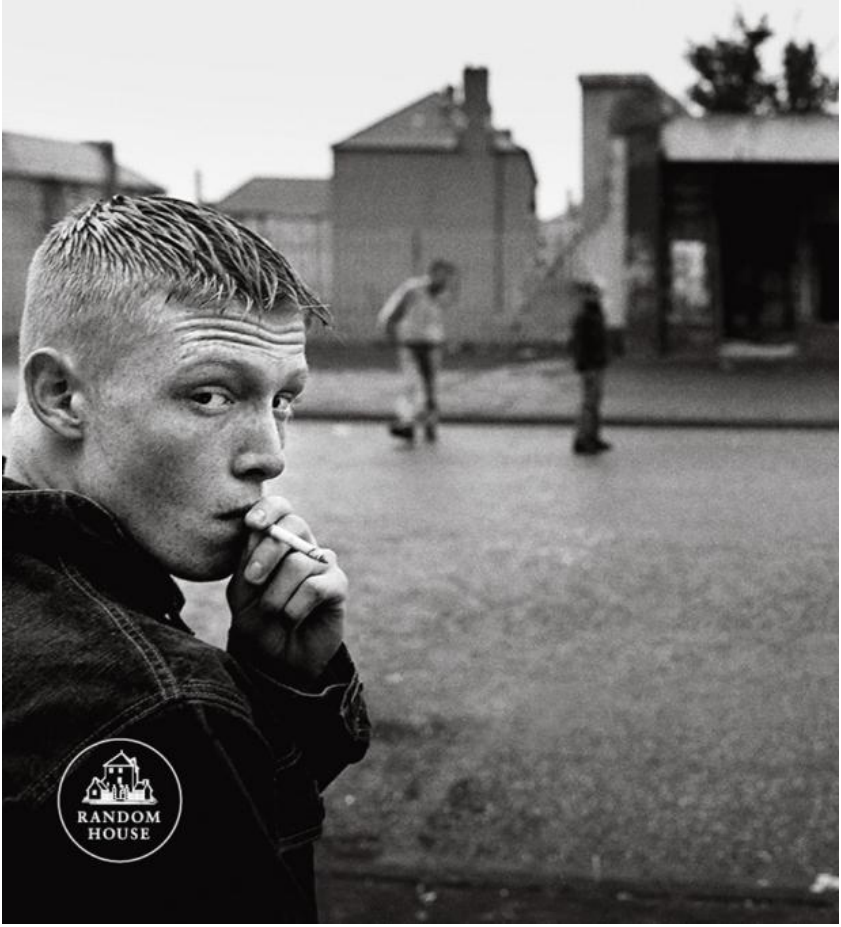
MICHAEL MAGEE

Otra vez en casa



RANDOM HOUSE

MICHAEL MAGEE

Otra vez en casa

Traducción de Gabriela Ellena Castellotti

RANDOM HOUSE

Para mi madre y mis hermanos

PRIMERA PARTE

A ti, Yahvé, me acojo, no sea para siempre confundido.

Salmos 71, 1

1

No fue por nada. Me giré para tomar impulso y le golpeé y él se desplomó. Una chica se adelantó corriendo y me empujó: ¿Por qué has hecho eso? El tío estaba ahí tirado y yo estaba de pie sobre él y había gente a mi alrededor haciendo ruido. Cuando ya me había alejado del jaleo, llegaron dos Land Rover. Un poli de aspecto hastiado con entradas vino hacia mí.

¿Eso es sangre?, dijo señalando una mancha en mi camiseta que podría haber sido cualquier cosa. Apuntó mi nombre y mi número y me dijo que me llamaría.

Levanté las manos y le dije que no había problema.

El chico vino a por mí, dije. No sabía qué hacer.

Al final de la calle, pusieron al chico en una camilla, y subieron la camilla a una ambulancia.

Me parece que lo mejor sería que te fueras a casa, dijo el poli.

Decidí que era un poli bueno, un poli que quería ayudar. Estaremos en contacto, dijo él y yo le di las gracias.

Muchas gracias, dije.

De vuelta en el piso, Ryan tenía el teléfono pegado a la cara e iba de un lado a otro en el salón, en busca de una fiesta. Pero eran las cinco de la mañana y los pájaros ya estaban cantando. Cerró las cortinas como si sirviera de algo y estuvo a punto de arrancar la ventana. La claridad. Cogí la manta color púrpura que mi madre nos había regalado cuando nos mudamos y me la puse en la cabeza. Apoyé la cabeza en la almohada y miré entre los huecos de las botellas vacías. Ryan rebuscó en la nevera, en

el armario de al lado de la nevera. Cogió una lata de la encimera y la agitó.

Me rindo, dije.

¿Te rindes? No has hecho una mierda.

Me voy a la cama.

No jodas, Sean. No me dejes aquí solo.

No te dejo en ninguna parte, estoy en la habitación de al lado.

Tírate en mi cama, va. Veremos una película.

Tenemos que dejar de hacer esto.

¿Hacer qué? Vamos.

La ventana de encima de la cama estaba abierta y la brisa venía fría. Me quedé en calzoncillos y me metí debajo de las mantas, pero del lado de fuera para largarme a mi cama en cuanto Ryan se durmiera. La pared estaba negra de moho, así que la habitación olía a humedad. Había ropa por todas partes, envases de comida para llevar. Tazas y vasos y latas vacías. Ryan fumaba demasiada maría, era eso. Le volvía perezoso. Hacía que no le importara nada. Le dije, Fumas demasiada mierda de esa, y le quité el porro. No le importó. Estaba quedándose dulcemente sobado y tenía puesta su película favorita: *Cadena perpetua*. Me hacía verla cada vez que acabábamos así. Le daba esperanza.

Mira esto, dijo.

Era una escena que le encantaba, la escena en que Andy Dufresne llega al centro penitenciario y todos los reclusos se vuelven locos, le gritan. Lo llaman a él y al resto de los recién llegados «pescado fresco».

«Reconozco que Andy no me despertó interés la primera vez que lo vi…».

Era la frase preferida de Ryan, pensaba que era brillante. Yo también. Nunca juzgues un libro por su cubierta, eso es lo que significa. Nunca juzgues a nadie, porque nunca se sabe.

A la mañana siguiente, o más tarde esa mañana, según se mire, había alguien en la puerta. Me di media vuelta e intenté volver a dormir, pero Ryan estaba despierto, me estaba sacudiendo, y dijo, Esto no pinta bien. Me senté en el borde de la cama, era mejor hacer esas cosas por etapas, y miré a Ryan inclinarse y pegar la oreja a la puerta.

Suena a que son unos cuantos, dijo.

¿Hombres?

Sí. Hombres.

Miré por la ventana y vi un coche aparcado en la puerta del edificio. La puerta del conductor estaba abierta. Oí una radio. No de las que ponen música, la otra.

No es la poli, dijo Ryan.

¿Cómo lo sabes?

Porque habrían gritado. Siempre gritan.

Dejaron de llamar a la puerta. Las pisadas resonaron por el recibidor y desaparecieron.

El salón era una tragedia. Había colillas por todas partes, bebida derramada. Algún cerdo había estado tirando la ceniza en tapones de botellas y los tapones se habían caído al suelo. Barrí, fregué y tiré las botellas vacías, luego me senté un minuto y miré por la ventana. Teníamos una buena vista, el piso estaba en la cuarta planta así que veíamos el estadio Casement Park por encima de los tejados. Y la montaña, no puedes dejar de ver la montaña. Está en todas partes, en cada calle y carretera de West Belfast, no puedes escapar de ella. Quien sea que está escribiendo esos mensajes allí arriba también sabe que no podría haber escogido un sitio mejor. Hoy había una tricolor de Irlanda enorme, y debajo habían escrito las palabras:

DEROGAD EL ENCARCELAMIENTO SIN JUICIO

¿Quién crees que era?, dijo Ryan.

No sé. ¿Disidentes?

¿Y por qué iban a venir aquí los disidentes?

Creía que te referías a la montaña.

Ryan miró por la ventana. Esos no son disidentes, idiota.

Entonces ¿quiénes son?

Quién coño sabe. Podría ser cualquiera, dijo, luego dio una palmada.

Son los Illuminati. Los Illuminati se han infiltrado en el IRA.

Abrió la nevera y miró los estantes vacíos. El acné de su espalda estaba empeorando. Las espinillas se le habían puesto moradas y burbujeaban bajo la piel. Eso es lo que hacen seis meses de gimnasio y los esteroides que me obligaba a inyectarle en la nalga día sí, día no. Se le veía en la cara, la hinchazón. La rojez de la marihuana en el cuello y los hombros.

Necesitamos comida, dijo.

¿Tienes efectivo?

Qué cojones. Quemé todo anoche.

Puse en el fuego el hervidor y me lo llevé al baño, llené el lavabo con agua caliente y luego añadí agua fría hasta arriba. El hervidor estaba roto. No había calefacción, no había agua caliente y no podíamos llamar al casero y pedirle que lo arreglara; se había declarado en bancarrota y había huido a España, dejando un montón de propiedades que iban a embargar. Por eso no habíamos respondido cuando llamaron a la puerta esa mañana, podría haber sido alguien que quisiera desalojarnos.

Comencé por el pelo, dándole una buena enjabonada. Usé una taza para enjuagar la espuma y luego me salpiqué las pelotas y el torso. Después me senté en el borde de la bañera y me miré la mano. Los nudillos no estaban hinchados y todos los dedos estaban intactos. Cerré la mano en un puño y lo observé, luego el brazo hasta el hombro, donde las delgadas líneas de mi tatuaje tribal eran tan negras que parecían azules.

Tengo dejar esto, pensé.

No sabía qué era esto.

La manera más rápida de llegar al trabajo era en tren. Había una estación al final de la carretera. Me senté en un banco en medio del andén y conté cuánto efectivo tenía: nueve libras que me tenían que llegar hasta la semana siguiente, y solo era sábado. El tren se detuvo. Subí, pero en lugar de sentarme me metí en el baño para evitar al revisor y luego escogí la tarifa más barata cuando llegué a los tornos de Central Station. El Divino estaba al otro lado de la carretera. Era uno de esos sitios en los que antes costaba entrar. Ahora eran todo estudiantes. Así es como sabes que una discoteca va cuesta abajo. Comienza haciendo promociones cinco noches a la semana. La clientela más exclusiva se traslada a otra parte, la discoteca empieza a perder dinero, y en unos cuantos meses, baja las persianas para siempre. Nos quedaremos sin trabajo. Lo sabíamos, pero seguíamos trabajando allí de todas maneras; tampoco nos cogerían en ningún otro sitio.

Había una entrega esperándome en el callejón a la vuelta del edificio: cinco palés. Cogí el cúter Stanley que habían dejado en el alféizar y me puse a cortar el embalaje de plástico y a llevar las cajas una a una al almacén con la carretilla. Luego subí a la discoteca, escribí todo lo que necesitaba en mi cuaderno, volví al almacén y cargué el alcohol y los

refrescos en el montacargas. Vaciarlo me llevó tres viajes y reponer la barra media hora que alargué a cuarenta y cinco minutos. Había colocado las botellas con cuidado, con las etiquetas hacia delante, cuando un grupo de tíos que eran relaciones públicas aparecieron desde detrás del escenario. Llevaban chalecos negros con el logo de la discoteca bordado en la espalda y se creían la hostia paseándose por el local con sus chinos beis y sus camisetas Ralph Lauren. Uno de ellos apretó el botón de la máquina de humo y el humo se expandió por la pista de baile. El gerente estaba con ellos. Se llamaba Dee. Era joven, solo unos cuantos años mayor que yo, y se decía que su papi, un promotor inmobiliario millonario de Holywood, County Down, le había regalado la discoteca por su cumpleaños. No había llevado un bar en su vida. No tenía ni idea de nada, pero se comportaba como si fuera su espectáculo, él daba las órdenes, a pesar de que quienes hacíamos funcionar la discoteca éramos nosotros. Se acodó en la barra y me observó mientras llenaba el fregadero con agua caliente y limpiaba los dosificadores de las botellas.

¿Qué te parece?, me dijo señalando al suelo con la cabeza.

Me asomé sobre la barra para ver a qué se refería: había un carlino negro minúsculo sentado a sus pies.

¿No es lo más?

Sí, espectacular.

Le hizo una foto con su teléfono, me enseñó la foto, y luego me miró como si yo tuviera que estar haciendo algo. Me arrodillé y recorrí toda la barra, limpiando los estantes de debajo. Había un montón de polvo y los culos de las botellas estaban pegajosos. Cogí la escoba y la pala y recogí las chapas, y cuando me di la vuelta para empezar con las neveras, la música paró. Oía a los relaciones públicas jugando con el perrito y al perrito corriendo por la pista.

Eh, danos una bolsa de plástico, dijo Dee.

Saqué una de las muchas que estaban encajadas a presión entre la pared y el lavavajillas e intenté dársela, pero él retrocedió con las manos en alto y negó con la cabeza.

Ocúpate por mí, ¿vale?, dijo.

¿Ocuparme de qué?

La mierda. El puto cachorro no para de cagar.

Le dio unas palmadas al perro en el costado y el cachorro cayó de lado.

En serio. Mira.

Lo veía, el montoncito de mierda color café apilado como piedras en

medio de la pista de baile.

No voy a limpiar eso, dije.

Ah, ¿no?

Ni de coña, es tu perro.

Bueno, bien. Lárgate de una puta vez de esta discoteca.

Le miré fijamente. ¿En serio?

No estoy de broma, coge tu abrigo. Estás despedido.

Me cago en la puta, Dee. No te pongas así.

¿Que no me ponga cómo? Te he dicho que limpies la mierda, así que limpia la puta mierda.

Los relaciones públicas se habían subido las camisetas para taparse la nariz. Sabía por sus ojos que se estaban riendo.

Date prisa, está empezando a apestar.

Me puse la bolsa en la mano como había visto hacer a la gente y recogí la mierda rápido, sin mirarla, y me sorprendió lo caliente que estaba, y cuánto pesaba. Dee cogió al perro en brazos como para protegerlo de la penosa imagen de verme recorriendo todo el trayecto escalera abajo y saliendo por la puerta trasera de la discoteca, con la bolsa sujeta como un calcetín sucio, donde sin pensar la lancé al río tan lejos como pude. La bolsa salió a la superficie río abajo, en dirección al puente. Los estorninos dibujaban figuras en el cielo.

Miré el teléfono. Todavía me quedaba media hora para irme.

Se suponía que tenía que volver al trabajo esa noche, a las diez. La única manera que se me ocurría de llenar el tiempo entre ese momento y después era encontrar una mesa en un rincón de la zona reservada que había delante del pub Kelly's Cellars y sentarme tanto tiempo como fuera posible con una Guinness que apenas podía permitirme. Había un grupo de turistas sentados a la mesa que tenía delante. Americanos, por su pinta. Lo estaban pasando en grande viendo a unos melenudos tocar música tradicional irlandesa con violines en la entrada del local, pero no importaba cuánto marcaran el ritmo con los pies ni que farfullaran las palabras de cada canción que creían saber, les faltaba sentimiento. Se echaron las bolsas al hombro y se dirigieron a Castle Street, dejando una mesa llena de pintas medio vacías recalentándose.

Llamé a Ryan. Le conté dónde estaba y qué estaba pensando y él dijo, Dame quince minutos. Entretanto, me trasladé a la mesa donde antes

estaban los turistas, trasvasé la cerveza que habían dejado en dos vasos de pinta vacíos, y me acomodé. El sol no era tan tórrido como antes, la brisa ponía a prueba las espaldas de los que llevaban poca ropa, pero era una noche decente, la gente estaba en buena forma. No estaba tanto observándolos como tratando de pillarlos. Siempre es así, cada vez que estoy solo en medio de una multitud como esta, creo que todo el mundo me está mirando. De ahí viene el nerviosismo: de no saber qué hacer solo, de no saber cómo comportarme. Necesito a alguien para interactuar, de lo contrario tengo que hacer como si hiciera esto todo el tiempo. Por eso le eché la bronca a Ryan por tardar tanto.

¿Dónde estabas? Dijiste quince minutos.

Estoy aquí, ¿no?

Llevaba shorts vaqueros con gafas de aviador y tenía el aspecto del típico agente de viajes que te estrecharía la mano y te llamaría leyenda mientras intentaba follarse a tu novia. Mangó una Guinness de la mesa de al lado y se sentó frente a mí.

¿Qué es eso que he oído de que has estado recogiendo mierda de perro?, dijo.

¿Quién te lo ha contado?

Nadie me ha contado nada, solo lo he oído.

Él era colega de los relaciones públicas, los había llevado al piso unas cuantas veces, y yo sabía que uno de ellos, el que era más amigo de Ryan, se llamaba Simon.

¿Fue él?, dije y Ryan se rio.

Simon es un buen tío, él media con los chavales.

Y lo hacía, para ser justos, y siempre con buenas palabras con los porteros que nos habían echado. No es que nos hubieran echado de muchos sitios, pero nos habíamos metido en suficientes peleas en la ciudad como para habernos granjeado un poco de mala reputación. El hecho de que los dos trabajáramos en la misma discoteca no ayudaba. El personal de barra hablaba. El personal de sala también. Incluso los porteros, pero sobre todo los jefes. Los jefes cotilleaban como viejas en el mercado, todos eran colegas entre ellos, y eso no auguraba nada bueno para alguien que cayera en desgracia. Conocíamos a cantidad de gente que había sido despedida y luego descubría que no había curro en ningún otro sitio de la ciudad. Prácticamente nadie tenía contrato. La poca gente que sí lo tenía eran los típicos pelotas dispuestos a hacer lo que fuera, por eso quería saber quién había abierto el pico: quería asegurarme de que lo mantuviera cerrado.

Las cejas de Ryan aparecieron por encima de sus gafas de sol.

¿Has sabido algo de tu colega?

¿Qué colega?

El hombre, el tío al que pegaste.

No era un hombre. Era de nuestra edad.

Tenemos veintidós años, Sean. Somos hombres.

Bueno, vale, lo éramos. Pero no lograba entender por qué la palabra seguía sonando mal.

¿Qué vamos a hacer?, dijo Ryan.

No sé, ¿qué quieres hacer?

Miramos alrededor. Había pasado un rato desde que los últimos clientes se habían levantado y marchado, y hacía aún más desde que alguien se había marchado sin acabarse su bebida. Y se estaba haciendo tarde. Las tiendas cerrarían pronto, y aunque sabíamos que lo sensato sería parar y volver al otro lado de la ciudad, a trabajar, parecía una pena desperdiciar lo que quedaba de buen tiempo haciendo un turno un sábado por la noche, especialmente cuando la noche anterior había acabado como había acabado, sin drogas, sin farra, los dos juntos en la cama en lugar de con otras personas. Necesitábamos esto, y la única manera que se nos ocurría de llegar a donde queríamos era seguir la dirección en la que rodaba el balón, hacia la casa de la abuela de Ryan, en Divis, donde Ryan le pidió ochenta libras que prometió devolver la semana siguiente. Su abuela le pasó los billetes desde el otro lado de la mesa de la cocina.

Es la última vez, dijo ella.

Conozco a Ryan desde que era pequeño, crecimos juntos en la misma calle. Fuimos al mismo colegio y al mismo instituto, aunque Ryan dejó de estudiar a los dieciséis. Lo hizo porque le habían dicho que era la única opción para él, nuestro centro le había llevado por ese camino a pesar de que era tan listo como el que más. Podría haberse quedado y haber hecho los exámenes de acceso a bachillerato sin deslomarse. Pero como se portaba mal y le costaba prestar atención, en el instituto hicieron lo que hacen siempre en esos casos y lo pusieron con el resto de balas perdidas en la clase de nivel más bajo. Se metía en peleas, atacaba a los profesores, y un día, cuando mister O'Hare intentó que se quedara después de clase, lanzó una silla que cruzó el aula y rompió una ventana. Luego dejó de aparecer por el instituto, y no estoy hablando de hacer pellas. Dejó de ir a

clase por completo. El instituto intentó tentarlo para que volviera. Le dijeron que ya no tenía que hacer los ocho exámenes del certificado de secundaria, que podía hacer tres, el mínimo. Ryan les respondió que se metieran sus exámenes por el culo y entró en formación profesional, consiguió unas prácticas y comenzó a trabajar de yesero.

Cuando llevaba dos años en el oficio, llegó la recesión. Ryan fue despedido. Fue una mierda porque le estaba yendo bien, le gustaba el trabajo y solo le faltaba un año para estar plenamente cualificado. Ahora todos aquellos meses que se había arrastrado fuera de la cama a las siete de la mañana por una miseria le parecieron una pérdida de tiempo. A veces, cuando se le iba la pinza por cómo habían salido las cosas, hablaba de ir a Australia. Un montón de nuestros colegas estaban allí, viviendo la experiencia de su vida, y nosotros estábamos atrapados en Belfast, trabajando en una discoteca cuatro noches por semana, sin perspectivas, y sin la más remota oportunidad de que se presentara algo mejor. Aunque el piso estaba bien. No tener que pagar alquiler era un sueño. Pero no era Bondi Beach. No era Gold Coast. Era una suerte que disfrutáramos al máximo cada noche que teníamos efectivo suficiente para una botella de vodka, pero la cosa se estaba acabando. Se puede salir de fiesta hasta cierto punto, y cuando cada vez hay menos y menos gente con la que ir de fiesta, empieza a parecer que no hay ningún otro sitio al que ir. Estás atrapado en este agujero con las mismas tres o cuatro caras el resto de tu vida, bebiendo, metiéndote mierdas, merodeando por el local hasta que no queda nadie con quien hablar.

Levanté la mano para detener un taxi al final de Albert Street. Era uno de esos modelos antiguos descatalogados que sonaba más como una lavadora que como un coche, todo traqueteaba, y el ruido que hacía al subir una cuesta era como el de alguien ahogándose. Pero los taxis negros eran baratos, y prácticos que te cagas si estabas tirado. Dos libras te llevan desde el centro hasta Twinbrook, y te puedes bajar en cualquier punto del trayecto. Pero es una lotería: nunca sabes con quién vas a acabar sentado al lado; cualquiera puede parar a un taxi negro, siempre y cuando haya sitio, y cuando hay cinco personas apretujadas detrás puede ser un poco incómodo, sobre todo si una de esas personas ha bebido unas cuantas pintas y necesita sacar la cabeza por la ventana. Aquel día tuvimos suerte. Solo éramos nosotros dos, y dos mujeres sentadas en sendos extremos del

asiento de atrás. Una de ellas sostenía un ramo de flores. Golpeó la mampara de cristal que había entre la parte trasera y la delantera y se bajó en el cementerio Milltown. La observé atravesando las puertas con el sol poniéndose detrás de ella y me pregunté a quién iría a visitar.

¿Cuarenta cada uno?, dijo Ryan.

Sí, lo que te parezca.

Me dio dos billetes de veinte de las ochenta libras que le había dado su abuela. Los doblé y los guardé en la cartera.

Yo pillaré la carne y tú, el alcohol, dije.

Esta tía me está torturando.

¿Quién?

Me enseñó los mensajes en su teléfono. Uno de ellos decía «Tu colega es un cerdo».

Me reí. ¿Es amiga del tío ese?

No, solo lo conoce. Al parecer pasó la noche en el hospital.

¿Es serio?

Sí, o eso dice ella.

Nos bajamos en la rotonda de Kennedy Way y caminamos hasta un supermercado Asda. Estaba petado. Había cochecitos por todas partes. Bebés berreando. Tías con camisetas de tirantes carbonizadas por el sol. Me fui a las neveras y llené la cesta de todo, filetes y demás, luego fui a buscar la pasta y los cereales, la leche, el jamón y el queso, los paquetes de galletas que nos acabaríamos en un día, y me reuní con Ryan en la caja de autopago. Saludó con la cabeza al chaval que vigilaba. Parecía que tenía unos dieciséis años.

Está chupado, dijo.

El truco era empezar con los artículos más baratos: escaneé el pan de molde, un cartón de leche, un bote de mermelada, y los metí en la bolsa en la zona de embolsado, como hay que hacer. Luego levanté la carne, a siete libras el milígramo, y fingí escanearlo apartando el código de barras del escáner, y lo dejé caer en la bolsa.

Oí la caja de Ryan detrás de mí:

«Artículo inesperado en la zona de embolsado…».

El chaval que vigilaba hizo lo que cualquier miembro del personal haría y pasó su tarjeta por la pantalla de Ryan sin comprobar cuál era el artículo inesperado. El mensaje se detuvo. Hizo lo mismo en mi caja un segundo después y le di las gracias. En la caja que estaba a mi lado también saltó el mensaje, y antes de que el chico pudiera volver a su sitio, saltó de

nuevo en la de Ryan, y después en la mía. Un hombre al principio de la cola le pidió una bolsa reutilizable. Metí medio kilo de pollo. El chaval vino a zancadas y pasó la tarjeta. Era así de fácil, y al final salimos de allí con una compra de cincuenta libras por la que pagamos menos de veinte. Los guardias de seguridad no se lo imaginaban. Estaban demasiado ocupados mirando las cámaras en busca de gente que cogía cosas y las metía directamente en la bolsa. Eso es lo que lo hacía tan bueno. Aunque te pillaran, bastaba con hacerte el idiota y decir que creías que habías escaneado las cosas que estabas pasando, estaba todo en el vídeo de las cámaras de seguridad, y no podían hacer nada. Tenían que dejar que te fueras.

Cuando volvimos al piso, Ryan sacó la botella de vodka de litro de su bolsa. Todavía tenía el precinto de seguridad. Me consideraba un poco embaucador, pero él estaba en otro nivel. Lo demostró con la mentira que le contó a nuestro jefe para escaquearnos de ir a trabajar esa noche.

Dee, no te lo vas a creer, alguien ha entrado en nuestro piso.

Fue una clase magistral, es todo lo que puedo decir. Una verdadera actuación. La manera en que lo contó, como si acabara de entrar en el piso y ver el estado de las cosas, su voz conmocionada. Nuestro jefe se lo tragó.

Llamadme si necesitáis algo, dijo.

Vaciamos la botella de litro. Luego Ryan conectó su teléfono al altavoz inalámbrico. Green Velvet acababa de sacar «Bigger than Prince» y la puso a tope. Nos contoneamos por el salón sacando pecho, golpeando los pies, excitándonos para una gran noche. Es lo mejor de salir para una noche a muerte: prepararte, escuchar los temas, preguntar si esto queda bien o qué. También nos tomamos nuestro tiempo, era importante tener el mejor aspecto posible, y eso significaba plancharnos la camisa, lavarnos, afeitarnos.

A las diez en punto, Finty McKenna nos recogió en un taxi. En la autopista comenzaron las discusiones: no habíamos decidido adónde ir. Finty estaba vetado en la Box. Ryan estaba vetado en la Beachclub. Los tres teníamos que mantenernos alejados de la Limelight desde la noche en que nos metimos en una refriega con una banda de metaleros que no sabían aceptar una broma. Y no podíamos acercarnos a Thompson's: demasiada gente conocía a nuestro jefe. Era un cara o cruz entre la M-Club y la Mono. Ambos sitios eran áridos como el desierto, pero la bebida era barata y los temas eran buenos, y siempre había gente suelta rondando, buscando fiesta. Ryan dijo la Mono. Finty dijo la M-Club. Yo dije, ¿No hay ningún

otro sitio?

Está la Bot, dijo Ryan.

Eso bastó, decidido. Fuimos a la Mono.

2

Había un montón de humo, muchos graves. Cada tema era un petardo y ese era el problema. Temazo tras temazo, no ayudaba que todos sonaran igual, que incluso cuando llegaba el subidón, tuviera el efecto de que ya había pasado. Incluso las chicas moviendo el pelo cerca de la cabina del DJ se preguntaban si merecía las ampollas. Tenían cara de dolor cuando se quitaron los tacones, con la mirada perdida en la discoteca. A medianoche, yo apenas distinguía quién tenía delante, solo veía una camisa blanca: Ryan en medio de un grupo de tíos cantando oi, oi, oi puto oi. Intenté convencerle para ir a otra parte, ese sitio era un agujero infecto, pero él no quería ni oír hablar del tema. No podía entender de ninguna de las maneras por qué, cuando un brazo me rodeó el cuello. Finty McKenna plantó sus labios en mi mejilla.

Tengo un regalito, dijo, y me llevó a rastras al baño.

Era una bolsa de coca. Coca pura, además. El tipo de mierda que te atraviesa más rápido que una bala.

Letal, ¿eh?, dijo Finty.

Sí, tío. Espectacular.

Se suponía que la zona de fumadores debía darme un respiro, se suponía que me despejaría, pero en cuanto me dio el aire, algo resbaló; se me había caído la bebida. Era un vaso de plástico, así que no se rompió, pero mi vodka salpicó los pies de una tía. Me miró como diciendo que ya me podía poner a cuatro patas y lamérselos.

¿Es puto en serio?, dijo ella.

Le dije que lo sentía, que había sido un accidente, y ella se volvió hacia su colega.

Este sitio está lleno de capullos, dijo ella, y eso me hizo recordar todo. La discusión de la noche anterior. La chica que me empujó, que hablaba exactamente igual que esa que estaba metiéndose conmigo ahora, era una estirada de cojones, con un palo bien metido en el culo, como lo son esa clase de tías, como si pudieran decir lo que les diera la gana. Tenía que largarme. Me fui al otro lado de la zona de fumadores para calmarme, y mientras estaba allí de pie mirando las hordas de gente apiñada alrededor de las estufas, a un tío bueno con un flequillo peinado hacia arriba que iba abriéndose paso a trompicones con sus hombros cuadrados, me di cuenta de una cosa: no me acordaba de cómo era el tío al que pegué. Me esforcé tanto como pude en pensar pero lo único que veía era su silueta en el suelo. Luces azules. Si se me acercara ahora, no lo reconocería. Bajaría la cabeza y me apartaría del camino igual que hago con cualquiera.

Ryan apareció entre la multitud sujetando una bolsita de polvo blanco con el pulgar y el índice.

Un par de puntas, si gusta usted.

Sentía como si hubiera estado haciendo esto la mitad de mi vida. Poniéndome hasta el culo de vodka, esnifando puntas en cubículos, tirándome encima de chicas que me miraban como si fuera escoria, y con razón. Cambié el peso de pierna e intenté dejar de rayarme, pero adonde miraba veía gente con la que no quería estar, y me agotaba. Estar constantemente atacado, constantemente en alerta. Quitarme del camino del tío del flequillo antes de que me arrollara. Lo único que él necesitaba era que yo dijera algo, y Dios sabe que yo quería decir algo. Yo quería reventarle una botella en la puta cabeza.

Estaba a media escalera, yendo disparado a la puerta, cuando alguien me cogió del brazo. Entré en pánico y traté de soltarme, pero me tiraron de la manga, y decían mi nombre.

Sean. Sean, ¿adónde vas? Soy yo. Soy Mairéad.

Me detuve. La miré.

¿Mairéad? ¿Mairéad Riley?

Ella rio. Me echó los brazos al cuello y me abrazó.

¿Qué estás haciendo aquí? Este sitio es un agujero infecto, dijo ella.

Idea de Ryan, ¿qué excusa tienes tú?

¿Todavía vas con Ryan? Dios santo.

La peña se había acumulado a nuestro alrededor. La gente empujaba y embestía. Mairéad me cogió la mano y me llevó a la barra. Conocía a alguien que trabajaba allí y nos consiguió unos vodkas que no tuvimos que

pagar, luego me llevó a un reservado en la parte de atrás de la discoteca. Nos sentamos cerca el uno del otro porque la música estaba alta; la voz de Mairéad era áspera y le costaba gritar. Pero tenía buen aspecto. Le quedaba bien el pelo más corto; se había recortado el flequillo, que solía llegarle a las cejas. Ahora se le veía más la cara. Se apoyó con el codo en la mesa y me preguntó por Liverpool. Le conté que había vuelto a casa en septiembre, en cuanto me gradué, y ella me pegó en el brazo.

¿Por qué no me escribiste?

No creí que estuvieras por la labor.

Ella había ido a Queen's. Sus redes sociales estaban llenas de fotos de ella en terrazas con otra clase de gente. Se lo dije e hizo una mueca.

Puedo tener más de un grupo de amigos, dijo ella.

Dijo amigos en lugar de colegas. No sé por qué me llamó la atención, tampoco es que estuviera hablando en otra lengua.

Seguramente hay sitios mejores a los que ir un sábado por la noche, ¿no?, dijo ella.

Ella dijo «seguramente» como si nada, como si yo «seguramente» lo supiera.

Finty está aquí, dije a la defensiva. No puede entrar en ningún otro sitio.

¿Finty McKenna? Dios mío.

¿Qué?

Nada, es solo…

Bebió de su copa y apartó la mirada. Algo no funcionaba, la música estaba demasiado alta, y luego esos silencios, cuando todo parecía ralentizarse. A nuestro alrededor todo era una locura y nosotros dos estábamos sentados allí como espectadores, observando. Cuando terminamos nuestras bebidas, le pregunté si quería otra, esperando totalmente que dijera que no. Pescó un hielo de su vaso y lo chupó.

Tráeme un doble, dijo ella.

Pedí dos dobles, y cuando el camarero se dio la vuelta, un par de chicas se apretujaron en el espacio que había a mi lado. Una de ellas me miró y yo la miré a ella y sus ojos se entornaron. Le susurró algo a su colega y su colega me lanzó una mirada de odio. Me disculpé y me hice a un lado, pensando que estaba ocupando mucho sitio.

Tú estabas en la fiesta anoche, ¿no?

¿Qué fiesta?

Tú atacaste a nuestro amigo. Le diste un puñetazo en la cara.

¿Le di un puñetazo a quién? ¿Qué decís?

Yo estaba allí. Te vi.

Esa chica era baja, no me llegaba al hombro aun con tacones, y sin embargo la furia de su cara me dejó clavado en el suelo.

Estás colocada, cariño. No estuve en ninguna fiesta.

No me llames cariño, puto capullo.

Se volvieron cabezas. Las conversaciones pararon. La gente estaba mirando. Las chicas lo notaron y empezaron a liarla, gritándome. Me acorralaron en una esquina con sus dedos acusadores.

Podrías haberle matado, ¿lo sabes? ¡Podría haber muerto!

Lo siento, dije. Yo no quería…

Entonces apareció Ryan lanzando golpes a diestro y siniestro, fuera de sí, diciéndoles que se largaran y me dejaran en paz. Las chicas se volvieron locas.

Atacó a mi amigo. Se acercó a él por la espalda y le pegó un puñetazo.

Y qué, dijo Ryan. Se lo merecía, ahora iros a tomar por culo.

Una de las chicas lo empujó. La otra intentó tirarle la copa encima y falló. Finty llegó para calmar la situación, pero era demasiado tarde: Ryan vació su pinta en la cabeza de la chica bajita. Se desató el caos. Un tío que no tenía nada que ver con nada se puso caballeroso y lanzó un puñetazo. Ryan agachó la cabeza y lo placó contra la barra. Una de las chicas se tiró a la espalda de Ryan. Traté de quitársela, pero la otra colega estaba encima de él, arañándole la cara con unas uñas que parecían letales. Llegaron los porteros. Cogieron a las chicas de los brazos mientras Ryan y el otro tío estaban enganchados en una llave de cabeza. Pensé que yo había estado de la hostia, no había asestado ni un puñetazo, y entonces sentí un brazo alrededor del cuello. Vi luces atravesando el humo, la señal de salida sobre una puerta, y de repente estaba en un callejón en la parte de atrás.

Ryan sangraba por la nariz, pero sangraba con solo darle un toque en la nariz. Había sido así toda su vida y todavía no sabía cómo pararlo. ¿De qué iba eso?, dijo.

Esas estaban en la fiesta de anoche.

Vaya insolentes. Se limpió la nariz con la manga y sonrió enseñando los dientes ensangrentados. ¿Al Thompson's?

Ni de coña. No entrarás.

¿Quién no entrará?

Tú. Mira cómo tienes la camisa.

Bajó la vista y frunció el ceño. Mi camisa favorita además, dijo.

Mairéad estaba con Finty al final del callejón. Ryan no la reconoció. Pensó que era una chica que yo me había ligado; no tenía motivos para hablar con ella. Entonces la miró de nuevo.

Mairéad Riley, ¡qué fuerte! ¿Ha estado con nosotros toda la noche?

Estoy aquí, puedes hablar conmigo, dijo Mairéad.

Pero Ryan estaba demasiado flipado, la adrenalina campaba a sus anchas, y la coca. Había tomado un montón de coca. Compró una botella de agua del puesto de hamburguesas que estaba delante de la Mono y la utilizó para lavarse la sangre de la cara. Luego se puso la chaqueta de Finty para tapar la sangre de su camisa y se miró en el reflejo del escaparate del Urban Outfitters que había pasado Victoria Square. Se estaba riendo, negando con la cabeza, contando lo que había ocurrido con todo lujo de detalles. Por suerte, se saltó la parte de que esas chicas estaban en esa fiesta la noche anterior, y no dijo ni una palabra sobre el tío al que yo había pegado. Eso se lo calló. No porque estuviera intentando estar a buenas conmigo; simplemente estaba muy ocupado presumiendo de sus batallitas como para preocuparse de las mías.

Mairéad miró su móvil. ¿Tienes algún plan?, dije yo.

No, en realidad no. Necesito comer.

Yo también. ¿Quieres que vayamos a comer algo?

Sí, por qué no.

Caminamos con Ryan y Finty directos al Thompson's. Tardamos siglos, no dejaban de parar para tomar otra punta. Ryan me ofreció una, pero le dije, No, ya me he metido suficiente. Me miró como diciendo, ¿qué? Luego hizo el numerito completo de señalar a Mairéad subiendo las cejas. Os deseo a los dos que paséis una velada agradable, dijo él, y continuó callejón abajo.

Mairéad me miró burlona. Es un capullo, dije, y ella asintió.

Siempre ha sido un capullo, dijo ella.

Esta la he dejado pasar. No merecía la pena.

¿Adónde quieres ir?, dije yo.

No sé, ¿qué está abierto?

¿McDonald's?

Sí, me vale, dijo ella.

Las luces blancas eran despiadadas, parecía que habían arrastrado a todo el mundo por la cuneta, y había una atmósfera realmente agresiva, cruel,

como de comedor de colegio, salvo que todo el mundo estaba borracho y pensaba que los demás eran unos payasos. Los pobres desgraciados de las cajas se llevaban la peor parte. Los compadecí de veras. No es como trabajar en un bar, no tienes la música para bloquearlo todo, y la gente puede ser muy capulla cuando está borracha. No tienen mala intención, la mayoría solo están intentando echarse unas risas, pero si llevas de pie desde las doce del mediodía y son las dos de la madrugada, lo último que quieres es a un gilipollas borracho quejándose porque lleva mucho rato esperando su Big Mac. Presenciarlo es suficiente para hacerte odiar a la gente.

Entonces vimos algo bestial. Los guardias de seguridad intentaron echar a un indigente y todo el mundo se puso en pie y dijo, No, dejadlo en paz, no está haciendo nada malo, y los guardias de seguridad se largaron. Eso fue suficiente para devolverme la fe en la humanidad, pero no lo suficiente para convencernos a Mairéad y a mí de comer en el propio McDonald's. Cogimos nuestra comida y fuimos a esa estúpida escultura con forma de aro de cebolla que han construido en el medio de Arthur Square donde todos los músicos y artistas callejeros actúan el fin de semana. Nos sentamos allí, en la base, y hablamos sobre la universidad.

Mairéad había estudiado Literatura, como yo, pero también se había graduado en Cinematografía, que era lo que realmente le interesaba. Todas esas películas de cine de autor con subtítulos delirantes, le encantaban esas cosas, era lo que ella quería hacer. Pero no era un negocio en el que fuera fácil entrar, y menos si no conocías a nadie. Y si no podías vivir sin cobrar un sueldo, no tenía sentido buscar unas prácticas ni nada por el estilo: no pagaban, y eso no le dejó otra alternativa a Mairéad que continuar trabajando en una tienda de ropa en la ciudad. Llevaba allí desde que empezó en Queen's, y aunque le estaba destrozando el alma, solo tenía que hacerlo unos cuantos meses más, después se iba a mudar a Berlín.

Estaba sorprendido. La gente que conocíamos iba a América o a Australia. Conseguían visados de trabajo y se quedaban durante un año. Algunos volvían. La mayoría no. De modo que Berlín no tenía sentido para mí. Fingí que sí.

Eso es bestial, bien jugado, dije yo.

Sí, bueno, tampoco hay nada para mí aquí.

Mojó un nugget de pollo en la salsa de curry dulce que tienen y se lo comió entero, sin quitarle el rebozado a mordisquitos como hago yo con cada nugget.

Eres como un ratón, me dijo.

Saqué las paletas y ella se rio, se llevó la caja cartón de las patatas a la boca y apuró las migas. Tenía el mismo pelo negro azabache, los mismos ojos grises, pero vestía como una persona que escuchaba mucha música en directo, toda de negro con Doc Martens y con un mandala tatuado en el dorso de la mano izquierda. Tenía el brazo completamente cubierto. Me pilló mirando y se bajó el tirante para enseñarme el hombro.

¿Y tú?, preguntó ella.

Me levanté la camisa para enseñarle mi tatuaje tribal.

También tengo una cruz celta en la espalda, dije.

¿En serio? Déjame verla.

Apenas me había dado tiempo a darme la vuelta y ella ya tenía las manos en mi camisa y me la estaba subiendo.

Me gusta la Claddagh, dijo ella. Hace años tenía un anillo Claddagh.

Yo también.

¿Cómo lo llevabas?

Con el corazón dándome la espalda, como se suponía que debía llevarlo.

¿Y cuando estabas saliendo conmigo?

Solo teníamos trece años.

Entonces ¿no me querías?

A los dieciséis sí, pero tú no querías una mierda conmigo.

Mairéad se rio. Estaba en otras cosas, dijo.

Me ayudó a bajarme la camisa. Me volví para verle la cara y me dijo que se alegraba de verme. Lo había dicho unas cuantas veces esa noche, normalmente cuando se nos acababan las cosas que decir. Le dije también que me alegraba de verla y ella se rio.

Míranos poniéndonos raros y sensibleros, dijo ella.

No hay nada raro en ponerse sensiblero.

Sí lo hay si estás sobrio. ¿Estás sobrio, Sean?

Ni un poco.

Bien, toma un nugget.

Me lo metió en la boca. Casi me ahogo. Deja de ser un cobardica, dijo.

Nadie me había llamado cobardica desde que era niño, y seguramente había sido Mairéad. Era la clase de cosa que me llamaba si no me apetecía hacer lo que fuera que hubiera planeado, que normalmente era algo estúpido. Como estábamos haciendo pellas, se le ocurrió la idea de coger un bus hasta Shankill para ver cómo era. Podía llamarme cobardica tanto

como quisiera, pero estaba pirada si creía que podíamos pasearnos por Shankill Road en uniforme y no llamar la atención; también podríamos llevar carteles que dijeran soy católico en letras grandes de color verde, blanco y naranja. Se lo dije y me contestó que dejara de ser un mariposón. Le dije que me comiera los huevos y ella dijo, Sácalos. No lo hice. Era así. Todo muy estúpido, pero era parte de nuestra historia, y así era como sabíamos a qué atenernos el uno con el otro; no podíamos decir nada peor de lo que ya habíamos dicho. Seguramente eso tenía que ver con que Mairéad sintiera que podía hablar conmigo como lo había hecho esa noche sobre Berlín, pero también con lo que estaba haciendo en la Mono. No se me había pasado por la cabeza preguntarle que hacía allí sola. Simplemente pensé que sus colegas se habían ido a otro sitio.

Mis colegas no irían ni muertos a ese sitio, dijo.

Entonces ¿qué estabas haciendo allí?

Vender chupitos.

La miré fijamente. ¿Tú vendes chupitos?

No te sorprendas tanto, Sean.

No me sorprendo, es solo que…

No tenía el aspecto de una chica que se dedica a vender chupitos. No es que no fuera guapa; lo era de veras, pero no la clase de guapa de extensiones de pestañas y maquillaje completo.

Mairéad se lo tomó como un piropo.

Aunque las chicas con las que trabajo son impresionantes. De verdad. Y encantadoras. Se merecen cada penique que ganan por la mierda que tienen que soportar.

¿Ganan mucho dinero?, dije.

Sí, si saben lo que se hacen.

¿Y tú lo sabes?

Mairéad sonrió. Se agachó para abrir su bolso y vi algo negro y sedoso, algún tipo de prenda, y un par de zapatos de tacón. Sacó un fajo de billetes de cinco y diez libras; contó noventa libras, por cuatro horas de trabajo.

Creo que me hago una vaga idea, dijo.

Esas noventa libras se me quedaron en la cabeza más tarde, cuando Mairéad me dijo que no iba a volver. Se iba a casa de su colega en Ormeau. Eso estaba en dirección contraria de adonde yo iba; no había manera de proponer compartir la vuelta. Yo no me aprovecharía de algo así, pero no le hubiera costado nada dejarme en el piso de vuelta a Twinbrook. Estaba justo al lado, en la autopista, y cuando acababas de cepillarte tu último

billete de diez en un menú McNugget grande y una bacon cheeseburger, tenías que coger lo que pudieras mientras fuera posible.

Pido dos taxis, claro, dijo ella.

Le dije que no se preocupara: Caminaré hasta Castle Street y cogeré un taxi desde allí. Mairéad pensó que era raro durante más o menos un segundo, luego se pidió un taxi. Todo el tiempo que esperamos estuve pensando en pedirle diez libras; diez libras que me llevarían a casa sin sudar. No fui capaz de hacerlo. Cuando llegó su taxi, me abrazó.

Te doy un toque seguro, dije.

Sí, hazlo, dijo ella, y eso fue todo, desapareció.

Me dirigí a Castle Street. Estaba desierto, no había nadie, y los escaparates tenían ese aire espeluznante, como si los hubieran vaciado. Había una parada de taxis dos números después de Cosgrove's, pero los conductores eran unos capullos. No me llevarían a ninguna parte a menos que pagara por adelantado. Entonces el teléfono se apagó. No tenía manera de contactar con Ryan o Finty, y no sabía dónde estaban, si habían vuelto al piso o qué.

Me senté en el bordillo e intenté pensar en lo que iba a hacer. Llevaba dos libras encima, la parada de los taxis negros no abriría hasta unas horas después y tenía un dolor de cabeza espantoso. No debería haber tocado esa farlopa. Decía lo mismo cada vez, era mi refugio cuando me estaba bajando. Pero en serio, te afecta a la cabeza. Te hace sentirte culpable por todo lo que ha ido mal en tu vida. Ahora estaba tirado en medio de la ciudad sin pasta y sin otra manera de volver que no fuera a pie. Podría haber caminado. En cambio cerré los ojos y escuché cómo la brisa empujaba suavemente la basura amontonada en las puertas. Cuando abrí los ojos de nuevo, vi Divis Tower, y detrás la montaña como un frío hombro recortándose contra el cielo.

3

Los polis me citaron en la comisaría a las once de la mañana de un martes. Me llevaron a una sala de interrogatorios y me preguntaron sobre la noche que noqueé al tío ese. Hicieron cuanto pudieron para pillarme, pero me atuve a mi historia. La había estado ensayando durante días y sentía que la cosa estaba yendo bien hasta que el hombre, el poli, que era el mismo poli que me había interrogado allí, sacó una carpeta llena de declaraciones de gente que había presenciado la supuesta agresión y las colocó en la mesa delante de mí. Clavó en mí sus minúsculos ojos azules de poli para ver cómo reaccionaba.

Me dijo que cinco testigos habían declarado en mi contra, describiendo a grandes rasgos un ataque no justificado a la víctima, Daniel Jackson. La declaración de Gemma Hatfield decía: «Hombre de aproximadamente un metro ochenta, pelo negro corto, corpulento, con una camisa azul, apareció por detrás de Daniel y le dio un puñetazo en la cara, dejándolo inconsciente». Otra, de Kirsty Malone, decía: «Me empujó tan fuerte que casi me caí y luego le dio un puñetazo a Daniel en la boca. Daniel cayó y se golpeó la cabeza contra el suelo…». Joanna Porter dijo que yo llevaba una chaqueta negra sobre la camisa y que había intentado pegar al colega de Daniel después de a Daniel. Rachel Henderson dijo lo mismo –debían de ser colegas– y Gareth Waters dijo que yo empecé a pelear con él antes de pegar a Daniel: «Yo estaba fuera tratando de calmar la situación y él empezó a asestarme puñetazos. Daniel no le vio llegar. Llegó por detrás de Daniel y le golpeó».

Daniel Jackson seguía inconsciente cuando llegó la ambulancia. Su declaración decía: «No recuerdo qué pasó. Estaba de pie con las manos en

los bolsillos y luego me desperté en el hospital rodeado de enfermeras». El informe del médico de guardia esa noche dice que el paciente quedó inconsciente tras recibir un golpe en la boca: «El señor Jackson sufrió una laceración profunda en el labio superior que requirió de sutura de la musculatura con puntos absorbibles y sutura de superficie mucosa suprayacente con puntos absorbibles». Se partió el labio, y era muy probable que el señor Jackson tuviera cicatrices faciales importantes. El poli sujetó las hojas delante de mí y dijo, El hecho de que el señor Jackson haya sufrido un corte en la cara y que la herida sea tan severa como es significa que el cargo que se le imputa es agresión con lesiones. ¿Entiende lo que significa?

Dije que sí, aunque en realidad no lo entendía.

Cada uno de los testigos ha declarado algo diferente, dije. Han dicho cosas que no pasaron, y ninguno ha dicho una palabra sobre que Daniel Jackson y su colega empezaron primero.

El poli apoyó los codos sobre la mesa. Señor Maguire, es importante que entienda que este cargo en particular es por la agresión a Daniel Jackson. Lo que fuera que sucedió antes del incidente es circunstancial, a menos que se presenten pruebas que demuestren lo contrario.

¿Pruebas?

¿Tiene testigos?

Quizá. No lo sé. No conocía a nadie allí.

Salí de la comisaría esa tarde con la sensación de no haber visto la luz en días. Me cubrí los ojos con la mano y miré a ambos lados antes de cruzar la carretera para ir a la parada del autobús. El autobús se detuvo y retrocedí para dejar pasar a la mujer con el carrito, luego me di el gusto de sentarme en el asiento de delante del piso de arriba. Allí arriba la vista era increíble; me gustaba mirar a la gente ocupándose de sus asuntos desde arriba sin que supieran que los estaba observando. Por alguna razón, pensé en el colegio. Pensé en cómo había engañado a todo mundo para que pensaran que yo era duro, que podía defenderme sin tener que pegar un puñetazo jamás. Lanzaba botellas como un campeón, y siempre me estaba metiendo en líos con los profesores, y de alguna manera eso se tradujo en que podía hacer comentarios sarcásticos en clase. Así funcionaba en mi colegio; dile al profesor que se meta su mechero Bunsen por el culo y todo el mundo cree que peleas de la hostia.

Si los niños se metían conmigo en la calle, corría a mi casa y me escondía. Vigilaba desde la ventana de mi habitación y rezaba para que se largaran. A veces lo hacían. Otras veces mi madre me daba un palo de hurling y me decía que les diera con ganas. No era capaz. Mis hermanos se daban cuenta y hacían lo que podían para endurecerme. Me llevaban a rastras a la calle y me decían que pegara al niño con el que tenía que pelearme, y yo lo hacía, porque ellos estaban allí y nadie tenía los huevos para devolverme el golpe –mis hermanos se habían pegado con otros niños toda la vida y eran buenos peleando–, y sin embargo, ahí estaba yo, el único de los tres que había sido lo suficientemente estúpido para que lo pillaran.

Me bajé del bus en Wellington Place y merodeé un rato por esa parte de la ciudad, mirando cosas, pensando en movidas, pero sin prestar mucha atención a donde me dirigía hasta que me encontré al otro lado de la calle donde estaba la tienda de ropa en la que trabajaba Mairéad. La podía ver en la parte de delante de la tienda, colgando prendas en el perchero de rebajas. Parecía tranquila, sosegada incluso, la forma en que deslizaba cada percha bajo la costura, sus manos moviéndose de forma automática, sin esfuerzo consciente. Me pregunté si debía fingir que iba a la sección de hombre en el piso de arriba y chocarme con ella por casualidad a propósito. En cambio, le envié un mensaje: «Estoy en la ciudad por si estás por aquí», y me dirigí a la librería.

No tenía planeado robar nada ese día. Solo había entrado a mirar. Entonces vi una copia de *Hambre* de Knut Hamsun. Tenía una introducción de Jo Nesbø, a quien no había leído, y un epílogo de Paul Auster, a quien sí. Parecía totalmente mi estilo, cualquier cosa que dijera «novela existencial» en la contraportada siempre era una apuesta segura, y además el tío que lo había escrito había ganado el Nobel; de ninguna manera podía ser una mierda. Me lo puse debajo del brazo y fingí que buscaba otro libro, y realmente tenía que interpretar bien el papel. Debía hacer que pareciera que ya había pagado el libro que llevaba de un lado a otro de modo que si me pillaban saliendo tan tranquilo por la puerta diría, mierda, lo siento, estaba metido en mi mundo, y bromear como si me hubiera olvidado por completo. La gente lo hace todo el tiempo, y sinceramente, nadie quiere llamar a la poli. No quieren pasar por toda esa mierda. Solo quieren hacer su turno tan rápida e indoloramente como sea posible, sin líos. Sin papeleo extra. La ventaja que tenía a mi favor es que la gente entraba y salía de las librerías con libros en el mano todo el tiempo, y no había manera de saber

quién había pagado qué. El truco es hacer que parezca natural, y la mejor manera que se me ocurría era pararme justo al cruzar las puertas y actuar como si no tuviera ninguna prisa por ir a ninguna parte. Cuando estaba seguro de que nadie me iba a llamar para que volviera a la librería, me fui paseando por la calle con el libro bajo el brazo.

La gente estaba en el descanso para comer. Se sentaban en la fachada del ayuntamiento y observaban a las palomas y las gaviotas pelearse por las migas. Encontré un sitio al sol, en un banco de espaldas a la calzada, y leí la primera página de mi libro nuevo. No había sido capaz de leer más de unas cuantas páginas en meses. Pero había algo en la luz del sol y el calor y la muchedumbre tumbada en el césped que apelaba a esa parte de mí que solía deambular por Liverpool con una libreta Moleskine pequeña metida en el bolsillo interior del abrigo. En aquella época tenía muchos pensamientos y me los tomaba muy en serio. Luego terminé la carrera y volví a casa. No había escrito nada desde entonces.

¿Eras tú el que estabas delante de mi trabajo?

Levanté la vista pero había demasiada claridad, y a pesar de que no veía, sabía que era Mairéad. Llevaba un enorme bolso de cuero colgado del hombro. Tenía la muñeca totalmente doblada hacia atrás.

Te va a dar una insolación, dijo ella. Mírate.

Había un árbol detrás de nosotros que daba mucha sombra. Nos sentamos debajo durante un rato, yo con la espalda apoyada en el tronco, bebiendo de la botella de agua que Mairéad me había dado. Ella llevaba unos vaqueros con una camiseta de tirantes negra. Tenía los hombros quemados y olía a aloe vera. ¿Cómo sabías dónde trabajaba?, dijo ella.

No lo sabía. Simplemente pasaba por ahí. Iba a entrar y decir hola.

En cambio te has quedado ahí de pie como un perturbado, mirándome.

No soy un perturbado. Estabas en la parte de delante de la tienda.

No vuelvas a hacerlo, ¿vale?

Levanté la mano derecha y lo juré. Nunca más volveré a pasar delante de tu tienda, dije.

Mairéad me fulminó con la mirada. No me hace gracia, dijo ella.

No le iba a contar lo de la entrevista con los polis, no sabía cómo se lo tomaría, pero estaba nervioso y no sabía con quién hablar. Ella escuchaba, y cuando llegué a la parte de pegar al tío fuera del lugar de la fiesta, me miró fijamente a los ojos y dijo, Eres un idiota. Y le pregunté por qué, y ella dijo, Creía que habrías madurado, pensaba que habías dejado esa mierda. Le conté que no lo había podido evitar: dos tíos me atacaron, me

iban a cortar los huevos, pero ella tenía sus dudas. No sobre si yo le estaba contando la verdad o no, sino sobre si había hecho bien al levantar la mano como lo había hecho.

Y, sentado aquí ahora, ¿crees que mereció la pena pegarle?

Pensé por un segundo, luego dije, Sí, lo creo.

¿Por qué?

Porque que le jodan, Mairéad. Él me atacó.

Pero ¿lo hizo?

Por supuesto que lo hizo, ¿por qué si no le hubiera pegado?

Mairéad no respondió. Miraba a un grupo de chicas haciendo volteretas laterales en el césped. Llevaban leggins y crop tops que se les subían por encima de la tripa al hacer piruetas. En la puerta principal, un tío con una camiseta Adidas y unos shorts cargo había montado su chiringuito con un micrófono y un altavoz y estaba gritando sobre el pecado y la salvación. Dos chavalitos que estaban sentados en el banco más próximo a él se levantaron y se fueron. Iban cogidos de la mano.

El puto estado de las cosas, dijo Mairéad, al ver lo que había visto yo. No veo la hora de largarme de aquí, lo juro por Dios.

¿Cuándo te irás?

Septiembre, octubre. Tan pronto como tenga suficiente dinero, me largo.

¿Estás nerviosa?

Mairéad se rio. No de la pregunta, sino de la manera en que se la había hecho. Estaré bien, dijo. Tengo unos cuantos colegas allí. Cogió una brizna de hierba y la enrolló alrededor del dedo. Pero tampoco quiero depender mucho de ellos. Quiero hacer las cosas a mi manera, ¿sabes?

¿Y luego qué?

Luego simplemente respiraré.

Más adelante, las chicas de las volteretas estaban haciendo ojitos a un grupo de tíos sentados cerca. Miré de reojo a Mairéad y vi que ella también las estaba observando. Parecía que se había acordado de algo, y por un segundo, fue como si se hubiera ido a otra parte.

¿No puedes respirar aquí?, dije.

No, dijo ella. No puedo.

Estiró los brazos hacia delante y se tumbó de nuevo en la hierba. Había trabajado cuarenta horas esa semana, e iba a vender chupitos de nuevo esa noche, de las diez de la noche a las dos de la madrugada, después tenía que ir a la tienda de ropa a primera hora de la mañana a hacer un turno de diez

horas que su jefa le obligaba a cubrir por una chica que estaba enferma.

Me vendría bien un día de descanso, dijo ella.

Bajé la vista y miré las pecas de su nariz y sus mejillas. Sobre el labio, en el lado derecho, tenía una marca del piercing que se había hecho sola con una aguja y un hielo. Le pregunté si seguía abierto y ella se reclinó sobre el codo y dijo, Pásame la botella de agua. Dio un trago pero se quedó el agua en la boca y, usando el aire para empujar el agua en el espacio entre sus dientes y el labio superior, hizo salir a presión un chorrito por el agujero que pasó por encima del césped y goteó sobre mis vaqueros.

Truquito, dijo, y volvió a tumbarse.

Busqué el Facebook de Mairéad esa noche y miré las fotos que la habían etiquetado. Noches de fiesta en la Limelight y la Stiff Kitten, las fiestas de después, las caóticas residencias de estudiantes de Holylands donde todo el mundo toma M y lo está pasando bien. Mairéad en medio como de costumbre, encajando con la clase de gente con la que se hubiera buscado pelea cuando éramos pequeños. Los hippies y los emos que destacaban en la fachada del ayuntamiento, escuchando Nirvana. Autolesionándose. Llamando a gente como yo porreros y adictos al pegamento.

Llegué hasta el final de la página, que se remontaba a las primeras semanas de Mairéad en la universidad, y me di cuenta de que no podía seguir, que ella había creado el perfil cuando ya se había mudado de Twinbrook y se había deshecho del pantalón de chándal y los pendientes dorados gigantes. Como en esa foto que había encontrado de ella de pie delante del espejo de la puerta de su armario. Llevaba una falda plisada con medias de rejilla. Llevaba la falda subida, como cuando iba al colegio. Me hizo pensar en el día que hicimos pellas, años atrás. Le pregunté a Mairéad si llevaba bragas debajo de las medias y se subió la falda para que lo viera. Estaba lloviendo. Nos encontrábamos en la parte de atrás de los pisos, en el hueco que había debajo de las escaleras. Utilizó el pulgar para bajarse las medias. Había un pequeño arco. Más tarde, en mi habitación, me hice una paja pensando en ese pequeño arco. Luego me metí en la cama y estuve allí mucho tiempo, pensando en lo que había hecho.

4

No hubo noticias de la policía, no dijeron nada sobre mi declaración o sobre qué iban a hacer con ella, hasta que recibí una llamada de mi madre unas semanas más tarde para contarme que había una carta para mí, del juzgado. Sabía por su voz que ya la había abierto, y ella sabía que lo sabía, pero aun así me preguntó si debía leerla.

Dice que te esperan en el juzgado, Sean. Dicen que tú eres el acusado.

Tres días más tarde, estaba sentado en el despacho de un abogado, una polvorienta habitación del tamaño de un armario en el piso de arriba de una peluquería de Dunmurry. Era un tío enorme, ancho de hombros, con la clase de tripa que les sale a los hombres de mediana edad que no van al gimnasio tanto como solían pero que aún conservan un físico imponente.

¿Has pensado en cómo te vas a declarar?

Inocente, dije, y él pareció dudoso.

Debo informarte de que, si el veredicto es contrario a tu declaración, la sentencia será más severa.

¿Cuánto más severa?

Puede ser la diferencia entre la libertad condicional y una pena de prisión.

¿En qué sentido? ¿Cárcel? ¿En serio?

Hablaba en serio. Me dijo que pensara muy detenidamente en cuántas declaraciones había en mi contra y cuán detallada era cada una. El hecho de que todas las personas que habían hecho una declaración casualmente fueran amigos de Daniel Jackson no tenía relevancia. En el juzgado era su palabra contra la mía, y si ellos eran cinco y yo uno, las probabilidades estaban en mi contra.

Intenté explicárselo a mi madre, pero le costaba entender por qué me habían denunciado en primer lugar.

Fue una maldita pelea, ¿qué clase de persona pone una denuncia por una pelea?

Estaba sentada en un taburete en medio de la cocina. Tenía un caballete con un lienzo delante, el pincel en la mano. A su lado, en la barra, sus pinturas y pinceles en tazas y vasos de agua.

Ahora dime la verdad, ¿es una porquería?, dijo ella girando el caballete para enseñármelo.

No era una porquería. Tampoco era buenísimo. Era una copia de una fotografía que había encontrado en internet de dos caballos corriendo por una playa. Tenía la foto abierta en el portátil. He estado con esto todo el día, dijo. Desde las ocho de la mañana. ¿Ves las orejas? He trabajado dos horas sin parar en ellas. No las habré sobrepintado, ¿verdad?

A mí me parece un par de orejas que está bien, dije, y ella sonrió.

Tú siempre has tenido ojo para el arte. Incluso cuando eras pequeño, siempre estabas mirando cuadros.

Hundió el pincel en el color negro y clavó la mirada en la nariz del caballo mientras inclinaba el diminuto pincel al aplicar la pintura con ligeros toques. Pasaba horas todas las semanas copiando esas fotos que encontraba en internet, y luego intentaba venderlas. A veces le iba bien y vendía una o dos en un año: Madonna, Gerry Adams, un alsaciano. Era bueno para ella ser capaz de ganar unas cuantas libras para pagar las facturas que no cubría trabajando cuatro días a la semana limpiando la casa de otra persona. Y la incentivaba para seguir pintando y para mejorar, cosa que, supongo, estaba haciendo. Yo había intentado convencerla para que fuera a clase, pero no podía soportar estar en una habitación llena de gente que no conocía diciéndole lo que estaba haciendo mal; sus nervios no lo toleraban. No tenía tanta ansiedad como antes, pero hubo una época de su vida en que no podía hacer la compra sin que le saliera una erupción ni cruzar la calle sin temblar de las náuseas ante la idea de que la atropellaran. Vivir donde vivía no lo hacía más fácil; la casa que ocupaba ahora estaba justo en medio de la ciudad de Dunmurry, y no es que tuviera vecinos ni nada por el estilo: había una cooperativa de crédito a un lado, un barbero al otro. Había un Spar cruzando la carretera, y al lado un bar lealista llamado Dunmurry Inn. Todos los años encendían su hoguera la noche del 11 de julio en el aparcamiento que había detrás de casa de mi madre. A ella no le importaba, decía que eran en su mayoría chavales. Pero

una vez trataron de forzar la puerta principal. Creía que iban a entrar a matarla. Yo también lo habría pensado si hubiera crecido donde ella había crecido, en Falls Road, y hubiera vivido las cosas que ella había vivido.

Solo tenía siete años cuando comenzó el toque de queda. Recuerda helicópteros sobrevolando la carretera, el sonido de disparos por la noche. Tener que dormir en el suelo por si las balas perdidas entraban por la ventana. Llevaba tomando Valium desde que era una adolescente. Por entonces, no podía caminar por la calle sin que la empujaran contra una pared. Tenía que quedarse allí y aguantar, en silencio, mientras los británicos la registraban, bajando las manos entre sus piernas y luego subiéndolas. No era de extrañar que no pudiera dormir. Con todos esos sueños que tenía sobre estar tumbada en el suelo mientras las balas silbaban sobre su cabeza. El sonido de la voz de mi abuela en su oído: Todo va a ir bien, todo va a ir bien.

La observaba pintar. El pincel rascaba el lienzo.

¿Qué pasa con esa habitación?, dije. ¿Está vacía?

Casi, sí. Todavía queda un poco para acabar.

Había más que un poco; la minúscula habitación estaba llena de cosas que a mi madre no le cabían en ningún otro sitio. No tenía ventanas, y si te ponías en medio de la habitación y estirabas los brazos a los lados, podías tocar las paredes con las puntas de los dedos. Era cuestión de tiempo que nos echaran del piso, y si no encontraba otra cosa con Ryan, ahí es donde acabaría.

¿No hay cama?, dije desde lo alto de la escalera.

Tu abuela tiene un colchón de sobra.

¿Individual o de matrimonio?

Ahí no te entraría uno de matrimonio, hijo mío.

Miré dentro desde el pasillo. Era oscura incluso con la puerta abierta.

¿Puedo darme una ducha?, dije.

Adelante. Hay toallas en el armario del calentador de agua.

Debí de estar allí unos veinte minutos. Estaba usando la esponja de mi madre y todo, y era increíble, el calor, la calefacción, la frescura del vapor que subía. Era la primera ducha que me daba en un mes, desde la última vez que había ido a verla, y me sentía como un hombre nuevo.

De vuelta escalera abajo, mi madre se estaba estresando.

¿Te parecen bien esas patas? No se ven demasiado flacas, ¿verdad?

Había pintado las patas de los caballos de modo que las rodillas desaparecían en el agua, a pesar de que se suponía que el agua solo cubría

unos centímetros. No le salían los cascos. Les había dedicado siglos pero eran espantosos.

Nadie se dará cuenta, ¿no?

Los caballos no tienen pezuñas, mamá.

Por el amor de Dios.

¿Qué? ¿Preferirías que no te lo dijera?

Fulminó el lienzo con la mirada.

Tienes razón, dijo ella. Siempre tienes razón en estas cosas. Lo peor es que yo misma lo sé. Lo sé perfectamente. Solo finjo que no para hacerlo más fácil.

Cuando era pequeño, mi madre tenía un libro de arte que venía con pinceles y tubos de pintura al óleo que su mejor amiga Mary le había regalado por su cumpleaños. No había pintado nada desde que era adolescente pero siempre había dicho que era algo que quería hacer. Mi padre se rio de ella. Le dijo que también podría cortarse la oreja si quería, que no era capaz ni de pintar una pared. Mi madre se lo tomó a pecho. Me puso sobre sus rodillas una noche que mi padre no vino a casa –lo hacía de vez en cuando, para herirla– y me dijo que escogiera una foto para que ella la pintara. Elegí un perro, un foxhound. Tenía las orejas caídas y el cuello largo, manchas marrones sobre un pelaje blanco. Mi madre cortó la parte de atrás de la caja de Cornflakes y la usó como lienzo. Incluso a esa edad yo sabía que estaba haciendo algo que significaba algo para ella, y podía verlo tomando forma delante de mí, la nariz y la boca, la sombra alrededor de la oreja. Me metió en la cama antes de que estuviera acabado, pero cuando lo vi la mañana siguiente, pensé que era el mejor cuadro que había visto en mi vida. Mi madre sonrió. Ella sabía que era bueno, y se lo enseñó a mi padre, que también sabía que era bueno, pero no lo reconocería en la vida. No hasta que al fin ella se alejó de él y él exigió llevarme con él, y llevarse el cuadro. Quería el cuadro.

Me preguntaba si esa era la razón por la que seguía haciéndolo, si de algún modo todavía intentaba demostrarle a mi padre que se equivocaba.

¿Dónde está el perro?, le pregunté.

En casa de tu abuela. ¿La has ido a ver? Estuvo preguntando por ti. Siempre pregunta por ti.

Había terminado de pintar por ese día y estaba limpiando los pinceles. Era un proceso lento, tenía que sacar la pintura de las cerdas y sumergirlas

en trementina para aclararlas, y lo hacía metódicamente, un pincel por vez. Me recordaba a aquellas mañanas en las que me sentaba con ella en el sofá, antes del colegio, y la miraba maquillarse. Llevaba allí desde las siete de la mañana poniéndose todas esas cosas en la cara, embelleciéndose, decía, por si se encontraba con alguien de camino al trabajo. No tenía ninguna prisa, había seguido esa misma rutina desde que era una adolescente, y se notaba. Cuando se dirigía a la puerta para salir, comprobaba su imagen en el espejo que había al final de la escalera. Si veía algo que no era como se suponía que debía ser, entraba en pánico. Pero era demasiado tarde para hacer algo al respecto: tenía que recorrer Malone Road y limpiar la mierda del váter de otra persona. Eso es lo que ha estado haciendo los últimos quince años: limpiar las mansiones de otras personas por seis libras la hora.

¿Te acuerdas de Mairéad, la del final de la calle?, dije yo. ¿Mairéad Riley?

Ah, sí. Mairéad. No la he visto en siglos…

Su voz se apagó. Había visto algo en su cuadro y había girado el caballete hacia la luz que entraba por la ventana de la cocina. Es amiga mía en Facebook, dijo ella, distraída. Siempre comenta mis cuadros.

Sí, bueno. Hemos quedado unas cuantas veces.

¿Ah, sí? Apartó la vista de sus caballos y me miró. Su madre no está bien, ¿verdad?, dijo ella.

No, no lo está.

Y Mairéad, ¿está bien?

¿Qué quieres decir?

Bueno, que se puede heredar, sabes. La adicción. Es una enfermedad.

La había escuchado decir eso antes sobre otra gente y no sabía si era cierto, pero me molestó.

No es alcohólica, dije.

Solo era un comentario, hijo mío, siempre has tenido algo con ella.

No lo negué, pero tampoco reconocí nada.

Se va a mudar a Berlín, dije.

Ah, no me digas, ¿de verdad?

En los próximos meses, sí.

Mi madre suspiró. Esa clase de cosas la hundían.

Siempre me pareció que en el fondo era una chica triste, dijo ella. Yo creo que tú también lo pensabas. Creo que te daba un poco de pena.

Me reí. Yo pensaba que era al revés, dije.

Fue como si hubieran tirado un plato al suelo. Mi madre se puso rígida.

Vi como surgía la emoción en su rostro, de la nada. La culpa.

¿Por qué ibas a darle pena?, dijo ella.

No se la daba, lo he dicho en broma.

Entonces ¿por qué lo has dicho?

Era una broma, mamá. Solo estaba bromeando.

El momento pasó. Mi madre sacó una caja de varitas de pescado del congelador. Cogió cuatro y las metió en el horno, sacó la mantequilla de la nevera y encendió el hervidor.

¿Sabes algo de Anthony?, dijo ella.

No, ¿por qué?

No me responde al teléfono, otra vez.

Seguro que está bien. Probablemente está trabajando.

No lo creo.

Levantó el caballete por las patas y lo colocó al lado de la puerta de atrás, luego recogió las servilletas absorbentes que había usado para limpiar sus pinceles y guardó sus tubos de pintura. Tenía la cara pálida, cerrada como una tumba, mientras vaciaba una taza de agua turbia en el fregadero.

No te lo había contado, dijo ella. Pero robó el coche de Bernice.

¿Qué quieres decir con que le robó el coche?

Me contó que Anthony se había levantado como de costumbre y había desaparecido con sus colegas para ir a una fiesta en algún lugar de Twinbrook, solo que esa vez había entrado a hurtadillas en casa de madrugada, había cogido la tarjeta de su mujer y se había largado con el coche, dejándola sin dinero, sin comida en la nevera y sin manera de llevar a los niños al colegio. Bernice tuvo que meter a los niños en un taxi e ir a la casa donde había oído que Anthony estaba de fiesta, pero él no salió; ni siquiera con sus hijos allí. Tiró las llaves de Bernice por la ventana y la cerró de golpe.

¿No podrías llamarle o algo?, dijo mi madre.

¿Para qué? ¿Qué le voy a decir?

Para hablar con él, no sé.

Soy la última persona con la que querría hablar, mamá.

No, no lo eres. Él te escuchará. Te escuchará más que a cualquier otra persona.

Sacó las varitas del horno y las colocó en un plato con dos tostadas. Era lo mismo todas las noches: varitas de pescado y tostadas. Ensalada si tenía ganas de algo elaborado. Lo llevó hasta el sofá con una tetera y se sentó

con los pies encima de la mesa baja. Ahora voy a poner algo, dijo refiriéndose a la tele.

Esa era la señal para que me fuera.

Me agaché para darle un beso y me cogió de la mano. Tú no tomarías ninguna de esas drogas, ¿verdad, hijo?, dijo ella. Las drogas están destrozando a nuestro Anthony.

Sí, lo sé.

Había un grupo de tíos sin camiseta en círculo en el Astra al final de Summerhill Drive. Ya estaban con la cerveza, y tenían los temas puestos. El tipo hardstyle que te da ganas de pelea. Y hacía sol también, en algún que otro jardín estaban haciendo barbacoas, y había niños por todas partes. Jugaban al fútbol y se perseguían con palos. No podías caminar diez metros sin que uno se pusiera a correr a tu lado pidiéndote dinero. Les dije que no tenía suelto. Demuéstralo, dijeron, y me paré en medio de la calle y puse los bolsillos del revés.

Era como si hubiera estado de vacaciones. No había cambiado nada, pero todo parecía diferente. La forma en que me miraba la gente. ¿Qué haces aquí?, decían esas miradas. Seguí adelante hacia Gardenmore Road, donde vivían mis abuelos. Quería coger el cuadro del perro que había pintado mi madre, pero no había nadie, y no habían dejado la puerta trasera abierta como solían hacer cuando yo era pequeño. Bastaba que un capullo del barrio intentara forzar la puerta y todo desaparecería. Me senté en el banco de su jardín de delante y observé a la mujer del otro lado de la calle regar sus plantas. Su casa era la última, y bajo los aleros había un mural de Bobby Sands. Era el mismo retrato que usaban para todo, el retrato en el que lleva el jersey de pico rojo y la camisa con el cuello blanco. Mi madre siempre decía que no se parecía en nada a él, y ella sabía de lo que hablaba. Él vivía a la vuelta de la esquina de su casa cuando ella era pequeña.

El día de su funeral, cien mil personas llenaron la carretera desde Twinbrook hasta el cementerio Milltown. Mi madre no pudo ir. Estaba embarazada de ocho meses de mi hermano mayor, Gerard, y le preocupaba que pasara algo. En su lugar, se quedó enfrente de la iglesia de Saint Luke y vio cómo sacaban el ataúd. Lo que más recordaba era la enorme multitud, y el silencio. Podría haberse oído el vuelo de una mosca, me contó. Luego de repente aparecieron los helicópteros; era como si hubieran subido el

volumen. A través de la multitud, mi madre miró fijamente la puerta de la misma iglesia por la que ella había salido unos meses antes, de la mano de su marido, bajo una lluvia de confeti. Tenía diecisiete años. Así eran las cosas antes. No importaba lo joven que fueras, si te quedabas embarazada te mandaban al altar con un vestido alquilado antes de que se te notara la tripa. A los diecinueve, tuvo a Anthony, y a los veinte la familia se mudó a Nueva York. Se suponía que era un nuevo comienzo, tenían el apoyo de una tía rica que los acogería durante unas semanas mientras encontraban trabajos y un lugar donde vivir. A los tres meses de aquella etapa de dos años, el padre de Gerard y Anthony llegó a casa del bar y le pegó. Era su veintiún cumpleaños.

Me fui de casa de mi abuela y me dirigí a Summer Hill, donde vivíamos antes. Hacía calor. El sol me escocía en la nuca, y mientras caminaba por la calle más allá de Saint Mark, me acordé de lo que mi madre me había contado sobre cuando volvieron a Belfast. Ella tenía veintidós años. Había intentado que las cosas funcionaran con el padre de Gerard y Anthony, pero él había seguido bebiendo, llegando a casa tarde por la noche y pegándole. Volver unas semanas antes que él le permitió hacer algo al respecto; fue a ver al cura y le pidió la nulidad. El cura le dijo que lo haría, sin problema, si ella le daba quinientas libras. Mi madre no tenía tanto dinero. Nadie lo tenía. El cura le dijo que no le diera a su marido motivos para levantarle la mano, y se despidió.

Por eso nunca tomaba la comunión. No está permitido tomar la comunión si estás viviendo en pecado, y mi madre se había divorciado. Tuvo un hijo más, con otro hombre. Mi padre. Vivió con nosotros durante unos cuantos años después de que yo naciera, y luego se quedó sola otra vez, ahora con tres niños, en una casa de protección oficial que no habría conseguido si el concejal local de Sinn Féin no se hubiera empeñado en ayudarla. Ahora me había parado delante de esa casa, nuestra casa, aunque pertenecía a otra gente que la había embellecido con jardineras y macetas colgantes. Había un banco también, y un árbol que habían plantado en la esquina del jardín. Me apoyé con la mano en la pared y fingí que me ataba los cordones. Las cortinas estaban abiertas, y en el alféizar había una planta con las hojas marchitas y amarillas.

Deberíamos haber seguido viviendo allí, era nuestra casa. Pero protección oficial echó a mi madre en cuanto me mudé a Liverpool. Dijeron que ella ya no necesitaba todas esas habitaciones; sus hijos habían crecido y se habían ido de casa. La pusieron en la lista de espera con todo el

mundo y le dijeron que esperara. Así es como acabó en la habitación que mi abuela tenía libre. Estuvo allí atrapada un año antes de tomar las riendas y encontrar un lugar de alquiler en esa casa de Dunmurry. Cuesta una fortuna, y tuvo que coger más trabajos de limpiadora para mantenerse a flote. Pero ya no era joven. Tenía casi cincuenta años y le costaba seguir el ritmo que sus empleadores esperaban de ella. Tenía la espalda destrozada por la ciática, y sufría infecciones renales que la dejaban fuera de juego durante semanas enteras. Mis hermanos hacían lo que podían para ayudarla, pero tenían que preocuparse de sus propios hijos, y yo no ganaba ni para pagar la factura del teléfono. Por eso pintar era bueno para ella. Aunque solo vendiera uno o dos al año, lo notaba.

Tomé el atajo del callejón de detrás de la casa de Danielle Porter y salí a la carretera principal. Iba caminado por River Path para volver a Gardenmore Road, pero me distraje al ver a una multitud en la zona de hierba al final de Aspen Walk. Estaban mirando a un hombre que se había subido a una escalera e intentaba sujetar la sábana que habían colgado sobre el mural de Carol Ann Kelly. Pregunté qué estaba pasando y una mujer me contó que el mural se había estropeado hacía unos años, durante una tormenta. Ahora iban a descubrir uno nuevo. En la parte de atrás de la multitud, había un grupo de tíos en el asfalto, mirando. Uno de ellos estaba sentado en una moto scrambler. Se apoyó con los codos sobre el manillar y sacó mugre de debajo del chasis. Reconocí al hermano pequeño de Finty McKenna. Tenía la capucha puesta a pesar de que hacía un calor tórrido. El sol caía a plomo y él estaba vestido como si fuera a esquiar.

Eh, Seany, me dijo. ¿Tienes un piti?

No, nada de pitis.

¿Y maría? Danos un poco para un porro.

Le mandé callar y me acerqué a la multitud. Deirdre Mulholland estaba en el escenario que habían montado, con un micrófono y un ampli. Era la concejal local de Black Mountain. Pronunciar unas palabras sobre el mural y el artista, y explicar por qué era importante mantener vivo el recuerdo de Carol Ann formaba parte de su trabajo: A menudo son las personas más vulnerables de nuestra comunidad las que sufren, y no se les debería olvidar más que a nuestros prisioneros y voluntarios, dijo. Entonces otra mujer se puso en pie. Pertenecía al grupo Parientes por la Justicia. Le dio las gracias a la madre de Carol Ann por todo el trabajo que había hecho para la campaña, y a su hermano y a su hermana. Estaban al fondo del jardín de su madre; el mural miraba directamente a la casa.

Entonces me acordé de todo, de las historias que mi madre solía contar, y en particular esta sobre Carol Ann Kelly el día que cayó en la puerta con una botella de leche. Había ido a la tienda para hacer un recado al viejo que vivía en la puerta de al lado; él le daba cincuenta peniques por las molestias y ella iba. Había llegado al jardín del viejo, estaba a punto de abrir la puerta cuando un todoterreno ocupado por Royal Fusiliers se detuvo y disparó dos balas de plástico. Carol Ann fue alcanzada en la nuca. Llamaron a una ambulancia, que llegó lo más rápido que pudo, pero los británicos les dijeron que no había pasado nada, que eran disturbios menores, y no dejaron a los paramédicos cruzar el cordón. Eso fue lo que lo cambió todo. Esos minutos que pasaron mientras Carol Ann perdía y recuperaba la consciencia, cuando su madre la sujetaba en brazos y les gritaba a los británicos que dejaran pasar a los paramédicos. Para cuando la llevaron corriendo al hospital y le aplicaron el soporte vital era demasiado tarde. Murió el 22 de mayo de 1981. Tenía doce años.

Imaginad el pánico de la madre cuando salió corriendo de su casa a acunar a su niña mientras moría en el suelo, dijo la mujer de Parientes por la Justicia. Imaginad el dolor de la familia velándola mientras estaba conectada a una máquina. Imaginad cuando tuvieron que desconectarla.

Miré a la multitud y vi hombres y mujeres que debían de tener la misma edad que Carol Ann cuando fue asesinada, que probablemente la conocían y jugaban con ella en la calle. Habían traído a sus hijos. A sus nietos también, y no armaban jaleo. Observaban solemnemente, y cuando descubrieron el mural, inclinaron la cabeza a un lado, con curiosidad, como si intentaran recordar de qué la reconocían. Avancé unos metros para ver mejor. El mural era parecido al que había antes, solo que esta vez Carol Ann estaba sonriendo con los labios cerrados, tímidamente, como si no quisiera decir patata. Hubo un aplauso. La gente salió de sus casas con té y sándwiches que pasaban por encima de las vallas de sus jardines. Los niños se bajaron de los hombros de sus padres para jugar con sus amigos en la hierba.

Crucé la carretera para ir a River Path. El camino estaba salpicado de cristales que brillaban al sol, y la hierba estaba chamuscada por todos los cubos que habían robado y quemado. Era la clase de sitio por el que la gente solo pasaba de día, cuando era seguro, pero los fines de semana les pertenecía a los chavales del barrio. Cuando éramos pequeños nos bebíamos nuestras litronas allí, fumábamos porros. Escuchábamos Happy Hardcore en altavoces radiocasetes que necesitaban pilas nuevas después

de cada tres canciones. Ahora los jóvenes estaban haciendo lo mismo. Los vi escondiéndose en los setos que bordeaban la orilla del río. El hermano pequeño de Finty apiñado con sus colegas, con las capuchas puestas, pasándose una bola de tabaco de mascar que se metían en la boca y chupaban. Nosotros no éramos muy diferentes a su edad. Pero se veía de otra manera. Todo el barrio se veía diferente.

Crucé la carretera hacia la iglesia de Saint Luke. Era pequeña y cuadrada y no parecía una iglesia, no tenía campanario ni nada de eso, y si no fuera por la cruz del tejado, uno pensaría que es parte del colegio. Había un jardín conmemorativo a un lado del edificio, el jardín de la Celebración de la Vida. Dedicado a toda la gente del barrio que se había suicidado. Me quedé allí un rato, mirando las flores. Pensando en lo jóvenes que eran todos. Por el rabillo del ojo, vi a un tío con una escalera colgada del hombro caminando hacia mí. Era el colega de nuestro Anthony, Marty. No había visto a Marty desde antes de marcharme a Liverpool. Me había recogido del Thompson's una noche en el taxi que condujo una temporada después de perder su trabajo en Bombardier, donde despidieron a la mitad del personal hace unos años, cuando empezó la recesión. Ahora limpiaba ventanas.

¿Cómo va todo?, dije. ¿Tirando?

Joder, Sean. ¿Tirando? Con suerte me llega para echar una apuesta a final de semana.

¿Sigues viviendo en Poleglass?

No, joder. Conseguí un pisito en Glasvey. Ven, te lo enseño.

Yo ya iba a volver por la carretera, pero Marty insistió. Me dio su cubo y su palo telescópico para limpiar cristales y me hizo seguirlo a las casas que estaban al otro lado de la plaza; se inclinaba hacia un lado por el peso de la escalera, con su metro sesenta y cuatro, parecía un personaje cómico con los vaqueros caídos hasta el culo, sus Nike Air Max haciendo chof cuando caminaba. Me contó que debía hacer veinte casas el día siguiente, y que tenía una reunión con un tipo para un bloque de pisos en Dunmurry. Era un trabajo importante, suficiente para dos personas y, si todo iba bien, podría llevarse a su hermano con él. Su hermano llevaba sin trabajo un año. Tenía un niño y todo, y Marty no quería dejarlo en la estacada. Le sujeté la escalera y miré mientras abría el candado y entraba en el cobertizo que había en la parte trasera de su piso. Metió la escalera con el cubo y los secadores, el palo telescópico, y la botella de vinagre que usaba junto con el limpiacristales. En el otro lado de la puerta del cobertizo había

colgados un par de impermeables, dos petos de alta visibilidad y un casco de cuando Marty era enlucidor. Me enseñó su cinturón de herramientas. Lo sacó del gancho y lo extendió para que lo viera.

Me lo dieron cuando era aprendiz, dijo. Una maravilla, ¿no?

Por dentro, su piso era pequeño, parecía vacío. La cocina olía a lejía, y los pocos platos que tenía –un plato grande, un plato pequeño y un bol– estaban bien colocados en el escurreplatos. En el salón, colgada de la pared por encima de la tele, había una foto enmarcada de Ian Rush. Había una estantería de cedés, y en lo alto de la estantería había un trofeo de fútbol: JUGADOR DEL AÑO 1997 DE LA ASOCIACIÓN PROFESIONAL DE FÚTBOL: MARTIN CAFFERY. No había fotografías, ni cuadros, la desolación del piso me hubiera deprimido si no hubiera sabido que era exactamente así como le gustaba a Marty.

Me voy a dar una ducha. ¿Quieres una taza de té?

Nah, estoy bien. Voy a ir tirando, dije.

Espabila, joder. Serán dos segundos.

Salió de su habitación diez minutos después con unos vaqueros y una camisa que se abotonó mientras daba vueltas por la habitación. Luego desenroscó la tapa de un bote de crema E45 que tenía sobre la mesa y se untó las manos con ella. La piel de sus nudillos se caía a trozos. Le pregunté si había visto a nuestro Anthony últimamente y dijo, Nah, chaval. Hace tiempo que no. Yo me mantengo alejado de esa locura.

Está en plan niñato, dije.

Sí, eso he oído.

Se paró delante del espejo y se peinó hacia delante el pelo de las sienes. El gel efecto mojado que había usado para moldear el flequillo se había endurecido. Le veía el cuero cabelludo. Tú me conoces, Sean. No soy de los que van por ahí hablando de los demás, pero me da pavor encontrarme aquí al hijo de puta, dijo.

¿A quién? ¿Anthony?

Está en el Laurel Glen seguro, ¿no es adonde ibas?

Lo pensé durante un segundo, luego dije Sí, claro, y esperé a que acabara de arreglarse el pelo.

5

El Laurel Glen era más pequeño de lo que recordaba, y oscuro. La fuente principal de luz venía de la mesa de billar, que brillaba como un campo iluminado en una esquina de la estancia. A su alrededor se turnaban dos chicos con camisetas del Celtic. Se movían por la luz como si pudieran ver cosas que nadie más veía, y entizaban el taco. La barra se encontraba al lado de las tragaperras, y la mujer de detrás de la barra estaba hablando por encima de los tiradores de cerveza con Anthony. Marty le dio un toque en el hombro. Anthony se dio media vuelta y me miró fijamente durante un segundo, como si intentara caer en quién era yo. Luego estalló. Me cogió por el cuello y me estrechó entre sus brazos.

Aquí está mi hermanito. Vuelve con los chicos mayores. ¿Qué quieres, una pinta? ¿Un vodka? ¿Una bolsa de coca?

Las tres cosas, dije, y él se rio.

¿Eres mi hermanito o qué?

Me invitó a una pinta. También invitó a una pinta a los parroquianos que estaban allí sentados. Luego le preguntó a Marty qué quería, pero Marty dijo, Nada, estoy bien, y Anthony le miró.

¿Qué quieres decir con que estás bien?

Mañana tengo trabajo. Me lo estoy tomando con calma.

Anthony estaba desconcertado. ¿Te puedes creer lo que ha dicho este gilipollas? Es el capullo más estirado que he conocido en mi vida. Invito a esta ronda, Marty. ¿Qué tomas, una pinta? Ponle una pinta.

Anthony, en serio…

Calla la puta boca y tómate la pinta, ¿vale?

Pusieron tres pintas en la barra, y una ronda de chupitos.

De ninguna manera, dijo Marty. No voy a beber.

Ah, venga. Solo uno.

Ni de coña.

Cogió su pinta y fue a la puerta de al lado, a ver a los corredores de apuestas, dejándome con Anthony en la barra.

Había engordado desde la última vez que lo vi. Tenía la cara hinchada y tumefacta, y una barriga enorme. Estaba demasiado gordo para la camisa que llevaba, y para los vaqueros de campana, que estaban rotos en la rodilla y manchados de algo que parecía sangre. También se había quedado sin voz, y todo lo que decía se oía mal. Cuatro días de juerga seguidos provocarán eso. Llevarán a tu cuerpo a un lugar en el que no quiere estar. Se veía en la manera en que estaba encorvado, la mano en el respaldo del taburete, parpadeando pesadamente.

Por cierto, ¿a qué has venido?, dijo él.

Le conté que había tenido una reunión con mi abogado. Me miró como si no supiera de qué estaba hablando, luego sonrió, me pasó el brazo por el cuello, y me arrastró hasta los tíos que jugaban al billar. El hermanito ahora noquea capullos, les dijo. Fue a la universidad y los está dejando KO, ¿no es cierto, chaval? Cuéntales lo que pasó.

Se lo conté sin cargar las tintas, esos tíos no eran de los que se impresionan con ese tipo de cosas. Les dije lo que había pasado: me metí en una pelea en una fiesta en una casa y dejé a un capullo inconsciente. Anthony creía que era la hostia. ¿A quién os recuerda eso?, dijo él, y ellos dijeron: A ti. Nos recuerda a ti. Me atrajo hacia él y me besó en el lado de la cabeza.

Adoro a este chaval, joder. Moriría por él, ¿o no?

Le dije que sí, y me miró como si estuviera a punto de llorar.

En lugar de eso pidió otra ronda de chupitos e intentó que Marty se tomara uno. Había vuelto de ver a los corredores de apuestas con un fajo de resguardos y estaba mirando la pantalla que había sobre la barra, esperando la siguiente carrera.

¿Y qué me dices de un tirito de esto?, dijo Anthony.

Se sacó una bolsa de coca del bolsillo y la agitó en círculos en la cara de Marty.

Aparta eso de mí.

¿O qué? ¿Qué vas a hacer?

Le hizo una llave de cabeza a Marty y le destrozó el peinado.

Joder, Anto. Para ya, ¿vale?

Me sentí mal por Marty, él claramente no quería estar allí, y Anthony lo estaba torturando. Mira a ese capullo con su camisa Ted Baker, dijo. Demostrando que tiene mucha pasta, ¿o no, tíos? Ven aquí hasta que te meta una hostia. Sean, dale una hostia. Dile que espabile y se meta una raya.

Yo no entendía por qué se había molestado en ir Marty. El Laurel Glen no es la clase de lugar adonde vas a tomar algo de tranqui. No con tarados como nuestro Anthony rondando. Yo me voy a meter un tiro, dijo él, y se fue tambaleándose hacia el baño. Marty me miró. Anthony le había llamado antes ese día, dijo, le había dicho que si no iba al bar y se tomaba algo con él, se presentaría en el piso de Marty. Destrozaré tu casa, le había dicho, por lo que no le había quedado otra alternativa que ir y estar con él. Y aguardar a que se le pasara el colocón, con la esperanza de que en algún momento Anthony finalmente se calmara y volviera a casa con su mujer y sus hijos. Pero eran las seis de la tarde y Anthony no daba muestras de ir a ninguna parte.

No para, dijo Marty. Simplemente sigue.

Vi que se estaba dando cuenta de lo que le esperaba, la perspectiva de estar atrapado con Anthony el resto de la noche y aguantando los palos que este le daba. Haciendo todo lo que pudiera por sacarlo de esa espiral. Porque era probable que Anthony estuviera buscando un lugar adonde ir tan pronto como avisaran de que era la última ronda, y si tú tenías un piso vacío, sin mujer, ni hijos, se iría a casa contigo. Era obvio. Ello hacía que beber con Anthony sin llegar a su nivel te pareciera como si estuvieras sufriendo algún tipo de tortura. Por tanto, su misión era llevarte a su nivel. Eso era lo que compensaba toda la experiencia, porque una vez que estabas ahí, podía ser la mejor farra del mundo.

Anthony apareció a mi lado. ¿Un tirito?, dijo meneando la bolsita.

Creía que no lo ibas a preguntar nunca, dije.

Había dos cubículos en el baño de hombres y los dos estaban ocupados. Nadie iba a los urinarios, y ni una persona en la cola dijo ni una palabra sobre que siete tíos necesitaran cagar exactamente a la misma hora. Entonces las puertas de uno de los cubículos se abrieron. El hombre que salió le dio algo al hombre que estaba al principio de la cola. Lo mismo volvió a pasar con el otro cubículo, salvo que el hombre que salió le entregó algo al tío que yo tenía delante. Todos vieron lo que estaba pasando y se echaron a reír. Cuando llegó mi turno de ser el primero de la fila, el tío de detrás me dio un toque en el hombro y dijo, Eh, te están

buscando. Me di la vuelta para ver de qué estaba hablando y me di cuenta demasiado tarde de que estaba intentando colarse.

Colega, aquí hay una cola, dije.

Sí, y yo estoy el primero, ¿qué vas a hacer?

Presionó su cabeza contra la mía, levantando el puño, y por encima de su hombro vi a sus colegas mirando, esperando que yo le pegara. Di un paso atrás. Levanté las manos y dije Vale, no hay problema, y le cedí mi sitio. Sus colegas se rieron. Los hombres que estaban a mi alrededor también.

Has venido al sitio equivocado, chavalote, dijeron.

Cuando volví al bar, una multitud se había reunido alrededor de la mesa de billar y estaban cantando, Par-ty Mar-ty, Par-ty Mar-ty, Par-ty Mar-ty. Marty estaba de pie encima de la mesa de billar. Tenía la camisa abierta y estaba bailando con las manos en alto.

Lo tenemos, dijo Anthony.

¿Qué quieres decir con que lo tenéis?

Cogió su pinta y me indicó con un gesto que había condimentado la de Marty con M.

Estará de fiesta toda la semana, dijo.

Anthony solía llevarme al Lauren Glen cuando era pequeño. Me pedía una Coca-Cola y una bolsa de patatas y me sentaba con él y sus colegas y los miraba jugar al billar. John Boy, Buzz, Speedy, Rabbie Duck y Pigeon. Marty Caffery. Esos eran los nombres que veías escritos en las vallas y paredes de todo el barrio, y eran famosos por eso, por las locuras que hacían. Los espectáculos que montaban en coches que robaban en los barrios pijos de Lisburn. Yo solo era un crío, de unos trece años, y muchos de nosotros nos reuníamos en la carretera que cruzaba Twinbrook, vitoreándolos. Nos encantaba. Lo locos que nos volvíamos al verlo. El chirrido de las ruedas, el humo. El olor de neumático quemado. Era como si estuvieran abriendo en canal la carretera. Entonces los polis llegaban en sus enormes y aparatosos furgones. No tenían ninguna oportunidad, los matones eran demasiado rápidos para ellos, y nosotros teníamos ladrillos y botellas que les arrojábamos hasta que se largaban del barrio. No había sensación mejor que verlos irse. Era como si los estuviéramos echando de nuestro territorio. Luego conducían el coche robado hasta las pistas de deporte y lo quemaban. Los conductores desaparecían en la noche.

Nosotros nos reuníamos alrededor con las capuchas puestas y mirábamos cómo se derretían los asientos devorados por las llamas.

Ellos eran la gente que yo admiraba cuando era un chaval. Ellos eran quien yo quería ser. Los putos locos, a los que todo el mundo conocía y de los que todo el mundo hablaba cuando estábamos en la calle: ¿Te acuerdas de aquella vez que Speedy apareció en un Audi TT nuevo? Se lo robó a algún gilipollas de Malone Road. Entró en su casa en plena noche y le quitó las llaves de su mesita de noche. Estaba allí ese día, en el Lauren Glen. Estaba en las tragaperras, tirando libra tras libra. Intenté hablarle de los coches en los que solía volar, pero estaba mudo, seguía buscando calderilla en los bolsillos. Me fijé en la cicatriz que iba de la comisura de su boca a la oreja y recordé que unos hombres del barrio habían irrumpido una noche en su casa e intentaron rajarle la cara. Tenía una cicatriz en el otro lado también; empezaba en la ceja y bajaba hasta la barbilla. Ya no parecía el mismo. Anthony me echó el brazo alrededor del cuello y me condujo de vuelta a la barra.

Déjalo en paz, tiene el cerebro frito, dijo.

Marty estaba allí, estaba apoyado de espaldas en la barra, maldiciendo al mundo y a todos lo que vivían en él. Su camisa seguía abierta. Su tripa sebosa le colgaba sobre los vaqueros.

Tu hermano es un hijo de puta, dijo.

Yo asentí. La mujer de detrás de la barra también asintió. Había pillado a Anthony esnifando coca encima de la barra y le estaba gritando.

Hazlo en el baño, joder, por el amor de Dios, dijo ella.

Anthony se rio. Toma un poquito de farla, va, dijo él.

Quítame eso de la cara.

Vamos, Veronica. Suéltate la melena. Tú y yo nos fugaremos.

Slugger, está intentando convencerme para que tome esa porquería.

Slugger levantó la vista de su teléfono. ¿No tiene vetada la entrada?, dijo.

Hace meses. Eso no le detiene.

No tengo vetada la entrada. ¿Quién me va a vetar? ¿Tú?

Slugger miró a Veronica y Veronica le fulminó con la mirada como diciéndole «¿Vas a hacer algo de una puta vez?». Durante un segundo, pareció que Slugger estaba contemplando la posibilidad. Pero luego vio cómo miraba Anthony, y bajó la cabeza.

Nah, Anto. Yo no haría una cosa así, dijo.

¿Ves? Aquí todos somos amigos, ¿verdad, Slugger?

Sí, todo bien.

Ese era el efecto que Anthony tenía sobre la gente. Conocían su reputación y no había ningún gorila lo suficientemente estúpido para ponerla a prueba; era una bestia de otro pelaje. Lo había visto con mis propios ojos muchas veces, en la puerta de bares y discotecas, en la calle. Era lo que hacía que me sintiese seguro en lugares donde otra gente no se sentiría segura. Lo único que tenía que decir era: ¿Conoces a Anto Quinn?, y ya estaba. Los tíos más duros de las fiestas en las casas se convertían en mis mejores amigos. Me estrechaban la mano y me decían El Anto es una leyenda. Dile al Anto que he preguntado por él. Eh, toma una cerveza. Una raya. Toma lo que quieras, solo asegúrate de que Anto se entera. Así fue ese día, en el Laurel Glen. El tío que se había metido conmigo en el baño vio con quién estaba y se puso completamente pálido.

Eh, tío, no sabía quién eras, dijo. Conozco a tu hermano.

Podría haberle dado un puñetazo. Podría haberle pegado en la cara en medio del bar y nadie habría hecho nada. Ni sus amigos ni los gorilas. Ni siquiera Veronica. Podría haberle hecho quedar como un capullo. Podría haberle dicho: ¿Dónde están tus colegas ahora, chavalote? y haberle estampado contra la pared. Hacerle sentir tan pequeño y débil como me había sentido yo cuando él se metió conmigo en el baño, y podía hacerlo delante de todo el mundo, de todo el bar, con Anthony allí, animándome como hacía cuando yo era un niño.

Vamos, Sean. Pégale. Patéale los huevos.

En cambio, dejé que me diera la mano. Era mejor dejarlo estar.

Anthony me dio veinte libras y me hizo jurar que volvería en cuanto acabara mi turno. Tomaría otro taxi de vuelta.

Dame una dirección y allí estaré, dije.

No me había dado cuenta de lo colocado que estaba. Había tomado mucha coca.

Que tengas una buena noche, dijo.

Había una cola que iba de la puerta al aparcamiento. La sala del piso de abajo estaba petada. Cogí lo que necesitaba del almacén y llevé dos cajas de refrescos a la planta superior. Normalmente éramos ocho trabajando en la barra de esa zona, pero habían despedido a dos personas el fin de semana anterior y no habían cogido a nadie para reemplazarlos. El ambiente era tenso. Las noches del jueves eran una locura incluso con todo

el equipo, y había mucho trabajo antes de que abrieran las puertas: había que rellenar las neveras, cortar limas, llenar cubos de hielo, colocar las alfombrillas de cerveza, colocar los dosificadores en las botellas de alcohol, las cajas de Red Bull entre los vasos de plástico. Todo en el intervalo de quince minutos desde que empezaba nuestro turno hasta que abrían las puertas de la discoteca, y sin personal de planta para echarnos una mano: estaban en la sala poniéndose hasta las cejas incluso antes de que lo peor de la noche hubiera empezado. Y por molesto que fuera tener tan poco tiempo para organizarnos antes de que nos golpeara la ola de unos seiscientos estudiantes intentando que el vodka doble les saliera gratis, esa noche a mí ya me iba bien que todos estuvieran corriendo presa del pánico, demasiado distraídos para darse cuenta de que me pasaba algo, de cómo tenía los ojos. Si no hubiera sido porque Anthony me había dado lo que quedaba en una de esas bolsitas que pasaban de mano en mano en el Laurel Glen ese día, hubiera colapsado, y eso habría hecho que todo fuera peor. Tener que trabajar en medio de una manada de estudiantes ansiosos subiéndose encima de la barra, agitando sus billetes de cinco para intentar llamar mi atención.

Te he dado uno de veinte, dijo uno de ellos, haciéndose el listo.

Ni lo intentes.

Que sí. Lo juro por Dios…

Siempre lo intentaban, esos capullos con camisetas de fútbol gaélico. Tirando puñados de calderilla en la barra empapada, mirándome como si yo fuera un pringado cuando les decía que lo recogieran y me lo dieran en la mano. La barra era laminada. Intentar levantar un montón de monedas de diez y de veinte de una barra laminada cuando estaba mojada era imposible a menos que tuvieras unas buenas uñas, y no era mi caso. Podían insultarme tanto como quisieran, lo único que tenía que hacer yo era decirles te jodes, no te sirvo, y atender al siguiente cliente, que había visto como le había ido al último capullo pretencioso y se comportaba como es debido de inmediato, y añadía un por favor y un gracias.

Dio la medianoche antes de que pudiera escaquearme al baño de empleados. Me metí dos puntas, luego una más por si acaso, y cuando comprobé cuanto quedaba en la bolsita, me sentí tentado de meterme el resto, así no tendría que preocuparme por llevarla encima. De vuelta en mi puesto, estaba a tope, la música y las luces, las chicas haciéndome carantoñas al otro lado de la barra, y estaba trabajando a tope, sirviendo a tres o cuatro personas a la vez, haciendo bromas, riendo, corriendo de un

lado a otro como un loco. No tenía ni idea de que Dee estaba detrás de mí. Podría llevar ahí toda la noche y no me habría dado cuenta. La coca me había pegado de esa manera. Lo desdibujaba todo.

Ven aquí un segundo, dijo.

Me llevó al almacén e intentó darme una charla sobre algo que le había dicho su padre sobre que su personal lo tenía por un gilipollas. Había habido una queja, y creo que pensaba que la había puesto yo. Pero era complicado con las chicas relaciones públicas sentadas en el rincón, en unas cajas que habían puesto del revés. Dee tuvo que bajar la voz para que no le oyeran, pero también tenía que hablar lo suficientemente alto para que entendiera lo que decía con la música de fondo. Yo no sabía de qué me estaba hablando, pero me daba cuenta de que le preocupaba: no paraba de pasarse las manos por el pelo y de mirar hacia las chicas. Luego me gritó en voz baja, entre dientes, y eso me hizo partirme; estaba doblado, riéndome. Dee pensó que me pasaba algo. Comprobó el estado de mis ojos y todo.

¿Has tomado algo?, dijo.

¿Yo? No.

¿Seguro?

Se me puso justo delante de la cara.

No hagas eso, dije.

¿Qué?

No te plantes delante de mi cara así, Dee. En serio.

¿O qué? ¿Qué vas a hacer?

Adelantó la barbilla. Un clip corto y afilado y sería su fin, apagado como una luz. Tenía suerte de que estuvieran las relaciones públicas allí. Una de ellas se levantó y dijo ¿Qué pasa, nos vas a mandar a casa o qué? Se llamaba Ciara, medía más de metro ochenta con tacones. Cuando caminaba hacia a ti, te rendías. Dee no era una excepción. Intentó sacar el teléfono del bolsillo y se le cayó al suelo.

¿Qué dice en el cuadro de turnos?, preguntó.

Se suponía que yo tenía que acabar a las doce.

Sí, yo también, dijo otra chica.

Yo ni siquiera debería estar aquí.

Vale, dadme dos minutos.

Dee me echó un último vistazo y desapareció.

Los gorilas fueron nuestros colegas esa noche, tenían tanta prisa por largarse como nosotros, y trabajaron sin piedad, le arrancaron las bebidas

de las manos a la gente en cuanto se encendieron las luces, intimidando a cualquiera que remolonease, los acompañaron hacia las puertas y el aparcamiento donde les dejaron para que se las arreglaran solos. La única posibilidad que teníamos de marcharnos antes era asegurarnos de que la discoteca estuviera lo suficientemente limpia para que Dee nos dejara irnos, cosa que hizo, después de comprobar que todo se había hecho como era debido, incluyendo la zona de fumadores, donde nos pasamos veinte minutos recogiendo colillas de cigarrillos que se habían caído entre las rendijas de la tarima, pescándolas directamente con los dedos.

El personal de barra y el personal de sala y las relaciones públicas que había visto antes en el almacén estaban esperando en la sala, mirando sus teléfonos, hablaban arrastrando las palabras sobre lo que harían cuando llegaran a casa, lo que comerían, cuanto dormirían. Empezó a comentarse que había una fiesta en casa de Jokey en Carrick Hill. A nadie le interesaba, el fin de semana acababa de comenzar y estar de bajón antes de la noche del viernes no era una buena idea. Entonces alguien dijo, Que le den, y compró una botella de vodka en la barra. Hubo risas, unas cuantas miradas de reojo. Big Billy de East Belfast se puso de pie de un salto y dijo, Claro, ¿por qué no? El humor cambió. La gente decía, ¿Vas a ir? ¿Vas a ir? Iré si tú vas. Incluso las relaciones públicas que tenían los pies destrozados de los tacones que debían llevar, empezaron a bailar la música que habían puesto en sus móviles.

Que alguien pida taxis, dijeron.

¿Cuántos necesitamos?

¿Cinco? No, seis.

Ryan vino corriendo hacia mí; había estado trabajando la barra VIP esa noche así que no le había visto. ¿Vas a ir o qué?, dijo él, y luego me miro: Hostia puta.

Moví la cabeza de un lado a otro y la habitación se movió conmigo.

Necesito ir a casa, dije.

Había alguien sentado en el bordillo de la acera de delante del piso. No sabía quién era o qué estaba haciendo allí hasta que el taxi se detuvo y la persona se hizo sombra en los ojos con la mano: Mairéad. Llevaba un vestido negro corto y unos tacones que se había quitado y colocado a su lado en el bordillo, al lado de su enorme bolso de cuero, que había estado usando como escudo para protegerse las piernas de la lluvia que salpicaba

el parabrisas del coche del taxista.

La llevé al piso, creyendo que buscaba fiesta, y le di una cerveza, me senté a su lado y empecé a desbarrar sobre el estado en que me encontraba mientras intentaba hacer mi turno después de tomar una puta tonelada de farla en el Laurel Glen. Me reía, sacudía la cabeza estúpidamente, contándole que nadie me había pillado ni siquiera cuando salí del baño esa segunda vez totalmente colocado. Mairéad sacó su teléfono del bolso y dijo, ¿Tienes un cargador de iPhone? Yo le dije, Nah, ni siquiera…, y ella dijo, Déjame tu teléfono. Tengo que pedir un taxi.

Iba al Ormeau. La persona al otro lado de la línea le dijo que no aceptaban más reservas. Probó otra centralita y le dijeron que no había taxis disponibles en la zona.

Esto es ridículo, dijo Mairéad. ¿Qué está pasando?

Para mí tampoco tenía sentido, ella acababa de llegar. Se lo dije y me dijo, Sí, lo sé, y se puso de pie como si fuera a marcharse aunque no viniera nadie a buscarla. Se colgó el bolso del hombro, y luego, al notar el peso, lo dejó caer al suelo.

¿Estás bien?, dije.

No, en realidad no.

Respiró hondo para recomponerse. Luego se sentó, se colocó la falda.

Un gilipollas me ha subido el vestido en el trabajo, dijo.

¿Que te han hecho qué?

Me contó que esa noche estaba vendiendo chupitos en la Mono, y estaba dando su vuelta habitual por la pista de baile cuando un capullo al que antes le había dicho que se alejara de ella llegó sigilosamente por detrás y le subió el vestido. No podía bajárselo, estaba llevando una bandeja de chupitos, y a pesar de que actuaba como si no le importara que la gente le viera el culo –Es solo un culo, dijo ella–, tuvo que cruzar la pista de baile delante de todo el mundo con el vestido enrollado en la cintura, dejar la bandeja y recolocarse la ropa.

Le hubiera estampado la bandeja en la cabeza a ese gilipollas, dijo. Se frotó las manos sobre los muslos y apretó las rodillas. ¿Sabes por qué no lo hice? ¿Sabes por qué me contuve en lugar de liarla?

Le tembló la barbilla. Pensé que se iba a derrumbar.

Porque hubiera tenido que pagar el coste de la botella.

La botella valía noventa libras. Mairéad habría tenido que trabajar todo el turno solo para pagarla.

Se tapó la cara con el pelo y me dio la espalda. Su bolso estaba en el

suelo a sus pies, y a su alrededor se había formado un charco. Fui a mi habitación y cogí un pantalón de chándal y una sudadera que me gustaba llevar cuando estaba en casa y se los di. Fue al baño y regresó con la sudadera puesta pero los pantalones no, eran demasiado grandes.

¿Cuánto tiempo has estado esperando ahí fuera?, dije.

No mucho. No he terminado de trabajar hasta las dos.

Espera, ¿has acabado tu turno?

No solo había acabado el turno, había seguido trabajando sin decirle nada a nadie de lo que había sucedido, ni siquiera a los porteros, que yo creía que hubieran echado al tío a patadas. Entonces me dijo quién era el tío: era el hermano del dueño. Se habían besado estando borracha unas cuantas semanas atrás, en una fiesta en una casa. Él le llevaba calentando la cabeza desde entonces.

¿Cómo se llama?, dije.

Ni se te ocurra, Sean.

Pero ya se me había ocurrido. Esperarle en la puerta de la Mono, como un capullo.

¿Vas a volver?, dije.

Claro que voy a volver. Necesito el dinero.

Se pasó mi sudadera por encima de las rodillas y se las abrazó contra el pecho. Solía hacer lo mismo con su jersey del colegio, cuando nos escondíamos en los setos en la esquina de las pistas de deporte, los días en que hacíamos pellas. Recuerdo la lluvia y el olor de la lluvia en su pelo, y cuando llovía en serio nos poníamos las chaquetas sobre la cabeza y fumábamos.

No habría venido aquí si tuviera otro sitio al que ir, dijo Mairéad.

Está bien, puedes venir aquí cuando quieras.

Lo sé, es solo…

Su voz se extinguió. Cogí la manta de color púrpura del respaldo del sillón.

¿Te quedarás aquí conmigo?, dijo.

¿En el sofá?

Solo hasta que me duerma.

Sí, vale.

Me puse en la parte de dentro y dejé que se quedara el lado de fuera porque ella era más menuda y era más fácil así. Estuvimos tumbados un rato, abrazándonos. Sin decir nada. Luego Mairéad vio la claridad que entraba por las cortinas y gruñó.

¿Qué estoy haciendo con mi vida?, dijo.

Me desperté y Mairéad había desaparecido. Había dejado mi sudadera y los pantalones de chándal en el sofá, bien doblados, con una nota que había escrito en la parte de atrás de un ticket.

«Gracias por dejar que me quedara x».

Tenía dos llamadas perdidas de Anthony a las seis de la mañana, y un vídeo que me había enviado a las siete. Lo abrí y ahí estaba Marty sin camisa, en calzoncillos, haciendo shadow boxing en medio de su salón. Estaba como electrificado, lanzando puñetazos y ganchos. Preparando el uppercut. La gente se estaba riendo, animándole. Vamos, Marty, gritaban. Sus manos destellaban delante de él, y él hacía ese sonido chs chs que hacen los boxeadores. Pensé que era una payasada, que estaba haciéndolo a propósito. Luego me acordé de lo que me había dicho sobre la reunión que tenía esa mañana, el bloque de pisos. El trabajo que esperaba conseguir para poder llevar a su hermano a trabajar con él.

Le escribí un mensaje a Anthony y le pregunté si seguían de fiesta.

Me respondió con una foto de Marty con un billete enrollado metido en la nariz. Apagué el teléfono y volví a dormir.

6

Mi abogado me estaba taladrando con los testigos. Quería que convenciera a alguien de ir a la comisaría y testificar, y quería que presentaran pruebas en el juzgado, en el estrado de los testigos. Le pregunté a Ryan si lo haría, pensando que se lo tomaría a broma como hacía con todo lo demás, pero no quería tener nada que ver, ni siquiera había estado allí aquella noche, y no merecía la pena jugársela delante de un juez; podía acabar empapelado también. Pero el procurador no lo dejaba estar. No dejaba de llamarme y dejarme mensajes. Puedo contactar a los testigos de tu parte, dijo. Pero yo no conocía a nadie en la fiesta de esa noche, eran todos colegas de Daniel Jackson, y de ninguna manera me iban a defender.

El fin de semana anterior a la citación en el juzgado, estuve bebiendo con unos cuantos tíos del barrio que sabían del tema, habían entrado y salido de la cárcel desde que eran unos críos, y me dijeron que no tenía nada de lo que preocuparme. Era mi primera infracción, no tenía antecedentes ni nada. El juez me daría un azote y me mandaría a casa. Así que no me quitaba el sueño cómo iría, apenas pensaba en ello. La única razón por la que no podía dormir la noche antes era que estaba acostumbrado a irme a la cama a las cuatro de la mañana, después de trabajar, y sabía que tenía que levantarme temprano para ir al juzgado.

Encendí la luz e intenté leer, pero no me podía concentrar. Los pensamientos seguían asaltándome como siempre me pasaba a esas horas, cuando oía las furgonetas de trabajo yendo y viniendo del polígono industrial que estaba final de la carretera. Era como si estuviera hablando conmigo mismo, mi voz sonaba en mi cabeza, pero estaba en todas partes, saltando de una cosa a la siguiente. La forma en que Daniel Jackson me

había hablado en la cocina aquella noche. Yo estaba allí sin más, tratando de pasarlo bien, y él y sus colegas empezaron a meterse conmigo por mi procedencia: eran capullos pijos de Malone Road y creían que podían hacer lo que les diera la gana. Uno de ellos dijo, Mejor ten cuidado, su padre probablemente está en el IRA, y el hijo de puta de Daniel Jackson intervino y dijo, Seguramente no sabe quién es su padre, es de Twinbrook. La cocina estalló. Era como una de esas batallas de rap que ves en la tele, cuando uno de ellos lo clava y todo el mundo empieza Oooh, joder, y agitan las manos en el aire. No podía devolverla ni aunque quisiera, toda la habitación estaba en mi contra, y seguían imitándome a mí, a mi acento. No importó cuantas veces les dije que no lo hicieran, no podían parar. Eran mayoría, tenían la sala, y la sala les estaba diciendo que podían burlarse de mí tanto como quisieran. No podía hacer nada.

Saqué el teléfono y tecleé el nombre de mi padre en la barra de búsqueda de Facebook. Era doce años mayor que la última vez que lo había visto. Su pelo estaba gris. Su cara inexpresiva y ancha, iba vestido con esa ropa campestre que solía llevar cuando me recogía los fines de semana: pantalones de pana y abrigos Barbour, la boina plana que solía colgar en la barandilla al final de la escalera. No había fotos de su mujer o su hija. Solo de él. De su perro. De pie en campos de competición canina, observando al *retriever* de otra persona correr a toda velocidad entre la hierba con un faisán con el cuello blando entre los dientes. Parecía incómodo. Como si no supiera qué hacer con su cara, y tenía los hombros encogidos de un modo que le hacían parecer débil. Apúntale con la cámara cuando no está mirando y lo verás avanzando con decisión campo a través, con los brazos abiertos, mirando adonde va con un palo de caminar que sujeta con soltura, con una mano.

La última vez que lo vi me llevó a comprar unas botas de fútbol por mi décimo cumpleaños. Yo apuntaba a las Adidas Predator, las negras con la lengüeta roja que llevaba Zidabe. Mi padre miró el precio y dijo, No, de ninguna manera, e intentó tentarme con un par de Umbro negras de aspecto brutal. Pero yo sabía que tenía el dinero, del mismo modo que sabía que diría que no antes de decir que sí, cosa que hizo, después de un aluvión de imprecaciones entrecortadas, y me llevó a la caja. Cuando me dejó en casa más tarde ese día, me incliné para darle un beso en la mejilla como siempre hacía y me dijo que me apartara de una puta vez.

¿Cuántos años tienes?, dijo.

Salí del coche y crucé la calle con mi mochila de cuerdas colgada del

hombro. Mi padre me llamó para que volviera. Ven aquí, dijo, a través de la ventanilla abierta. Caminé hacia él y me escupió. Yo retrocedí de un salto y le escupí y él se rio, encendió el motor, giró y se alejó.

El tren llegó a las nueve y cuarto esa mañana, y a las diez estaba vaciando mis bolsillos en una caja y pasando un detector de metales en la entrada de los juzgados de Laganside. Hubo que esperar mucho, y mi procurador, una especie de comadreja de ojos acuosos con un traje de dos piezas, estaba lleno de la típica energía inútil que solo he visto en fútbol 5, cuando el pobre desgraciado que no quiere estar allí se ve atrapado entre las redes, disculpándose en nombre de nadie en particular por algo que estaba completamente fuera de su control. Me llevó a una sala al final del vestíbulo y me hizo contarle lo que había pasado aquella noche. Tenía las declaraciones sobre la mesa delante de él. Había pánico en sus ojos.

¿Ha pensado en cómo va a declararse?, dijo.

Le dije que no era culpable. Él dijo, No, por supuesto que no, pero si decide defenderse, es posible que se enfrente a una condena más dura…

¿Así que debo decir que soy culpable?

No puedo decirle qué decir, señor Maguire. Solo puedo aconsejarle.

¿Y decirme cómo debo declararme no es aconsejar?

El procurador sonrió. Sabía qué quería que dijera, y sabía que había una manera más sencilla de pasar por esto, pero no podía, no cuando sabía que no era culpable.

A la mierda, no soy culpable, dije, y vi cómo se hundían sus hombros.

Haré todo lo que pueda, dijo.

De vuelta en el vestíbulo, la gente esperaba a que la llamaran. Observé a los chavales más jóvenes, los reincidentes, los que ya habían estado allí muchísimas veces antes, yendo y viniendo de las máquinas de vending. Insistían en llevar sus chaquetas Peter Storm y sus Nike Air Max, porque que le dieran a ponerse una chaqueta y una corbata para un juez que ya tenía tomada la decisión difícilmente cambiaría nada. Los debutantes con sus delitos menores los miraban como si se hubieran vuelto locos, por cómo se comportaban, riendo, bromeando, molestándose unos a otros con cuanto tiempo estarían encerrados esta vez. Pero no podían ver lo que estaba pasando. Estaban demasiado preocupados por causar una buena impresión para pensar en cómo funcionaba el sistema.

Escribí un mensaje a Mairéad.

Espero que me visites en la cárcel.

No vas a ir a la cárcel. No digas esas cosas
Termino de trabajar a las 12, ¿quieres quedar después?

Sí, dónde?
Ayuntamiento?
No tengo un buen presentimiento

estarás bien
entrarás y saldrás en visto y no visto

me recuerda al colegio

¿el qué?

Dijeron mi nombre. Mi abogado vino hacia mí con una pila de carpetas, me dijo qué decir y qué no decir y mientras hablaba, se le cayeron unas páginas de las carpetas al suelo. Se agachó para recogerlas y se le cayó otra, y otra, así que cuando entramos en la sala del juzgado, él se iba agachando y levantando como si fuera el muñeco con resorte de una caja sorpresa. Los hijos de puta que estaban presentado cargos contra mí se partían. Vieron el abogado de poca monta que era el tío que entró dando tumbos en la sala conmigo y supieron que yo no tenía ninguna oportunidad. Tenía que sentarme con ellos en la fila de detrás, y yo no tenía ningún apoyo; estaba ahí solo. Se dieron cuenta y trataron de intimidarme, mirándome con desaprobación como si yo fuera alguna clase de infravida. No estaba bien. Se lo dije a mi abogado y me miró con desdén.

El juez te pedirá que te pongas en pie, lo único que tienes que hacer es decir cómo te declaras, dijo él.

Hice lo que me dijeron y dije No culpable, su señoría, lo suficientemente alto para que el viejo en la toga negra presidiendo la sala lo oyera. El mismo hombre me miró con odio a través de las gafas que le habían resbalado por la nariz sudorosa, y me dijo que me acercara al estrado de los testigos. Una mujer con uniforme, una poli o una guardia de seguridad, no sabría decir, me entregó una hoja plastificada y me preguntó si quería hacer un juramento o una afirmación. Vi las palabras impresas en

un cuerpo de letra grande y dije que haría un juramento; a pesar de que no era religioso ni creía en Dios, sostuve la página plastificada delante de mí y recité las palabras tan clara y piadosamente como pude. Mi abogado salió de detrás de la mesa que estaba en mitad de la habitación y leyó mi declaración. Cada vez que necesitaba que yo corroborara algo, se volvía hacia mí y decía, ¿Es correcto? Yo decía, Sí, es correcto. Cuando mi parte de la historia había sido contada, volvió a la parte de la que quería hablar, a cuando esos dos tíos sentados en la fila de detrás empezaron a meterse conmigo en la cocina.

En su declaración dice que las cosas escalaron, ¿cómo escalaron?

Eché un vistazo al juez. Me estaba observando, detenidamente.

Empezaron a ponerse agresivos, dije.

¿De qué forma?

Hubo algunos empujones. Él se enfrentó conmigo en la cocina.

¿Estaba preocupado por su seguridad?

Sí.

¿Y expresó su preocupación al señor Jackson?

Le dije que no quería problemas y se rio de mí.

¿Qué sucedió a continuación?

Llamé un taxi. La mujer de la centralita me dijo que tardaría media hora. Me senté en bordillo del otro lado de la calle y esperé.

¿Cómo se sintió por tener que esperar tanto tiempo?

No muy bien. Quería salir de allí.

Cuéntele al juez lo que ocurrió después.

Él y su colega salieron de la casa en mi busca.

¿Se refiere a Daniel Jackson y su amigo, Gareth Waters?

Sí. Ambos.

¿Y se sentía amenazado por ellos?

Sí, estaba seguro de que me iban a pegar.

¿Cómo podía estar seguro?

Tenían los puños cerrados, y las cabezas hacia delante, así.

Le enseñé al abogado qué quería decir. Miró sus papeles.

Usted dijo en su declaración que el señor Jackson intentó pegarle primero.

Lo hizo. Lanzó unos cuantos puñetazos. Yo me aparté, pero ellos eran dos y yo uno. Lancé un puñetazo para protegerme y él cayó al suelo.

¿Sabía que estaba inconsciente?

No, creía que había tropezado con el bordillo o algo. Me miré las

manos, luego la hoja plastificada. Yo no pretendía hacer daño al pobre colega, dije.

¿Tiene alguna condena previa, señor Maguire?

No. Nunca había tenido siquiera una pelea.

Esto debió de ser un suplicio.

Sí, lo fue, dije, y miré al suelo.

Mi abogado le dijo al juez que no tenía más preguntas. Yo estaba contento con como estaba yendo todo en general. Me había comportado bien, pensaba. Entonces el abogado de la acusación se levantó de la mesa que estaba en medio de la habitación y tranquilamente, de forma calculada, deslizo las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones de raya diplomática.

Señor Maguire, su declaración afirma que mi cliente, el señor Daniel Jackson, le atacó en la calle fuera de la fiesta a la que usted asistió en Tate's Avenue el 20 de julio de este año, ¿es correcto?

Él vino hacia mí, sí.

¿Qué quiere decir con que él fue hacia usted?

Él vino hacia mí de forma agresiva.

Por eso usted le dio un puñetazo.

No. Él intentó pegarme.

¿La gente no camina hacia usted todo el tiempo, señor Maguire?

Lo hacen, sí. En la calle.

¿Y usted les da puñetazos en la cara?

No. No lo hago.

Entonces ¿qué quiere decir cuando dice «él vino hacia mí»?

Quiero decir que se enfrentó a mí, dije, titubeando.

¿Se enfrentó a usted?

En plan que vino hacia a mí como si fuera a pegarme.

¿Esa es su justificación para haber pegado a mi cliente en la cara?

No. Es decir, él intentó pegarme primero.

Entonces ¿él fue hacia usted y luego intentó darle un puñetazo?

Sí, bueno. Le vi venir hacia mí y él lanzó unos cuantos puñetazos.

El abogado parecía confundido. Usted ha dicho que nunca había estado en una pelea, señor Maguire, sin embargo, sabía como evitar un aluvión de puñetazos y fue capaz de responder a esos puñetazos con su propio puñetazo y dejar inconsciente al señor Jackson.

Tenía que protegerme. Yo solo moví las manos.

Pero él nunca llegó a golpearle.

No.

Así que podría haberse movido y básicamente habría quedado fuera de peligro.

Él estaba viniendo hacia mí. No podía hacer nada.

Pero su declaración dice que usted le golpeó más de una vez, señor Maguire. Le golpeó con la izquierda y con la derecha…

Sí. Era una pelea.

Y usted ganó esa pela, ¿no, señor Maguire?

No, no es así…

Pero el abogado se había sentado. ¿Eso era todo?

El juez me dijo que regresara a mi sitio. Los gilipollas en el otro extremo de la fila se inclinaron hacia delante para mirarme, y cuando me senté, llamaron a Gemma Hatfield. Era la chica que vino volando hacia mí después de que noqueara a Daniel Jackson, gritando, llamándome de todo. Ahora estaba toda arreglada con una falda de tubo y un blazer, y llevaba esas gafas gruesas negras que la gente se pone para que les hagan parecer listos. Cogió la hoja plastificada y recitó el juramento como si estuviera haciendo un voto de abstinencia, y lo hizo completamente en serio, como si llevara a cabo una labor divina. Nadie sabía quién era, ni siquiera le queríamos allí, dijo ella, a pesar de que no se me dijo nada por el estilo en el momento. De hecho, todo el mundo en la fiesta fue guay, me ofrecían cerveza, hablaban sin parar conmigo en la cocina, nos echamos unas risas, y eso fue lo que de verdad me jodió. La manera en que cada uno de los testigos se puso delante de la sala del juzgado y me describió como un borde, intimidante para todo el mundo, inventándose todas esas chorradas sobre que fui grosero con los tíos que había allí, que les insulté, y que luego me enfadé cuando me pidieron que me fuera, como si yo fuera una especie de sanguijuela que no sabe encajar una broma y que acabé corriendo por la calle como un loco, gritando. Diciéndole a la gente que les iba a patear los huevos, y todos con la misma voz llorosa, estirados de cojones, contándolo como si ese terrible acto de violencia que yo había cometido hubiera hecho estallar la burbuja en la que vivían.

¿Dónde estaba usted cuando se produjo la confrontación?

Estaba de pie en el bordillo.

Estaba en la acera de enfrente.

Estaba en la puerta de la calle.

¿Y ellos estaban al otro lado de la calle?

Sí.

¿Y pudo escuchar lo que estaban diciendo desde tan lejos?

Sí. Estaban gritando.

¿El uno al otro?

Sí.

Pero ¿no discutiendo o insultándose el uno al otro?

No, en plan diciéndole que se calmara o algo por el estilo.

Estaba muy trastornado.

Sí, estaba muy agresivo.

Nunca he visto a nadie enfadarse así.

Fue horrible.

Daniel Jackson fue la última persona en subir al estrado de los testigos. Vi lo pequeño que era comparado conmigo y supe que la sala también se había dado cuenta, y el juez. Su abogado hizo hincapié en decirle que estaba bien, que no se pusiera nervioso, y Daniel asintió agradecido. Era un chavalín tímido, sentado con las manos entrelazadas sobre los muslos, con los hombros encogidos. No recordaba nada de lo que había pasado. Un segundo estaba en la calle, a su rollo. Al siguiente se despertó en un hospital sin tener ni idea de cómo había llegado allí. Le tuvieron que operar el labio. Hablaba tan mansamente que noté cómo cambiaba el ambiente de la sala.

No puedo dejar de pensar que volverá a pasar, dijo él. No salgo. No hago nada. Me quedo en casa y veo la televisión.

Su abogado dejó que la frase flotara en el aire un segundo. Luego dijo, No hay más preguntas, su señoría, y se sentó.

Mi abogado se puso en pie. Hojeó la declaración de Daniel Jackson, se le cayó una página, se agachó para recogerla y se le cayó otra. Cuénteme lo siguiente, dijo una vez se hubo recompuesto. ¿Qué sucedió en la cocina?

Daniel no era estúpido, sabía lo que tenía que decir. Era lo mismo que habían dicho todos: solo estaban de broma, sin mala idea, y cuando alguien dijo algo sobre que yo no sabía quién era mi padre, me volví loco e intenté coger a Daniel por el cuello.

¿Por qué usted?, dijo mi abogado.

Él creía que lo había dicho yo, pero no fui yo.

Entonces ¿quién lo dijo?

No sé qué importancia tiene.

¿Incluso si usted y su amigo atacaron a mi cliente en la calle?

Nadie le atacó, está mintiendo.

Responda la pregunta, por favor.

¿Cuál es la pregunta?

¿Usted y su amigo, Gareth Waters, atacaron a mi cliente?

Daniel parecía confundido. No, dijo él. Él nos atacó.

Eso era todo, eso era lo mejor que mi abogado podía hacer.

En lugar de dar el largo rodeo para evitar pasar a mi lado, Daniel Jackson se dirigió directo a mí, con los ojos clavados en los míos. Hundí la cabeza. Cuando levanté la vista de nuevo, mi abogado estaba de cuclillas a mi lado. Había pánico en su voz.

Tú fuiste a la universidad, ¿verdad? ¿Qué estudiaste?

Literatura. Libros.

¿Es eso lo que quieres hacer?

¿Libros? Sí, por qué no.

El abogado lo apuntó. ¿Algo más que pueda usar?

¿Usar para qué?

Para defender tu caso. Tengo que defender tu caso.

No entendía por qué se estaba poniendo así. Había tenido una reunión con mi agente de libertad condicional la semana anterior y ella me contó que me esperaban unas cuantas horas de servicios comunitarios, una condena suspendida como mucho. No se habló de cárcel ni nada, y cuando pregunté, la agente de libertad condicional negó con la cabeza y dijo, No, no es nada de lo que tengas que preocuparte. Mi abogado parecía pensar que sí. Estaba rogando al juez que considerara mi nivel de educación, mi futuro como escritor, mis esperanzas de publicar algún día un libro. Sean no tiene antecedentes penales, dijo él. No tiene un historial de violencia, o de criminalidad. Reconoce que su error y lamenta sinceramente cualquier trauma que haya podido causar. Como él mismo ha dicho, no pretendía hacer daño al señor Jackson. Ha cooperado y reconocido su error sin dilación, y ha expresado abiertamente su deseo de compensar, a modo de disculpa, por carta o en persona…

Oh, habrá una compensación, dijo el juez. Se lo digo.

Se subió las gafas en la nariz y me lanzó una mirada de odio desde el otro lado de la sala. No hay nada en la naturaleza del señor Maguire, hasta donde puedo observar, que sugiera que es más que un matón y un maleante. Vio que este joven estaba de espaldas, aprovechó su oportunidad, y se abalanzó. Lo que es peor, continuó, y si cabe más exasperante que el hecho de que el señor Maguire atacara brutalmente a este joven sin otro motivo más allá de su indignación, es que tiene el coraje de venir a esta sala y defender su inocencia. Teniendo esto en cuenta, y el

hecho de que podríamos estar ante una situación mucho más seria de la que nos ocupa hoy, me inclino por ejercer plenamente mis poderes judiciales y condenarlo a la sentencia de cárcel más alta permitida por este delito: siete años de cárcel, si no me falla la memoria.

Fue como si me hubieran pinchado el estómago con una aguja y el aire estuviera abandonando mi cuerpo lentamente. Uno de los abogados sentado a las mesas del centro de la sala se volvió para mirarme. Toda la sala me estaba mirando, y me di cuenta con un escalofrío que yo no era quien creía que era para ellos. Ellos miraban desde fuera y la persona que veían no era yo.

Por favor, su señoría, dijo mi abogado. Sería una lástima que alguien que viene de donde viene el señor Maguire, y al que le ha ido tan bien como a él, le arrebataran…

El juez sacudió la mano. Había tomado su decisión.

Teniendo en cuenta las pruebas, y la transparencia de las declaraciones que se han presentado aquí hoy, condeno al señor Sean Maguire por el cargo de delito de lesiones, sección 47. Su sentencia serán doscientas horas de servicios comunitarios y una multa de seiscientas libras. El incumplimiento de los términos de su orden de servicios comunitarios en el periodo de doce meses resultaría en una nueva citación judicial y cargos en su contra. ¿Comprende?

Yo dije, Sí, lo entiendo, y eso fue todo. Era libre de marcharme.

7

Llamé a mi madre en cuanto llegué al ayuntamiento. Había estado preocupadísima, rezando toda la mañana. Mi abuela había prendido una vela.

¿Se lo has contado a la abuela?

Por supuesto que se lo he contado. ¿Con quién más se supone que voy a hablar?

No le cuentes lo de los servicios comunitarios. Solo dile que me han puesto una multa.

¿Cómo pueden haberse peleado Anthony y Gerard toda su vida y que los polis ni les hayan chistado, y la única vez que te peleas tú pasa esto?

No lo sabía. Había hecho todas las cosas que se suponía que tenía que hacer. Había acabado el colegio, ido a la universidad. Conseguí mi título. Ahora me habían llevado delante de un juez que me había llamado matón. Yo no había acosado a nadie en mi vida. Me expulsaron del colegio por darle un cabezazo a uno que se había metido con Christopher Wilson porque era gay. ¿Cómo iba a ser yo un matón?

Tú no eres un matón, dijo Mairéad. No eres así.

Iba vestida con su ropa de trabajo, o su ropa normal: es difícil de diferenciar con alguien a quien se le permite llevar su ropa normal para trabajar. Por una vez no tenía el enorme bolso de cuero colgado del hombro. En cambio llevaba un bolso más pequeño lleno de cremalleras cruzado en el pecho. Como una riñonera pero para las tetas.

Sacó una caja de paracetamol del bolsillo delantero y se tomó dos sin beber agua. Había bebido la noche anterior y parecía que lo estaba notando.

Debería haber dicho que era culpable y ya, dije.

¿Por qué no lo hiciste?

Porque no lo soy.

Mairéad se rio, pensando que yo estaba de broma. Se levantó del banco y se pasó la mano por el pelo. Venga, vamos a tomar una pinta, dijo ella.

No tengo dinero.

Yo tengo dinero. Te invito a una.

Negué con la cabeza, miré al suelo.

Tendrías que haber visto la manera en que me miró el juez, dije. Me miraba como si quisiera escupirme.

Seguramente quería, el bastardo pervertido. Probablemente se va a casa y se masturba pensando en encerrar a mocosos como tú.

Pero yo no soy un mocoso, ¿no?

Lo eres para él. Tú eres un delincuente maricón de extrarradio.

Sonreí. Mairéad me tendió la mano y la cogí.

Nos dirigimos hacia Royal Avenue. Mairéad quería llevarme a ese bar que le gustaba, The Sunflower. Tenía una buena terraza, y permitían a la gente llevar a sus perros. Pensó que eso me animaría. Por el camino nos encontramos con Finty McKenna. Estaba recorriendo arriba y abajo la calle delante del Primark intentando convencer a la gente para subir en esos autobuses descubiertos que se ven por todas partes. Llevaba una corbata roja, pantalones negros y una camisa blanca con las mangas enrolladas, dejando a la vista el tatuaje terrible que se hizo cuando era demasiado joven para saber lo que hacía: FINTY, escrito en enormes letras negras, en caligrafía de inglés antiguo, justo en medio del antebrazo. Le pregunté cómo le estaba yendo el nuevo trabajo y me contó que de lujo siempre y cuando jugara bien sus cartas y no se metiera en demasiadas peleas. Había cuatro empresas de tours en autobús, cada una tenía grupos de tíos trabajando en las zonas más concurridas, y todos se peleaban por los mismos clientes. Había habido peleas a hostias y todo. El día anterior sin ir más lejos, Finty había intentado robar a veinticuatro italianos recién bajados de un crucero que había llegado esa mañana. Estamos hablando de cien libras por cabeza, y eso sin contar con el efectivo que se gastan, dijo él. Los tíos a los que había intentado robar los clientes no se lo tomaron bien. Llamaron a sus colegas de la acera de enfrente y persiguieron a Finty por High Street.

¿Intentaron atacarte?, dije.

Oh, sí, eran unos diez. Pasa todo el tiempo, ¿verdad, Steeky?

Steeky era el tío con el que trabajaba; estaba a la sombra. Era pelirrojo y el calor lo estaba matando.

Todo el tiempo, dijo él.

Yo creía que estaba diciendo que le pasaba todo el tiempo a todo el mundo que trabajaba para la empresa, pero no. Se refería a que le pasaba a Finty. Había reglas, directrices que se habían acordado para que no hubiera conflictos: al parecer era peor unos meses atrás, la gente de las diferentes empresas de tours se estaba arrancando la cabeza cada dos por tres, en medio de la calle, delante de los turistas, y los turistas no estaban muy contentos. Se pusieron las reglas para imponer una especie de alto al fuego. Pero Finty no podía evitarlo. Rompía todas las reglas, y seguían yendo a por él.

¿Cómo es, Steeky? Los tengo torturados, ¿verdad?, dijo Finty, orgulloso.

Steeky negó con la cabeza. Está puto loco, dijo él.

No hacía falta que me lo dijera. Conocía a Finty desde que era un niño. Mairéad también. Sabíamos exactamente cómo era.

Si alguna vez buscas trabajo, ven a verme, dijo él. Te lo arreglo.

No sabía por qué pensaba que perseguir turistas por la ciudad durante nueve horas al día sin sueldo fijo era algo que yo querría hacer. Prefiero estar en paro, dije, y él me dio un codazo.

Sí, claro, pero a ti te encantan las peleas, ¿no?

No, en realidad no. ¿Por qué lo dices?

Un pajarito me ha contado historias, dijo él, guiñándome un ojo.

¿Quién? ¿Quién está contando historias?

Pero Finty había desviado su atención a Mairéad. Acababa de reconocerla.

Mairéad Riley, Dios santo, ¿qué te había pasado?

Dejé de ir con alcohólicos como tú, Finty. ¿Qué te parece?

Finty sonrió, fascinado con su desfachatez. Entonces ¿qué haces con este capullo?, dijo él.

No teníamos planeado beber tanto como lo hicimos ese día, pero hacía buen tiempo y había muchos bares con terrazas decentes que se fueron llenando a medida que pasaba la tarde. Eso quería decir que nos podíamos ahorrar unas libras y arramblar con las pintas que la gente dejaba cuando se iba a otro sitio. Mairéad no estaba convencida al principio, le parecía un

poco miserable, y no sabía qué clase de gérmenes viven en los bordes de los vasos de otra gente. Luego empezó a superar sus reticencias, tendía más a las bebidas que dejaban las mujeres, o los tíos guapos. Se negaba estrictamente a coger las de personas que se sacaban mocos o se rascaban el culo, nada de viejos sudorosos, y nada que llevara al sol demasiado tiempo. No fue hasta bien entrada la tarde cuando sus inhibiciones desaparecieron por completo. Se plantó al lado de un grupo de hombres de mediana edad y les dijo: ¿Os vais a beber esas pintas o qué?

Dos porteros cachas en camisa de manga corta nos acompañaron a la puerta.

Cabezas de esteroide, gritó Mairéad. Capullos bebe-proteínas.

Pedimos una pizza en Little Italy y nos la comimos en las escaleras del hotel Europa. Era genial, los dos allí sentados, mordisqueando los bordes, cazando la mozzarella, peleándonos por la salsa de ajo. En el otro extremo de las escaleras había un grupo de mujeres sentadas mezclando vodka con Coca-Cola que bebían directamente de la botella; estaban todas borrachas. Una de ellas sonrió y saludó con la mano en dirección a mí. Yo creía que me estaba saludando a mí y estaba a punto de responder cuando Mairéad me cogió del brazo y dijo, Mira. Me giré y vi como pasaba un coche azul con un artefacto rarísimo sobre el techo por Great Victoria Street.

¿Eso es una cámara?, dije.

Es el coche de Google Street View. Vamos a salir en Google Maps.

Fuimos a mear en el baño de la estación de tren, luego pagamos dos billetes sencillos hasta Balmoral, con el plan de volver al piso y bebernos las cervezas que habíamos comprado en la licorería del otro lado de la carretera. Nos acomodamos en el tren, los dos tirados con los pies encima de los asientos vacíos, bromeando, haciendo el tonto. Flirteando, como cuando éramos adolescentes. Ninguno de los dos se dio cuenta de adónde se dirigía el tren hasta que Mairéad vio el cartel de Central Station, la dirección opuesta de la que se suponía que estábamos yendo, y saltó de su asiento.

Dios, estamos yendo a Holywood, dijo ella.

Podríamos habernos bajado en otro país, aquello era como un resort de vacaciones, con el paseo y el muelle y las casas bonitas orientadas al lago. Estábamos medio borrachos, paseando por la playa de piedras, mirando alrededor en plan qué coño hacemos aquí, y riéndonos. Mairéad con los vaqueros enrollados, metiendo los pies en el agua, diciéndome Venga, quítate las zapatillas, es increíble, y avanzando poco a poco. Miré hacia las

colinas del otro lado del lago, y luego miré hacia la ciudad y vi las grúas amarillas a lo lejos. Mairéad caminaba en el agua, luego se detuvo y salió, se quitó los vaqueros y la camiseta y se metió en ropa interior.

Venga, dijo ella. No seas gallina.

¿Qué pasa con nuestras cosas?

Déjalas ahí, no pasará nada.

Está helada, Mairéad.

No, no lo está. Está buenísima. Venga.

Me quité los pantalones, luego la camisa y la corbata que había llevado al juzgado, y me metí en la orilla con unos bóxer blancos que me arrepentí de llevar tan pronto como el agua me llegó a la cintura. No era un gran nadador. Se lo dije a Mairéad y ella volvió de donde cubría y se sumergió y nadó a mi lado. Me movía de un pie al otro y agitaba más o menos las manos a mi alrededor, pero estaba salpicando en todas las direcciones y me sentí un poco estúpido. Mairéad se subió a mi espalda e intentó hundirme, pero no la dejé. Acabó quedándose colgada de mi espalda, con los brazos alrededor de mi cuello.

Este agua apesta, dijo ella. Llévame a la playa.

Cerró las piernas alrededor de mi cintura y se negó a bajarse hasta que la llevara de vuelta hasta su ropa. Se puso la camiseta y se secó los vaqueros. Yo me sequé con la camisa y me puse los pantalones y los calcetines. Durante un rato nos quedamos sentados en la arena, tomando las cervezas que habíamos comprado. Mairéad se abrazó las rodillas contra el pecho y observó el sol reflejarse sobre la superficie del lago. Los pocos paseadores de perros que alcanzaba a ver estaban más lejos en la playa, cerca del parque. No había nadie más cerca.

Pensaba que iba a ir a la cárcel, dije.

Mairéad me miró. El sol le daba en los ojos; tuvo que entornarlos.

Te lo juro por Dios, creía que todo había acabado. Mi abogado estaba diciendo todas esas mierdas sobre mi educación y demás, estaba suplicando al juez que no me mandara a la cárcel. Dijo que yo tenía un título universitario y que iba a escribir un libro…

Eso es lo que te ha salvado, dijo Mairéad.

Suspiré, miré la arena entre mis pies. Debería haberme quedado en Liverpool, dije.

No tienes que estar en Liverpool para no meterte en líos.

Yo creo que sí.

Mairéad tomó aire entre los dientes. Bueno, yo estaba peor que tú y

puedo decirte que no, no hace falta, dijo ella.

Era cierto; si había alguien que yo creía que acabaría en la cárcel en algún momento, era Mairéad. Estaba como una puta cabra cuando éramos adolescentes, siempre peleándose, siempre metiéndose en toda clase de problemas con los polis, y tenía los dedos más largos de Belfast: la chavala no podía entrar en una tienda sin mangar algo. Era una locura que hubiera acabado yendo a Queen's. Era incluso más loco que hubiera acabado saliendo como había salido, con los tatuajes y esas cosas, con todo lo que le interesaba, las películas, la música. Se acabó el happy hardcore. Nada de «Donk In The Dark». Todo era Bob Dylan y Joni Mitchell. ¿Cómo había pasado eso?, dije yo riendo.

Mairéad se encogió de hombros. Se inclinó con las manos en la arena.

Hice nuevos amigos, dijo ella.

El paseo de la estación del tren al piso fue largo y frío: nuestra ropa estaba mojada de la playa y estábamos tiritando. Mairéad me hizo abrazarla. Luego intentó meter la mano en mi bolsillo en busca de calor. El instinto me dijo que iba a por mis huevos y mi cuerpo reaccionó en consecuencia: di un salto atrás para apartarme. Mairéad pensó que era divertido. Decía cosas como ¿Qué pasa? ¿Tienes cosquillas?, y lo intentaba de nuevo. Yo chillaba y me alejaba; era un reflejo. Se moría de risa.

Además, ya la he visto, dijo ella.

Y una mierda la has visto.

Que sí. El agua fría no te ha hecho ningún favor.

Nunca los hace.

Mairéad tenía la risa tonta. ¿Quieres que lo caliente?

¿Calentar qué?

Ella alargó la mano, con menos agresividad. Yo me aparté.

¿Qué? Ya no tengo las manos frías, dijo ella.

Si yo hiciera lo que estás haciendo tú, sería otra historia.

¿Lo sería?

Nos habíamos parado delante del edificio. Mairéad me miraba.

Adelante, dijo ella.

¿Qué?

Tócame.

Tu bolso está en medio.

No me refería a las tetas.

Moví la mano, pero no podía. Mairéad la cogió y se la colocó entre las piernas.

Frótalo, dijo ella.

Estás loca.

Vamos. Hazlo.

Hice lo que me dijo. Ella cerró los ojos. Las farolas iluminaban su cara de color amarillo.

Te estás empalmando, dijo ella.

Su mano estaba encima y me la apretaba con suavidad. Gemí, intenté besarla, y ella apartó la cara.

Ahora nada de eso, dijo ella.

Me cogió de la mano y me condujo al portal. Era otra vez como cuando éramos adolescentes, cuando nos tumbábamos en la hierba alta, tocándonos el uno al otro. Hasta que nos corríamos. No teníamos idea de nada por entonces, éramos demasiado jóvenes, y era todo curiosidad. Ahora era otra cosa.

La luz del descansillo estaba rota. Se me cayeron las llaves al suelo.

Dame, yo lo hago, dijo Mairéad, y como era de esperar, encontró el agujero de la cerradura fácilmente, sin esfuerzo alguno, y entramos en el piso, se quitó las Converse de una patada y fue hasta mi habitación. Para cuando terminé de rebuscar en mis cajones en busca de la ropa cómoda que me había pedido, ella se había quitado la ropa y estaba de pie al lado de mi cama en sujetador y bragas. No sabía a donde mirar, ni si debía mirar. No es que sea tímido, pero la forma en que me miraba desde el otro lado de la habitación me hacía sentir como si estuviera haciendo algo mal.

Metámonos en la cama, dijo ella.

Estuvimos tumbados un minuto sin decir nada, luego Mairéad se giró hacia mí. Esto no puede ser otra cosa que lo que es, dijo ella.

Está bien.

Vale. Bien.

Me besó. Yo la besé también y fue raro, nuestros brazos alrededor del otro, después nos separamos.

Es como ser un adolescente otra vez, ¿no?, dijo ella.

Sí, lo es.

Se tumbó de espaldas y miró al techo, luego se llevó las manos a la espalda y dijo, Esto me está matando, y se desabrochó el sujetador. Lo sacó de debajo de la manta y lo tiró al suelo.

Ven aquí, dijo ella.

Durante un rato fue como siempre, Mairéad guiándome paso a paso, luego dijo, Fóllame, de un modo que no era ni una indicación ni una orden. Era más un suspiro de aprobación que me tomé de forma literal y obedecí de una manera que podía haber ido fatal pero no fue así.

Necesito una toalla, dijo Mairéad cuando acabamos.

Le di una del radiador y la utilizó para limpiarse el semen de la tripa. Era divertido como estaba ahí tumbada con las dos manos en la toalla, respirando pesadamente. Olía como el mar.

Tengo que poner una alarma, dijo ella. Tengo que ir a trabajar.

Empezaba a trabajar a las nueve pero tenía que levantarse antes para ir a casa de su amiga y darse una ducha. No quiso lavarse en el lavabo aunque había calentado agua en el hervidor a las siete y se lo había llevado al baño. No creía que un polaco se pudiera considerar asearse de verdad, y cuando le dije que funcionaba, que lo había estado haciendo durante un año, se quedó boquiabierta.

¿Cuándo fue la última vez que te diste una ducha?

Hace unas dos semanas, dije yo, y ella hizo como que tenía arcadas.

Tienes que resolver eso, Sean. Es de flipar.

Volví a mi habitación después de que Mairéad se marchara y vi que se había dejado el bolso pequeño de cuero colgado en el respaldo de la silla del escritorio. Dentro estaba su maquillaje, un desodorante de barra, una botella de gel hidroalcohólico, un boli de Muji y una Moleskine igual a la que tenía yo cuando vivía en Liverpool, pero más pequeña. Las páginas estaban llenas de versos que había escrito y luego reescrito, reorganizado en otros versos, y reunido en poemas. Leí uno tras otro hasta que el sol destelló a través de la ventana, luego me quedé dormido.

8

Un día, temprano por la mañana, cuando Ryan no había llegado a casa todavía, yo me acababa de despertar y no estaba seguro de si salir de la cama era una buena idea, llamaron a la puerta y abrí sin pensar a una mujer vestida de traje. Me miró y luego miró el número en la puerta para asegurarse de que había ido al sitio correcto. Así era, y me dijo quién era: esto y lo otro de no sé qué. Un banco tal vez. Me preguntó que si vivía allí y le dije que sí.

Llevo aquí un año, dije.

¿Estás pagando alquiler?

Por supuesto que estaba pagando alquiler. Quinientas cincuenta al mes, mentí.

La mujer expuso la situación como si estuviera dándome la peor de las noticias. La propiedad será embargada y clausurada a finales de octubre, dijo ella. ¿Tienes un lugar al que ir?

En realidad, no.

La mujer se encogió de hombros, sacó un bolígrafo del bolsillo interior, y me preguntó mi nombre. Le dije el primer nombre que me vino a la cabeza y lo olvidé en el instante en que ella confirmó cuanto había estado pagando de alquiler y durante cuanto tiempo.

¿Puedo preguntarte si tienes trabajo?

Sí. Bueno, soy autónomo. Soy escritor.

Así que no tienes prestaciones.

No.

Esperaba que me preguntara sobre qué clase de cosas escribía. En cambio me entregó una tarjeta con el número del hombre que se encargaría

del embargo. Me dijo que hablara con él, que él podría postergarlo una semana o dos si necesitaba más tiempo. Luego se colocó la carpeta bajo el brazo y, con un último vistazo al número de la puerta, giró los talones y se fue.

El día del juzgado, cuando el juez cerró mi caso, mi abogado me dijo que debía tener cuidado y no reincidir. Yo no lo estaba escuchando de verdad –todavía intentaba recuperarme de todo lo que había pasado–, pero no era estúpido. Sabía lo cerca que había estado, y de ninguna de las maneras quería que me llevaran delante de ese juez de nuevo. Luego Ryan me aclaró cómo estaban las cosas. Teníamos menos de un mes para conseguir dinero suficiente en efectivo para pagar el alquiler y depósito de un nuevo piso, estábamos hablando de mil libras como mínimo, y eso para los pocos sitios que no pedían extractos bancarios y referencias y contratos de trabajo. Era imposible que ganáramos tanto dinero en el bar. Aunque pidiéramos todos los turnos de todos los días, nos quedaríamos cortos, y tampoco podíamos pedírselo a nadie: le debíamos dinero a todo el mundo que conocíamos, incluyendo nuestras madres. La única opción que nos quedaba era mangar de las cajas del trabajo. Fue idea de Ryan. De los dos, él era el que más tenía que perder. Su madre no le dejaría volver. Su padre tampoco. Su abuela quizá, pero no era seguro. Intenté convencerle para no hacerlo. Podríamos intentar conseguir otro trabajo, dije yo.

No hay trabajo, Sean. Hemos buscado en todas partes, e incluso si encontráramos algún sitio que nos contratara, para cuando nos pagaran sería demasiado tarde. Estaríamos en la calle sin nada.

Pero ¿qué pasa si nos pillan?

Lo peor que nos puede pasar es que nos echen.

Pueden denunciarnos.

Nah, demasiado esfuerzo. No se tomarían la molestia.

Dee lo haría. Dee haría lo que hiciera falta para jodernos.

Ryan se lo pensó, pero no era suficiente para amedrentarlo.

Me sé un truquito, dijo él. Ni siquiera tienes que meter la mano en la caja, y no tienen manera de verlo en las cámaras. Confía en mí. Te enseñaré cómo se hace.

Los jueves por la noche eran las noches de estudiantes. Ryan y yo

ocupamos nuestras cajas habituales en el extremo de la barra e hicimos nuestro turno en medio de la marea de clientes con cara de bebé que berreaban por encima de la barra. Chicas arregladísimas con el pelo y las sombras de ojos perfectos se inclinaban enseñando el escote sobre la barra pegajosa, todas guapas, todas estaban allí para bailar y reír y quizá robar un beso. A medianoche, serví cuatro vodkas a un tío con aspecto cansado que llevaba una camisa de cuadros. Me dio un billete de veinte como si chocara conmigo, pero no lo marqué en la caja. Hice como si nada. Estrujé el billete contra mi mano, pinzándolo con los dos dedos que no usaba para sujetar el cuello de la botella de vodka, y continué con el siguiente cliente, al que tomé el pedido mientras sacaba una servilleta del dispensador que había al lado de las pajitas y me soné la nariz aunque no tenía mocos que sonarme. Escondí el billete en la servilleta antes de metérmela en el bolsillo de atrás, y listo. Eso era todo lo que tenía que hacer. No faltaba dinero en la caja, y cualquiera que revisara las cámaras –nadie miraba nunca las cámaras– no lo pillaría.

Una hora antes de que encendieran las luces, me colé en el baño y pasé el dinero de mi bolsillo al calcetín; parecía que me estaba saliendo un tumor en el tobillo. Todo el tiempo que estuvimos limpiando estaba ahí, rozándome mientras pasaba la mopa. Cuando acabábamos, teníamos que sentarnos en el lounge y esperar a que Dee hiciera caja. No dejaba que nadie se fuera hasta que todo estuviera en orden, y se empeñaba en tocarle los huevos a la gente cada vez que faltaba dinero en sus cajas. La mayoría de clubes pasaban por alto que faltaran diez o veinte libras por aquí o por allá. Dee no. Él se aseguraba de descontarlo de los sueldos de la gente si lograba identificar al responsable. Esa noche no fue diferente. Salió hecho una furia de su despacho a las tres de la mañana con un tíquet tan largo que lo arrastraba por el suelo.

Faltan doscientas libras en las cajas, dijo él.

Se oyeron gritos ahogados. Doscientas libras era demasiado para colar como un error. No podías cobrar de menos a tanta gente ni a posta. Dee estaba pálido. Recorrió la sala y fue empleado por empleado haciéndonos vaciar los bolsillos. No importaba en qué planta habías estado trabajando, hizo que todo el mundo vaciara sus carteras y monederos. La primera persona en negarse se convertiría en sospechosa, y si no se derrumbaban bajo presión, Dee los despediría hubieran robado el dinero o no, tan simple como eso. Uno tras otro, hicimos lo que nos dijeron, y la tensión aumentaba, a la gente no le gustaba que la señalaran de esa manera.

Entonces me tocó a mí. Saqué todo y lo coloqué en la mesa delante de él. Había un billete de diez, unas cuantas monedas, mi cartera, las llaves y el teléfono. Dee miraba como si estuviera intentando atar cabos, y después continuó con Ryan, y en cuanto Ryan sacó la mano de su bolsillo supe que le habían pillado; se veía claramente, engrosando su cartera. Ciento cincuenta libras en efectivo. Lo contó delante de Dee, tan tranquilo, y dijo que lo había ganado en una apuesta múltiple. En realidad, gané cuatrocientas sesenta, dijo él. Pero ya sabes. Fin de semana por todo lo alto.

Era difícil saber si mentía incluso cuando lo sabías, Ryan era así de bueno mintiendo, y la forma en que lo soltaba sin más, como si pudieras aceptarlo o rechazarlo, de alguna manera lo hacía aún más persuasivo.

Dee no se lo tragó. No creo ni una palabra de lo que dices, dijo él.

Me parece bien, no te lo creas. Pero este dinero es mío.

Ryan cogió el dinero de la mesa y lo guardó en su cartera. Comprueba las cámaras, dijo él. Míralo tú mismo.

Oh, comprobaré las cámaras, y si veo algo…

En ese momento, una de las encargadas salió del despacho de Dee y le dijo que había hecho un recuento. Las cajas no estaban descuadradas, había sido un error. Le enseñó el tíquet de caja. La gente se puso como loca con Dee por haberlos acusado, especialmente el personal de sala, que ni siquiera tenía acceso a las cajas pero les habían hecho vaciarse los bolsillos como a todo el mundo, y eso desvió su atención de Ryan, que caminó hacia las puertas con una sonrisa enorme en la cara.

¿Qué te había dicho?, me dijo. Capullos de mierda.

Finty irrumpió en el piso esa noche a las cuatro de la madrugada. Estaba fuera de sí, borracho total, y estaba en uno de esos estados en que todo lo que hacía le costaba el doble de esfuerzo del normal. Abrocharse los vaqueros después de mear, poner su teléfono a cargar, abrir una caja de cerveza que ya estaba abierta: lo único que tenía que hacer era levantar la tapa. Dentro de la caja quedaba una botella de Bud. Quitó el tapón con los dientes.

Bueno, dijo con una sonrisa. ¿A quién le apetece un poco de coca?

Sabía que eso era lo que Ryan había estado haciendo, llevaba toda la noche planeándolo, y no me había dicho nada porque sabía que yo diría que no. Había estado diciendo mucho que no últimamente y eso rayaba a

Ryan. Quería que la gente volviera. Quería estar toda la noche poniéndose hasta arriba. Le dije que nunca ahorraríamos dinero suficiente para un sitio nuevo si seguíamos de fiesta. Pero Ryan no era capaz de pensar tan a largo plazo. Solo veía lo que tenía delante, y esa noche era una bolsa enorme de farlopa. La había picado bien y me estaba tendiendo el plato, como una ofrenda.

¿Coquita?, dijo sonriendo de esa manera suya, como si supiera la respuesta.

En mi cabeza, estaba furioso con él. Él sabía que estaba intentando mantenerme alejado de todo eso, y yo sabía que él intentaba hacerme caer por esa misma razón. Fue como esa época en que Finty se estaba comportando como un santo, cuando hacía repartos para el chino Golden Bell. Hicimos un pedido para que lo entregaran en el piso de Dootzy una noche que estábamos de fiesta, y cuando Finty llegó a la puerta, lo arrastramos dentro y lo cebamos de farlopa. Lo echaron por no presentarse para el resto de su turno, pero fue una noche letal, nos lo pasamos de muerte. Había olvidado lo divertido que es cuando alguien cae, cuando ven la farla cortadita y ordenada y piensan, a la mierda, ¿por qué no?

Cogí el plato y me metí la raya más grande que vi. Y listo, hora de la fiesta. Ryan conectó su teléfono al altavoz inalámbrico y puso música dance de los noventa. Lo puso tan alto como se podía y escuchaba con la clase de nostalgia de ojos empañados en lágrimas que te podía hacer pensar que estaba allí, en 1994, dando botes al ritmo de Altern-8 y Praga Khan.

¿Te acuerdas de esta?, dijo él.

El primer error que cometí fue meterme coca. El segundo fue enviar a Mairéad un mensaje contándole lo que estaba haciendo:

Nunca paras chavalín
¿Con quién estás? ¿los depravados?

Oh sí
Tu mejor amigo Finty está aquí
dice que te vengas de fiesta con nosotros

dile que no gracias
preferiría ahogarme

lol
¿qué haces despierta a esta hora?

No respondió, y después de un rato, ya no estaba en línea. De todos modos seguí comprobándolo, por si acaso.

Te tiene por las pelotas, dijo Ryan.

Ella me tiene y un huevo. Solo somos colegas.

Colegas y una mierda. Cada vez que suena tu teléfono te levantas de un salto.

Yo me levantaría de un salto por Mairéad Riley sin dudar, dijo Finty.

Es una estirada de cojones, dijo Ryan. La manera en que se comporta. Mira qué cutre su foto de perfil. Se la enseñó y Finty arqueó las cejas. ¿De qué va lo del blanco y negro?

Se cree que es modelo, dijo Finty.

Pero te la harías, ¿verdad?

Oh sí, se la metería hasta el fondo.

Tú la meterías en un agujero en el suelo, dije yo, y eso hizo reír a todo el mundo.

¿Sabes con quién está viviendo?, dijo Ryan.

Sabía por su voz que la respuesta obvia no era la correcta, así que esperé a que me lo contara. Estaba más que feliz de hacerlo, tan pronto como se sirvió un vodka se tomó su tiempo para rebajarlo con naranjada y, tras humedecerse los labios, se lo bebió en tres tragos. Aaah, dijo, y luego: Está viviendo con un capullo pijo de su curso, allí por Holylands.

¿Cómo lo sabes?

Ya sabes, hijo mío. Se corre la voz. ¿No es cierto, Finty?

Finty asintió pensativo, como si Ryan hubiera impartido una lección de gran sabiduría.

No te equivocas, colega. No hay humo sin fuego.

Y hay un montón de humo, dijo Ryan.

¿Cómo sabes que no está viviendo con su madre?

Porque no vive con su madre hace meses, ¿verdad, Finty?

Yo no la he visto y vivo enfrente.

Eso es porque está en Holylands, follando.

Finty se atragantó con la cerveza. Follando, dijo, negando con la cabeza.

Le dije a Ryan que estaba diciendo chorradas. Se rio y dijo, Sí, claro, está bien, y puso los ojos en blanco. Intenté otra aproximación.

Que esté viviendo con un tío no quiere decir que se estén acostando, dije yo.

Hubo un silencio de asombro, luego Ryan y Finty estallaron en carcajadas.

¿Qué otra cosa crees que están haciendo?, dijo Ryan.

Puede que sean solo amigos.

Se partieron. Se sujetaban la tripa, les caían lágrimas por la cara, descojonándose de la risa. No me jodas, Sean, dijo Ryan. Con todo lo que has estudiado, a veces eres un empanado.

Hablamos hasta el amanecer. Las mismas historias con las mismas gracias que contamos la última vez que estuvimos de fiesta, y la vez anterior a esa. No era que no supiéramos que nos estábamos repitiendo. De hecho, haber contado esas historias antes contribuía a la excitación que sentíamos al volver a escucharlas. Nos ayudábamos unos a otros, corregíamos detalles, le recordábamos al narrador ciertos eventos y también, y más importante, estábamos de coca hasta las cejas. En realidad no importaba lo que dijera nadie, mientras el tema fuera consistente: tonterías de cuando éramos pequeños, peleas en las que habíamos estado, equipos de fútbol en los que habíamos jugado y, por supuesto, las cosas serias. Todavía no habíamos llegado a la charla profunda de temprano por la mañana, pero estaba en el horizonte. Lo sentí cuando Finty empezó a hablar de su padre. Tenía cierta reputación de tipo duro, y todas las historias que Finty contaba estaban a la altura de las cosas que ya habíamos oído: era una persona con la que no querías líos. Le admirábamos en ese sentido. Entonces Finty nos contó la vez en que su padre le pilló inhalando pegamento y le pegó tal paliza que le rompió el brazo.

¿Te rompió el brazo?, dije yo.

Sí, joder. Fractura limpia.

¿Cuántos años tenías?

Unos trece, ¿no?

Sí, trece, Ryan. Fue poco después de que ese chaval se tirara del puente, ¿os acordáis?

¿Estás bien?, dije yo, y Finty, horrorizado, se inclinó sobre el plato y cortó más rayas.

Yo estoy de lujo, ¿vosotros?

Miró de reojo a Ryan. Ryan se rio entre dientes e intentó rodearme con

el brazo. Yo le aparté y dije, Para de dar por culo, ¿vale? Levantó las manos a la defensiva, como si yo le hubiera amenazado, y se apartó hasta el otro extremo del sofá.

¿Todavía ves a tu padre?, dije.

Puto no. Está completamente paranoico. Se va a dormir con un martillo y todo.

¿Un martillo?

Está convencido de que los británicos van a venir a buscarlo, el pirado. Una noche llegué a casa y estaban yendo de un lado al otro del salón, murmurando toda clase de locuras sobre un guardia de seguridad de Long Kesh.

¿Tu padre estuvo en Long Kesh?

¿Mi padre? Joder, Sean. ¿Es que no me conoces?

Yo solo sabía lo que había escuchado, y las alusiones que Finty hacía de vez en cuando, pero nunca hablaba de eso.

Mi padre estuvo siete años por posesión de un arma, dijo él.

Se había puesto serio, estaba sentado muy quieto.

¿Y habla de ello?

Puto no. Se encierra en el baño y llora.

Finty se inclinó hacia delante para meterse una raya, pero estaba desorientado, temblando, y no se encontraba el agujero de la nariz. Ryan tuvo que ayudarle. Nos reímos, a pesar de que no tenía gracia. Finty estaba mal.

Se pueden meter su Irlanda Unida por el culo, dijo Ryan.

Eh, no hace falta eso ahora, dijo Finty.

¿Qué? Se pasean como si fueran héroes.

¿No lo son?

Hostia puta, Finty. ¿No lo ves tú mismo?

Finty se rio entre dientes, pero parecía confundido. Mi padre es portero, dijo él.

¿Y tú, Finty? ¿A qué te dedicas?

Yo persigo turistas por la ciudad y los meto en autobuses, y vendo un poquito de farlopa para ir tirando, dijo él guiñando el ojo.

Pero no deberías vender coca, ¿verdad?

¿Por qué no? Es dinero fácil, ¿o no?

Ryan le dio la razón, lo era. Insistió desde otro ángulo.

Fíjate en cuántos de nuestros colegas que llevaban dos o tres años de aprendices de formación profesional fueron despedidos cuando empezó la

recesión. No se fueron a Australia porque quisieron, tuvieron que hacerlo, joder.

Yo era albañil, dijo Finty.

Exacto, y todos los taxistas que hay en la carretera eran capataces.

¿Y qué tiene eso que ver con nada?

Ryan se volvió hacia mí y dijo, Mira a Sean. Fue a Liverpool y se sacó el título, y bien por ti, yo no podría haberlo hecho. Y creías que consistía en eso, tienes tus estudios y demás, pero ¿qué ha cambiado? Y es una mierda porque te fue bien, no estoy intentando ponerme gilipollas, has llegado más lejos de lo que cualquiera de nosotros habría podido llegar. Pero no eres mejor por eso. Estás exactamente en el mismo sitio que nosotros, ¿que dónde coño estamos?

En ninguna parte, dije.

Exactamente, ¿y qué opciones tenemos?

Finty le dio la razón, estábamos todos jodidos, pero no podía dejar pasar lo que Ryan había dicho antes, sobre los provos. Ryan tuvo que explicarle que no estaba metiéndose con su padre por lo que había hecho durante el conflicto, sino que odiaba lo que la guerra le había hecho a él, y a cientos de personas como él, hombres y mujeres que habían luchado durante tanto tiempo, que habían hecho cosas con las que tendrían que vivir el resto de sus vidas, ¿y para qué? Para conseguir el mismo acuerdo que les habían ofrecido en 1973, dijo Ryan, señalando con el dedo, enfurecido. Eso es lo que firmaron en 1998, la misma mierda con la que se habrían limpiado el culo cuarenta años atrás, ¿y te extraña que la gente diga que los *shinners* son unos vendidos? Los cabrones se conformaron con el statu quo, y mira donde nos ha dejado. Mira donde ha dejado a tu padre y a los padres de los demás. Están todos mal de la cabeza. Ve a cualquier bar y los verás sentados, matando el tiempo con pintas. Contando todo tipo de mierdas sobre lo que hicieron por su país, y no me sorprende. La mierda que han visto. Mi padre está igual de mal. Tú mismo lo sabes. Paranoico total. No puede salir de casa sin pensar que alguien va a matarlo. Perdió dos hermanos, hostia. ¿Qué esperas?

Finty negó con la cabeza y apartó la vista. Ryan le dijo que lo olvidara, que cambiaran de tema. Pero estaba bien. Acababa de recordar algo que le contó su padre, años atrás, sobre cuando escuchaba pisadas en el pasillo fuera de su celda y rezaba para que los guardias no fueran a buscarlo. Eso era lo peor, el pavor que se cernía sobre él, y luego oír que se abría la puerta y no saber si le arrastrarían hasta el vestíbulo como tantos otros días

y le pegarían. Eso es lo que mantenía despierto al padre de Finty por las noches. Todavía oye ese sonido, las pisadas acercándose por el pasillo, las llaves en la puerta.

Mi padre solo tenía dieciséis años cuando lo encerraron, y fueron a por los más jóvenes porque creían que podrían hacerlos hablar, así que…

Su voz se apagó. Bajó la vista.

¿Crees que se arrepiente?, dije.

Hubo una pausa. Cruzaron miradas, pero no conmigo.

¿Se arrepiente de qué?

Pues de las cosas que te ha hecho. Como romperte el brazo y eso.

Finty se encogió de hombros. Le caían pesadamente los párpados. Tenía esa mirada muerta que ves en la gente que ha pasado por cosas malas en la vida, como si de alguna manera todo estuviera allí, en su cabeza.

Bueno, ya basta de esta mierda morbosa, dijo Ryan.

Miré a Finty y notaba que estaba de acuerdo con Ryan pero no diría ni una cosa ni la otra porque él era así. Dije, Bueno, vale, y me disculpé por sacar el tema. También dije, No hay nada de malo en hablar las cosas, y Ryan estuvo de acuerdo, Siempre y cuando no jodan a todo el mundo la noche, dijo, lo cual hizo reír a Finty. Me molestaba la forma en que hacían eso. Yo apenas había dicho una palabra. Estaba sentado, escuchando, pero se comportaban como si fuera mi culpa. Por eso yo nunca decía nada, porque cada vez que lo hacía, tenía la sensación de que no querían escucharlo. Así que me quedé callado. Bebí vodka, me hice rayas, pero apenas hablé, y todo continuó así hasta la mañana. A las nueve, Ryan estaba soltando un rollo sobre los documentales de teorías conspirativas con los que se había obsesionado después de ver uno sobre Bob Lazar una noche que estaba fumadísimo. Cayó en un agujero de YouTube tan profundo que salió por el otro extremo convencido de que los alunizajes no habían ocurrido. Cerré los ojos y escuchaba su voz como si saliera del otro lado del túnel. El túnel era largo y oscuro. Sentía como si me estuvieran arrastrando dentro.

No hay estrellas. Míralo tú mismo, no están ahí.

Por supuesto que no, es de día, dijo Finty.

Las cortinas estaban abiertas. Entorné los ojos para comprobar si había mensajes en la montaña, pero había demasiada claridad.

¿Hay algo escrito ahí?, dije.

Ryan apartó las cortinas del todo. ¿Quieres que te lo deletree?

Sí, venga.

M-A-R-R-I-C-A.

Lo has deletreado mal, dije.

Mira al señor Universidad dándome clases de lengua.

A las diez, Finty puso «Joe McDonnell»[1]. Los tres estábamos tirados en el sofá, abrazados, cantando cada palabra. Cuando llegó la parte que decía «And you dared to call me a terrorist while you looked down your gun», nos pusimos de pie tambaleándonos y cantamos a pleno pulmón el estribillo. Eso fue el principio, durante la siguiente hora Finty puso una canción rebelde tras otra: «Come Out, Ye Black and Tans!», «A Nation Once Again», «The Broad Black Brimmer» y por supuesto «Grace», que cantamos con lágrimas en los ojos y con rayas descomunales de coca que nos metimos durante la segunda frase.

A mediodía nos habíamos calmado otra vez. Apenas quedaba coca, así que empezamos a tomar puntas para racionarla. Fui a mear, y cuando volví Ryan tenía un papel y un boli y estaba escribiendo algo.

¿Qué estás haciendo?, dije.

Estamos intentando acordarnos de toda la gente que se ha tirado a Mairéad Riley.

Levantó la hoja para enseñármela. La lista era larga. Llegaba hasta la última línea. Se la arranqué de la mano. Levantó sus manos como diciendo «Guau, tranquilo», pero se estaba riendo.

Venga, Sean. Desvirgó a la mitad de Twinbrook, dijo él.

¿Y qué tiene que ver eso con nada?

Nada. No importa.

No, en serio. ¿Por qué sigues insistiendo con el tema?

Tranquilo, dijo Finty. Él solo dice…

¿Qué dice? ¿Qué estás diciendo?

Colega, siento ser yo el que te lo diga, pero esa chica es una zorra.

¿Qué?

Mairéad. Es una zorra.

Estaba sonriendo, como retándome a hacer algo al respecto, así que salté hasta el otro extremo del sofá y le agarré por el cuello. Finty trató de separarnos, pero estaba fuera de juego, apenas se tenía en pie y nosotros ya estábamos en el suelo. Ryan estaba encima de mí; era la hostia del fuerte. Rodamos hasta la mesa y lo tiramos todo: botellas, vasos, platos. Finty estaba chillando, ¡Cuidado con la coca, cuidado con la coca! No sé cómo le di, sucedió rápido, pero también a cámara lenta: cuando te estás peleando

es así, lo ves todo. Intentó inmovilizarme con una mano y darme un puñetazo con la otra, pero aparté esa mano y la utilicé para salir de debajo de él. Encajó dos codazos, uno que le rompió la nariz, otro que rebotó en su frente. Antes de que pudiera hacer un verdadero destrozo, Finty consiguió cogerme bien por la cintura y me arrastró de espaldas al otro lado de la habitación.

Ryan se puso en pie de un salto pero se quedó donde estaba, detrás de la mesa de centro. Le sangraba la nariz, tenía sangre por toda la barbilla. No era necesario, Sean, joder, dijo él, mirándose la camisa.

¿No era necesario? Te has estado comportando como un capullo toda la noche.

¿Yo? Joder, Sean, has estado buscando pelea desde que nos hemos sentado.

¿Buscando pelea? Tienes suerte de que no te rompa la mandíbula.

Le propuse ir fuera. Venga, una pelea justa, dije. Pero Ryan, como si supiera lo mucho que me arrepentiría, me miró divertido, y luego con algo parecido a la pena.

Cálmate, dijo él. Ya está.

Se sentó en el sofá con la cabeza hacia atrás para cortar la hemorragia. Finty estaba de rodillas con una tarjeta, rascando, tratando de juntar el polvo que había caído. Pero el suelo daba asco, había farlopa por todas partes.

Podríamos pillar más, dijo él.

9

Me desperté con la sensación de que me habían sacado de las profundidades. La puerta estaba en el lado que no era de la habitación. Tanteé con el pie en busca de la escalera y me di cuenta de que ya no tenía la litera con el sofá debajo, y de que esa no era mi casa de la infancia. Vi mi abrigo colgado detrás de la puerta y tuve que encender la lámpara para asegurarme de que no había un hombre de pie, observándome. Estaba temblando. No recordaba haberme quedado dormido, y eso me desorientaba. Habían pasado las horas, una tarde entera solo en el piso vacío.

Arrastré la manta hasta el salón y dejé que la tele riera por mí. Llamé al restaurante chino que había cerca y pedí un curry de pollo sin guisantes ni cebolla, media ración de patatas, media de arroz frito, y una porción de pan de gambas y una lata de Coca-Cola. Comí lo que pude, pero tenía el estómago hecho trizas. Tenía diarrea, y luego los temblores empeoraron. Me encogí bajo la manta tiritando. Me iba el corazón a mil, estaba sudando a mares, tenía pinchazos en los brazos y las piernas. Fue entonces cuando entré en pánico. La habitación era como un agujero en el suelo en que yo había caído. No había cuerda ni escalera y no importaba lo mucho que intentara hundir las manos en el barro, la tierra no podía sujetar mi peso. Me caí de nuevo en la oscuridad. Cuando me desperté, estaba sobrecogido de la emoción. Me senté en el sillón y respiré hondo por la nariz soltando el aire por la boca.

A través de las cortinas el cielo había oscurecido. Los minutos que conducían a lo que se suponía que sería el comienzo de mi turno pasaban lentamente. Lo resolveré mañana, me dije a mí mismo. Me inventaré el tipo

de excusa que convertirá la rabia de Dee en simpatía: un accidente, alguien cercano muriendo.

No esperaba que me llamara. Su nombre apareció en la pantalla.

DEE TRABAJO

Podía decir que mi batería había muerto. Podía decirle que llamarle era lo último que estaba pensando mientras esa cosa terrible que había sucedido estaba sucediendo. Podía decir cualquier cosa, excepto la cantidad de veces que me había intoxicado o que me había lesionado jugando al futbito. No importaba cuánto odiara el trabajo, perderlo me dejaría en una situación peor de la que estaba.

Me puse el teléfono en la oreja. Notaba el corazón en la garganta.

Dee, no te lo vas a creer. Estaba conduciendo por la carretera con mi hermano y un coche salió y nos dio por detrás. Estoy aquí en urgencias. Estoy bien, pero él se ha hecho daño en el cuello. Creo que puede ser un latigazo.

¿Qué pasa con Ryan? ¿Estaba en el maletero?

No sé nada de Ryan.

Bueno, vale. Dile a Ryan cuando le veas que está despedido.

Mira, Dee, lo siento de veras. Tendría que haber llamado…

No, Sean. Tendrías que haber venido a trabajar. Estás acabado.

Por favor, tío. Te lo juro por Dios, es la última vez. Iré. Saldré del hospital ahora mismo y cogeré un taxi.

Pero Dee había colgado.

Le escribí un mensaje a Ryan y se lo conté. Intentó llamarme, pero estaba de rodillas en el baño vomitando bolas de arroz sin digerir. Me mojé la cara con agua y apoyé las manos en el lavabo. Estaba sudando, pero tenía frío. Tenía los labios cortados.

¿Ha dicho que estoy despedido definitivamente?

Sí, definitivamente

oh bueno

¿Qué tal la cabeza?

Duele

me diste un golpe en la nuca de la hostia

yo creo que me has roto la nariz

te lo merecías cabrón

Lol
Vente
tenemos una bolsa de farla pura

donde estáis

en casa de Finty
venga

estoy mal

No me respondió.

No quería pensar en eso, no era bueno para mí, y cuanto más lo pensaba, peor me sentía. Repasaba la noche anterior, las cosas que había dicho y hecho eran un bucle que se cerraba a mi alrededor como una cuerda, me devolvía a la mañana después del día que mi madre cumplió treinta y ocho años. Mi abuela me despertó y me dijo que mi abuelo me llevaría en coche a casa a pesar de que mi casa estaba a la vuelta de la esquina. Acababa de cumplir diez años y estaba sentado en el asiento del copiloto viendo el sol salir por detrás de los árboles, preguntándome si habría muerto alguien.

Mi madre estaba esperándome en el salón. Llevaba una bata encima de la ropa de la noche anterior, y estaba abrazándose las rodillas contra el pecho. El salón olía a cigarrillos y alcohol, y al caminar sobre el suelo de linóleo, las suelas de mis zapatillas sonaban como si fueran de velcro. Nada tenía sentido. Normalmente la casa estaba impoluta para cuando yo llegaba. No importaba la dimensión de la fiesta de la noche anterior, mi madre se levantaba al alba para destruir las pruebas de que había habido gente allí. Lo hacía porque yo todavía era un niño y para ella era importante mantener la casa como se suponía que debía estar. Pero aquella mañana estaba sentada en el sofá sin más, secándose los ojos con un pañuelo de papel. Haciendo caso omiso del caos a su alrededor.

Me senté en la silla más próxima a la ventana y esperé a que se

recuperara. Mientras esperaba, imaginé cómo sería si alguien cercano a mí se muriera. Ser esa persona en el colegio que tiene un aura de tragedia. El niño al que todos los profesores prestaban más atención, cuya identidad dependía de esa pérdida decisiva.

Tengo que preguntarte una cosa, hijo, y quiero que digas la verdad, ¿vale?

Vale, dije confuso, inseguro de cómo funcionaban esas conversaciones. Nadie había muerto hasta entonces, así que no tenía referencias ni modelos.

Mi madre me miró como si verme le doliera físicamente.

Necesito saber si tu papi alguna vez te ha hecho algo, dijo. ¿Alguna vez te ha hecho daño?

Tuve que tomarme un momento para pensar en la pregunta que me estaba haciendo. ¿Me había hecho daño mi padre? No. Gritaba y regañaba, pero solo levantaba la mano a modo de amenaza. Pero ¿por qué me estaba preguntando eso mi madre? ¿Qué tenía que ver con la muerte?

Nunca te ha hecho nada más, ¿verdad?, dijo mi madre. Nunca te ha puesto una mano encima, ¿verdad?

No, mami.

¿Estás seguro? ¿Estás completamente seguro, hijo?

Negué con la cabeza, no, entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo y dije, Sí, estoy seguro. En el otro extremo de la habitación, la puerta de la cocina estaba abierta. La luz que entraba por la ventana proyectaba una sombra en el suelo.

Tu padre le hizo cosas terribles a Anthony cuando Anthony era pequeño, dijo mi madre. Le tocaba, y… Se calló. Esa palabra, «tocaba». Yo sabía qué significaba. No podía significar otra cosa. Juré que nunca había pasado nada de eso. Levanté la mano y lo juré por Dios.

¿Estás seguro? ¿Completamente seguro?

Se tapó la cara con las manos y el pelo le cayó sobre las muñecas. Lo siento, hijo, dijo. Pero no podrás ver más a tu padre.

La puerta del pasillo se abrió. Anthony se detuvo en seco.

¿Se lo has contado? Por Dios, ¿qué le has contado?

Tenía que hacerlo, dijo. Tenía que saberlo.

¿Qué coño has dicho?

No he dicho nada. Solo le he preguntado. No se lo he contado.

Estaba destrozada, llorando, y por algún motivo eso molestaba a Anthony. Para de una puta vez, ¿vale?, dijo él, pero mi madre no podía.

Estaba devastada.

Lo siento, hijo. Lo siento tanto…

Fue Anthony quien me dijo que fuera arriba a mi habitación, tenía que hablar con nuestra madre, dijo. No me miraba. Ni siquiera cuando me levanté y pasé por su lado bajó la cabeza, apartó la vista.

Cerré la puerta de mi habitación tras de mí y me quedé un rato con la espalda apoyada en la pared, escuchando las voces abajo, luego encendí mi PlayStation y me subí a la litera, a la cama, y jugué a *Metal Gear Solid*. Era mi juego favorito, había batido los récords ocho veces, y ahora estaba intentando pasarlo sin disparar a nadie, solo escabulléndome. Deshaciéndome de mis enemigos con sigilo. Estaba escondiéndome debajo de una caja, esperando el momento adecuado para abalanzarme, cuando se abrió la puerta de mi habitación. Anthony caminó hasta la escalera y se subió al primer escalón para estar a mi altura.

¿Todo bien?, dijo él.

Sí, todo bien.

¿A qué estás jugando?

Metal Gear Solid.

Vamos a ver.

Se subió a la cama y se sentó a mi lado, y durante un rato se quedó ahí, mirándome. Luego me abrazó y me besó en la cabeza.

Eres bueno a esto, dijo.

SEGUNDA PARTE

La basura se hunde de nuevo en el lodo y el barro.[2]

CIARAN CARSON

10

La noche antes de mi primer turno de servicios comunitarios no dormí pensando en qué haría si alguien entraba en el piso e intentaba matarme. Traté de imaginar qué haría para salvarme, y como estaba pensándolo con los ojos cerrados, vi a un hombre entrando en mi habitación, y la pistola, siempre era una pistola. Entonces pensaba, ¿y si saltara por la ventana? ¿Y si me escondiera debajo de la cama? ¿Y si me escapo corriendo y hay más hombres fuera, esperándome?

Repasaba todas las posibilidades. Nunca acababa bien.

De madrugada, oí la lluvia golpeando la ventana. Mi ropa de trabajo estaba colgada: el peto de alta visibilidad y el chubasquero que me había entregado mi agente de libertad condicional la semana anterior, mis botas con las punteras de acero, que me ponía sobre unos calcetines gruesos negros. Me lavé la cara con agua y traté de ponerme las lentillas, pero por mucho que trasteé con ellas no se quedaban en su sitio. Acabé caminando por la carretera a las siete y media de la mañana con unas gafas que no podía limpiar con el chubasquero porque no era el material adecuado; la lluvia las había calado, y cada vez que pasaba un coche los faros destellaban en las gotas y todo se volvía amarillo.

Me llevó diez minutos ir caminando hasta Milltown, y cuando llegué no sabía adónde tenía que ir. Había un patio en el lateral del edificio que estaba delante del cementerio y en ese patio había una de esas casetas que se suelen ver en las obras, las verdes que parecen contenedores de barcos acondicionados. La puerta estaba abierta, pero dentro estaba a oscuras. Distinguía apenas la silueta de un hombre sentado en un banco con la espalda contra la pared.

¿Está Joe aquí?, dije.

El hombre no dijo nada. Estaba sentado muy quieto.

Había cruzado la mitad del patio, me dirigía a la entrada, cuando se abrió la puerta del Poly Klyn. Salió un hombre alto, delgado, con una cabeza como una bola de pinball. Llevaba unos vaqueros que no se molestó en abrocharse y un chaleco naranja de alta visibilidad con una capucha arrugada alrededor del cuello. ¿Quién eres?, me dijo, y cuando se lo conté, me fulminó con la mirada y dijo, ¿Quién te ha dicho que vinieras aquí? Le dije que mi agente de libertad condicional, Wendy. Me llevó a su oficina y dio un verdadero espectáculo al reclinarse totalmente hacia atrás en su silla de cuero.

¿Cuántas horas?, dijo.

Doscientas.

¿Te han dado toda la equipación?

Eso creo, sí.

¿Botas?

Me miré los pies.

Sí.

No te acerques aquí sin ellas.

Vale.

Había algunos formularios que tenía que firmar, luego me llevó de nuevo a la caseta. El hombre que había visto sentado a oscuras ahora estaba con otros hombres. Caminaban pesadamente bajo la lluvia como si les hubieran condenado a muerte, y cogieron las pinzas de recoger basura y las bolsas de consorcio negras de la carretilla que Joe había aparcado en medio del patio. Era un grupo mixto, viejos y jóvenes, y todos tenían el mismo aspecto hastiado, como si llevaran allí media vida.

Bueno, vamos, dijo Joe.

Seguí a los otros hombres y mantuve la vista en el suelo, recogiendo bolsas de patatas, botellas vacías, cuerdas viejas con nudos, mi bolsa negra se arrugaba y se arremolinaba con el viento. La lluvia me daba en la cara. Me costaba ver con las gafas, pero luego la lluvia paró y no estaba tan mal. Joe nos dejaba a nuestro aire siempre que no nos alejáramos demasiado. Yo me limité a los caminos tanto como pude; no me parecía bien caminar sobre las tumbas. Recordaba vagamente haber ido a un funeral cuando era pequeño y que me dijeran que eso no se hacía. Me estiré, me incliné con la mano en la lápida más cercana para alcanzar unas flores de plástico que estaban cortadas en pedazos y esparcidas sobre la hierba. En la lápida

había una fotografía de un hombre que había muerto en 1992. Había una bandera tricolor en un plinto a su lado, y junto a su nombre, la palabra *Óglach*, joven guerrero.

Nos dieron un descanso para fumar a las diez. Se encendieron cigarrillos, se dieron caladas. El hombre sentado más cerca de mí estaba por la mitad de su segundo cigarrillo cuando todos los demás habían apagado el primero. Tiró la colilla al césped y apoyó los codos sobre los muslos.

¿Qué has hecho?, me dijo.

He despejado esas tumbas de allí, la del ángel…

Me refería para estar aquí, ¿qué has hecho?

Ah, agresión. Me han condenado por agresión.

¿A quién agrediste?

A un tipo en una fiesta en una casa.

El hombre escupió en el suelo entre sus pies. Miré y vi sangre.

¿Ves eso?, dijo él señalando. Eso significa que recogerás basura de mi tumba, hijo. Vio mi cara y se rio. No te preocupes, dijo limpiándose las comisuras de la boca. Tendré mucha compañía.

Encendió otro cigarro, que era el tercero en diez minutos, y se olía, ese olor horrible que emanan los fumadores empedernidos.

¿Tienes algún familiar enterrado aquí?, dijo.

Creo que mi bisabuelo está aquí, y mis tías abuelas.

¿Nadie cercano?

No, todavía no, dije, y él se inclinó hacia mí.

Entonces tienes todo eso que esperar, dijo con una sonrisa.

Al otro lado del camino, las tumbas miraban en la misma dirección que nosotros de manera que parecía que las espaldas de las estatuas religiosas que coronaban los monumentos conmemorativos más elaborados se habían reunido para presenciar alguna clase de evento. Le pregunté al hombre qué había hecho para acabar allí. Expulsó el humo por la nariz y miró al otro extremo del cementerio.

Todo tipo de cosas.

Hubo otro descanso para fumar a las once, y a las doce volvimos a la caseta para comer. Me senté en un rincón y miré mientras los otros se quitaban los chubasqueros y los colgaban sobre el radiador eléctrico. Se puso el hervidor, se repartieron tazas de té, y Joe, que se asomó para asegurarse de que estábamos todos allí, nos dijo que no saldríamos de nuevo hasta dentro de mucho rato. Había vuelto la lluvia, el tejado de la

caseta estaba siendo apedreado, y el viento hacía que las ventanas temblaran. Cerré los ojos e intenté dormir como el resto de los hombres, pero no lograba entrar en calor. Daba igual que llevara tres capas de ropa; el aire silbaba a través de las esquinas oxidadas de la caseta, y no podías hacer nada aparte de beber tu té, acercar los pies al radiador tanto como fuera posible, y respirar dentro del cuello del abrigo.

A las dos mi teléfono murió. Miré de reojo al hombre que estaba más cerca, pero se había puesto la capucha y estaba profundamente dormido.

¿Alguien tiene un cargador de Android?, dije.

Nadie respondió.

Había una pila de periódicos en medio de la estancia. Cogí el *Sunday World* y leí una historia sobre un hombre que fue a casa de un colega para arreglarle el detector de humo y acabó matándolo con una espada samurái. Era una de esas historias locas que se oyen de vez en cuando, sobre algún psicópata que había estado en la UDA, la asociación unionista por la defensa del Ulster, se tomaba algo a mal y estallaba. Esos dos tipos habían estado bebiendo todo el día, se conocían desde hacía años, y se estaban divirtiendo, pasando un buen rato. Al minuto siguiente, el hombre sacó la espada de la bota, tan tranquilo, y volvió andando a la casa. Nadie oyó los gritos. Ni un vecino, y no estoy hablando de una calle grande. Estoy hablando de seis casas en una plaza en medio de East Belfast. Los vecinos debían de saberlo. Debieron de ver quien era y pensaron, no, mejor no. No diremos nada. Entretanto, el hombre de la espada volvió conduciendo a casa con su mujer y se lo contó.

He matado a fulanito de tal, dijo. Nadie me volverá a joder.

Al otro lado de la estancia, en el otro extremo de la caseta, el hombre que me había hablado antes estaba sentado con los pies sobre el banco. Tenía una lata de cerveza Harp escondida bajo el abrigo y tenía la vista clavada en la puerta.

¿Crees que nos mandarán a casa?, dije.

El hombre dio un trago y eructó sonora pero educadamente en su mano.

Me estoy muriendo, dijo.

Hice una visita a un Asda de camino al piso e hice el truco de las cajas de autopago con unas salchichas y bacon para la cena. También compré atún, para mis comidas de túper. Cuando llegué, Ryan me llamó para que fuera a

su habitación. Estaba de rodillas en medio del suelo, forcejeando para cerrar su maleta.

Ayúdame, ¿te importa?, dijo.

Me senté encima de la maleta y me apoyé con todo mi peso. La cama estaba desmontada, el colchón a la vista, y también las almohadas, que se habían puesto amarillas. Era la primera vez que veía a Ryan desde esa noche con Finty, y eso había sido dos semanas atrás.

¿Adónde vas?, dije, y Ryan, sorprendido, dijo, Me mudo con Finty, ¿no?

¿Desde cuándo?

Te lo dijimos la noche que estuvimos todos aquí, ¿te acuerdas?

No me había dicho nada. Era un mentiroso.

¿Habéis encontrado un sitio y eso?, dije.

Finty consiguió un precio de amigo. Quinientas libras al mes. Y pensé que yo también podría ir, porque nos van a echar de aquí cualquier día, ¿no?

Al final consiguió cerrar la cremallera y subió la maleta a la cama. Eché un vistazo a la habitación vacía. Ahora sin nada parecía más grande. Pero el moho era chungo. Salía del alféizar y había ennegrecido la parte de debajo de las cortinas.

Da pena irse, en plan que nos lo hemos pasado bien aquí, ¿no?, dijo Ryan.

Sí.

Fiestones.

Sip.

Tendrás que venirte a tomar unos tragos alguna noche, dijo él.

Dije que lo haría, que sonaba bien, y le seguí mientras caminaba como podía con su maleta por el pasillo y escalera abajo. Finty estaba esperando fuera. Tenía la furgoneta de su padre. Era una de esas blancas en las que ves a la gente ir a toda velocidad cuando son los primeros en arrancar. Me saludó con la mano.

Fiesta de inauguración el fin de semana que viene, Seany-bo. ¿Nos vemos allí?

Sí, nos vemos allí, dije.

Finty arrancó la furgoneta. Metió primera, aceleró hasta que el motor chirrió y luego levantó el pie del embrague y dejó que las ruedas giraran hasta que salió humo.

¡Yu-ju!, gritó. ¡Viva el IRA!

El olor a caucho quemado se quedó en el aire después de que se fueran.

No me gusta hacer cosas que no he hecho nunca delante de otras personas por si lo hago mal y quedo como un capullo, así que observé mientras Joe me enseñaba como quitar el estrangulador y tirar de la cuerda del estárter, luego como cambiar la hoja y enganchar la desbrozadora al arnés, que aligeraba el peso, haciendo más fácil apoyar los codos en el manillar mientras avanzábamos en tropel por el cementerio, yo y cinco hombres que no conocía –la gente venía en días diferentes– y el tipo que me habló en mi primer turno. Caminaba a mi lado con un cigarro colgado de la boca, expulsando grandes nubes de humo sin importarle en absoluto el depósito de gasolina que tenía bajo el brazo y lo fácilmente que podrían arder los gases.

¿Qué has hecho, chaval?, me dijo.

¿Qué?

Para acabar aquí, ¿qué has hecho?

Te lo conté la última vez. Me han condenado por agresión.

Sí, pero ¿por qué?

Bajé la cabeza y aceleré el paso, pero no importaba lo rápido que caminara, él estaba ahí, arrastrando las botas detrás de mí.

Joe tenía un soplador de hojas colgado de la espalda y estaba acechando detrás de las lápidas como una especie de cazafantasmas. Nos condujo a una parcela en la parte de atrás donde no había muchas tumbas, pero la hierba inundada había atraído enjambres de pequeños mosquitos que picaban cada centímetro de piel expuesta. No quería ir más lento que los otros, y no quería que pareciera que no sabía qué estaba haciendo, pero mi ansia por mantener el ritmo hacía que cortara demasiado cerca del suelo, llevándome trozos de barro, salpicándome el pecho y los brazos, incluso el protector facial, impidiéndome ver más allá del lodo que se filtraba por la malla ya embarrada. En poco rato, estaba el doble de sucio que cualquiera de los otros y no había cortado ni la mitad de hierba. Me dolían los brazos, y la parte baja de la espalda. Cuanto más me esforzaba, más torpemente movía la desbrozadora, que se sacudía bajo mi brazo, el mango tambaleándose con el impulso del carrete, destrozando el terreno.

El primer descanso para fumar no llegaba nunca. Me derrumbé en el bordillo de la tumba más cercana y me tumbé para mirar al cielo. Era tan claro y azul y bonito que puse el teléfono delante de mí, pero, en lugar de

hacer la foto, le di la vuelta a la cámara y me hice un selfi. Mi cara estaba salpicada de barro y tenía el pelo mojado de sudor, y en el fondo de la foto, los dientes de león se inclinaban a los lados por el peso de sus enormes cabezas. Se la envié a Mairéad, pensando que la haría reír. El hombre sentado más cerca vio lo que estaba haciendo y dijo, Dios, es peor que mi hija pequeña.

¿Quién?

Él. Se está haciendo fotos.

¿Cuántos años tiene tu hija pequeña?

Los hombres se rieron. No es necesario, Fra, dijeron ellos.

Seguro que puede con ello. Ya es mayorcito, ¿verdad, Samuel?

El hombre llamado Samuel asintió, pero tenía la vista clavada en el suelo.

Cuando terminó el descanso para fumar, Joe nos condujo de vuelta al centro del cementerio, a un terreno donde la hierba era frondosa y verde y mucho más fácil de cortar. Estaba empezando a pillarle el truco, moviendo la desbrozadora más desde las caderas, rotando de un lado a otro, y era hipnótico, el sonido de la desbrozadora cortando la hierba, la hierba saltando por los aires. No tenía que pensar en qué estaba haciendo. No tenía que pensar en nada. El motor lo ahogaba todo, y comencé a sentir como si mis manos, con hormigueos por la vibración, no me pertenecieran, como si se dejaran llevar por el movimiento de la desbrozadora y, por arte de magia, el trabajo se fuera haciendo. Nos llevó la mitad del turno, justo hasta después del descanso para comer, terminar el terreno, y cuando lo acabamos, Joe nos premió con otro descanso para fumar de diez minutos. Nos dejamos caer en la hierba y dimos tragos de agua tibia de unas botellas que nos pasó uno de los chavales jóvenes al que habían mandado a comprarlas al otro lado de la carretera. El hombre que seguía preguntándome qué había hecho, cuyo nombre era Fra, estaba sentado cerca. Se inclinó hacia atrás en el césped apoyándose sobre las manos e inspeccionó el terreno.

¿Sabes por qué no hay lápidas en este terreno?, dijo.

No respondí. Sabía que quería contármelo.

Esto de aquí no es solo un terreno, chaval. Este es el terreno de los pobres. ¿Sabes qué es el terreno de los pobres?

Lo sabía, pero le dejé darse el gusto.

Hay ochenta mil personas enterradas bajo tus pies ahora mismo, dijo él. Ochenta mil, y eso solo en esta zona. Hay tres zonas. ¿Ves ese terreno

más allá, y ese otro allí? Estamos hablando de doscientas mil personas, y ni una tiene nombre. Perdieron sus nombres porque no podían permitirse comprar sus propias parcelas, luego echaron encima a los enfermos, los que palmaron de tifus y de gripe. Ahora hablan de «los desaparecidos». Quieren saber dónde están todas esas personas cuando ellos mismos llevan haciendo desaparecer gente hace años, y están aquí mismo. Están bajo esta hierba. Ahora dime tú quién tiene la culpa.

Sabía exactamente quien tenía la culpa, pero me daba miedo decirlo en caso de que Fra no quisiera oírlo. Más o menos le di la razón, esperando que me dejara en paz. No lo hizo.

¿Sabes quién más está enterrado aquí?, dijo.

Había mucha gente enterrada en ese cementerio. Dije al azar Giuseppe Conlon, pensando que sería alguien de quien querría hablar, pero no.

¿Alguna vez has visto *Darby O'Gill*?, dijo él.

No. Ni siquiera estaba seguro de qué era *Darby O'Gill*.

El protagonista está enterrado aquí, dijo Fra.

¿En el terreno de los pobres?

No, joder. Aquí, en el cementerio.

No sabía si tenía que estar impresionado o qué. Así que asentí siguiendo la corriente, era ese tipo de conversación, y Fra continuó hablando sobre la película y el protagonista de la película, interpretado por un hombre llamado Arthur Sharpe. Era de Falls Road, creció en Iveagh Parade, y eso parecía significar algo para Fra, quizá él mismo era de esa zona. Intenté preguntárselo, pero Fra estaba a tope, contándome esa historia sobre un hombre que un día se presentó en la puerta de Albert Sharpe, buscándolo. Fue en los 50. Por entonces nadie tenía mucho de nada. Trabajar en las fábricas era el infierno en la tierra, y no había trabajos estables en el puerto. No si eras católico. Fra hizo hincapié en eso cuando describía al hombre que estaba en la puerta de Albert Sharpe ese día, bien vestido con traje y sombrero, y unos zapatos tan relucientes que los niños de la calle dejaron de jugar y se arremolinaron a su alrededor para mirarlos.

Fue la mujer de Albert Sharpe quien abrió la puerta. Llevaba su delantal, y vio a ese hombre bien vestido en su puerta y pensó que la iban a echar. El hombre percibió su pánico y le dijo que no quería causar problemas, que quería hablar con su marido, Albert, y ella hizo una pausa. Su acento la desconcertó. ¿Quién eres?, preguntó ella, y ¿sabes qué dijo ese hombre?

Fra hizo una pausa efectista.

Walt Disney.

Qué loco, dije yo.

¿Verdad? Walt Disney se presentó en su puerta en Falls Road.

¿La mujer de Albert Sharpe no lo invitó a entrar?

Joder, por supuesto que lo invitó. ¿Por qué me estás tocando los cojones?

Los otros lo habían oído y se rieron.

¿Y los duendes también están enterrados aquí, Fra?, dijeron.

Me reí con ellos, parecía que era lo que había que hacer, y luego Fra me miró y me callé. Tenía ese efecto sobre la gente, y se extendió a los hombres que nos rodeaban. De repente todo el mundo estaba mirando su teléfono, fumando su cigarro, o con la mirada perdida en el horizonte. Fue un silencio inquietante, y Fra tenía esa sonrisa en la cara como si supiera que me tenía atrapado, solo tenía que inclinarse sobre mi hombro y susurrar.

¿Quién es tu padre?, dijo él.

¿Mi padre?

Sí, ¿quién es?

Era como estar acorralado en la calle y que me preguntaran si era católico o protestante. La última vez había sido diez años atrás, cuando estaba en una zona que no debía y me llevaron a rastras a un portal tres tíos que me hubieran hecho algo mucho peor si el hombre de la parada de taxi no hubiera salido del mostrador y hubiera dicho, Bueno, ya es suficiente, chicos. Soltadlo.

Su nombre es Seamus, dije. Seamus Maguire.

¿Seamus Maguire? ¿Conducía un taxi?

No sé. No lo he visto desde que era pequeño.

Es uno de esos, ¿eh?

Sí, es uno de esos.

Pasamos la tarde haciendo más de lo mismo. Ir entre las tumbas era más difícil y requería más atención, y estropeé cantidad de hilo de la desbrozadora. Se desafilaba si se hundía mucho en la tierra o golpeaba en la piedra. Apagué la desbrozadora y usé el dedo para limpiar la mugre del carrete, luego metí el hilo nuevo en los agujeritos del cabezal. Mientras lo hacía, miré los montículos de hierba que se acumulaban por el terreno; no

me podía creer la cantidad de trabajo que habíamos hecho en tan poco tiempo. En realidad, las horas se habían pasado volando, un día entero, y no había mirado ni una vez el teléfono. No desde que Mairéad me había respondido a la foto que le había enviado por la mañana.

Habían pasado seis horas de mi vida en un abrir y cerrar de ojos, un total neto de doce horas cumplidas y otras ciento ochenta y ocho pendientes para acabar. Volví a la caseta arrastrando los pies con los demás, con la desbrozadora como un detector de minas que me guiaba hacia la puerta que daba a la carretera, los coches desaparecían de la vista, alejándose uno detrás de otro.

Me puse a buscar a mi padre de nuevo esa noche. Quería más de lo que podía encontrar en su perfil de Facebook, que no era mucho, y eso significaba peinar docenas de foros y archivos de periódicos locales. Luego me metí en un agujero de conejo leyendo mensajes de gente que compartía recuerdos de su lugar de origen. Mi padre era de Market, y había un montón de personas que publicaban sobre sus vidas creciendo allí y sobre la gente que conocían. La única mención que encontré de alguien con el mismo apellido era sobre un hombre llamado Peeps Maguire que tocaba la guitarra en un grupo llamado Terry and the Tokens en los sesenta.

De todas formas posteé un mensaje a la una de la mañana.

> ¿Alguien conoce a Seamus Maguire? Tenía una hermana y un hermano, Christine y Peter. No estoy seguro de en qué calle vivían, pero crecieron en Market, su padre vivió allí toda su vida. Si alguien sabe algo de él, me encantaría escucharlo.

Después encontré una entrevista que hizo para una revista de deportes de campo irlandeses. Había ganado una competición de tiro al plato, unos cuantos años atrás, en un campo a las afueras de Ballymaloe. Era un evento serio, participaba gente de todo el mundo, y como mi padre no tenía antecedentes en el deporte ni conexiones familiares, el entrevistador quería saber cómo había empezado.

Mi padre le contó que se había mudado a vivir al campo trece años atrás, con su mujer y su hija. No conocía a nadie, estaban en medio de la nada y estaba tratando de acostumbrarse a este nuevo modo de vida cuando un tipo de la zona y su mujer pasaron a saludar una tarde. Peter

Scullion era importante en el mundo del tiro al plato, había participado en las Olimpiadas de 1988. Invitó a mi padre al campo de tiro y se ofreció a enseñarle cómo funcionaba. Mi padre le siguió por divertirse un rato, era un caso perdido, no podía disparar ni a palos, pero sentía un pelotazo increíble al hacerlo. Una semana después ya había solicitado el certificado de armas.

La primera arma que se compró era una Webley & Scott que todavía debe de desempolvar cada tanto, cuando se pone nostálgico. Ganó con ella su primera competición oficial. Recuerdo observarlo limpiándola cuando yo era pequeño, el ruido que hacía cuando deslizaba el cañón sobre el cajón de los mecanismos. Ese suave clic, como cuando recargan las armas en las películas. Me sacaba esos fines de semana que iba a pasar con él, antes de que todo saliera a la luz. Montábamos la máquina lanzaplatos en el campo de detrás de su casa. Mi trabajo era cargar los platos, y a veces me dejaba probar el arma. Notaba su peso detrás de mí cuando guiaba el rifle en mis manos, enseñándome como seguir la trayectoria, y cuando el plato caía, apretábamos el gatillo juntos, los oídos tapados por el sonido.

Un día había un conejo. Mi padre lo divisó moviéndose entre los setos del extremo más alejado del campo. Se agachó, se llevó el dedo a los labios y avanzó lentamente, sus botas se hundieron en el barro mientras empuñaba su rifle y apuntaba para disparar. Hubo un golpe seco. El disparo resonó, y los cuervos salieron volando hacia el cielo. Más tarde, cuando estaba acabando de despellejar el conejo en la mesa del jardín de atrás, mi padre levantó la carcasa rosa y viscosa para que la viera.

Nuestra cena, dijo sonriendo.

Después de aquella mañana, cuando mi madre cumplió treinta y ocho años, no volví a ver a mi padre. Mi madre intentó compensarme, mimándome siempre que podía, pero sabía lo que estaba haciendo y no creía que yo me lo mereciera. Como la vez que invitó a toda la familia por mi dieciséis cumpleaños, primos y todo. Me encerré en la habitación y me negué a bajar. Ella pensaba que era porque mi padre nunca había tratado de contactar conmigo, y siendo sincero, eso me pesaba. Pero eran los esfuerzos de todo el mundo para hacer que me sintiera mejor lo que lo empeoraba. Al leer esa entrevista de mi padre lo recordé todo, y no era que estuviera intentando torturarme ni nada por el estilo. Simplemente era difícil apartarme cuando él estaba ahí mismo, en internet, viviendo su vida con su

mujer y su hija en algún lugar en el campo.

Su hija se llamaba Aoife. Solo era una niña la última vez que la vi; acababa de cumplir cuatro años. Odiaba quedarme solo con ella. Me miraba fijamente hasta que yo la miraba, luego corría por la habitación con el muñeco con el que quería molestarme ese día y berreaba. Ahora estaba tuiteando sobre los exámenes del certificado de secundaria: «mucho miedo intentando repasar temas que no he visto en la vida». Pero parecía lista. Había ido a un buen colegio. La gente lo llamaba «La academia». Tenía página en Wikipedia y todo, y existía desde el siglo XVIII. Tenía en la cabeza la imagen de críos en uniforme comiendo menús de tres platos. Aoife con ese grupo de chicas con el pelo ondulado y cejas depiladas, de pie delante de los vestuarios, descalzas, con los pies cruzados, sujetando las medallas que acababan de ganar. Su profesor de danza publicó estados sobre lo orgullosa que estaba, lo duro que habían trabajado sus chicas, lo mucho que aprendían de la experiencia y lo fuertes que se hacían. No se trataba de una fase: Aoife llevaba bailando desde siempre. Una de sus amigas colgó una foto de ella de pequeña, con unos cinco años. Estaba de pie al lado de una barra del ballet rosa con brillantina, con las manos levantadas por encima de la cabeza, los ojos cerrados, y el texto que acompañaba la foto ponía «Siente la música, amiga».

No había fotos de ella con mi padre, y nada sugería que tuvieran nada que ver aparte del hecho que compartían el mismo apellido, pero yo sabía que era ella. Lo sabía. Ella era mi hermana pequeña.

11

Al día siguiente fui al paro como se suponía que debía hacer cada dos semanas. El hombre del mostrador me preguntó si había registrado todos los trabajos a los que había postulado del cuaderno que me habían dado cuando solicité el subsidio de desempleo la primera vez. Le dije que sí, que lo había hecho, y me pidió que se lo enseñara. No podía porque no había llevado el cuaderno, y él me dijo, Te voy a tener que poner una amonestación. Si no traes el cuaderno de búsqueda de empleo la próxima vez, tendremos que denegarte las ayudas.

Me lo creí. Estaban buscando cualquier excusa.

En lugar de volver al piso, me llevé el portátil a la tienda de sándwiches de Andytown y pasé la tarde utilizando su wifi para presentarme a ofertas de trabajo. Mairéad me escribió un mensaje. Quería saber qué estaba haciendo. Se lo conté y me dijo que estaba volviendo y que se pasaría a verme. La observé por la ventana bajar de la parte de atrás de un taxi negro con su bolso del tamaño de un trolley de cabina colgado del hombro. Parecía cansada, como hecha polvo. La ropa le quedaba suelta y se veía gastada, incluso sus vaqueros, que se suponía que eran skinny pero le hacían bolsas en las rodillas. Se inclinó sobre el listado de trabajos que había imprimido y colocado delante de mí. Había trabajo en bares, trabajo en call centers, alguna que otra cafetería o trabajo administrativo, y luego, por suerte para mí, una librería.

¿Vas a intentarlo?

Le quité importancia y le dije que quizá lo haría, a pesar de que ya había escrito la carta de presentación y tenía previsto dedicar los próximos días a rellenar el formulario de solicitud, para asegurarme de que estaba

bien.

También hay un trabajo en Queen's Street Studios, dije.

Mairéad arqueó las cejas. Un poco pretencioso, ¿no?

Quieres decir, demasiado para mí.

No, he dicho eso. Lo es para todo el mundo.

Fue a la barra y volvió con una tetera. Estaba pálida, demacrada incluso, como si hubiera pasado los últimos días durmiendo el sofá de otra persona. Le pregunté si había salido la noche anterior y ella dijo, No, ¿por qué?

No sé, pareces un poco…

¿Qué?

Cansada. Pareces un poco cansada.

He comprado el billete. Me mudo a Berlín.

Me dio un vuelco el estómago; había empezado a pensar que quizá no iría.

¿Cuándo te marchas?

El mes que viene, todavía tengo que resolver unas cuantas cosas.

Sacó el teléfono del bolso y me enseñó las fotos del piso al que se iba a mudar. Asentí y sonreí e hice todo el numerito de «Qué buena pinta». Después guardó el teléfono y bajó la cabeza para leer la carta de presentación que había escrito para una cafetería en el centro. Negó con la cabeza y dijo, Espera que te enseño una cosa, y se conectó a su correo, descargó el currículo con el que había conseguido el trabajo en la tienda de ropa, y me dijo que lo usara como plantilla; nunca le habían denegado un trabajo al que había postulado. Sabía cómo responder preguntas sobre cómo había usado mi iniciativa para conseguir mis objetivos, y tenía una toda lista de ejemplos de cómo había trabajado con otras personas como parte de un equipo, explicando sin dejar lugar a dudas las situaciones que habían mejorado mis habilidades para trabajar en equipo. Al final de la tarde había enviado siete solicitudes. Le di las gracias y ella batió la mano.

¿Quieres que le eche un vistazo también al de la librería?

Quería, pero no podía dejar que viera lo que había escrito. Sobre lo mucho que amaba los libros. Sobre todo lo que había escrito y lo que tenía previsto escribir. Autores cuyas obras me habían inspirado, y como podía combinar mi experiencia en la atención al cliente con los conocimientos que había adquirido mientras estudiaba la carrera. Le dije que no se preocupara, que ya había hecho más que suficiente, y lo dejamos así.

Más tarde, cuando las mesas se habían vaciado y éramos las últimas

personas que quedaban en la tienda de sándwiches, uno de los tíos de la barra dio una vuelta con una escoba y un recogedor. Fuera, el sol estaba bajo. Las pocas nubes que había en el cielo se habían puesto rojas sobre la montaña. Mairéad sacó una foto con su teléfono y la subió a Instagram con el texto «noches de verano en el oeste». No dije nada. Ni siquiera me burlé. La miré guardar el teléfono en el bolsillo de atrás de sus vaqueros de cintura alta, y continuamos caminando por la carretera.

Era la primera vez que veía a Mairéad desde que acabamos en Holywood. Sabía que había estado trabajando a destajo, en la tienda de ropa y vendiendo chupitos en la discoteca. Intentando ahorrar tanto como pudiera. Sin embargo, tenía la sensación de que se había alejado de mí. Lo notaba mientras paseábamos por Andytown; el mismo silencio estudiado en el que estaba escondida la noche que llegué de trabajar y ella estaba sentada en el bordillo delante del piso. También esa noche tenía ese bolso de cuero enorme, y lo llevaba también al salir de la Mono aquella primera vez, cuando fuimos a McDonald's. Y luego estaban las cosas que había dicho Ryan sobre que ella vivía con un tío en Holylands. Ella nunca había mencionado Holylands, y si estaba viviendo con un tío allí, ¿por qué no iba a decir nada al respecto?

Paramos en Kelstar y cenamos un menú de fish and chips en las mesas de fuera. Luego fuimos a Fusco's a tomar un helado. Nos sentamos fuera, en las escaleras de la esquina del aparcamiento, y miramos a un par de chavalines jugar al fútbol con la pared. Ahora el sol se había puesto detrás de las montañas, el cielo se había vuelto rosa, y a lo largo de la calle, la gente caminaba de vuelta a casa del trabajo. Mairéad rebañó el panal de miel que quedaba en las esquinas de su tarrina y pasó el dedo por el borde. Cuando acabó, regresamos a la carretera principal y giramos hacia el estadio Casement Park.

Mira, dijo Mairéad señalando las puertas.

Era la primera vez que las veíamos abiertas desde que cerraron el estadio para un proyecto de remodelación que había petado unos años antes. Mairéad quería entrar. Me cogió de la mano y me arrastró hacia la entrada.

Será una pequeña aventura, dijo ella.

La seguí por el camino, creyendo que echaríamos un vistazo y punto, pero no. Quería ver si era posible saltar todas las barreras que cerraban el

paso al campo de juego. Comprobamos la valla empalizada hasta las tribunas, luego rodeamos las tribunas por detrás. Entre la pared y la sección de la valla que habían levantado alrededor de los focos, había dos postes rotos y sueltos. Me di cuenta porque estaban inclinados, de una manera que no se veía salvo que te estuvieras fijando de verdad. Tiré de ellos y los moví a un lado, creando una entrada en la parte de debajo de la valla. Mairéad se coló por la abertura. Trepamos hasta el banco que había detrás de las gradas y miramos el campo. Allí abajo había arbustos de tamaño considerable, yerbajos y flores y matojos de maleza. Los puestos de bebida y comida estaban vacíos. Las ventanas de los puestos estaban tapadas con rejas que se habían oxidado y a lo largo de los pasillos, había antiguos tablones de anuncios tirados donde los habían arrancado de las paredes.

Qué loco, ¿no?, dijo Mairéad.

Mucho.

Dimos la vuelta al estadio y, cuando llegamos de nuevo a los puestos de bebida, caminamos hasta las puertas que conducían a los vestuarios y tratamos de echar un vistazo, pero estaba a oscuras. Le dije a Mairéad, Volvamos al otro lado, es mejor desde ahí, y ella asintió. A ella tampoco le gustaba estar a la sombra de esta estructura vacía; era como algo sacado de Chernóbil. Dimos la vuelta hasta el otro lado del campo y nos sentamos en las gradas de hormigón, justo en la línea de medio campo, y contemplamos la vista.

No da buen rollo, ¿verdad?, dije y Mairéad negó con la cabeza.

Para nada.

Miré el bolso que había colocado bajo sus piernas, en el siguiente escalón, y dije algo como, ¿Cuál es la historia contigo y ese bolso?, como si eso nos fuera a llevar a la conversación que quería tener. No fue así. Mairéad estaba ocupada pasando las fotos que había sacado mientras caminábamos alrededor del estadio. Se detuvo en una mía de pie en medio de las gradas, mirando hacia el campo.

¿Vas a subirla a Instagram?, dije.

¿No te gusta?

No, me gusta. Es buena.

Se acercó a mí y me dejó mirar mientras ajustaba las fotos en un cuadrado y las subió. Ahora yo era parte de su cuadrícula, y me sorprendía lo mucho que significaba para mí.

Entonces Ryan se ha ido, ¿verdad?, dijo ella.

Sí, se ha pirado.

¿Y cómo te sientes?

Bien, sí.

Pero ya estás harto de toda esa mierda, ¿no? De estar de fiesta y todo eso.

Prefiero estar de fiesta que vivir con mi madre, dije.

Será la hostia. Tu madre es genial. En cambio, mi madre…

Se echó a reír. No me había dado cuenta de que estaba de broma.

¿Y qué pasa con tu casa?, dije.

¿Qué pasa?

En plan, ¿tienes dónde quedarte?, dije.

Tengo muchos sitios donde quedarme, dijo ella arrancando una brizna de hierba que salía entre los bloques de hormigón.

Pero ¿tienes un lugar donde vivir?, dije.

Lo tendré cuando llegue a Berlín.

En el otro extremo del campo, al otro lado del estadio, había aparecido un hombre al final de la banda y nos estaba gritando. No había otra salida, lo había comprobado, y no tenía sentido intentar correr, tenía un perro, así que nos quedamos donde estábamos y actuamos como si no estuviéramos haciendo nada malo. El hombre caminó hasta nosotros con su enorme alsaciano arrastrándose a su lado. Llevaba vaqueros y zapatillas, una sudadera O'Neills y un chaleco de alta visibilidad abierto sobre la tripa. Respiraba con dificultad. El alsaciano también jadeaba, y los dos tratando de llegar a lo alto de las gradas eran una imagen penosa. Tenían que rodear botellas y ladrillos y bolsas de basura, matorrales de ortigas que se pegaban a sus vaqueros y le hacían tropezar.

No deberíais estar aquí, dijo él.

Disculpa, tío, había una entrada en la valla.

Esa es mi entrada. Para que yo pueda entrar y salir.

Nos sacudimos el polvo del culo y nos movimos como para volver por donde el hombre había venido, pero dijo, No, vosotros volvéis por aquí, y nos hizo dar la vuelta entera al campo con él y su perro, por la misma ruta que debía de hacer cada noche para asegurarse de que no había nadie escondido en la parte de atrás. El fin de semana anterior había pillado a un grupo de chavales de cuclillas alrededor de una hoguera, bebiendo, todo muy irresponsable. Hubiera bastado con que uno de ellos se cayera por esas escaleras, dijo él, y nosotros asentimos, hubiera sido peligroso, especialmente de noche. El perro se paró a hacer pis y el hombre

aprovechó la oportunidad para contemplar la vista. Es una verdadera pena, dijo, negando con la cabeza. Una verdadera pena. Este estadio tiene mucha historia. Muchas historias. Es el campo de nuestro condado, y mirad lo que han hecho con él.

¿Cómo es que terminó así?, preguntó Mairéad, y el hombre nos explicó que se suponía que ya tendrían que haber empezado a construir un nuevo estadio modernísimo, con un aforo de cuarenta mil asistentes, pero los permisos de las obras no habían salido. Había toda clase de problemas con el presupuesto, y no se había consultado a la gente que vivía en las calles de alrededor del estadio como era debido. Pero lo que de verdad molestaba al hombre era que las obras de mejora de Windsor Park estaban en marcha, y también ese estadio de rugby en el este, mientras que el Casement Park había pasado al final de la cola como siempre. Los que estaban en el poder preferirían morirse a ver prosperar el fútbol gaélico, dijo él. Y los residentes de la zona también. No quieren tener nada que ver con él.

¿Por qué no?

No quieren a la gente meando en sus jardines, dijo él.

Nos acompañó de vuelta hasta el agujero de la valla y se quedó de pie en el césped de la banda del campo, observando como salíamos. No se lo contéis a nadie, dijo, refiriéndose al agujero.

Le prometimos que no lo haríamos. El hombre respondió con el pulgar hacia arriba.

En el camino de vuelta al piso, sin previo aviso le pregunté a Mairéad si necesitaba un sitio donde quedarse. No quería que pensara que yo tenía un plan en mente, pero la habitación de Ryan estaba vacía, y no tendría que pagar alquiler ni nada por el estilo: era gratis, y como sitio para vivir, tampoco era el peor.

¿Quién dice que necesito un sitio donde quedarme?, dijo ella.

¿No lo necesitas?

Mairéad no contestó. Cuando llegamos al piso, le dije que podía limpiar la humedad, con una esponja y agua con jabón, y que había un calentador tirado en algún rincón, que la podría mantener caliente.

Por la noche hace frío, dije.

Mairéad me miró. Pensé que iba a decir que no, que no era una buena idea. Luego se sentó en el borde de la cama.

Tengo que conseguir unas sábanas, dijo.

Fuimos al Kennedy Centre esa noche a ver una película de Ken Loach; estaban haciendo toda la temporada para un festival que duraba hasta septiembre. Llevamos nuestras propias patatas y chocolate porque no queríamos que nos timaran en la tienda de chucherías, y nos fumamos un porro en el aparcamiento antes de que empezara la película. Mairéad tenía un poco de maría como para un porro en el fondo de su bolso. Utilizamos su pendiente para hacer agujeros en una lata vacía que usamos como pipa. Diez minutos antes que la película comenzara, estábamos pegados a las máquinas de peluches. Mairéad estuvo a punto de conseguir uno. El osito que había pescado golpeó el lado del conducto y cayó de nuevo en el fondo. Se apoyó con la cara pegada en el cristal. La hice quedarse donde estaba y le saqué una foto.

Mira, dije enseñándosela.

No había salido bien, pero se veía su reflejo y un lado de su cara, con la cámara sobre su hombro. No parecía real.

Envíamela, dijo.

La película acababa de empezar cuando entramos en la sala. A los cinco minutos, el protagonista es condenado a trescientas horas de servicios comunitarios. Mairéad se inclinó hacia mí y me dijo, Ese eres tú. Yo me reí y el tipo de detrás nos chistó. Mairéad le chistó de vuelta. Abrí un bote de Pringles y ella cogió dos y se las puso como un pico de pato.

Vas a hacer que nos echen, dije.

¿Yo? ¿Un inocente pato?

El argumento era un poco loco; de alguna manera, el protagonista se encuentra en una destilería de whisky con el hombre que supervisa su condena de servicios comunitarios. La gente que hace servicios comunitarios con él puede probar un poco de whisky, luego al protagonista le dan un trago y le piden que describa cómo huele. Lo hace muy bien, tiene verdadero talento. Su supervisor se da cuenta de su potencial y lo lleva a otra destilería, más adelante en la película, para una cata de whiskies. Es un hombre amable, que ve la bondad de las personas, y quiere ayudar al protagonista a cambiar su vida. Mairéad me dio un codazo y dijo, ¿Tu supervisor es así? Yo dije, Sí, es exactamente así, y nos dieron convulsiones de la risa.

Más tarde, cuando estábamos de vuelta en el piso, hablamos más en serio.

Está ese hombre en Milltown, no sé. Es como si me estuviera siguiendo.

¿Cómo? ¿Por el cementerio?

Más o menos. No deja de preguntarme cosas. Quería saber quién era mi padre.

Estábamos sentados en el sofá del salón. Mairéad llevaba la sudadera que le había dado para ponerse en casa. Se la había puesto por encima de las rodillas como le gustaba hacer, y estaba bebiendo vino tinto en una taza.

Quizá te pareces a alguien que conoce, dijo ella.

Pensé en ello y me acordé de lo que me había impactado.

Me preguntó por qué pegué a aquel tío. En plan, ¿por qué lo hiciste?

Mairéad ladeó la cabeza. ¿Por qué lo hiciste?, dijo ella.

Porque estaba intentando hacerme quedar como un capullo.

¿En qué sentido?

Le dije que era difícil de explicar, que tenías que estar allí. Eran cinco y todos se estaban burlando de mí, en la cocina de la casa de la fiesta. Yo estaba solo. No tenía nadie que me apoyara.

¿De dónde eran?, dijo Mairéad.

No sé, de Malone Road o por ahí.

Mairéad se recostó sobre el brazo del sofá. Estaba escuchando.

Puedo aguantar un vacile, dije. Puedo devolverla igual que aguantarla, pero eran pijos de la hostia, y yo estaba en minoría, todo lo que decía sonaba estúpido. Entonces uno de ellos dijo, No le molestéis, su padre es del IRA, y el tío al que pegué dijo, Seguro que es de Twinbrook, no sabe quién es su padre. Salté. Lo cogí del cuello y lo inmovilicé contra la pared.

Mairéad sujetó su taza con las dos manos. Estaba sentada muy quieta.

Le dije que iría a por él. Le dije que le dejaría inconsciente, y lo hice. Crucé la calle como si fuera a darle la mano y él extendió la mano para que se la estrechara y yo le golpeé. Le di tan fuerte como pude y le dejé ko.

Dios, Sean.

Lo sé.

¿Cómo se llamaba?

Daniel Jackson.

Cogió su teléfono para ver si lo podía encontrar en Facebook. ¿Es este de aquí?, dijo.

Sí, es ese.

Ella pasó sus fotos de unas vacaciones de unos años atrás con sus padres y su hermanita, los cuatro sentados alrededor de una mesa en un restaurante fino, bebiendo esos cócteles ridículos con pajitas y bengalas y trozos enormes de melón clavados en el borde del vaso. Sin alcohol, estaba

seguro. Esos padres no permitirían que sus hijos bien criados se acercaran a una copa hasta que cumplieran dieciocho años. Le dije eso a Mairéad y ella asintió, parecían esa clase de familia, y durante un rato nos quedamos allí sentados, mirándolos, tratando de poner en común nuestras ideas de quienes eran.

Todo lo que Mairéad dijo sobre donde se había estado quedando esas últimas semanas fue más tarde esa noche, cuando le pregunté por Berlín. Me contó que no le daban suficientes horas en la tienda de ropa y que cada vez le costaba más pagar el alquiler: la habían contratado cuando era estudiante y su jefa la seguía tratando como si lo fuera incluso después de graduarse. Luego le había llegado un mensaje de su casero diciéndole que vendía la casa. La gente con la que vivía se desperdigó. Se había quedado sin un lugar al que ir salvo que volviera con su madre. Eso era otra cosa, dijo ella, y no me hacía falta preguntar por qué. La expresión de Mairéad lo decía todo.

Se había decidido por Berlín porque conocía a una chica de unas prácticas que había hecho durante el último año. Trabaja como asistente editorial de una productora de allí, y le dijo a Mairéad que ella la ayudaría a encontrar trabajo. Entretanto, consiguió un curro en un call centre para ahorrar más dinero, pero las horas coincidían con los turnos en la tienda de ropa; en ambos sitios querían que trabajara los fines de semana, y ninguno de sus jefes tenía ganas de adaptarse a sus necesidades: querían flexibilidad, y eso significaba que ella estuviera disponible cuando la necesitaran, no al revés.

Mairéad lo dejó unas cuantas semanas después y empezó a trabajar de promotora para una discoteca repartiendo flyers por la ciudad. La deprimía, iba a dejarlo, pero entonces una de las chicas le preguntó si podía cubrir su turno vendiendo chupitos. Lo hizo porque eran treinta libras para ella, y el dinero que ganara esa noche, que era puto nada. Era como Bambi caminando sobre hielo; ni siquiera podía llevar una bandeja de bebidas. La gente le dio unas cuantas libras porque sentían pena por ella, y al final de la noche, le dieron una palmada en el culo. Eso la llevó al límite.

Me encerré en el baño y me puse a llorar, dijo.

Entonces se le empezó a ir un poco, bebía mucho, salía, se quedaba en casa de otras personas siempre que podía, solo volvía a casa de su madre

las noches que no tenía alternativa, y se iba a hurtadillas a primera hora de la mañana, antes de que su madre se levantara. Hizo más trabajos de promotora, luego la volvieron a convencer para vender chupitos, esa vez con dos chicas que vieron que estaba pasándolo mal y la ayudaron. Mejoró, empezó a ganar un poco de dinero, y a pesar de que ya no salía tanto, había noches que se iba a casa con gente con la que no se hubiera ido porque era más fácil que volver a casa de su madre. Después dejó de ir a casa de su madre. Durante las últimas semanas había estado yendo y viniendo a diferentes sitios, durmiendo donde podía. Comprendí que lo había hecho sin explicitar que no tenía a donde ir, que solo estaba yendo donde seguía la fiesta y se quedaba donde fuera que acabara. Normalmente era la casa de algún tío, pero a veces no.

Tendrías que habérmelo contado, dije. Podrías haberte quedado aquí.

No, no hubiera sido buena idea.

Eso fue a las cuatro de la mañana, habíamos estado bebiendo, y los dos estábamos borrachos, acurrucados en el sofá, hablando de cosas intensas, de la forma en que habla la gente a esa altura del partido.

¿Por qué no hubiera sido una buena idea?, dije.

Lo sabes perfectamente, Sean. No te hagas el idiota.

¿Tenías miedo de que nos acostáramos otra vez?

No, dijo Mairéad. Pero tenía miedo de que tú lo esperaras.

Me sentí culpable cuando dijo eso, y un poco avergonzado de mí mismo.

Lo siento, dije.

Está bien. Así son las cosas.

Más tarde, cuando nos quedamos sin cosas de que hablar, y cuando Mairéad se dio cuenta de que tenía que ir a trabajar al día siguiente, se puso la capucha sobre la cara y dijo, Tenemos que irnos a la cama.

¿Juntos?, dije para molestarla.

Me fulminó con la mirada. No tiene gracia, dijo.

Nos dimos un abrazo en el pasillo, y fue agradable, que pudiéramos hacerlo sin estar incómodos. Sin sentir que estábamos cruzando ninguna línea. Mairéad se fue a su habitación y yo a la mía, y durante veinte minutos, estuve tumbado despierto, escuchando. Luego la puerta se abrió. Mairéad estaba a los pies de mi cama.

Esa humedad es salvaje. ¿Puedo quedarme aquí contigo?

Sí, métete.

Ahora en serio, esto no es…

Lo sé.

Se metió en la cama. Era doble, así que había mucho espacio, pero ella apoyó la cabeza en mi hombro.

¿Qué quieres hacer con tu vida, Sean?, dijo.

No lo sé. En realidad no lo he pensado.

Se incorporó apoyándose sobre el codo y me miró. Tiene que haber algo, dijo ella. ¿Qué quieres hacer?

Quiero irme a dormir.

Bien, nada de hablar entonces.

Se puso de lado lejos de mí, resoplando como si se hubiera enfadado. Hice lo que cualquiera hubiera hecho en esa situación: le hice cosquillas.

Que te den, Sean. No, para. Vale, vale.

Su cabeza estaba de nuevo sobre mi hombro, estaba sin aliento, pero me estaba observando, esperando a que dijera algo.

No me importaría volver a escribir, dije.

¿De verdad? ¿Es algo que solías hacer?

En Liverpool, sí. Hice un módulo de Escritura Creativa. Estuvo bien.

¿Has pensado en hacer un máster?

No sé. Quizá.

Deberías. El de Queen's es muy bueno.

Te encantó ese sitio, ¿verdad?

Fue bueno para mí.

¿En qué sentido?

En el mismo en que Liverpool lo fue para ti, dijo. Me sacó de aquí.

Se suponía que Mairéad tenía que ir a trabajar al día siguiente, a las dos. Miraba una y otra vez el teléfono, y cuanto más se acercaba la hora a la que debía empezar su turno, más reticente estaba. Se lamentaba. Se hizo un ovillo en el sofá y gimoteaba.

Llama y di que estás enferma, dije.

¿Qué voy a decir?

Diles que has cogido la gripe. Fiebre alta.

Se mordió el labio inferior. ¿Debería hacerlo?

¿Por qué no?

Me podrían echar.

Sí, solo si te pillan.

Tenía que creérselo, y lo hizo yendo de un lado a otro del salón y

mordiendo el teléfono. Nunca había llamado diciendo que estaba enferma. Era una buena trabajadora, de fiar. Nunca había faltado a un turno. Le dije que eso era mejor para ella, nunca sospecharían de ella. Se llevó el teléfono a su habitación y volvió cinco minutos después con cara de haber cometido un crimen. Les he dicho que no podré ir en toda la semana, dijo ella.

¿Qué te han dicho?

Que no pasaba nada. Me han dicho que les tenga informados.

Sonrió, nerviosa. ¿Qué vamos a hacer?, dijo.

Lo que tú quieras.

Fuimos al Asda y nos proveímos de patatas y chocolate y comida para los siguientes días. Mairéad pagó porque yo no tenía dinero y ella quería contribuir. Cuando volvimos al piso, preparó un plato de garbanzos y arroz que sabía mejor que nada que yo hubiera probado. Me dijo que una amiga le había enseñado a prepararlo. Era vegana y sabía las mejores recetas. Hice una broma sobre que sus colegas de Queen's eran de los Verdes y ella puso los ojos en blanco. Probablemente lo serían si pudieran, dijo.

Después de dos días sin ducharse, se decidió a lavarse en el lavabo del baño. Enchufé el calentador en el alargador y llené el lavabo de agua caliente. Entró en el salón dando pisotones veinte minutos después envuelta en una toalla. Tenía el pelo mojado y había gotas sobre sus hombros.

Huelo como mi hermano pequeño, dijo.

Se puso mi sudadera sobre la toalla y la sacó por debajo. Todas mis bragas están para lavar, dijo riéndose.

Le di un pantalón corto. Se paró en medio de la cocina con los brazos extendidos para enseñarme lo grande que le quedaba. Le dije que podía hacer una colada si quería y sacó toda la ropa que tenía de su enorme bolso de cuero. Había unos vaqueros, dos camisetas, un jersey, algo de ropa interior, y una chaqueta vaquera que había estado hecha una bola. ¿Cuánto hace que vives en esa bolsa?, dije, y ella se rio, pero no respondió. Siempre había sido así, desde que éramos pequeños. Los silencios colgaban como cortinas a su alrededor. Se dejó caer a mi lado en el sofá.

¿Es demasiado temprano para una copa?, dijo.

12

Esa semana hizo un tiempo horrible. Incluso con el chubasquero puesto, estaba empapado, y cuando Joe al fin lo asumió y nos llevó de vuelta a la caseta, costaba aguantar el frío. Entonces, se abrió la puerta y Joe dijo, Bueno, vamos, y salimos de nuevo, bajo la lluvia. Ahí me di cuenta, avanzando como podía entre las tumbas, congelado, resbalándome en todas direcciones en el barro. Me quedaban ciento ochenta y tantas horas de eso por delante, y ya no era verano. Había más lluvia, más viento. Más largas tardes sentado en la caseta, temblando. Aferrándome con las dos manos a mi taza caliente.

¿No puedes pedir que te transfieran a otro sitio?, dijo Mairéad.

No sé. No creo.

¿Y una tienda de beneficencia? ¿No lo hacen en tiendas de beneficencia?

Estábamos sentados en la habitación de Mairéad, en la cama. Había lavado el moho de la pared, había ido al Asda y había comprado sábanas nuevas, almohadas y una vela con olor a lavanda que tenía encendida en la mesita de noche. Al lado de la vela tenía los diarios de Susan Sontag boca abajo y abierto. Había un boli enganchado con el capuchón a la parte de atrás y debajo estaba la libreta Moleskine que Mairéad se había dejado en el bolso de cremalleras que llevó esa única vez y nunca más.

Había alguien en la puerta esta mañana, dijo ella.

¿Viste quién era?

Un hombre y una mujer. Se metieron en un coche.

Estaba sentada al otro lado de la cama, maquillándose en el espejo que había apoyado contra la almohada. Me daba la espalda, pero veía su reflejo

por encima de su hombro, el movimiento del lápiz que usaba para hacerse puntitos en las comisuras de los ojos. Iba a una cosa esa noche, la inauguración de una exposición. Sus amigos de Queen's habían escrito sus reacciones sobre el trabajo que se exhibía, y había una lectura después, en un bar del centro. Me preguntó si quería ir con ella pero sabía cómo era estar rodeado de esa gente y no estaba seguro de poder soportarlo. Me quedo de relax, dije.

¿Seguro?

Sí. Ha sido un día largo.

Dejó de pintarse la raya y me miró por encima del hombro. Tenía motitas negras en la mejilla.

¿Estás asustado?, dijo ella.

¿Asustado de qué?

De estar con gente de la universidad.

No, no es eso. Es que no conozco a nadie.

Me conoces a mí.

Lo sé, pero sabes a qué me refiero.

¿Qué?

¿No son unos pijos de la hostia?

Mairéad se rio. Algunos lo son, sí. Pero son inofensivos.

Y una mierda inofensivos, dije. La última vez que estuve con gente así acabé en el juzgado.

Mis amigos no son así.

¿No?

Volvió a mirarse en el espejo y se hizo algo en la cara con una especie de esponja. No veía bien, su pelo se interponía y tenía la cabeza inclinada para aprovechar el ángulo bueno de la luz que entraba por la ventana. Yo misma estoy un poco nerviosa, dijo.

¿Por qué?

Por nada, en realidad. Me pasa cada vez que tengo que ir a estas cosas.

¿Por qué tienes que ir?

No tengo que ir, simplemente es bonito apoyar a tus amigos.

Ahora estaba con el flequillo, peinándoselo con un cepillo. Me quedé un rato, observándola, era de lo más relajante la forma en la que hacía todo con calma. Luego se puso de pie y dijo, Tengo que vestirme, y me miro como diciendo, «Lárgate de aquí».

Tendré que prepararme, ¿no?, dije.

Sí. Ve a prepararte y vamos a ver arte.

Venga, vale. A la mierda.

Me quité el chubasquero y lo metí en la cesta que estaba a los pies de mi cama, luego llevé el hervidor al baño y llené el lavabo de agua caliente. En el espejo, mi cuerpo estaba pálido y rollizo, pero también extrañamente delgado; parecía gordo y delgado a la vez. Tenía que volver al gimnasio. Cuando acabé, fui al salón para ver qué estaba haciendo Mairéad. Tenía la chaqueta vaquera puesta y estaba inclinada con la cara pegada a la pantalla de su portátil.

No salimos en Google Maps, dijo.

Me senté a su lado y observé cómo arrastraba al hombrecito amarillo de la esquina de la pantalla y lo dejaba caer en Gran Victoria Street. La pantalla cambió a la visualización Street View, y vi unas mesas delante de una cafetería, todas vacías, un hombre vestido de negro de pie en la entrada, fumando un cigarro. Mairéad clicó el camino de un lado a otro de la calle, haciendo que las imágenes se disolvieran y reaparecieran de un modo que me hacía sentir que estaban tirando de mí hacia delante.

Toma, dijo ella pasándome el portátil. Tengo que lavarme los dientes.

Su confianza en mí me sorprendió; todo estaba abierto, su Facebook, su correo. Pinché en Messenger y vi un mensaje no leído de un tío llamado Conor:

«Si necesitas un lugar donde quedarte, eres más que bienvenida…».

No podía leer el resto del mensaje sin abrirlo, y no podía abrir el mensaje sin que Mairéad supiera que lo había leído, así que extraje la poca información que pude de las pocas palabras que podía ver y volví a Google Maps.

¿Estás listo?, dijo Mairéad.

Sí, listo.

Vale. Vamos.

Cruzamos la calle al principio de Royal Avenue y caminamos hasta el lugar donde estaba la exposición. Fuera, un grupo de gente que Mairéad conocía estaba fumando. Mairéad me presentó. Les di la mano pero no tuve tiempo de hablar lo suficiente con ellos para saber cómo eran; Mairéad quería tomar algo. Cogió dos copas de vino tinto de una mesa, eran gratis, y me hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera al otro lado del vestíbulo. Las conversaciones fragmentarias que mantuvimos fueron interrumpidas cuando ella veía a alguien que reconocía. Me dijo quiénes eran y qué

hacían –en general alguna clase de arte–, pero no se acercaba a saludar. Estaba demasiado nerviosa y el acto estaba a punto de comenzar. Le pregunté a Mairéad de qué iba y se acercó a mí y susurró: Salud mental.

¿Cómo, en plan suicidio y todo eso?

Sí, todo eso. Bajó la vista a su copa, la giró. También hay algo de arte marginal, dijo ella.

¿Arte marginal?

Arte creado por gente que no pertenece al mundo del arte.

¿Hay alguien que es parte del mundo del arte?, dije intentando sonar inteligente.

Mairéad me regañó con la mirada. Muy bien, dijo ella. Ahora chis.

La mujer que había comisariado todo se levantó y dijo unas palabras sobre cómo la crisis de salud mental había afectado a comunidades por todo el Norte, salvo que dijo «Irlanda del Norte», y con eso supe todo lo que necesitaba sobre su procedencia. No obstante, era interesante, tenía mucho que decir sobre que no era ninguna coincidencia que las tasas de suicidio fueron mucho más altas en las zonas más afectadas por los Troubles: West Belfast, North Belfast, Creggan, Strabane, South Tyrone, South Armagh. Esas fueron las zonas que más habían sufrido, y daba la casualidad de que eran zonas más pobres que cualquier otra parte, incluso ahora, después de veinte años de proceso de paz. La gente seguía pelada de la hostia, y sus hijos se estaban matando.

Eché un vistazo a la gente que me rodeaba, acariciándose la barbilla, escuchando mientras sus ojos merodeaban por la sala. No me gustaba la manera en que deambulaban con sus vinos y sus canapés, asintiendo a todo lo que decía esa mujer elegante sobre las comunidades desfavorecidas y el trauma transgeneracional, fuera lo que coño fuera eso. Y esa era la cuestión, ellos no eran de los sitios de los que estaban hablando, se notaba solo con mirarlos, por la manera en que vestían, por la manera en que se comportaban. Sus voces. Sonaban como los putos estirados esos de las noticias. Me hizo tomar conciencia de la manera de la que yo hablaba, el sonido que hacía cuando abría la boca. Le dije a Mairéad, Esto no es para mí, y ella pasó su brazo bajó el mío y me apretó.

Estarás bien, dijo ella. Ya eres mayor.

Dentro, las paredes estaban llenas de dibujos que parecían hechos por gente que no había visto una obra de arte en su vida, pero que tenían sueños salvajes. Seguí a Mairéad, ella seguía a quien fuera que tenía delante, y quien fuera que estaba detrás de mí me seguía, y todo el mundo

era tan paciente y respetuoso con el tiempo que se tomaba la persona de delante para mirar cada cuadro que empecé a ir más despacio y mirar de veras. Había mucha oscuridad; el nivel de detalle era una locura. Me detuve en uno que parecía un mapa pero también era un paisaje urbano, con hitos y todo. Pero no eran la clase de hitos que podías ver en cualquier otra parte. Eran como pesadillas. Intenté enseñárselo a Mairéad, pero estaba de pie delante de una escultura que habían colocado en medio de la sala.

¿Qué me dices de la tía diciendo Irlanda del Norte?, dije.

Mairéad sonrió. Sabía que tendrías algo que decir al respecto, dijo.

Entonces ese es su rollo, ¿no?

El de ella. No puedo hablar por nadie más.

¿Y el del abrigo elegante? ¿Admites que dice Irlanda del Norte?

Admito que necesitas tomarte un día de descanso.

Se alejó de la escultura y se dirigió a la pared del fondo, donde tenían una serie de collages hechos con lo que parecía papel maché y sobresalían del marco. Reconocí a una pareja de aspecto aburrido que Mairéad me había presentado al entrar. Estaban de pie en un rincón, bebiendo vino tinto. Hablaban en voz baja del cuadro que tenían delante.

El comportamiento de Mairéad cambió por completo. Era como si hubieran encendido un interruptor y de repente estaba diciendo cosas como «¡Asombroso!», «¡Qué bien elegido!» y «¡Esos collages!». Tuve que bajar la cabeza y morderme los carrillos para no reírme.

¿Has visto la instalación de vídeo? Es sobrecogedora. Casi tengo que salir.

Fue el tipo el que dijo eso, y lo decía en serio. Se pasó la mano por el pelo y negó con la cabeza, anonadado. La chica que estaba con él asintió emocionada. Sentía como si habitara el cuerpo del artista, dijo ella. Como si me estuviera moviendo a través de él. Pero no en el buen sentido. Más como un mal viaje. Quería salir de allí. Quería coger la puerta e irme, pero me he quedado. Lo he aguantado, ¿verdad?

Sí. Lo has hecho muy bien.

La chica sonrió. Estaba genuinamente orgullosa de sí misma.

Me di cuenta por la manera en que me miraban que estaban esperando que dijera algo, que hiciera algún comentario, pero yo no estaba hecho para esa clase de cosas, así que le dije a Mairéad que volvería en un minuto, Voy a mirar ese cuadro… y me largué de allí, a la otra punta de la sala, y me detuve delante de un cuadro de dos cabezas flotando en la

oscuridad. Luego me desplacé hacia el fondo de la galería, pensando que habría algún lugar donde sentarse. Mis pies no se habían recuperado de Milltown; tanto caminar a trompicones entre las tumbas con botas de punta de acero me habían hecho ampollas. El único sitio que encontré fue una pequeña sala vacía en el extremo más alejado de la galería. Las paredes estaban desnudas y eran completamente blancas. Había una mesa, cuatro sillas y cuatro auriculares para cancelar el ruido. Me puse los cascos para distraerme un rato y fue como si estuviera sentado en un restaurante lleno de gente. La gente estaba conversando a mi alrededor, y oías los ruidos de la cocina, el sonido al apilar los platos. Luego los sonidos se alejaron y una voz se distinguía entre el barullo; un hombre hablaba con mucha calma sobre las conversaciones que había tenido con el fantasma de Jim Morrison: «Dijo que yo era del infierno y que yo era infernal, y que cuando estaba en el infierno yo enseñaba cosas a la gente, yo era un miembro valioso y ellos querían que me suicidara».

Me quité los cascos y me quedé sentado un segundo, desconcertado. Luego miré de reojo la entrada, vi la gente dando vueltas fuera, en la galería, y me los puse de nuevo. El hombre que se hacía llamar Hellex contó una historia de cuando era pequeño y estaba en una esquina de un aparcamiento, viendo a sus hermanos mayores jugar al fútbol. Las voces de su cabeza le habían dicho que se arrancara el pelo de raíz, hasta la gelatina blanca, y le hicieron comérselo.

«Fue entonces cuando me di cuenta de que algo no iba bien».

Cerré los ojos y vi a Anthony de pie con las manos en el borde del lavabo del baño, la cabeza afeitada salpicada de sangre. Se estaba riendo. Su risa se convirtió en un pito agudo que se fundió en la voz de un hombre con acento de Dublín, que hablaba de que las fronteras entre las voces de su cabeza y el mundo físico de verdad eran borrosas.

«Por eso la gente con esquizofrenia se confunde y le cuesta seguir las conversaciones de verdad: están constantemente distraídos por lo que está pasando “dentro”. Yo lo llamo “dentro”, está aquí, es este mundo interior, que siempre está presente, que me rodea, superpuesto al mundo físico…

»Todavía estoy aquí, todavía estoy aquí…».

Me quité los cascos y miré detrás de mí. No había nadie allí.

Mairéad había desaparecido. La pareja con la que estaba también se había ido. Di una vuelta a la galería para asegurarme, y cuando entré en el vestíbulo, dos tipos con camisas blancas estaban recogiendo los vasos vacíos. Pregunté dónde estaba la instalación de vídeo y la mujer que los

supervisaba me dijo que en el tercer piso. Estaba a mitad de la escalera cuando vi a Mairéad bajando con el tío. La chica se había esfumado. Mairéad se disculpó. Me dijo que Conor quería volver a verla de nuevo, sobre todo los diez primeros minutos; se los había perdido la primera vez. Conor sonrió y me dijo que se alegraba de volver a verme. Vamos a la lectura, ¿te vienes?, dijo.

No me gustó de entrada. La manera en que bajaba las escaleras delante de mí, sonriendo, haciendo comentarios ocurrentes. Era como si estuviera persiguiendo al cantante de un grupo del que nunca había oído hablar. Llevaba una guitarra a la espalda y todo, y todo el mundo le conocía. Desde el final de las escaleras hasta la puerta, debió de pararse a saludar a unas quince personas, y todas querían saber a dónde iba. Vamos a escuchar unos poemas, les decía, y no le daba vergüenza decirlo. De hecho, era como si ir a un recital de poesía fuera algo completamente normal, y la gente se apuntaba. Dejaban sus vasos vacíos en la mesa más cercana y le seguían a la puerta.

El sol se había ocultado detrás de la biblioteca, dejando un lado de la calle a la sombra, mientras que el otro, el lado por el que caminábamos, estaba dividido por haces de luz que destellaban en las calles vacías. Giramos en una de esas calles y avanzamos por una calle en la que estaban demoliendo todos los edificios con las ventanas tapiadas. En una esquina había un bar que ni siquiera sabía que existía, pero que era exactamente la clase de sitio al que irían Mairéad y sus colegas. Todos los clientes tenían piercings, o barbas, o el pelo teñido de una manera de la que ningún peluquero que se respetara se haría responsable. Llevaban chaquetas vaqueras y parkas verdes del ejército con banderas alemanas cosidas en el brazo, y estaban sentados alrededor de mesas en la zona de arriba, esperando con las piernas cruzadas a que empezara la lectura. Mairéad hizo lo que pudo. Me presentó como su amigo que había estudiado Literatura en Liverpool. La gente sonreía y decía cosas como, Eh, ¿qué tal? Desplazaron las sillas, tomaron pedidos. La poca gente que todavía estaba de pie se movía dubitativa de un lado a otro de la sala, buscando un lugar a donde ir. Una mano se apoyó en mi hombro: ¿Te pido otra?

Mairéad contestó por mí. Por favor, dijo. Dos cervezas negras. A Sean le encanta la Guinness, ¿verdad, Sean?

No tienen Guinness. Solo Yardsman.

Esa está bien.

Conor desapareció y regresó, se apretujó en el asiento a mi lado. *Sláinte*, dijo.

Levanté mi pinta, intenté partir la A del vaso de Yardsman y no lo conseguí.

Entonces ¿a qué te dedicas?, le dije a Conor. ¿Trabajas?

Supongo que podría decir que sí, pero no en nada digno de mención.

Entonces ¿eres estudiante?

Estudio en Queen's, sí.

¿Qué estudias? ¿Literatura?

Es más una subcategoría de Literatura. Al menos pertenece a la misma facultad, pero no tiene el mismo rigor teórico que tu título oficial de Literatura: Escritura Creativa. Estoy estudiando Escritura Creativa, si es que se puede admitir algo así.

Creo que acabas de hacerlo, colega.

Una chica con flequillo se acercó al micrófono. El público hizo silencio, y la chica, mirando tímidamente alrededor de la sala, explicó que la obra que estábamos a punto de escuchar consistía en una serie de reacciones escritas por siete autores que habían pasado las últimas semanas reflexionando y conectando con las obras expuestas en la exposición en la que acabábamos de estar. Dio las gracias a todo el mundo por asistir, luego presentó al primer lector, un tío joven cuyas páginas temblaban mientras leía un ensayo sobre un famoso bailarín de ballet que había tenido un brote psicótico en el cenit de su carrera y que había pasado el resto de su vida en una institución mental en Suiza. Oía el nerviosismo en su voz, y estaba seguro de que la gente que me rodeaba también lo oía por la forma en que se miraban de reojo unos a otros. Los mejores lectores se vinieron arriba. Hicieron bromas, contaron anécdotas. Rompieron el silencio que seguía cada uno de sus poemas con parloteos. Miré de reojo a Mairéad. Ella sabía que la estaba mirando. Lo notaba por la expresión de su cara. Solo unos años antes, la había visto arrastrar a Debbie Porter del pelo por el asfalto y pegarle un puñetazo detrás de otro hasta que le gritó a Mairéad que parara. Ahora estaba sonriendo mientras oía leer poemas a una mujer que había traducido a Catulo. Hubo una ronda de aplausos, muchos agradecimientos a todo el mundo por asistir, y a los lectores, que habían vuelto a sus sillas y sonreían con modestia.

Creo que esto merece otra ronda, dijo Conor.

Mairéad cogió su cartera del bolso y dijo, No, esta me toca a mí. ¿Lo

mismo?

Sí, ¿por qué no?

Conor fue con ella. Apoyó el codo en la barra y dijo cosas que hicieron a Mairéad reír y apartar la mirada. No había nadie cerca que no lo conociera, y se desviaban de sus caminos para saludarle. Cuando volvieron a la mesa, Conor se cambió al asiento de al lado de Mairéad. Puso las manos sobre las rodillas y dijo, En serio, y no puedo hacer más hincapié, no es responsabilidad mía.

¿El qué?, dijo, y él agitó las manos en el aire.

Bueno. Nada. Nada de nada.

Me senté en la esquina de la mesa de la terraza, enfrente de Mairéad, que estaba apretujada entre la chica que había presentado las lecturas en el piso de arriba, la del flequillo, y otra chica que me habían presentado y cuyo nombre no recordaba. Había unos veinte estudiantes de Queen's repartidos en tres mesas. Bebían cerveza artesanal y fumaban tabaco de liar, hablaban de los poemas que habían enviado al taller de esa semana, y daban el coñazo sobre que los habían rechazado revistas que habían publicado a gente de la que no habían oído hablar, pero cuyos poemas eran una mierda.

Me bebí mi cerveza negra y me senté en silencio, asintiendo a lo que decían, riéndome cuando tocaba, comportándome como si comprendiera sus ocurrencias y bromas, sus extrañas referencias culturales. Llegué al punto en que me daba miedo decir nada. Las pocas veces que me armé de valor para hacerlo, la gente dejó sus bebidas en la mesa, me miraron, y luego continuaron con su conversación como si nada hubiera pasado. Intenté hacer contacto visual con Mairéad, pero estaba demasiado distraída por lo bien que se lo estaba pasando al otro lado de la mesa. Estaba justo en el centro de todo, su voz aguda, su discurso afilado y claro y lleno de la clase de cosas ingeniosas que parecían entrarle de maravilla a la gente que le entusiasmaba hacer preguntas como, ¿Qué preferirías, tener pies en lugar de manos o manos en lugar pies?

Tiene que ser pies en lugar de manos, dijo ella. Yo quiero ser capaz de tomar mi pinta con mi mano-pie. O de fumar un cigarro. Miró juguetona alrededor de la mesa. Podría fumarme un piti con los pies sin inmutarme, dijo.

¿De verdad podrías?

Mairéad se sacó el calcetín y plantó el pie en la mesa. Que alguien líe un cigarro para mi pie, dijo ella.

Conor cogió el cigarrillo de liar que estaba fumando y lo colocó entre sus dedos de los pies.

No en ese sentido, en el otro. Dale la vuelta.

Mairéad se inclinó hacia delante y usó las manos para llevarse el pie a la boca. Lo hizo con tanta facilidad y sin esfuerzo que su pie parecía funcionar como una tercera mano que se llevaba a la barbilla con el cigarro sobresaliendo en el ángulo adecuado para que pudiera fumar como si nada, como si fuera lo normal para ella. Sus colegas la vitorearon. Estaba claro que les gustaba que ella estuviera. Ella añadía un poco de emoción a un grupo muy de libros. Todos estaban estudiando el doctorado. Los pocos que no eran o estudiantes de máster que se habían hecho un nombre o estudiantes de grado brillantes se habían sumado al grupo. Mairéad estaba en medio de una de esas dos categorías. Había demostrado su valía en el grado pero no podía permitirse hacer un máster. Sus colegas se solidarizaban porque ella era buena, merecía tener la opción de hacer un máster si quería. No lograban entender por qué se mudaba a Berlín. Pensaban que se estaba tomando un año para viajar como habían hecho ellos cuando hicieron el Interrail o para ir de mochilera a Vietnam, como había hecho el año antes el tío del pelo largo con el beanie. No dejaba de puto hablar de ello.

Hicimos un trekking por Cao Bang, dijo con su acento de North Down. Había unas cataratas increíbles, parecían sacadas de otro planeta, e hicimos un picnic allí, al lado del arroyo…

¿Tú has viajado?, le dije a Conor.

No como esta panda de expats, dijo él.

¿Y qué hay de tu título? ¿Te lo sacaste también en Queen's?

El grado, el máster y el doctorado, todo de golpe.

¿Tú no te has tomado años de descanso?

Nada de años de descanso. Apenas un verano.

Miró de reojo a Mairéad, que estaba enseñando a todo el mundo cómo escupía cerveza por el agujero del piercing del labio. Suspiró, se apartó el pelo de la cara, y me miró como si se hubiera olvidado de qué estábamos hablando.

¿Así que nunca has vivido en otra parte?, dije.

Sigo teniendo la intención, dijo, ahora sonriendo. Pero parece que no soy capaz de salir del Duty Free.

Debes de estar harto.

¿Harto de qué? ¿Del Duty Free? Se rio, escupió una brizna de tabaco entre los dientes. Cómo era lo que decía el tío ese, no tengo motivo para marcharme. Aunque cuando acabe el doctorado, quizá encuentre uno.

Mairéad oyó lo que acababa de decir y se echó a reír.

No escuches una palabra de lo que dice, Sean, dijo. No se irá a ninguna parte. No tiene el temperamento.

Sí, dijo otra chica, la del flequillo. No te imagino marchándote de Belfast ni siquiera después de defender la tesis. Está atado a este sitio, ¿o no?

Como un ratón a una trampa de pegamento, se arrastrará por Belfast hasta que muera.

Conor enarcó las cejas, sorprendido, pero sonriendo.

Ya veremos, dijo él.

La chica del flequillo se llamaba Julia. Tenía un acento que no lograba identificar, luego me di cuenta de que era de Dublín, pero del lado del río donde todo el mundo tiene ese acento nasal, el que les hace sonar como americanos. Era muy amiga de Mairéad. Lo notaba por cómo se esforzaba por hablar conmigo, a pesar de que no teníamos nada que decirnos el uno al otro. Ella seguía llevando la conversación hacia Mairéad.

He oído que está viviendo contigo, dijo.

Sí, tenía una habitación libre. Tenía sentido.

Totalmente, sí. Ella habla maravillas de ti.

Seguro que sí, dije, intentando sonar irónico. Pasó totalmente inadvertido para Julia.

¿Qué te parece que se mude a Berlín?, dijo ella.

Sí, genial. Le irá bien.

Le irá bien. Le irá muy bien, ¿verdad?

Sí, sin duda.

Miró a Mairéad, que estaba echando una competición con otro tío por quién podía tirar y coger más posavasos. La cosa se estaba poniendo tensa. La gente se inclinó sobre la mesa para mirar. ¿Y qué te hizo mudarte a Belfast?, dije creyendo que sería algo de lo que podríamos hablar. Pero la mirada de Julia estaba clavada en Mairéad, y tenía una sonrisa peculiar en la cara, como si viera algo más. ¿A Belfast? No lo sé. Solo… Se desperezó y suspiró, casi avergonzada. No quería seguir viviendo en Dublín, dijo ella. Y aquí tienen un curso de Escritura creativa decente…

Entonces ¿tú también estás en Escritura Creativa?

Para expiar mis pecados.

Escúchala, dijo Conor, inclinándose sobre mi hombro. Podría haber ido a cualquier parte, era la estudiante estrella de Trinity, un verdadero prodigio, y sus padres hubieran estado felices de enviarla adonde quisiera. Pero ella escogió venir aquí. Escogió Belfast. Apuesto a que tus padres se quedaron encantados cuando les diste la noticia. Apuesto a que tiraron cohetes.

Pues sí lo estaban. Estaban felices porque yo estaba feliz.

Estoy seguro de que lo estaban, dijo Conor dejándose caer de nuevo en su taburete.

Clio, una chica americana, se metió en la conversación y dijo, ¿Qué pasa contigo y tu extraña obsesión con esa pregunta? ¿La gente de Belfast no puede entender por qué alguien querría vivir aquí?

Yo seguro que no puedo, dijo Conor. ¿Tú?

Estoy de acuerdo contigo, yo tampoco puedo.

Clio puso los ojos en blanco. Tíos, estáis demasiado preocupados por vuestras propias mierdas, dijo ella.

Mairéad levantó las manos en son de paz. Tengo que darles la razón a los colegas, cuesta entenderlo, y eso no quiere decir que este sitio no sea tan bueno como cualquiera, pero si eres de Nueva York…

¿Qué tiene que ver ser de Nueva York con nada?, dijo Clio.

Tiene todo que ver, dijo Conor. Absolutamente todo.

13

Los rumores de la fiesta en casa de Conor circulaban esa noche en la terraza entre susurros y miradas. Estaba la logística, por supuesto, pero también la tarea clandestina de asegurarse de que la gente adecuada sabía qué estaba pasando sin que la noticia se propagara demasiado: Conor estaba más que contento de invitar gente pero tampoco quería una fiesta desatada llena de gente arbitraria que no conocía destrozando su casa. Los taxis que se pidieron fueron cogidos por los elegidos que habían recibido el mensaje pero que debían cubrir sus huellas dando buenas noches y diciendo nos vemos pronto a las mismas personas que verían en la casa de Conor en quince minutos. De camino, paramos en Hatfield, un bar donde las leyes de venta de alcohol no parecían aplicar, y cogimos dos cajas de Carlsberg, dos botellas de vino, y cuatro bolsas de patatas sabor queso y cebolla. Conor abrió una de las bolsas en el asiento del acompañante. El conductor abrió la ventanilla, y cuando paró delante de la casa de Conor, nos cobró ocho libras y dijo, Cómo huelen las putas patatas.

Conor miró la bolsa vacía que tenía en la mano y acababa de estrujar.

Mierda, dijo él. Disculpe.

La gente que había cogido otros taxis había llegado antes que nosotros. Estaban esperando en la cocina de Conor, unos doce apretujados en las encimeras robándose el tabaco unos a otros. Nos vitorearon al entrar por la puerta, y cuando dejamos las cajas de cerveza, se metieron las manos en los bolsillos para pagar lo que se debía. Conor levantó una lata: *Sláinte*. La frase fue repetida con dudas por unas cuantas personas que no estaban seguras de pronunciarla, o que no estaban acostumbradas a oírla. Algunos salieron a fumar mientras que otros fueron al salón y pusieron música. Me

apoyé en una encimera de la cocina. No estaba borracho, pero había bebido lo suficiente para no preocuparme demasiado por hacer el esfuerzo de hablar con la gente a menos que ellos quisieran hablar conmigo, algo que a estas alturas del partido estaban más que contentos de hacer. Una chica en particular, que merodeaba por la cocina descalza, me preguntó por Liverpool y si había pensado o no en volver a la universidad para hacer un máster. Admití que una de las razones por las que me fui de Liverpool era que creía que si volvía a casa y ahorraba un poco, tal vez podría permitírmelo. Anna, su nombre era Anna, comprendía el dilema. Ella había postulado a un máster de Bellas Artes en Londres. Había hecho la carrera allí, pero no había conseguido la financiación que necesitaba para pagarlo. Le pregunté si estaba enfadada por haber tenido que volver a casa. Me miró sorprendida y dijo, No, para nada. Volver a casa es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

¿En serio?

Nunca había conocido a nadie que se hubiera marchado y hubiera vuelto y estuviera más contento con la vida que tenía aquí que en otra parte. Se lo dije y ella dijo, Espera, y me presentó a un tío llamado Francis, un tipo grandullón y tranquilo con una cara amable que sonreía inofensivamente a todo lo que sucedía a su alrededor. Había estudiado en Dublín y tenía unas cuantas historias de terror sobre vivir en pisos compartidos de caseros que cada pocos meses le amenazaban con echarle por no poder permitirse el alquiler que no dejaban de subir. Se apoyó en la nevera y me contó que se había visto obligado a mudarse de un sitio a otro, y no siempre con la fianza para transferirla. Las humedades y el moho que ya estaban en las paredes cuando se mudó fueron usadas como excusas para no devolverle su dinero, y cuando al fin encontraba un sitio que se podía permitir, siempre tenía alguna pega: o estaba a millas de donde él tenía que estar, o compartía habitación con dos o tres personas. Incluso sin el casero amenazando con subir el alquiler, las probabilidades de vivir allí más de unos meses eran escasas.

¿Aquí arriba es así también?, dije.

No, aquí está bien. El alquiler todavía es asequible.

Pero dale unos años, dijo Anna.

Sí, unos cuantos años y estaremos como ellos.

Quería preguntar qué iba a pasar en unos cuantos años, pero tenía la sensación de que era algo que se suponía que debía saber. Tomé nota mental para buscarlo en otro momento y les seguí fuera. Conor estaba allí.

Estaba solo en una esquina del jardín con una mano metida en sus vaqueros ajustados negros, con la otra sujetaba un porro que fumaba con los dedos apretados alrededor de la boquilla. Me hizo un gesto con la cabeza para que fuera a fumar con él, pero estaba distraído con la gente reunida alrededor de la mesa del jardín. Estaban hablando de qué votarían si se convocara un referéndum sobre la frontera mañana, y todos eran la hostia de sensatos, sopesando los pros y contras, hablando de política de una forma que jamás había escuchado, como si no fuera con ellos. Conor me vio retrocediendo hacia la puerta y se enderezó. Me hizo señas con la mano para que me acercara.

Conozco a gente de tu zona, me dijo.

Ah, ¿sí?

Mi tía solía llevarme al gimnasio municipal de Beechmount cuando era pequeño.

No sabía qué tenía que ver el gimnasio de Beechmount con mi barrio, estaban en extremos opuestos. Se lo dije a Conor y él se rio y dijo, Lo sé, lo sé, como si yo le hubiera malinterpretado. Mi tía vivía al final de Springfield Road. Prácticamente crecí en Blackstaff. Conozco a bastante gente allí, y todavía veo a mis primos de vez en cuando. Putos locos. Te juro por Dios que te puedo contar algunas historias.

Sabía lo que estaba intentando hacer, y era raro porque era su casa y la gente que nos rodeaba eran sus colegas. Él no tenía que fingir que era alguien que no era. La única manera que se me ocurría de averiguar la verdad sobre él era preguntarle de dónde era; la vergüenza que se apoderó de su cara cuando dijo Lisburn Road me hizo sentir pena por él.

A tu madre y a tu padre les ha tenido que ir bien, dije.

Sonrió y dijo, Sí, les ha ido bien, para ser justos, pero no dijo nada más al respecto.

Estábamos de pie junto a la ventana que había al lado de la puerta de atrás, que daba al salón, y veía a Mairéad y a Julia bailando una canción de Joni Mitchell que habían puesto en el equipo de música. Era la primera vez que veía a Mairéad bailar desde que éramos pequeños. Se colocaban en línea con el resto de chicas del barrio en el jardín delantero de Bronagh Massey y hacían la coreografía del grupo Steps. No tenía el estilo de Julia, sus movimientos no eran igual de naturales, ni tan sueltos, y cuando seguía a Julia y cerraba los ojos, parecía menos relajada que si estuviera jugando a la gallinita ciega. Pero era bonito, parecía que se lo estaba pasando bien.

Se han distanciado de mí, dijo Conor.

¿Por qué?

Se encogió de hombros, dio una calada al porro. Le gustaba hablar con el humo en los pulmones. Hacía que sonara como si se estuviera ahogando.

Julia y yo vivíamos juntos, ya no, dijo.

¿Y Mairéad?

Mairéad… Bueno, si ella no ha dicho nada, mejor que no lo haga yo.

Se va a vivir a Berlín, dije.

Sí, lo sé. Se suponía que yo iba a ir con ella.

¿A Berlín? ¿En serio? ¿Qué pasó?

Conor miró el humo que había expulsado. Tenía los ojos rojos de la hostia.

Cambió de idea, dijo él.

Sonreí. Dije algo como, Típico de ella, y respiré por el agujero que se había abierto como una herida en el centro de mi pecho.

Más tarde esa noche, me encontré con Mairéad cuando subía a mear. Le conté lo que me había dicho Conor y le pregunté si era cierto. Ella dijo, Sí, lo es, y se dio media vuelta como para volver al salón. La detuve.

¿Hay algo entre vosotros dos?

Vino hasta mí tan rápido que casi me caigo al escalón de abajo.

Joder, Sean. No compliques las cosas más de lo que ya lo están.

¿Qué es lo complicado? No me cuentas una puta mierda.

Pero Mairéad ya me había dejado a un lado y había vuelto a la fiesta en el salón. Más gente se había trasladado al interior y estaban bailando una canción de Paul Simon. Era raro, no sabía cómo bailar ese tipo de música, y todo el mundo se sabía la letra; lo estaban dando todo. Como no tenía a donde ir, seguí a Mairéad a la cocina. Me vio llegar y salió discretamente al jardín de atrás, y cuando fui detrás, se arregló para evitarme y colarse de vuelta en el salón. Pillé la indirecta y me quedé fuera, solo, merodeando en los márgenes de una conversación sobre Paul Muldoon, en particular sobre su obra temprana, que todo el mundo coincidía en que era la mejor. Y mientras estaba allí fingiendo que sabía de qué hablaban, veía fugazmente a Mairéad por la ventana del salón. Estaba bailando abrazada a Julia, las dos meneándose en medio de la habitación, mirándose a los ojos, y luego partiéndose de risa. Dejé pasar un minuto, luego entré para ver si ella quería marcharse dentro de poco, pero había desaparecido. Conor también. Le pregunté a la tal Anna si había visto a alguno de los dos y dijo que no, no había visto a Mairéad desde hacía rato.

¿Y a Conor?, dije estúpidamente.

Está inconsciente en el salón.

Anna me llevó hasta allí para enseñármelo. Conor estaba acurrucado en una butaca con las manos entre los muslos. Sacó un paquete de tabaco del bolsillo interior de su chaqueta de cuero negra y se lio un cigarro. Tenía los dedos largos y delgados adornados con anillos de plata, dos en cada dedo, y una pulsera de cuerda que se deslizó por su brazo cuando chupó el papel del cigarro.

Entonces ¿Mairéad sigue aquí?, dije.

Anna me fulminó con la mirada, y en su voz había ironía cuando dijo, Sí, todavía está aquí.

¿Y dónde está? ¿Está arriba?

Está con Julia.

¿Qué están haciendo? ¿Está bien? Ha estado evitándome toda la noche.

Ah, ¿sí? A mí solo me ha parecido que se lo estaba pasando bien.

Noté cómo se me ponía la cara roja y miré al suelo. Supongo que sí, dije.

¿Tú no?

Sí, sí. Es solo que no conozco a nadie.

Anna se puso el cigarro detrás de la oreja. ¿Quieres que te pida un taxi?

No, está bien. Debería esperar a Mairéad.

Tendrás que esperar un buen rato.

¿Por qué? ¿Está mal?

Anna se echó a reír. Lo dudo, dijo. Está con Julia.

Ah, vale. De acuerdo. ¿Qué están haciendo?

¿No lo sabes?

Me encogí de hombros. Me costó pillarlo, pero cuando finalmente caí, Anna me miró como diciendo, ¿de verdad? ¿No eres capaz de sumar dos y dos? Me reí. Dije, No jodas, solo que ahora era menos un mecanismo de defensa y más una sorpresa genuina. Era Julia. Mairéad estaba con Julia.

¿Ha estado viviendo aquí? ¿Era aquí donde se estaba quedando?

Bueno, no. Lo de Julia es una historia reciente.

Pero ¿ha salido del armario o esto es solo…?

¿Solo qué?

Anna me clavó una mirada que me hizo pensar cuidadosamente qué diría a continuación.

Me refiero a si es lesbiana o…

Es bi. Y lo dijo hace meses. El año pasado.

Ah, vale.

Miré a Conor tumbado con la cabeza colgando del brazo de la butaca, con la boca abierta de par en par, y pensé, ¿quién coño es esta gente? No era solo un grupo de la universidad con los que Mairéad quedaba de vez en cuando. Eran sus amigos de verdad. Gente que formaba parte de su vida, que se habían preocupado por ella desde que se mudó a Holylands tantos años atrás, cuando empezó la universidad, que la llevaban a eventos literarios y a inauguraciones, y luego a fiestas en casas donde hablaban de política y poesía y bailaban al ritmo de «Graceland».

¿Lo sabe su madre? ¿Por eso ya no vive con ella?, dije.

A Anna le debía de parecer que me estaba perdiendo algo, porque dijo, Su madre es una adicta, ¿no? Lo dijo de una manera tan directa que yo dije algo como, ¿De qué estás hablando? ¿Adicta? No porque no lo supiera o no lo hubiera visto yo mismo; un día iba por la calle, sobre las seis, y vi a Mairéad en la puerta de su casa, con el uniforme del colegio. Se había quedado encerrada fuera y llevaba allí tanto tiempo que tuve que escalar por la bajante y colarme por la ventana de su habitación para que pudiera entrar. Su madre estaba inconsciente en el suelo del baño. La mierda le bajaba por la pierna, y a su alrededor, un charco de pis se había extendido por las baldosas. Yo había visto eso, pero nunca hubiera dicho una palabra al respecto a nadie aunque lo supieran y lo hubieran visto por sí mismos. Porque si hablas de la madre o el padre de otra persona y los problemas que acarrean, estás hablando de todos los padres, incluyendo, en la mayoría de los casos, a los tuyos, y la única cosa peor que ver al padre de alguien en la esquina de la licorería intentando convencer a alguien de que vaya por él porque le han prohibido la entrada, o a la madre de alguien subiendo al asiento de atrás de un Supra tuneado a las tres de la tarde para reaparecer unas horas más tarde, apenas capaz de tenerse en pie, es reconocer lo que es y no fingir que es algo que ves de reojo de vez en cuando y decides ignorar.

Intenté explicarle eso a Anna, y ella fue tan comprensiva como podía serlo teniendo en cuenta que no era de donde éramos nosotros, pero luego me di cuenta: Anna no sabría esas cosas sobre la madre de Mairéad a menos que Mairéad se hubiera sentado y se las hubiera contado. Le pregunté si ese había sido el caso y ella dijo, Sí, ha hablado del tema en algunas ocasiones, no a menudo, y solo cuando lo necesitaba. Los últimos meses habían sido difíciles para ella así que… Su voz se apagó. La piel alrededor del aro de su nariz se había puesto roja y estaba temblando.

Parecía que se compadecía de mí.

Estoy segura de que Mairéad te lo habría acabado contando en algún momento, dijo.

Yo dije, Sí, probablemente lo habría hecho, y me tomé mi vino.

De vuelta en el salón, la gente hacía aspavientos por la habitación imitando a Kate Bush. La cocina estaba igual de mal; un grupo de tíos se turnaba la guitarra cantando Bob Dylan. Fuera en el jardín, las cosas se habían ido de madre cuando dos personas empezaron a discutir sobre la seguridad social y lo importante que era tenerla en cuenta a la hora de votar un referéndum sobre la frontera. Es algo que yo tendría en cuenta, dijo uno de ellos, con tristeza, poniendo una voz que me daba ganas de atravesar la pared de un puñetazo.

Me fui sin decirle a nadie que me marchaba y caminé por una calle ancha y arbolada. En la carretera principal los únicos sitios que todavía estaban abiertos eran los restaurantes chinos de comida para llevar. Miré las luces que bañaban el asfalto y pensé qué bien estaría la vida si pudiera entrar sin más en uno de esos sitios ahora mismo y pillar una caja de poliestireno llena de arroz y curry y coger un taxi de vuelta al piso. Pero no tenía esa suerte; no tenía dinero, y la única manera que se me ocurría de volver sin perderme en alguna calle llena de banderas que no me gustaban era llamar a un taxi de la centralita y esperar que el conductor no sospechara nada cuando le dijera a donde iba.

No lo hizo. Apenas me dirigió la palabra, y cuando aparcamos en frente del siguiente bloque, le dije que serían dos segundos: solo tenía que ir corriendo al piso y coger el dinero. Hice todo un numerito fingiendo que llamaba al timbre y que miraba por la ventana a la izquierda de la puerta de entrada. Luego le dije al conductor que iba a ir por detrás y llamar a la ventana del salón: ¡Mi compañero de piso está durmiendo! Al taxista no le importó. Había visto donde vivía y se la jugaba, sabía donde estaba y vendría a llamar a la puerta. Fui corriendo por la entrada hasta el siguiente bloque, que era el mío, y me agaché mientras avanzaba por el lado del edificio. El silencio allí era mortal, no había luces ni nada. Asomé la cabeza para asegurarme de que el taxista no se había bajado de su coche antes de meter la llave en la cerradura y entrar como si nada. Había sobras de pizza en la encima de la cocina. Me senté en el sofá y me pregunté cuánto tardaría el taxista en darse cuenta de que le había engañado. ¿Fue cuando salió de su coche y fue hasta la ventana del bajo que yo había estado fingiendo mirar? ¿O fue cuando golpeó la ventana, con suavidad al

principio, despertando a una mujer que temió lo peor y se puso a gritar? Podría haber estado esperando un servicio durante horas. Las noches entre semana siempre eran tranquilas, y cuando aceptó la llamada de la centralita de Ormeau, debió de hacerlo a costa de renunciar a esa carrera de treinta libras al aeropuerto que todos los taxistas se morían por pillar.

Tumbado en mi cama completamente vestido, con el techo tambaleándose y alejándose de mí, me sentí mal por lo que había hecho porque atentaba contra la forma de ganarse la vida de otra persona y yo sabía lo difícil que era sobrevivir.

14

Siempre era tarde por la noche, cuando no podía dormir, cuando mi cabeza empezaba a dar vueltas y vueltas. Una cosa seguía a la otra, y antes de darme cuenta estaría de vuelta en Facebook, revisando el muro de Aoife.

Era popular. Tenía cientos de likes, y por las fotos en las que estaba etiquetada era evidente que tenía muchos amigos. Chavalitas que tenían un aspecto parecido al suyo, a las que les gustaba maquillarse y arreglarse, que iban a cafeterías a tomar iced lattes en verano. Iban a Newcastle y caminaban por la playa, hacían fotos a los montes de Mourne. Se quedaban en la orilla y contemplaban las olas. De vez en cuando cogían un tren a Belfast. Caminaban por las calles que yo camino, y para Aoife era solo una excursión, una salida de día con sus amigas. Pero había vivido tanto tiempo sin saber nada de ella, que verla de repente con dieciséis años y sentada en la hierba de delante del ayuntamiento, en el mismo sitio donde yo había estado sentado unos días antes, leyendo, era como ver a un actor rompiendo la cuarta pared.

Se suponía que yo no sabía nada de ella. Esa era la ventaja del distanciamiento. Y había sido estupendo hasta que había empezado a hurgar en el precinto, primero mi padre y ahora mi hermana, retirándolo solo un centímetro para mirar. Ahí fue cuando comenzó a afectarme; me estaba formando una imagen incompleta y me urgía con desesperación completarla. Comprender qué tipo de vida tenía, y saber con seguridad que ella estaba bien.

Recibí una llamada de mi agente de libertad condicional al día siguiente

para decirme que el Servicio de Pago y Ejecución de Multas se había puesto en contacto con ella en relación con mi multa de seiscientas libras. Me dijo que tendría que llamar al equipo de Atención al Cliente y acordar un plan de pago, de lo contrario estaría incumpliendo la condena y me llevarían de vuelta al juzgado. La idea de que me llevaran de nuevo delante del juez fue suficiente para que me pusiera a suplicarle al tío ese por teléfono. Impertérrito, me dijo que me deducirían cinco libras de mi subsidio de desempleo cada semana, lo cual suponía veinte de las ciento ochenta libras que recibía al mes. Eso antes de que entrara mi factura de veinte libras del móvil, y el cargo de treinta libras que me hacían al final de cada mes por el crédito que me habían otorgado como si fuera un regalo cuando me abrí la cuenta en la universidad.

La única manera que tenía de sobrevivir era el truco de las cajas de autopago. Ahora me daba miedo de una forma que nunca me lo había dado antes, porque ya no era por tocar las pelotas, necesitaba la comida de verdad, y si me pillaban los cabrones me vigilarían cada vez que pusiera un pie en la tienda. Si querían comportarse como verdaderos hijos de puta llamarían a la poli, y me denunciarían por violar mi condena de libertad condicional, y eso me supondría toda clase de mierdas. Llamaba a mi madre para pedirle dinero solo cuando lo necesitaba de veras. Ella ya tenía suficientes problemas sin preocuparse por mí. Una de las personas a las que les limpiaba la casa en Malone Road había encontrado una empresa que cobraba la mitad por el mismo trabajo. A mi madre le dijeron que la despedían, después de diez años. Así sin más.

Había postulado a todos los trabajos de todas las páginas web y agencias de empleo que había encontrado. Los call centres ya no eran impensables, y las esperanzas y sueños que había tenido de trabajar en cualquier sitio que no fuera una discoteca morían con cada correo de consolación que recibía diciendo que había un elevado número de postulaciones y mucha competencia. Estaba empezando a pensar que había un plan contra mí; la librería dijo que no, y no pasaba nada, sabía que tenía pocas probabilidades. Pero Asda ni siquiera me llamó para la entrevista, y había pasado días trabajando en esa solicitud con ayuda de las cosas que me había mandado antes Mairéad. Pero el tío del paro estaba contento con el esfuerzo que estaba poniendo en mi cuaderno de búsqueda de empleo. Me dijo que siguiera así, Lo estás haciendo muy bien, pero estaba perturbado por la cantidad de trabajos a los que me había apuntado sin resultado. El mejor consejo que podía darme era que simplificara mi

currículo para que los empleadores no pensaran que estaba sobrecualificado para el trabajo.

No les cuentes que tienes un título universitario, dijo.

Me pregunté cuánto cobraría por hora.

Finalmente las cosas empezaron a mejorar cuando recibí dos correos de dos sitios diferentes diciéndome que estaban impresionados con mi solicitud y que les encantaría hacerme una entrevista. La primera era para unas prácticas en una organización artística sin ánimo de lucro que habían montado su sede en un edificio abandonado al final de Bedford Street. Seis meses pagados, con perspectivas de contratación, buscaban a alguien para ayudar con las exposiciones, organización de eventos, y para que llevara sus redes sociales. El sueldo estaba bien, 7,50 libras la hora, que era más de lo que me habían pagado en todos los trabajos que había tenido.

Escribí a Mairéad y le conté las noticias. No había vuelto al piso desde la noche en que acabamos en casa de Conor; tres días y no había sabido nada de ella. Le mandé un mensaje preguntándole qué tal y solo dijo que me avisaría cuando volviera.

Tu bolso todavía está aquí
¿No lo necesitas?

Nop todo bien
Lo recogeré esta semana
de qué va este curro?

es en el sitio pretencioso del que te hablé
Quieren que vaya a una entrevista

Increíble
¿Contento?

sí
a ver si suena la flauta
aunque no me hago muchas esperanzas tampoco

El consejo de Mairéad fue que los siguientes días me dedicara a leer sobre el tipo de exposiciones que había hecho la organización y los artistas que trabajaban allí, y que inflara mi interés en trabajar en el mundo del

arte: Cuéntales lo de la revista que editaste en Liverpool, y diles que hiciste toda la recaudación de fondos, les encantan esa clase de cosas. Me envió una lista de preguntas que me podrían hacer, y me dijo que me asegurara de saber qué iba a decir, pero me advirtió que no debía sonar como si hubiera estado ensayando. Seguí su consejo, y entretanto sobreviví a mi primera entrevista en una discoteca en Cathedral Quarter que se llamaba Ollie's. La gerente me llevó a la zona VIP, donde se sentó en un taburete con la carpeta apoyada sobre la rodilla y dijo, ¿Cuándo podrías empezar?

Estaba emocionado, y la sensación me duró justo hasta que entré en el edificio de los estudios de arte un par de días más tarde. Estaba a oscuras, no había luces, y había un olor extraño, como de trementina. Un hombre estiloso que llevaba un jersey de cuello vuelto gris me dijo que estaba encantado de conocerme y me llevó a una de las salas de la galería. Habían colocado cuidadosamente tres sillas en fila en medio de la habitación y, enfrente, una silla sola en la que me dijeron que me sentara. Yo llevaba unos pantalones grises y la camisa que me había puesto en mi graduación el año anterior, la ropa de Primark no era la peor. Luego entraron tres personas de mediana edad vestidas de forma intimidante y se presentaron: Philippa, James y Richard. Me estrecharon la mano y tomaron asiento delante de mí.

Encantada de conocerte, Sean, dijo Philippa. ¿Comenzamos?

Llevaba una bufanda que llegaba al suelo, y fue verdaderamente elegante cómo me hizo sentir cómodo en la entrevista, con elogios sobre mi currículo y lo impresionada que se había quedado. Los hombres sentados a sendos lados de ella asintieron con leves inclinaciones de cabeza.

Cuéntanos sobre la revista que editabas en Liverpool, dijo ella.

Fue como si hubiera salido de mi cuerpo. Lo que veía era a otra persona con otra voz explicando cómo había usado los fondos que había recaudado en eventos que había organizado, y la publicidad que había conseguido de negocios locales de Liverpool para pagar la tirada de mil ejemplares de la revista, que se distribuían gratuitamente. Cuando llegó la pregunta de si las habilidades que había adquirido durante esa experiencia serían transferibles al entorno laboral de la organización artística, la persona sentada en la silla de enfrente explicó que editar una revista con un equipo requería de un grado de iniciativa que era esencial para la gestión de una organización de arte, en particular en todo lo que tenía que ver con trabajar con el público, ya fuera mediante exposiciones, colaboraciones o días de puertas abiertas. Philippa sonrió. Richard, el

hombre a su izquierda, miró al espacio que había sobre mi cabeza, como si una presencia oculta en lo profundo de la pared de la galería le estuviera revelando la pregunta que estaba a punto de hacerme.

Háblanos de tu experiencia con las redes sociales, dijo él.

Recordaba haber leído algo en internet sobre lo importante que era para las organizaciones de arte usar las redes sociales para hacer su presencia online más interactiva. También recordaba haber leído un artículo sobre aumentar la participación del público mediante el engagement en redes. Dejé caer esas frases en un par de explicaciones sobre cómo usaría las redes sociales no solo como una forma de publicitar eventos y exposiciones, sino como un medio para conectar a la gente con los artistas que estaban trabajando en los estudios. Sé que algunos artistas estarán más cómodos con eso que otros, dije. Pero se podrían organizar colaboraciones con otros artistas para generar contenido online. Hay una galería en Londres cuyo nombre se me escapa –eso es lo que dije «se me escapa», de la manera distraída que lo dice la gente pija, como si no fuera culpa suya– que ha estado haciendo unos proyectos colaborativos interesantes con escritores. Escriben reacciones al trabajo que estén exponiendo, y luego crean publicaciones online para que la gente las lea e interactúe.

¿Has tenido en cuenta el coste de ese tipo de colaboraciones?

No lo he tenido en cuenta. Solo pensaba que era una idea interesante.

Bueno, por suerte para nosotros, no nos faltan ideas interesantes.

Hubo risas, sobre todo de Richard, que me miró como si hubiera irrumpido en su casa. Aparte de responsabilizarte de nuestras cuentas de redes sociales, hay más aspectos prácticos en el trabajo, dijo él. Insistimos en que hay que fregar el suelo de la galería dos veces al día. Una vez por la mañana, y una vez antes de que cerremos. Hay que pasar la aspiradora en los pasillos y las escaleras, y hay que limpiar la cocina comunitaria. Entiendo que no tendrás inconveniente en sacar los cubos de la basura.

No, no tengo ningún inconveniente.

Y esas discotecas en las que has trabajado: El Divino, Thompson's, Garage Eivissa…

Dijo cada uno de los nombres con el tono de superioridad de alguien que lo está pasando tremendamente bien.

¿El servicio de mesa era parte de tus tareas?

En el lounge VIP sí.

El lounge VIP. Ni más ni menos.

Miró de reojo a James, y James se mordió el labio inferior.

En general contratamos el catering para las inauguraciones de las exposiciones, y a menudo en los días de puertas abiertas de los estudios, nos gusta ofrecer un refrigerio. Simplificando, sería útil tener a alguien que pueda ocuparse de esas tareas. Nos podría ahorrar mucho lío, ¿verdad, James?

Sin duda.

Les dije que podría ser esa persona, que no me importaba. Si era lo que necesitaban. Me pondría una camisa y unos pantalones como había hecho esa mañana y daría vueltas por la sala con una bandeja, preguntándole a la gente si les apetecía un canapé.

¿Hay alguna pregunta que quieras hacernos?, dijo Philippa.

Había leído en alguna parte que hacer preguntas al final de la entrevista era una oportunidad para mostrar tu entusiasmo por el puesto. Las tres que había preparado eran buenas preguntas sobre las oportunidades de desarrollo, la cultura de trabajo y qué les gustaba a los empleadores de su trabajo. Estaba convencido de que sonarían bien hasta que las hice, luego fue incómodo, hubo un silencio engañoso. No por primera vez, los hombres se miraron de reojo. Me mordí la lengua y mantuve los ojos fijos en Philippa. Ella era la única que me había tomado en serio. Valoraba que había sido amable a muerte conmigo. Pero veía lo que estaban haciendo los otros dos y sabía que no importaba lo que dijera, no cambiaría nada. Ya habían decidido.

Lo que más me gusta de este trabajo es la gente que conoces, dijo Philippa. Vienen artistas de todo el mundo a trabajar aquí, y tenemos la oportunidad de conocerlos, escuchar sus historias. Debo decir que puede llegar a ser muy satisfactorio.

¿Y también gente de donde soy yo?, dije, y ella sonrió.

A esa gente también.

Recibí el correo de rechazo volviendo a casa del servicio comunitario. Había sido un turno largo, debimos de cortar un centenar de acres de hierba, y a pesar de que la lluvia había parado durante la tarde, Joe nos puso a trabajar de nuevo en la parte de atrás, donde el terreno estaba húmedo y empantanado, y también cubierto de barro.

El correo era el mismo de siempre: la gente del equipo estaba impresionada por el nivel de mi entrevista y esperaban que me sintiera

animado por lo lejos que había llegado en el proceso de selección. No habría sido tan terrible si no me hubiera dejado llevar pensando en cómo sería trabajar en un sitio así, rodeado de artistas, incluso haciéndome amigo de algunos de ellos, trabajar en un sitio que no fuera una discoteca, donde sintiera que era parte de algo. Era una tontería, pero había empezado a pensar que trabajar en un sitio así podría cambiar mi vida de alguna manera, que podría tener algo como lo que Mairéad tenía con sus colegas de Queen's. Un grupo de gente a la que le interesara lo que a mí me interesaba, que acudiera a eventos y supiera cómo funcionaba ese mundo. Pero no. Eso no iba a pasar. Las puertas a esos mundos estaban cerradas con llave.

Saqué las llaves del bolsillo y estaba subiendo las escaleras despacio, las pisadas reverberaban por el edificio, cuando dos hombres bajaron del cuarto piso. Iban vestidos como polis, con chalecos negros y camisas blancas, tenían pinganillos, como porteros de discoteca. Calvos, siniestros, con los brazos tatuados y cuellos de toro, se detuvieron en el pasillo que había detrás de mí y observaron.

Yo llegué al cuarto piso y seguí subiendo, al último. Las luces no funcionaban allí arriba. Estaba oscuro, pero me llegaban sus voces. Estaban subiendo de nuevo por la escalera. Entré en pánico y abrí el armario de mantenimiento, vi que no cabía y lo cerré de golpe. Los hombres debieron de pensar que había ido a alguno de los pisos de allí arriba porque de repente sus pasos se detuvieron. El edificio estaba en silencio, y luego uno de ellos dijo algo y bajaron de nuevo, con sus enormes botas golpeando como ladrillos el suelo.

Crucé el descansillo silenciosamente, de puntillas, y miré por la ventana para asegurarme de que se habían ido. Pasaron así cinco minutos, luego bajé al piso. Había un aviso en la puerta:

AVISO DE DESALOJO

A QUIEN CORRESPONDA

> Por medio de la presente, SE NOTIFICA que el edificio ha sido desalojado hoy por orden del propietario J M McClean Group Limited.
>
> Y SE NOTIFICA ADEMÁS que cualquier intento de acceder al edificio está prohibido sin el permiso por escrito del propietario o

sus abogados o agentes, efectivo desde el 18 de octubre de 2013.

Llamé a mi madre y le conté lo que estaba sucediendo, luego llamé a nuestro Anthony, que dijo que se pasaría por aquí más tarde, con la furgoneta. Mi ropa fue a la maleta que arrastré desde el armario del pasillo, luego vacié los cajones de mi mesita de noche y tiré todos los blísteres de paracetamol vacíos y los cargadores de teléfono rotos en la bolsa de consorcio que había colgado a los pies de la cama. En la maleta había sitio para algunos libros, el resto los metí en cajas y bolsas reutilizables que había comprado en el Asda y nunca había vuelto a utilizar. Saqué todo lo que necesitaba al pasillo y observé qué poco de mi vida constituían las cosas que tenía. Lo único que quedaba por resolver era el bolso de Mairéad. Le mandé un mensaje y le pregunté qué debía hacer con él y ella me respondió diciendo que si me iba bien, podía pasar por el piso por la noche. Le dije no, a esa hora ya no estaré, y ella dijo, No pasa nada, ¿puedo pasar por casa de tu madre?

La idea de que ella me viera atrapado en esa casita me aterrorizaba. Le dije que podía llevársela el próximo día que fuera a trabajar y ella dijo, No, la necesito antes, tengo que vender chupitos. No sabía qué tenía que ver eso con su bolso hasta que lo abrí y vi el vestido que se ponía las noches que trabajaba en la Mono. Era corto y negro y olía a canela. Lo sujeté delante de mi cara, y durante un momento me quedé ahí, en el suelo en medio del salón, sujetando el vestido de Mairéad delante de mí.

15

Nuestro Anthony se presentó en el piso en una Berlingo de diez años que había comprado unos meses atrás, cuando estaba en medio de otra etapa de cuatro semanas de comportarse lo mejor que sabía, comiendo sano y trabajando duro, alejado de la bebida. Publicaba frases inspiracionales en Facebook con actualizaciones de su dieta de la semana, de la sesión que acababa de hacer. Era un estilo de vida que lo consumía durante el tiempo que era capaz de resistir la tentación de las llamadas del viernes por la noche. Y luego, normalmente después de una larga semana de trabajo, cuando los vapores de la pintura que había estado inhalando desde que era un adolescente comenzaban a escocer en su piel irritada, encontraba una excusa para pasarse por el local, y listo: tres días más tarde estaría sentado en algún lugar de Twinbrook, arruinado, tratando de reunir suficiente efectivo para otra bolsa de farlopa.

Aparcó su furgoneta delante del edificio y abrió las puertas traseras. Había unas cuantas latas de pintura, algunos rodillos y alargos, una pila de plásticos que había que sacar y doblar para hacer sitio. Subir y bajar las escaleras me destrozó; el ascensor estaba estropeado y los dos estábamos jadeando. Cuando todo estuvo empaquetado y recogido, subí para echar un último vistazo al piso. A través de la ventana del salón, ese día la montaña no tenía nada escrito. Y aunque lo tuviera, no habría podido verlo; las nubes habían descendido por la colina, y las casas habían desaparecido en la niebla.

Bajé las escaleras de nuevo. Anthony estaba de pie en medio de la carretera con la mano en forma de visera sobre los ojos, mirando el cielo.

¿Qué pasa?, dije.

Nada. Sube.

Condujo despacio, con cuidado, con un ojo en la carretera, el otro en las nubes, que se inclinaba para mirar. Había comenzado a llover. Pasaban camiones de nueve ejes salpicando agua.

¿Ves ese helicóptero?, dijo él. Ahí arriba. Mira.

¿Qué pasa con él?

A todas partes adonde voy. Todo el día. En todas putas partes. ¿Lo ves?

Lo veía. Sobrevolaba ahí arriba, una pequeña mota de luz roja destellaba tan alto que ninguno de los dos lo oía. Anthony bajó la ventanilla y tiró la ceniza de su mentolado.

Los cabrones no me dejan en paz, dijo. Las últimas semanas, me miró por el rabillo del ojo. Te llevaron a comisaría para una entrevista, ¿verdad?

Sí, hace mil años.

¿Te dijeron algo de mí?

No, nada.

Bueno, alguien ha estado hablando, dijo él, como si sospechara de mí.

Lo miré. ¿En serio?, dije.

Anthony lo decía totalmente en serio. Ahí tenía la cabeza.

Aparcó delante de casa de mi madre, bajó del asiento del conductor y fue a la parte de atrás de la furgoneta sin bajar lo más mínimo la cabeza a pesar de que estaba diluviando. Levantó una caja de libros y me la tiró al pecho. Recorrí los bordes con las manos intentando agarrarla. Me costó, casi se me cae.

Tienes que ir al gimnasio, dijo él. Se te ve flojo.

Llevamos algunas de las cosas a la habitación que había sobre la peluquería de al lado, que era del casero de mi madre y se la dejaba utilizar de trastero. Ya había una pila de cajas y bolsas de consorcio de unos años atrás. Traté de echar un vistazo, pero la mujer del piso de abajo estaba esperando para cerrar la peluquería. Nos agachamos para pasar por debajo de la reja y cogimos mi maleta del malero de la furgoneta. Nuestra madre nos esperaba en la puerta. Me dio un abrazo y un beso. Mi hijito, de vuelta con su mami, dijo.

Mi hijito, repitió Anthony con voz lastimera.

Está encantado, ¿o no, hijo?

Sí, el mejor día de mi vida.

¿Has conseguido el imán ese?, le dijo a Anthony.

Sí. Ven y te lo enseño.

Anthony arrastró un taburete de la barra de desayuno hasta el cuadro

eléctrico y le enseñó como poner el imán en el lateral del medidor. Apretó algunos botones, movió el imán arriba y abajo, y observó mientras los números de la pantalla descendían hasta el uno. Mi madre cerró las cortinas. Se quedó cruzada de brazos en medio de la habitación, mordiéndose el labio.

Soy demasiado mayor para ir a la cárcel, dijo.

No vas a ir a la cárcel, tonta.

¿Y si viene el de la luz?

Quita el imán antes de dejarle entrar. De todas formas no vendrá.

Mi madre se santiguó. Dios me perdone, dijo ella.

Le enseñé los calefactores que me había pedido que trajera del piso, y el radiador de aceite que nos dio el padre de Ryan cuando nos mudamos. Lo conectó en el enchufe de al lado del sofá y pulsó el interruptor. No me había dado cuenta de lo oscuro que estaba hasta que encendió la lámpara. De repente el salón y la cocina se convirtieron en dos estancias separadas, con la barra de desayuno haciendo de partición en el medio. Al otro lado de la barra, mi madre echó un vistazo a las varitas de pescado que tenía en el horno. Puedo poner un par más para ti si quieres, me dijo.

Estoy bien, comeré algo más tarde.

Anthony se rio. ¿No vas a comer una varitita de pescado? Hazle una varitita de pescado, madre.

Tú, déjalo en paz. Lo está pasando mal.

¿Mal? ¿Qué sabrá él de pasarlo mal? Agachó la cabeza como si fuera a lanzar un puñetazo y me atrajo hacia él con una llave de cabeza. ¿Qué sabrás tú de pasarlo mal?

Se estaba riendo. Yo también me reí, pero era raro. Apestaba.

Te voy a decir una cosa, no está mal la chocita, dijo, mirando a su alrededor. Es pequeña, pero está bien si es solo para vosotros dos.

Cumplirá su función, asentí.

Mi madre puso la mano debajo del grifo. Se había quemado el dedo.

Además solo es temporal, ¿verdad?, dijo ella.

Yo asentí, lo era. Anthony nos miró alternativamente.

Necesita un sitio para vivir, joder. No digas eso.

¿Qué?

Que es solo temporal. Es tu hijo.

Ay, Dios. No. No quería decir eso. Se llevó el dedo a la boca y se lo chupó. Sabe que se puede quedar tanto tiempo como quiera, ¿verdad, hijo? Lo digo por él. Es temporal para él. Yo por supuesto estoy aquí, ¿no?

Pero Anthony estaba molesto. Fue hasta la panera y sacó el paquete de Wagon Wheels que mi madre tenía escondido allí, detrás del pan. Devoró cuatro seguidos, cada uno entre pecho y espalda en tres bocados. Entonces ¿cuál es el plan?, me dijo a mí. ¿Vas a encontrar otro sitio donde vivir o qué?

Voy a encontrar un trabajo y a partir de ahí, sí.

¿No puedes conseguirle un trabajo?, dijo mi madre.

De ninguna manera, madre. He tenido que despedir gente. Solo quedamos yo y Gerard, y Johnzy. Johnzy viene un día por semana.

Mi madre sacó la mano de debajo del grifo y se la secó cuidadosamente con papel de cocina.

¿Qué hay de tu título?, me dijo ella a mí. ¿Por qué no enseñas?

No estoy cualificado para enseñar, dije.

¿No te puedes hacer periodista o algo?

Estudié Literatura, mamá. No periodismo.

Por el amor de Dios, ¿y para qué sirve ese maldito título entonces?

No sirve para nada, dije.

Anthony apoyó la mano en mi hombro con una palmada y me apretó. Vamos a escribir un guion juntos, ¿verdad? Vamos a escribir un exitazo de taquilla.

¿Ah, sí?

Sí, bueno. Lo va a escribir Sean. Él es el que tiene una carrera, sabe cómo usar las palabras. Yo le daré mis ideas y las escribiremos en forma de guion, ¿verdad?

No sé, Anto. Nunca he escrito un guion.

Es fácil. Lo pones todo claro. Tengo un libro en casa que te enseña cómo se hace.

Sacó el taburete de debajo de la barra de desayuno y se sentó, ahora muy serio, y empezó a exponer las ideas que tenía. Tengo esta para una serie de televisión ambientada en los ochenta, en América, dijo. Serán los ochenta como es debido, en plan los coches, la música y todo eso. Va de que hay unas criaturas que han estado viviendo bajo tierra durante años y años, en secreto, y solo salen de noche. Son superhumanos. Cazadores Nocturnos, los llamo. Pueden correr de la hostia, y pueden escalar edificios y cosas así. Básicamente el protagonista es un marine, tiene que sacar a su familia de allí, de la ciudad, porque ahora la ciudad ha sido destruida, los Cazadores Nocturnos la han destrozado, y ellos tienen que llegar a un campamento en las afueras donde estarán a salvo. Será como la primera

temporada de *The Walking Dead*, ¿sabes? Solo que en lugar de zombis están esas criaturas que solo salen de noche y dan mucho más miedo. Corren a cuatro patas, agachados, y gritan. Gritan como los hijos de puta que persiguen a Frodo en *El señor de los anillos*. Gritan igual, muy alto y agudo. ¿No sería la hostia? Tengo toda la historia pensada. Diez episodios. Te lo digo. Nos va a llover la pasta.

No te hagas muchas ilusiones, dijo mi madre. Es difícil hacer películas.

Confía en mí, sé lo que hago. Llevo viendo películas desde que era un niño. Siempre me doy cuenta de donde se equivocan. Como en *Los Soprano*. Ese final. El peor final que he visto en mi vida. Yo habría puesto a Toni a conquistar Nueva York. Le habría hecho matarlos a todos. No me dirás que no habría sido un millón de veces mejor.

Me miró expectante. No quería herir sus sentimientos.

Sí, tienes razón, dije. Suena de puta madre.

Organizaremos un fin de semana, ¿vale? Nos sentaremos y lo escribiremos todo.

Hice lo que siempre hacía y fingí que estaba de acuerdo, incluso que estaba emocionado con el plan, a sabiendas de que las posibilidades de que realmente sucedieran eran escasas. Teniendo en cuenta la manera en que Anthony se había estado comportando los últimos meses –no era capaz de hacer un turno entero en el trabajo–, un guion entero era impensable. Ni siquiera salía de farra un día o dos, seguía y seguía hasta que no quedaba nadie con quien seguir de fiesta. Y luego venían los bajones, los sudores fríos, los ataques de pánico cada vez que miraba en el cubo que tenía al lado de la cama y veía sangre. La única manera que tenía de lidiar con eso era encerrarse en su habitación, a oscuras, y comer cantidades obscenas de comida: patatas fritas, chocolate y comida para llevar, a veces tres o cuatro por día. Estaba en la cama de la mañana a la noche, viendo documentales de teorías conspiratorias sobre abducciones alienígenas y el área 51. Bernice no podía decirle nada. No podía siquiera mencionarle la posibilidad de que volviera al trabajo. Se volvía loco. Incluso cuando no tenía dinero, cuando los armarios de la cocina estaban vacíos y la hipoteca sin pagar. Bernice llamaba a mi madre y lloraba por teléfono. No podía soportarlo más, iba a dejarlo, y mi madre le decía que cogiera a los niños y saliera de allí. Pero nunca lo hacía. Llevaba con Anthony desde los trece años, tuvieron su primer hijo cuando tenían quince años, y se casaron a los veintitrés. No conocía otra cosa.

Un día de estos, lo hará, le advirtió mi madre. No se lo pensará dos

veces. Hará las maletas y se irá.

Anthony cruzó los dos dedos. Por favor, Señor, dijo él.

No te pongas así. Es la madre de tus hijos.

Bebe todas las noches, madre.

No es verdad.

Sí lo es. Se bebe una botella de vino y se va a la cama borracha.

Por el amor de Dios. Debe de estar deprimida.

¿Deprimida? Es una puta loca.

Tú eres un puto loco.

Anthony se rio. No he tomado una gota en tres semanas. Tres semanas, dijo, y levantó los dedos para mostrárselos. Necesito salir. Necesito despejarme. Un fin de semana con los chicos y me apalean como a un perro.

Lo sé, hijo, dijo mi madre, ahora con suavidad. Pero las drogas. No puedo pegar ojo pensando que tomas drogas.

Dios santo. Tengo mujer e hijos y aquí está ella echándome un sermón.

No me importa que tengas cincuenta años. Siempre seguiré sermoneándote. Siempre seguiré preocupándome.

Anthony se apartó de ella, avergonzado, e intentó desviar la atención de nuevo a mí. ¿Qué pasa con este criminal?, dijo él. Regáñale por una vez, ¿no?

Él recibe la parte que le toca.

Es un maricón, eso es lo que es.

Hubo otro golpe en el hombro, otra finta.

Mariposón, dijo él.

Cuando Anthony se marchó, mi madre sacó sus varitas de pescado del horno. Las colocó en un plato rodeadas de tostadas que había untado con mantequilla, llevó su plato hasta el sofá y se lo colocó sobre las rodillas. Había una tele de cuarenta pulgadas colgada de la pared de al lado de la escalera. Había puesto uno de esos realities para amas de casa que le gustaba ver, esos en los que hay mujeres ricas que discuten y se tiran las bebidas a la cara. Le conté lo que Anthony había dicho, sobre los helicópteros y que creía que lo estaban siguiendo, y ella bajó la vista al plato.

Está empeorando, ¿no?, dijo ella.

No lo sé, ¿está empeorando?

Mi madre asintió. Creo que sí, dijo ella.

Subí a instalarme. Había un colchón en el suelo, al lado de una cajonera. Metí mi ropa en los cajones y coloqué los libros encima. La única fuente de luz venía de la ventana que había en lo alto de la escalera, y solo entraba por la puerta abierta hasta donde se podía antes de que chocara con los pies del colchón, lo que significaba que no importaba la hora del día que fuera, la habitación siempre estaba a oscuras. Me tumbé para ver cómo era y tuve la sensación de que estaba mirando desde el fondo de un pozo. Era así de pequeña, más o menos la mitad del tamaño que la habitación en la que crecí, y esa habitación era el trastero. Pasé mucho tiempo allí cuando era un crío, jugando a videojuegos, leyendo, hablando con chicas en MSN Messenger. Era donde me refugiaba cuando quería estar solo. Ahora no iba a estar solo. Estábamos yo y mi madre uno encima del otro en esa casita minúscula.

Debí de quedarme dormido. Cuando me desperté, oí a mi madre hablando con alguien abajo. Me senté y escuché, luego levanté el enorme bolso de cuero de Mairéad y lo bajé conmigo. Mi madre la había cogido del brazo y la conducía por el salón, enseñándole los cuadros que tenía colgados en las paredes. El primero era de Madonna en la cubierta del álbum *True Blue* con la cabeza echada hacia atrás. Se suponía que era un regalo para mi tío, pero mi madre había cometido un error que no podía arreglar, así que le pintó otro para él y ella se quedó el primero. Al lado del de Madonna había un cuadro más reciente de los lagos de Killarney, que era de veras bastante bueno, y provocó una respuesta más entusiasta de Mairéad, que dijo, Joder, este está genial, y tuvo que controlarse para no sonar sorprendida.

Mi madre estaba demasiado emocionada para darse cuenta. Arrastró a Mairéad hasta uno grande que tenía colgado en la pared que había entre el salón y la cocina. Lo describió como ese cuadro de Jesús en la cruz mirando al mundo que había copiado del hombre ese: ¿Cómo era su nombre? Yo dije, Dalí, y ella dijo, Sí, Dalí. ¿Qué te parece? Mairéad abrió la boca. Mi madre, pensando que estaba asombrada por el cuadro, dijo, Lo sé.

El último fue el menos doloroso. Mi madre había pintado siete retratos individuales de los siete firmantes en pequeños lienzos de 15 × 23 y los había colocado a lo largo de la encimera de la cocina, bajo su póster enmarcado de la Proclamación de la República Irlandesa. Los iba a donar para que los subastaran en un acto de recaudación de fondos que había organizado el Sinn Féin para la familia de un antiguo voluntario que había

muerto hacía unas semanas.

Espero que alguien ofrezca por ellos, dijo ella. Dios, imagina si no lo hacen.

Mairéad abrió su bolso y comprobó que estaba todo dentro. Esto es incómodo, dijo ella, pero ¿te importa si subo un momento a cambiarme? Tengo que estar en el trabajo a las diez en punto, y para cuando el tren me deje allí…

Adelante, por favor. Sean, pídele un taxi.

Está bien, cogeré el tren.

Bueno, entonces acompáñala a la estación, dijo mi madre, nerviosa.

Sabía que me estaba avergonzando, y estaba resentida conmigo por eso mismo.

Ponte los zapatos y acompáñala, dijo ella.

Sus ojos se iluminaron cuando Mairéad bajó las escaleras arreglada con ese vestido negro de cóctel que tenía. Dios mío, mírala, dijo ella, y silbó. Silbó de verdad. Mira qué cuerpo, y esas piernas, ¿de dónde han salido? Es preciosa, ¿verdad, Sean?

Asentí, lo era. Mairéad puso los ojos en blanco.

Estáis mal de la cabeza, dijo ella.

Mi madre le dio un abrazo antes de que se marchara. Si no te veo antes de que te vayas, que te vaya muy bien, y no pierdas el contacto. Escríbeme un mensaje en Facebook y cuéntame cómo te va, dijo ella.

De camino a la estación, le dije a Mairéad que sentía lo del piso. Creía que tendríamos al menos unas cuantas semanas.

No te preocupes, dijo ella. Además tengo un sitio donde quedarme.

¿Dónde?

Con un amigo. Cerca del parque Ormeau.

No me dijo quién era el amigo y yo no pregunté.

La lluvia era ahora llovizna, pero el viento soplaba de lado, lo que nos obligó a andar cerca de la esquina de los andenes, entre la valla y la pared, donde nos escondimos bajo el paraguas de Mairéad y esperamos. Llevaba un abrigo de piel de mentira sobre el abrigo y unas Converse blancas. Tenía la piel de gallina en las piernas, y mientras estábamos allí de pie, temblaba encogida de hombros, protegiéndose de las gotas de lluvia que resbalaban por su nuca.

Me voy en dos semanas, dijo ella.

Dios, así que te vas.

Estoy nerviosa. Mírame, soy un desastre.

Puso cara de estar aterrorizada. La rodeé con el brazo y la estreché contra mí. Sentía que podía hacerlo, que estábamos a gusto el uno con el otro en ese sentido. Ella apoyó la cabeza en mi hombro.

¿Crees que volverás?

Si va como el culo, sí. Volveré sin dudarlo.

No irá como el culo. Estarás muy bien.

Eso espero. Con mi suerte…

No podía verle la cara por cómo estábamos, su cabeza en ángulo contra mí, pero notaba que estaba sonriendo. Acaricié el pelo sintético y ella se apoyó en mí, ahora con la cabeza sobre mi pecho y un brazo alrededor de mi cintura.

Pero te veré antes de que te vayas, ¿no?, dije.

Sí, haremos algo.

Otro viaje a Holywood.

Eso estaría bien.

Puedes enseñarme a nadar.

El viento empezó a soplar en serio. Golpeaba encima del paraguas y enviaba gotas disparadas en todas las direcciones. Nos pegamos más a la valla. La gente había escrito allí su nombre, con pintura y rotuladores permanentes. Saqué las llaves y rayé nuestras iniciales, con el año debajo: 2K13. Mairéad sacó una foto con su teléfono.

¿También vas a ponerla en Instagram?, dije.

No, esta es solo para mí, dijo ella, pero estaba cortada. Lo notaba.

Venga, súbela.

No, que te den.

Le cogí el teléfono e intenté hacerlo yo, pero la pantalla estaba bloqueada. Ella tecleó el pin y observó.

Ya está, dije. Es bonita, ¿no?

Maravillosa.

¿Hago una foto de los dos también?

No. Ya basta.

Guardó de nuevo el teléfono en el bolsillo, y durante un rato nos quedamos ahí, mirando las vías, atentos al chirrido que hacen cuando está llegando el tren. Cuando lo oímos, Mairéad me dio un abrazo y un beso y se movió hacia el borde del andén.

No seas capullo, dijo. Escríbeme.

Escríbeme tú.

Lo haré.

Cuando volví a casa, mi madre estaba sentada con el portátil sobre las rodillas, mirando resultados de Google Images, buscando algo que pintar.

Te dejo el salón, dijo ella.

Le dije que estaba bien, que no se preocupara, pero ella ya lo había decidido. Se llevó un vaso de agua arriba, y me dijo que me asegurara de poner la alarma antirrobo antes de irme a la cama. Le prometí que lo haría, pero me quedé hasta tarde leyendo cuentos de Alice Munro y me olvidé. De madrugada, escuché a mi madre bajando las escaleras. En lugar de la barra de metal que ponía en la puerta cuando yo era pequeño, oí el sonido de botones, luego un pitido, un bip.

Las paredes eran delgadas. Oí los muelles de su cama crujir.

Cuando era pequeño y todavía vivíamos en aquella casa en Twinbrook, había una cabina al final de la carretera, a unos diez minutos de nuestra calle. Después de la mañana que llegué a casa desde la casa de mi abuela y mi madre me dijo que nunca volvería a ver a mi padre, iba andando hasta esa cabina y llamaba al teléfono de su casa. Ponía la mano sobre el micrófono del auricular y esperaba a que mi padre dijera hola, y luego colgaba. Lo estuve haciendo cada pocas semanas, durante meses. Luego un día bajé la vista a los cristales rotos que había a mis pies –alguien había roto las ventanas de nuevo– y esperé el tono. No sonó. La línea había sido desconectada. Entonces supe que mi padre se había mudado.

16

De la oscuridad total de la habitación diminuta a la luz del baño, que me arrancaba los ojos. Una ducha. El vapor subiendo. El sándwich que me había hecho la noche anterior en la nevera.

¿Lo tienes todo?, dijo mi madre desde el piso de arriba.

Cogí el autobús hasta Balmoral y luego caminé durante veinticinco minutos hasta llegar al cementerio. En el patio, uno de los tipos estaba sacando desbrozadoras de gasolina de un contenedor y colocándolas cuidadosamente en el suelo. No importaba lo húmeda que estuviera la hierba, Joe nos llevaba al extremo del cementerio donde las tumbas estaban más juntas. Por la mañana trabajábamos de una hilera hasta la siguiente, cada uno a su ritmo, siempre con cuidado de rodear las efigies que habían colocado delante de las lápidas. De vez en cuando era inevitable; la virgen María perdía la cabeza. Fra se enfurecía. Recogía cada estatuilla y se la llevaba a la caseta donde se pasaba el descanso para comer intentando arreglarlas con el Super Glue que tenía guardado el bolsillo frontal de su mochila. Por la tarde, el cielo se oscurecía. Las nubes engullían las sombras que proyectaban las lápidas en la hierba. Yo seguía a Joe y al resto de hombres de un lado a otro del cementerio, con las caderas rotando de lado a lado casi mecánicamente, sin pensar en qué estaba haciendo más allá del placer que daba cuando el alambre de la desbrozadora cortaba limpiamente la hierba alta. Atravesándola como un péndulo, marcando los segundos que pasaban, cada uno cayendo a mis pies, un lento descenso de vuelta a aquella noche que bajé la vista y vi a un tío tirado en el suelo en medio de una calle desierta. La extrañeza de esa sensación justo después de haberle pegado. Como si no hubiera sido yo

quien lo había hecho.

Saqué el barro del carrete con el dedo por enésima vez y cambié el cable de la desbrozadora. Luego rellené el tanque de petróleo y me senté durante un rato cerca del grupo de hombres que estaban en su descanso, mirando más allá del cementerio el perfil de Belfast. El cielo zumbaba por el peso de las nubes, y la brisa agitaba la hilera de árboles al fondo del cementerio. Alcanzó la hierba más alta una ráfaga que ganaba velocidad a medida que se acercaba a las tumbas. Me estremecí y me subí la capucha. Contemplé los coches avanzando por la autopista.

¿Qué te parece?, me dijo Fra.

¿El qué?

Señaló el cielo con la cabeza y dijo, ¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

No sé, ¿unos veinte minutos?

Apartó la mirada de mí y, furtivamente, se aseguró de que no había nadie sentado cerca. Tenía en la mano un recordatorio que había cogido de una tumba por la que habíamos pasado más temprano esa mañana. Me lo tendió para que lo viera. En la fotografía había un chaval llevando uno de sombreros Burberry de imitación que todo el mundo llevaba, esos que te ponías con la visera levantada hacia el cielo para que todo el mundo pudiera verte el flequillo. Se parecía a todos los chavales que conocía cuando era adolescente. Tenía el pendiente de aro de oro y la cadena gruesa de oro, el abrigo Berghaus y el polo Fred Perry con el cuello subido. Las fechas bajo su foto lo confirmaron: había nacido el mismo año que yo, y había muerto a los diecisiete.

Dije la única cosa que se me ocurrió decir: Es un chico guapo.

Fra se sorbió los mocos, se limpió la nariz con el dorso de la mano y guardó el recordatorio en su bolsillo de nuevo.

Va a llover, dijo.

Tenía razón. En menos de una hora, la lluvia caía con fuerza y estábamos empapados. Al final Joe nos dejó marcharnos y los hombres caminaron con las desbrozadoras bajo el brazo de vuelta a la entrada del cementerio. Fra se quedó rezagado. Sacó de su mochila las estatuillas que había arreglado durante el descanso para comer y se dirigió hacia las hileras de tumbas en las que habíamos estado trabajando esa mañana. Uno de los hombres se había llevado su desbrozadora, y su arnés y su protector facial, ahorrándole el incordio de tener que ir a la caseta antes de salir de nuevo, que fue lo que hice yo. Colgué mi desbrozadora con el resto en el

cobertizo y volví al cementerio. Diluviaba, la lluvia ametrallaba las lápidas. A lo lejos, había una figura de rodillas delante de una tumba. En su mano, una estatuilla de San Antonio cortada exactamente por la mitad.

No encuentro la otra mitad, dijo Fra. He buscado por todas partes.

Tenía la cara salpicada de barro, y su ropa impermeable, de las pantorrillas a la tripa, estaban cubiertos. Parecía como si hubiera estado caminando a cuatro patas por el barro.

A mí madre le rompería el corazón, dijo él.

Le temblaba el labio inferior. Apartó la mirada.

¿Quieres hablar de ello?, dije.

¿Hablar de qué?

Nada, había pensado… Pareces disgustado.

¿Disgustado? Tienes suerte de que no te rompa esta estatuilla en la puta cabeza.

Le dije que lo sentía, que no quería decir nada con eso.

¿Eres un puto maricón o qué, era eso?

No, yo solo…

Levantó la figura en el aire y la estrelló contra una lápida. Las esquirlas de porcelana salieron disparadas en todas direcciones. Le sangraba la mano. La sangre corría por la palma y goteaba por su dedo corazón.

¿Ves lo que pasa? ¿Ves lo que me has hecho hacer?

Se miró la mano y retrocedió tambaleante.

Dios santo, dijo.

Traté de ir con él de vuelta a la caseta, pero me empujó con la mano que no le sangraba y me dijo que me alejara de él. A través de la lluvia, vi las puertas de entrada del cementerio, la montaña al otro lado de las puertas, y el cielo, donde las nubes habían empezado a dispersarse y entre las que el sol brillaba débilmente. Joe estaba de pie delante de la puerta de su oficina. Observó a Fra entrar en la caseta y salir de nuevo con la mochila al hombro.

Mantén a ese capullo lejos de mí, eso es todo lo que tengo que decir, dijo él.

El resto de los hombres estaban alrededor de la puerta de salida de la caseta. Veía sus caras por la ventana, a través de la cortina de lluvia. Me contaron que Fra era la clase de hombre que podía arrastrarte a un callejón y dispararte en las rodillas por la espalda. No sabía si lo decían en serio; no dejaban de provocarse unos a otros. Cuando el turno acabó, Joe me llamó a su oficina. Quería saber qué había pasado. Le conté que Fra había recogido

una estatuilla rota y se había cortado la mano.

Entonces ¿por qué estaba enfadado contigo?, dijo.

Me encogí de hombros. No tenía ni idea.

Tenía mi primer turno en el Ollie's esa noche, a las siete. Había llevado ropa para cambiarme a Milltown, creyendo que podría coger un taxi negro en cuanto acabara mi turno y dirigirme hacia allí. Pero apestaba. Tuve que ir hasta el Kennedy Centre y asearme en el lavabo del baño de discapacitados. No estaba nervioso. Había sido el nuevo las veces suficientes como para saber que no pasaba nada siempre y cuando no me interpusiera en el camino de los demás. Donna, la gerente, pareció notar mi actitud y me colocó al final de la barra, al lado de la zona VIP. Lo único que me costó fueron los cócteles, que eran dos por uno hasta las once. Pero la chica que trabajaba a mi lado fue muy amable conmigo. Acababa de volver a casa desde Australia, me contó, y estaba haciendo todo lo que podía para volver a irse.

Este sitio me está rompiendo el corazón, dijo ella.

Las propinas que había imaginado que ganaría no llegaron. Las pocas que me dieron fueron despreciables, un mero quitarse de encima la calderilla. Hubo un hombre que me dio treinta y dos peniques en cambio por su ronda de setenta libras, y otro que cambió tres veces su pedido antes de decidirse por cuatro dobles Morgan y dos spritzers de vino blanco. Contó el cambio que le di y luego preguntó cuánto costaba un doble Morgan. Le dije que 9,50 e hizo el cálculo en su teléfono. El siguiente tío hizo lo mismo pero de un modo distinto; me dijo que no fuera tímido con las cantidades. Serví y él me observó servir, y cuando llegó al borde del medidor, dijo de nuevo, No seas tímido. Yo dije, ¿Así está bien, colega?, y él dijo, Perfecto, y me mostró un pulgar hacia arriba. Luego llegaron esas tres mujeres que intentaron engatusarme para que les hiciera el dos por uno de cócteles aunque ya eran más de las once. Intenté explicárselo, les dije, No puedo, es mi primer turno. Lo que había comenzado como unas amigas probando suerte de repente se volvió hostil. Me dijeron que había demasiado hielo en sus copas. Luego hubo un problema con la lima. Después una puso su copa a contraluz y dijo, ¿Esto está limpio? Quiero un vaso limpio, por favor. Le preparé la copa de nuevo. La puse delante de ella, por tercera vez, y ella me miró directamente a los ojos.

¿Ves? No era tan complicado, ¿verdad?

Encendieron las luces diez minutos antes de que cerrara la discoteca, a las dos. Donna vino a verme cuando acabamos de limpiar y me preguntó si podría ir el lunes por la noche. El resto del personal había ido a la zona VIP y estaban esperando a que les dijeran que podían irse. Me presentaron como el nuevo de la barra. Los tíos que estaban más cerca me estrecharon la mano y me dijeron cosas como, Bienvenido al manicomio, y Espero que dures más que el último. Donna les dijo que se callaran. Creen que lo suyo es durísimo, dijo. Los seguí a la salida de incendios donde unos cuantos rezagados merodeaban fuera del hotel Merchant. Los del hotel nos pidieron taxis con descuento de empleados para volver a casa. Llamé a mi madre para asegurarme de que estaba todavía despierta, necesitaba dinero para cubrir mi parte de la tarifa. Cuando volví, estaba sentada en la barra de desayuno con su mejor amiga, Mary, fumando un porro enorme.

¿Qué está pasando aquí?, dije.

Mi madre me fulminó con la mirada a través del humo sin vergüenza alguna.

Estamos fumando maría. ¿Por qué? ¿Qué problema hay?

Mary me dijo que me sentara, que me tomara algo. Sirvió una copa de vino hasta arriba y dijo, Métete esto en el cuerpo, chaval. Luego se abalanzó sobre mí como siempre y me dio un sonoro beso en los labios. Lo peor era que tenía unos dientes horribles, no tenía buen aspecto ni siquiera cuando se arreglaba. No es que fuera fea, solo era delgada, y estaba demacrada. Me ofreció el porro y me dijo, ¿Quieres una caladita?

No, no quiere. No tiene permiso.

Cogí el porro que me ofrecía Mary y dije, Sí, por qué no.

Mi madre observaba, irritada, cómo expulsaba el humo.

Pequeño mierda, dijo ella. Ya está, vete a la cama.

Cállate, está tomando una copa con su tía Mary.

Está fumando drogas enfrente de mí. No tiene permiso para fumar drogas.

Escúchala, dijo Mary. Fumar drogas.

Di dos caladas y se lo devolví a Mary, que se lo pasó a mi madre. Mi madre fumaba como si estuviera presumiendo delante de sus amigos. Cuidado, no te vaya a dar un blancazo, dije.

¿A mí? No me ha dado un blancazo en la vida.

¿Y aquella vez en Londres?

Esa no cuenta, no había comido nada, y lo que fumamos no era hierba, era otra cosa.

Mary puso los ojos en blanco. Se cree que es Pablo Escobar, dijo.

Les pregunté cómo les había ido la noche y me contaron que habían ido al Devenish a bailar y que al final habían pasado la mitad de la noche en el baño, como siempre, arreglándose el maquillaje y diciéndoles a las chicas jóvenes lo guapas que eran. Mi madre se había puesto a hablar con una chica, más o menos de mi edad, que tenía una tía que había estado diez años en la prisión de Armagh: era del Cumann na mBan. Mi madre cogió a la chica de la mano y la arrastró hasta donde estaba Mary. Ella también era del Cumann na mBan, dijo mi madre. Mary era del Cumann na mBan, ¿verdad, Mary?

Yo no tenía nada que ver con nada, dijo Mary.

Y una mierda que no. Mary estaba en la cúpula, ¿verdad, Mary? Cuéntale a Sean lo de las notas que pasabas a los hombres en el Bloque-H. Venga, Mary. Cuéntanos cómo pasabas las notas.

Mary sacó pecho, con un gesto sexy, y se apartó el pelo de la cara.

Besé a todos los hombres de Long Kesh, dijo ella.

Se escondía las notas debajo de la lengua, ¿a que sí, Mary?

Sí, papelitos enrollados.

¿Qué más, Mary? Cuéntanos más.

No hay nada más que contar, cariño. Yo no tenía nada que ver.

Sí que tenía que ver, dijo mi madre. Solo dice que no. Nunca cuenta nada.

Mary se inclinó con la barbilla apoyada en la mano. Tú también aportaste tu granito de arena, ¿o no?, dijo ella.

Yo solo escondí unas armas.

Hiciste más que eso.

No. Tenía hijos. No quería perder a mis hijos.

Mi madre me miró de reojo, nerviosa. Tienes que entenderlo, hijo, los británicos nos estaban torturando. Ponían nuestras casas patas arriba, nos disparaban en la calle, y estaban encarcelando a toda la gente que conocíamos: el hermano de tu abuelo, Paul, estuvo en prisión, y tu tío Joe. Los sacaron de la cama en mitad de la noche y los mandaron a Castlereagh. Dios, los odiábamos, ¿verdad, Mary? Pero Sean ya lo sabe, ¿verdad, hijo? Le he contado todo esto antes.

Mi madre sacudió una mano, cansada, y bebió un poco de vino.

No sé cómo pasamos de hablar de esas cosas a que mi madre y Mary estuvieran bailando en la cocina «Rhythm Is A Dancer», pero eso fue lo que sucedió, y era divertido verlas, la manera en que se movían, saltando como

dos ravers en medio del campo.

Esta es nuestra música, dijo Mary. Esto es lo que escuchábamos.

Estaba subida en la mesa de centro que había en el salón, dándolo todo.

Necesito sentarme, dijo mi madre. Me estoy haciendo vieja.

¿Ah, sí? Yo casi tengo sesenta, cariño. Yo ya estoy de salida.

Basta de esta conversación. Tú no estás de salida.

Lo estoy. Lo noto.

Mary me guiñó un ojo. Sabía que decir esas cosas hería a mi madre de una forma muy particular. Mi madre levantó la mano como si fuera a pegarle. Mary retrocedió y dijo, Mira esto, está intentando pegarme, está intentando pegarme, y se rio a carcajadas. ¿Acaso no me han pegado suficiente?, dijo ella.

Yo no, dijo mi madre.

No, tú no. Tú nunca.

Pero qué vida has tenido, dijo mi madre.

Qué vida. Qué vida hemos tenido las dos.

Sean podría escribir un libro, ¿no, hijo?

Podría, pero sería demasiado largo, dije.

Demasiado deprimente, quieres decir.

No te enteras, dijo Mary. Hay más cosas buenas que malas y lo sabes.

Por eso te quiero, Mary. Siempre eres positiva.

¿Qué? No puedes llevar toda esa carga encima. Tienes que seguir adelante.

Lo sé, pero las cosas por las que has pasado…

También por las que has pasado tú, ¿y qué? Ahora estamos aquí, ¿o no?

Mi madre asintió, estaban ahí.

Pero es difícil olvidar, ¿no? A mí me cuesta mucho.

Mi padre tenía su propio campo de tiro, lo descubrí en la entrevista que le hicieron, la de la revista de deportes de campo. Esa noche cuando me fui a la cama, lo busqué en Google Maps. Resultó que el campo de tiro al plato estaba registrado en la misma dirección que los propietarios: mi padre y su mujer. Tras un momento, arrastré y dejé caer al hombrecito amarillo en una carretera en medio del campo. Delante de mí, había una pista de tierra que conducía a unos cobertizos y casetas. No había gente. Ni siquiera

coches, solo los edificios y las vallas y el frío silencio del campo.

Allí era donde vivía. La información de la empresa y la dirección registrada señalaban esa localización exacta. Y el gallinero. Había un gallinero al final de la pista. Mi padre tenía gallinas cuando vivía en la casa a la que yo iba los fines de semana, antes de que se mudara. Me preguntaba si serían las mismas. A continuación, dejé caer al hombrecito en la carretera que había delante de su antigua casa, y miré desde arriba el camino de entrada. Había un Fiat 500 aparcado fuera, y jardineras en los alféizares, llenas de flores rojas y amarillas. Veía los establos por encima del muro, eran una parte de la nueva ampliación que habían construido en la parte de atrás de la casa. Ahora la propia casa parecía más acogedora, había más claridad y color. Amplié la imagen e intenté mirar por la ventana del salón. Aquellas mañanas de domingo que mi padre se largaba al campo de tiro, yo me quedaba allí con Aoife y su mujer, y lo único que hacía Aoife era llorar, y no podías ver la televisión porque ella tenía que tener puesto el canal CBeebies y se volvía loca si lo cambiabas. Me freían el cerebro, aquellas estúpidas cancioncillas, y las voces de idiota que ponían los personajes, como si también fueran bebés. La única manera de escapar era salir al jardín de atrás y jugar al fútbol contra la pared del garaje. Allí había castaños, y en otoño el suelo se cubría de castañas. Llenaba bolsas y se las llevaba a mis amigos cuando volvía a casa, y cuando hacía buen tiempo, trepaba al tejado del garaje y miraba las vacas del campo de al lado. La mujer de mi padre me gritaba que bajara, que no era seguro, pero me gustaba subir allí arriba. Me gustaba tener vistas.

De vuelta en el sitio donde vivía ahora, pinché a lo largo del camino que conducía a la casa, pero no me dejaba avanzar. El coche de Street View no podía pasar: Propiedad privada. La casa también estaba allí mismo. La veía en las imágenes de satélite, escondida detrás de las casetas que había al final del camino. Lo único que se me ocurrió fue arrastrar y dejar caer al hombrecito amarillo en todas las carreteras que rodeaban las casa, pero no había forma de verla, la cámara no era lo suficientemente potente para ampliar desde tan lejos. Retrocedí de vuelta al camino y me dirigí hacia la carretera principal, deteniéndome de vez en cuando para mirar la maquinaria de campo oxidada que habían abandonado en los campos, los cobertizos vacíos, la casa desolada de la esquina. Me detuve, miré a ambos lados de la carretera principal y divisé una señal al principio del camino. Tenía el nombre del campo de tiro al plato, un dibujo de un pájaro y dos números de contacto: un fijo y un móvil.

Me quedé petrificado delante de la pantalla. Lo único que tenía que hacer era marcar el número en mi teléfono. La simplicidad del acto me asustaba. Imaginarme presionando de verdad el botón de llamar me producía un terror parecido al que había sentido, a veces, cuando creía que había visto a alguien muerto caminando por la calle. Hice una captura de pantalla, cerré el portátil y me tapé con la manta. Eran las cinco de la mañana. Oía a mi madre y a Mary cantando en la cocina: «Killing Me Softly» de Fugees. Era su canción favorita.

17

No tenía que volver a Milltown hasta la semana siguiente. La policía había montado un control justo delante del cementerio: la noche anterior habían volado un furgón policial con una bomba casera. Me quedé delante de las casetas con otros hombres y miré como redirigían el tráfico por Andytown hasta Glen Road. Había un helicóptero en el aire, había estado sobrevolando las casas hasta el amanecer. Uno de los hombres del servicio comunitario dijo que había estado en vela toda la noche. El helicóptero había volado tan cerca sobre su casa que creyó que las ventanas iban a reventar.

Esto es lo que hacen, me dijo él. Malditos hijos de puta. Mira esto. Mira cómo está el tráfico.

El resto de los hombres observaban en silencio con expresiones solemnes.

Reconocí a los dos tíos que estaban más cerca de mí de la última vez que había ido, cuando Fra estrelló las estatuillas. Pregunté si habían sabido algo de él, de su mano, y se rieron y dijeron, Oh, sí, hemos sabido mucho. Pensé que estaban intentando molestarme, luego al que no reconocí dijo, ¿Estás mal de la cabeza? Quítate de en medio. Dijo eso en el mismo momento en que había dejado mi pinza de recoger basura delante de él y tuve que agacharme y recogerla. No sabía si se estaba metiendo conmigo por interponerme en su camino o si tenía algo que ver con lo que habían dicho los otros, sobre Fra.

En la caseta esa tarde, cuando estábamos en la hora de comer, Joe me llamó a su oficina. Mi agente de libertad condicional estaba sentada allí. Debió de parecer que no sabía qué pasaba porque ella dijo, No hay de qué

preocuparse, Sean. Solo he venido a comprobar cómo vas. Me dijo cuantas horas había hecho y cuantas me quedaban, luego me hizo firmar un formulario para confirmar que me habían dado la equipación necesaria. Cuando terminamos con eso, me preguntó cómo lo estaba llevando y si había algún asunto que quisiera comentar con ella. Pensé en lo que aquellos tíos habían dicho más temprano esa mañana, sobre Fra. No, dije. Estoy bien. Anotó algo en su libreta, luego dijo, ¿Te interesaría ir a otro sitio?

Había un sitio en Holy Trinity, en Turf Lodge. Estaba más lejos que Milltown, pero los turnos de tarde me irían mejor, y era todo a cubierto. No tendría que seguir trabajando en el frío gélido, y no tendría que estar encerrado en la caseta cada vez que la lluvia nos echaba del trabajo. Mi agente de libertad condicional me contó los detalles como si tuviera que convencerme. La escuché como si me lo estuviera pensando. Cerramos el trato cuando mencionó que si Holy Trinity no encajaba, intentaría meterme en una tienda de caridad en algún sitio más cerca de la casa de mi madre. Le di las gracias. Me siguió de vuelta al patio. Joe estaba de pie en las puertas, observando la carretera.

¿Todo en orden?, dijo.

Sí, todo en orden.

El control de carretera todavía seguía allí al final del turno. Cinco jeeps de la policía, cuatro coches y un escuadrón antibombas, todos equipados con rifles automáticos. Vi a un hombre conducir hasta la barricada y gritarles que tenía que ir por esa carretera, tenía que recoger a su hijo del colegio. Los polis se quedaron donde estaban con los rifles apuntando hacia arriba, mirando cómo se acumulaba el tráfico ininterrumpidamente, la rotonda se convertía en un cuello de botella, con coches que iban en direcciones prohibidas. Más tarde esa noche vi en Facebook que no volvieron a abrir la carretera hasta las seis. Había docenas de comentarios. Los repasé mientras mi madre freía una cebolla con pimientos cortados en cubitos, beicon y unas salchichas Denny que había comprado por 1,99 en el Spar de enfrente. Luego añadió pesto rojo con un poco de agua de cocción, echó la pasta en cuanto estuvo lista y lo mezcló bien.

Debería cocinar yo para ti, dije.

Eso habrá que verlo.

Más tarde esa noche, cuando habíamos terminado de cenar y estábamos sentados en el sofá, viendo la tele, le pregunté a mi madre por la vez que escondió las armas. Tenía los pies sobre la mesita del centro y el

pantalón de pijama metido en los calcetines. Sus calcetines eran rosas con pompones en la parte de delante. Parecían algo que se pondría una niña pequeña, y a veces, cuando miraba a mi madre, eso era lo que veía.

¿Por qué quieres saber eso?, dijo ella.

No sé. Nunca has hablado de ello de verdad.

Yo contigo hablo de todo.

Lo sé.

Bebió su té, mantuvo la vista fija en la tele. ¿Qué quieres saber?, dijo.

En plan, ¿cómo pasó?

Bueno, llamaron a la puerta y me lo pidieron.

Y tú dijiste, sí, a la mierda.

Más o menos.

Me contó que vivía sola en esa época, en un piso en Twinbrook, y tenía dos hijos: Anthony acababa de cumplir tres años. Las cosas eran difíciles. El padre de Gerard y Anthony no quería tener nada que ver con ellos, no pagaba ninguna manutención, y el paro apenas le llegaba para sobrevivir la semana. Se sentía sola y era joven, y en sus momentos más oscuros, cuando pasaban días sin ver a nadie, se imaginaba cómo sería su vida si no se hubiera quedado embarazada aquella primera vez, y la culpa la paralizaba. Entonces llamaron a su puerta una mañana que estaba preparando el desayuno para los niños. Llamaron fuerte y en serio, como el que se oía antes de que un escuadrón de británicos irrumpiera en tu casa, aleatoriamente, sin aviso, y comenzara a destrozar tu casa. Cogió a Anthony en brazos, en parte para protegerse a sí misma, y sintió alivió cuando abrió la puerta y vio que eran dos tipos que conocía del barrio: Jackie Short y Conor McGreavey. Iban a su clase en el colegio.

Jackie está muerto, me contó. Secuestró un autobús y los británicos le dispararon.

¿Por robar un autobús?

Lo estaba usando como barricada, teníamos que montar barricadas en nuestras calles para evitar que entraran los británicos y los lealistas. Lo atraparon. Le apuntaron con sus armas y le dijeron que bajara del autobús. Jackie salió con las manos en alto y le dispararon en la nuca.

Dios. ¿Lo conocías mucho?

Desde que era pequeña, dijo ella. Solía acompañarme a casa desde el colegio.

Se quedó en silencio un segundo, recordando. Luego me contó que Jackie y su colega volvieron la mañana siguiente temprano con armas y

balas que escondieron debajo de las lamas del suelo, en fundas de almohadas y armarios de su piso. Le dijeron que no se preocupara, que solo sería por unos días, luego volverían y se llevarían todo a otra parte. Mi madre se hizo la valiente, pero tenía los nervios destrozados; en lo único que pensaba era en las cosas que había escuchado sobre la prisión de Armagh, los abusos que sufrían las mujeres allí, las condiciones terribles. Después empezó a tomar conciencia, a medida que avanzaba la tarde, de que si la pillaban, le quitarían los niños. Los enviaran a hospicios gestionados por curas de los Hermanos Cristianos, y todo el mundo sabía lo que pasaba en esos sitios. Era un secreto a voces. Tenía que sacármelo de la cabeza, dijo mi madre. Tuve que decirme a mí misma que estaba preparada para enfrentarme a lo que fuera. Soy republicana, y tengo que apoyar la lucha.

Después esa tarde, mientras estaba ayudando a Gerard con los deberes, oyó algo procedente del acceso al barrio, un rumor sordo. Al principio, no pensó nada, aquellos enormes camiones siempre estaban yendo y viniendo por la calle principal. Pero el rumor se volvió más alto, y oyó voces. La gente estaba gritando. Fue a la ventana de la habitación y miró a través de las cortinas. Eran los británicos. Venían los británicos. Estaban conduciendo por la carretera en dirección a ella, un convoy entero, con soldados que corrían a los lados y se separaban en todas las direcciones; aporrearon las puertas, arrastraron a la gente hasta sus jardines, arrasaron todas las casas de la calle. Era como una tormenta, ella podía oírlo todo, y la tormenta estaba yendo a atraparla ella.

Fue corriendo al salón, cogió a Gerard, e intentó recordar dónde estaban todas las armas, las balas y los cartuchos; quería tirarlos por la ventana de atrás. Luego miró fuera, vio soldados avanzando por la entrada, con las cabezas agachadas, y retrocedió de espaldas por el salón.

Dios nos proteja y nos mantenga a salvo, dijo ella.

Ahora tenía a Gerard y a Anthony en brazos, se colgaban con las manitas de su cuello. En ese momento, con todo el piso sacudiéndose a su alrededor, cuando podía oír las voces en las escaleras de delante de su puerta, joven y aterrorizada, inundada de adrenalina, se fue a otra parte. Abandonó su cuerpo y se miraba a sí misma desde el techo. Anthony levantó la vista hacia ella, como si pudiera verla, sus enormes ojos la atravesaban, y entonces notó ese tirón. La arrastró debajo de vuelta a su cuerpo, y eso fue todo. Los soldados se habían ido.

Al día siguiente, Jackie y su colega se presentaron en la puerta de mi

madre de nuevo, esta vez con Semtex y lanzacohetes. Le dijeron que podían encastrarlos en las paredes y nadie se daría cuenta. Ella no podía hacerlo. Intentaron convencerla, pero ella dijo, No, llevaros las armas de mi piso ahora mismo, y lo hicieron. Mi madre era así, no tenía miedo de nadie, y tenía a sus hijos. Nadie iba a poner en peligro a sus hijos. Moriría por mis hijos, dijo ella. Me moriría antes que dejar que me los quitaran.

Terminó su taza de té y la dejó en la mesa. Le temblaban las manos.

Ni siquiera deberían habértelo pedido, dije yo.

Lo sé, tienes razón. No deberían haberlo hecho.

Luego se lo pensó, y frunció el ceño.

¿Por qué no?, dijo ella.

Porque estabas sola, tenías dos niños.

Pero esa era parte de la lucha, hijo. Así era.

Sí, pero se aprovecharon…

No se aprovecharon de nadie. Fue decisión mía.

Se levantó de un salto y fue al fregadero. Había una pila de platos para lavar. Abrió el grifo y dejó correr el agua. Si no hubiera tenido a mis hijos, habría estado allí fuera con ellos, dijo ella. Me habría hecho voluntaria.

¿En serio?

Sí, dijo. ¿Tú no lo habrías hecho?

Traté de echar una siesta antes de ir a trabajar esa noche pero no podía dormir. Arrastré mi cansancio conmigo a través de las hordas de gente bien vestida que se inclinaba sobre la barra, que pagaban con tarjeta, tecleaban pines, preguntaban qué marcas de ginebra había y si había pepino. Cometí errores, confundí pedidos. Se me cayó una botella de vodka que reventó en el suelo. La chica que trabajaba a mi lado, que se llamaba Maria, me apretó el hombro y me dijo, No te preocupes, todos hemos pasado por esto, y me ayudó a recoger los cristales rotos. Me di la vuelta para atender el siguiente pedido y vi a Ryan y a Finty merodeando al final de la cola. Me sonrieron, y cuando llegaron a la barra, miraron a su alrededor asombrados, como si no se pudieran creer que habían llegado tan lejos.

¿Qué estáis haciendo aquí?, dije.

Hemos venido a verte, capullo.

Ryan había perdido peso. Lo notaba en su cara. Tenía esos enormes dientes blancos que se le ponen a la gente que ha estado tomando demasiada farlopa. Me dio un billete de veinte libras y dijo, ¿Vas a hacerle

un apaño a los muchachos o qué? Serví cuatro vodkas dobles como lo haría para cualquiera y se los cobré como si fueran normales. Ryan miró hacia la caja, luego a Maria, y se dio cuenta de que éramos las únicas personas que trabajábamos en nuestra zona de la barra.

Podrías ganar una fortuna en este sitio, dijo.

Volvieron más tarde esa noche con dos chicas repeinadas y de pestañas largas. Se tambalearon hasta la barra con tacones con los que les costaba caminar, y se bebieron de un trago los chupitos que les preparé. Ryan pidió vodkas. Me excedí y le serví dobles. Él rodeó con el brazo a la chica más morena, de cejas enfurruñadas, y me guiñó un ojo. Le pregunté qué planes tenían el resto de la noche y él me dijo que estaban de fiesta: ¿Por qué? ¿Te apuntas? Le dije que quizá lo hacía, y Finty, que sabía que los gerentes te vigilan más cuando saben que tus amigos están en la barra, pescó una bolsita del bolsillo de su camisa y gesticuló: Esto es para ti.

Me reí. Volved cuando la barra esté más tranquila, dije, pero ellos ya se estaban yendo. Me dijeron que les diera un toque. Les dije que lo haría aunque sabía que no lo haría, y me di la vuelta para marcar el siguiente pedido en la caja. La gerente estaba allí de pie, comprobando las cuentas.

No has cobrado esos vodkas, dijo.

¿Qué vodkas?

Ella señaló la pantalla y me los enseñó. Les has servido a esos tíos cuatro vodkas, te he visto.

Debo de haberme olvidado de cobrarles, dije.

¿Te has olvidado?

Voy a buscarlos, un segundo.

Hice como si fuera a salir corriendo a buscarlos, pero Donna me detuvo.

Sigue atendiendo, dijo ella.

Trabajé mecánicamente, un cliente por vez, sirviendo bebidas y cogiendo el dinero, marcándolas en las cajas. El tiempo pasó. Las preocupaciones desaparecieron. Creía que saldría airoso con una simple advertencia de no volver a hacerlo. Luego Donna me dijo que la siguiera a la parte de atrás de la discoteca, a la zona de carga y descarga, donde dos lavaplatos estaban sentados en cajas al lado de la salida de incendios, fumando.

Voy a tener que mandarte a casa, dijo ella.

Intenté suplicarle, intenté hacerle ver que había sido un estúpido error. La barra estaba abarrotada. Había trabajado ese día y la noche anterior y

estaba muy cansado, pregúntale a Maria. Llevaba confundiendo pedidos toda la noche, dije. Se me había caído una botella y todo. Pero Donna llevaba en el negocio lo suficiente para saber de sobra lo que había pasado, y me había pillado con las manos en la masa.

Comprobaré las cámaras al final de la noche, dijo ella. Luego lo discutiré con recursos humanos y veremos en qué punto estamos, ¿vale?

Eso era todo. Un vistazo a las cámaras y estaba muerto.

Le envié un mensaje a Mairéad. Normalmente acababa de vender chupitos sobre esa hora, y pensé que hablar con ella me podría ayudar. Me dijo que había salido pronto y que estaba en casa de Julia. Eso fue todo lo que dijo: «Estoy en casa de Julia». Pensé, a la mierda, de acuerdo, y caminé para ir a coger un taxi delante del McDonald's. Era una locura, la gente corría por allí como loca, cantando canciones celtas, saltando unos encima de otros. Me subí en el primer taxi que vi y le dije al conductor que me dejara en Lenadoon. Luego escribí a Ryan y le dije que estaba de camino. Me contestó con una foto de él rodeando con el brazo a Finty, los dos con el puño cerrado celebrándolo. Me hizo reír.

Había una raya esperándome en un plato en la cocina de Finty. La habitación era pequeña y mugrienta. Los azulejos se habían amarilleado, la pintura de la pared se estaba desconchando, y no había cortinas en la ventana. Veía mi propio reflejo. Seguí mirándolo mientras les contaba a Ryan y Finty y a las dos chicas que habían vuelto con ellos que mi jefa estaba allí mismo viéndome servir esas copas, y lo exageré de verdad, contándolo como si fuera una historia divertida, como si me hiciera gracia.

Una de las chicas, cuyo nombre era Laura, dijo que se sentía fatal.

Nos estabas dando bebidas gratis, dijo ella.

Nos trasladamos al salón, donde las paredes estaban empapeladas y el papel había sido pintado de blanco. Había quemaduras de cigarros y manchas de bebidas derramadas en la moqueta, y una alfombrilla blanca vieja y andrajosa estaba tirada como un cadáver en el suelo. Me senté al lado de Laura. Todavía se sentía mal porque me hubieran despedido, y se hallaba en un estado que no podía dejarlo estar. Me dijo que lo sentía, y cuando la conversación cambió de tema, repitió que lo sentía de nuevo. Luego se removió en el sofá y me miró con cara de culpable, haciendo pucheros. Le dije que no se preocupara, en serio, y ella miró a su amiga, que se había acurrucado en el sofá de dos plazas al lado de Ryan. Había

llevado el plato de la cocina al salón y estaba sentado con él en la rodilla, tarjeta en mano, los bordes de sus labios cortados pegajosos por la saliva.

Laura le cogió el plato y se detuvo, dudando.

Yo no hago esto siempre, ¿verdad, Ciara?

Ciara negó con la cabeza vigorosamente. De verdad que ella no hace esto siempre, dijo.

La última vez que tomé una copa fue en mi cumpleaños hace tres meses, y la última vez que hice esto fue…

Intentó contar los meses mentalmente, pero no pudo.

No te estoy juzgando, dije.

Ya sé que no lo haces, pero te lo estoy contando. Tengo un niño pequeño.

Está bien, dije. No me importa.

Laura me miró fijamente, luego se puso seria de nuevo. ¿Qué vas a hacer ahora?, dijo.

¿En qué sentido?

Con el trabajo, tonto. ¿De qué vas a trabajar?

Ryan se puso las manos al lado de la boca y gritó, Se vendrá a Australia conmigo.

¿Te vas? Dios, yo quiero ir.

¿Adónde?, dije. ¿A Australia?

Tú y yo, hijo, dijo Ryan. Yo pagaré tu billete.

Espera. ¿Qué es esto de Australia?

Ryan ya tenía su visado, había comprado el vuelo. Su padre le había ayudado con algo de dinero para que se recuperara, y tenía un negocio en marcha en la tienda de telefonía en la que había empezado a trabajar hacía unas semanas, con lo cual estaba forrado. Le pregunté en qué consistía el negocio y él se agitó en el borde del sofá de dos plazas. Tenía una sonrisa de oreja a oreja en la cara mientras me contaba que estaba sacando teléfonos de contrato con nombres falsos y liberándolos, luego los vendía al otro lado de la frontera por cuatrocientos o quinientos euros cada uno.

¿No te pillarán?, dije.

Puto por supuesto que sí, pero ya me habré ido. Estaré en la otra punta del mundo.

Su primo ya estaba allí. Había conseguido un trabajo para Ryan y todo, en una empresa de construcción. Su plan era vivir en hostales los primeros meses, luego ir a Melbourne, quedarse con Jamesy y Gavy y esos otros que conocíamos que estaban allí, después ¿quién sabe?

Podríamos ir a Bali, o a Tailandia. Ir a ver mundo, dijo.

Le dije que parara, que se relajara. Apenas podía permitirme irme de casa de mi madre, ni hablar de ir a Australia, pero él no dejaba el tema. Hablaba sobre los hostales. Hablaba sobre las fiestas. Hablaba sobre chicas y discotecas y playas. Imagínate cómo sería estar en el aeropuerto, antes de irnos, dijo él, sentados en el bar con las maletas a nuestros pies, esperando nuestro vuelo.

Hablaba distraídamente, con una mirada ausente. Luego abrió los ojos como platos.

Hagámoslo, puto vámonos, dijo él.

Colega, estoy arruinado, dije riéndome.

Te daré dos mil libras. En serio. Te daré dos mil libras para comprar el billete de avión.

¿De dónde vas a sacar dos mil pavos, puto loco?

Puedo conseguir dos mil libras sin inmutarme. ¿Las quieres o no?

Negué con la cabeza, no, y él levantó las manos en el aire.

¿Ves? Ni siquiera quieres venir, ¿verdad?

Miré alrededor de la habitación, flipado. ¿Qué es esto? ¿Estás intentando meterme presión social para que me mude a Australia? Le di un codazo a Laura y dije, ¿Te puedes creer lo que está diciendo este capullo?

Laura suspiró y dijo, No, la verdad no me lo creo.

Solo digo que hay dos mil allí…

¿Dónde? ¿Dónde están?

Podría conseguirlas.

Miré de reojo a Laura y puse los ojos en blanco. Estoy seguro de que podrías, dije.

Podría.

De acuerdo, colega, dije, ahora riéndome de él, sacudiendo la cabeza ante las mierdas que estaba diciendo. Porque la única manera de sacarte a Ryan de encima era dejarle como un capullo: él tenía las mismas posibilidades que yo de conseguir dos mil libras de ese agujero, y hablaba como si las tuviera allí, en efectivo, en la mano. También tenía la sensación de que estaba más interesado en Laura que en Ciara, y estaba claro para todo el mundo en aquella habitación que Laura y yo nos caíamos bien. Seguía mirándonos. Después fui a mear, y cuando volví Ryan se había cambiado a mi sitio. Finty se había sentado al lado de Ciara, y el único sitio que quedaba libre era el suelo. Laura vio que me estaba sentando aparte y dijo, Se te ve terriblemente solo ahí, y cruzó la sala para sentarse a mi lado.

Esperó a que Ryan fuera a la cocina y bajó la voz.

Ryan ha intentado liarse conmigo en el Ollie's, dijo ella.

¿Ah, sí? ¿Qué pasó?

Nada. Le he rechazado.

Estaba sorprendido. La mayoría de las chicas preferían a Ryan; era un cabronazo guapo, y cuando estaba bien, no había nadie mejor con quien estar.

Me entró un poco fuerte, dijo Laura, dubitativa.

Le pregunté si se estaba comportando como un capullo y me alivió cuando negó con la cabeza y dijo, No, no es eso.

Entonces ¿qué es?, dije yo.

Encendió un cigarro y dio una calada, y la forma en que sopló el humo entre los labios, con el humo saliendo lentamente, en pequeñas volutas, hizo que quisiera besarla.

No dejaba de preguntarme dónde trabajo, dijo ella.

¿Y dónde trabajas?

Laura me examinó. No le cuento a la gente dónde trabajo, dijo. Pocas chicas que trabajan en atención al público lo hacen.

¿Por qué?

Porque los hombres son unos perturbados. Les gusta «pasarse».

¿Pasa mucho?

Sin parar.

Me contó que antes trabajaba en los stands de maquillaje de los grandes almacenes Debenhams. Los hombres se presentaban sin avisar a decir hola a mujeres con las que habían salido una vez. Les llevaban flores, bombones. Merodeaban por las puertas, mirando. Lo peor es que las mujeres no podían abandonar sus puestos, así que si un tío las arrinconaba, no había escape. Ahora con las apps de ligar es una pesadilla, dijo ella. He visto a chicas que han hecho match con tíos y han hablado con ellos unas cuantas veces y luego esos mismos tíos se han presentado en mitad de su turno, todo sonrisas, para preguntarles si quieren hacer algo después. Por eso las chicas que trabajan en atención al público nunca le dicen ni una palabra a ningún tío con el que se están viendo hasta que están seguras de que no lo hará.

No las culpo, dije. Quiero decir, no te culpo.

Durante todo el tiempo que ella había estado hablando no había dejado de pensar en el día que estuve sentado enfrente de donde Mairéad trabajaba, observándola doblar prendas sobre la mesa de la entada de la

tienda. Se lo conté a Laura, pensando que era un malentendido divertido: realmente fue una coincidencia, Mairéad estaba en la entrada de la tienda cuando yo estaba pasando, pero yo fui el único que se rio. Laura se había apartado de mí, me estaba mirando atónita. Intenté explicárselo. Le dije, Me acababa de interrogar la poli, y estaba deambulando por la ciudad, tratando de aclararme las ideas. Y sin darme cuenta estaba enfrente del trabajo de Mairéad, mirándola doblar ropa. No sabía que ella estaría trabajando, y solo me quedé un par de minutos. No fue que me quedara mirándola una eternidad, ¿sabes?

Luego pensé que tal vez había ido allí, inconscientemente, con la intención de verla. No porque estuviera intentando espiarla nada de eso; solo quería hablar. Quería contarle lo que había pasado.

Laura interpretó eso como una admisión de culpabilidad.

Yo te habría despachado allí para siempre, dijo ella. Pero si ella todavía es tu amiga, quién soy yo para opinar.

Miré mi teléfono; era demasiado tarde para llamarla.

Creo que todavía es mi amiga, dije.

Aterricé en la puerta de mi madre a las cuatro de la tarde, apestando a alcohol, y todavía colocado de la farlopa. Bernice estaba allí. Estaba sentada con mi madre en el sofá. Habían estado llorando. Lo sabía por los pañuelos en la mesa del centro. Bernice tenía otro estrujado en la mano.

¿Qué ha pasado?, dije, y mi madre me miró.

Anthony había destrozado la casa. Lo había roto todo.

Bernice se sorbió los mocos. Tenía bolsas bajo los ojos, y su cara estaba chupada, pálida, como si no hubiera dormido hacía días.

¿Te ha pegado?, dije yo, pero fue mi madre quien respondió.

No le ha pegado. Solo ha destrozado la casa.

¿Qué pasó?

Se volvió loco, dijo Bernice. Reventó la tele, atravesó la pared de un puñetazo.

¿Dónde están los niños?

Están con la mami de Bernice, dijo mi madre. Están bien.

Bernice se enjugó las comisuras de los ojos con el pañuelo. No puedo seguir haciendo esto, dijo. Lo juro por Dios, ya está. No voy a volver con él. Hemos acabado.

Mi madre la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

¿Dónde está ahora?, dije.

Está en casa de Gerard. Se va a quedar allí.

Mi madre me fulminó con la mirada por encima del hombro de Bernice. Mírate, dijo ella. ¿Estás colocado? Dios, mírate los ojos. Debería echarte de aquí, eres un desgraciado.

Está bien. No te preocupes. Solo necesito…

Fui hacia el fregadero de la cocina, cambié de idea, y me tambaleé escaleras arriba hacia la cama.

TERCERA PARTE

Mi sensación es que no hay nada después […]
Solo una gran oscuridad, un gran apagón de la luz.[3]

László Krasznahorkai

18

La Navidad se me apareció de la nada ese año, y no es que estuviera trabajando a destajo ni nada por el estilo. No era capaz de conseguir un trabajo. El hombre del paro me amenazaba con enviarme a una tienda River Island a trabajar semanas de cuarenta horas, sin cobrar, para que tuviera experiencia en venta al público. Se le había metido en la cabeza que ahí era donde quería estar. Tenía doce semanas desde que me había apuntado al paro y luego el programa de Pasos para Trabajar en el que estaban intentando meterme o me quedaría sin subsidio de desempleo. Se podría pensar que estaba usando todo el tiempo libre que tenía para cumplir con las horas de servicio comunitario, pero era un palo tan grande llegar a Turf Lodge desde Dunmurry que hacía el mínimo absoluto, un turno a la semana.

La primera noche que fui, el supervisor no estaba esperando fuera de la capilla. Nos dijo que había tres bautizos ese fin de semana y que quería que la iglesia estuviera impoluta. Había un almacén al final del vestíbulo, y allí había esas mangueras de diez metros que arrastramos y conectamos a los agujeros que había repartidos por la sala, para aspirar. Yo desplegué la mía al fondo de la estancia y aspiré a lo largo de los reclinatorios, luego los pasillos entre los bancos y a ambos lados. Se formaban rayas en la moqueta beis con cada pasada, las fibras se aplastaban a un lado y después al otro. Trabajé desde la parte de atrás de la capilla hasta la de delante y en los escalones que subían al altar, luego a lo largo de las baldosas de mármol que rodeaban el tabernáculo. Nadie hablaba. Había algo en aquel espacio que me hacía sentir que no debíamos hacerlo, y supongo que los otros también lo sentían.

Los turnos eran de cuatro horas, de las cinco a las nueve de la noche; me llevó dos meses hacer cuarenta horas. Todavía me quedaban ciento y pico. Sin embargo, a mi madre le parecía bien. No me regañaba ni nada por el estilo. Pero esperaba que sacara los cubos de la basura, y me tenía haciendo tareas del hogar, lo cual era justo. No me cobraba alquiler. No hubiera podido aunque quisiera; estaba pelado. Había vuelto a hacer trampas en las cajas de autopago, en el Tesco del final de la calle.

Le enseñé a mi madre cómo se hacía un día que fuimos juntos. Se lo expliqué mientras lo estaba haciendo de verdad, descaradamente, delante del hombre que venía con su tarjeta y la pasaba cada vez que la máquina decía «artículo inesperado en la zona de embolsado». Ella me cogió del brazo y dijo, No vuelvas a hacer eso jamás, ¿me escuchas? Es un pecado, acabarás en la cárcel, lo cual tenía gracia porque ella había dejado de ir a misa hacía siglos, después de que la dejaran sentada sola en medio de la capilla mientras el resto se levantaban a tomar la comunión. Y luego estaba aquel cura que intentó sacarle quinientas libras por una nulidad, nunca olvidaría cómo le habló ese hombre aquel día. Pero ahora era más consciente. O de lo contrario no tendría la electricidad trucada. Se hubiera mantenido firme, como había hecho cuando nosotros éramos pequeños y todos los contadores de la calle tenían imanes. Le pregunté si ahora se arrepentía de aquella decisión y reconoció que sí. Nos hubiera hecho la vida un poco más fácil, dijo ella. Pero ella era esa persona entonces, aquellas eran sus creencias, y sobrevivimos, ¿o no?

No tenía que comprarle un regalo de Navidad ese año. Pero ver a mi sobrina y a mis sobrinos y no tener nada que darles me hacía sentirme una mierda. Mi madre se dio cuenta y me pidió que subiera a su habitación. Toma, dales esto, dijo ella, me entregó tres billetes de cinco. Estaba temblando, no sabía cómo se daba dinero a los niños, y me preocupaba que pensaran que cinco era poco y me juzgaran. Mis hermanos lo harían, a pesar de todo, ellos eran así. Esperé hasta que los niños se estaban yendo y les metí los billetes de cinco en el bolsillo para que nadie viera cuánto les daba. Mi sobrina parecía compungida por mí. Intentó devolverme el dinero.

Gracias, no tienes por qué, dijo ella.

Anthony y Gerard casi se caen de sus taburetes de la risa.

El hombretón está recortando gastos este año, dijo Gerard.

Anthony y yo éramos más bajos que Gerard, pero estábamos más cuadrados de espaldas, mientras que Gerard tenía el tipo de metabolismo

que le acomplejaba. Tomaba rayos UVA e iba al gimnasio sin parar, intentando ganar volumen. Los tres habíamos heredado la vanidad de nuestra madre, ella siempre se había tomado su tiempo delante del espejo, pero lo de Gerard era exagerado. Cuando todavía tenía pelo, solía llevar un bote de gel a todas partes. La gente lo llamaba Danny Zuko. Gerard aceptó el apodo y se compró una chaqueta de cuero. Fue el primero de los tres en quedarse calvo, ahora llevaba la cabeza rapada a cero, pero tenía una forma de cabeza en la que quedaba bien. Sin embargo, tenía la complexión de espagueti y a Anthony le encantaba meterse con él por que iba gimnasio.

Dale seis meses y lo veremos, dijo él.

Abrimos los regalos antes de la cena; había el habitual pack de desodorantes Lynx, la caja de bombones Quality Street, y calzoncillos Calvin Klein que mi madre había comprado directamente en China, y un aftershave. Nos turnamos delante del espejo y nos perfumamos. Mi madre no tenía regalos para abrir. Había hecho lo que siempre hacía y se había comprado unos pendientes la semana anterior y había hecho a Anthony y a Gerard pagárselos. Se apartó el pelo para enseñármelos. Nunca me había fijado en sus lóbulos. Me sorprendieron.

¿No son bonitos?, dijo ella al ver mi reacción.

Sí, lo son. Son preciosos.

Se pellizcó la piel del cuello. Me estoy haciendo vieja, dijo ella.

Los cuatro nos apretamos en la barra de desayuno. Sacamos el cotillón y nos pusimos sombreros de cartón. Gerard contó que había ido a casa de su ex esa mañana para ver a su hijo abrir los regalos. Dijo que solo ver la cara de mi sobrino cuando bajaba la escalera valía el dinero gastado. Anthony estaba de acuerdo, no había nada mejor. Él había tirado la casa por la ventana como siempre con bicicletas y tablets y videojuegos: había gastado mil libras en cada uno de sus hijos, y a su mujer, Bernice, que todavía era su mujer porque no se habían divorciado aún, le había regalado unas vacaciones de dos semanas en Las Vegas. La excusa de Anthony era que quería darles a sus hijos todo lo que él no había tenido de pequeño. La realidad era que Bernice venía de una familia que tenía dinero y él siempre estaba tratando de estar a la altura. Nunca se le había ocurrido que sus hijos podían estar contentos con lo que les regalaran. Ya estaba demasiado metido en el camino que había labrado su padre, que no se había ocupado de puto nada cuando Gerard y Anthony crecían, pero que los colmaba de regalos que valían centenares de libras. Jugaban a las cartas con él todos

los años, la noche de Navidad. Era una partida importante con apuestas importantes y los mismos seis o siete hombres cada año.

¿Por qué no vas con ellos?, me dijo mi madre.

Los desplumaría.

Anthony dijo Oooh. Esa es la actitud que me gusta. Chuleando.

Chuleando a lo grande, dijo Gerard.

¿Cuánto necesitaría para jugar?

Un montón.

Yo podría dejarte dinero, dijo mi madre.

No quiero un préstamo, mamá. Estoy bien aquí.

¿Cuánto necesitaría, Gerard?

Unas cuantas fichas, diría. Unos cuantos cientos.

Yo traigo cuatro, dijo Anthony.

¿Cuatro? ¿Eso es todo?

Mira al señor Forrado.

Vas a necesitar más de cuatro, mucho más de cuatro.

¿Seis?

Gerard se rio, pero no dijo nada; saber lo que tu oponente tiene en una timba significa algo. Mi madre estaba escandalizada.

¿Seiscientos? ¿De dónde sacáis todo ese dinero?

Vendiendo drogas. Robando a la gente.

Gerard es prostituto.

Estrictamente sadomaso. Máscaras de gimp y pezoneras.

Le puedes ver todos los viernes por la noche haciendo la ronda detrás del ayuntamiento, con tacones de quince centímetros y ligas en los muslos.

Me encontré con nuestro Sean allí la semana pasada.

Basta ya. No me gusta esta conversación, dijo nuestra madre.

¿Qué conversación?

La de las drogas y robar a la gente. No tiene gracia.

Nosotros no robamos a la gente, mamá. Solo a los dealers.

Parad ya. No estoy de broma.

Nosotros tampoco.

Cuando se marcharon esa noche, nos quedamos mi madre y yo solos en la barra de desayuno. Todavía llevaba el sombrero de papel. Estaba torcido en lo alto de su cabeza. Se podrían haber quedado por una vez, dijo ella. O se podrían haber quedado por ti, o llevarte…

Te he dicho que no quiero ir. ¿Por qué querría ir?

Noto que te molesta.

No me molesta para nada.

Te molesta. Lo veo en tu cara. Te dejan aquí cada año.

Corrió la voz como suele pasar, a través de rumores que circulan online. Alguien había muerto en una fiesta en una casa en Twinbrook. Se hablaba de una tanda de pastillas adulteradas, de gente llevada a toda prisa al hospital. Más muertes. Escribí a Ryan para ver si él había oído algo. Me contó que un chaval de Ardoyne se había desplomado muerto en la calle, delante de sus colegas. Tenía dieciséis años. También había una mujer en Andytown, y tres personas en East Belfast. Salía en todos los informativos. Un periodista estaba en la calle Summer Hill y describió cómo habían salido corriendo de un piso en la planta baja hombres delirando, que se habían quitado la ropa en medio de la calle, y gritaban que les hervían las entrañas. Anthony era uno de ellos. Gerard llamó a mi madre y se lo contó. Se había librado de los peores síntomas y le habían mandado a casa después de tenerlo ingresado una noche. Sin embargo, su colega estaba muerto. Un segundo estaba bailando en el salón, dando botes, y al siguiente estaba en el suelo, con un ataque.

Podría haber sido Anthony, dijo mi madre. Podríamos estar enterrando a Anthony.

Cuando Anthony la llamó, mi madre subió a su habitación y no volvió a bajar hasta una hora después.

¿Está bien?, dije yo.

Está bien, ha vuelto a casa de Gerard.

Bueno, está bien que esté en alguna parte.

No está bien, hijo, dijo ella. Tiene que dejar de tomar drogas o acabará muerto. Se lo he dicho y él me ha dicho que deje de regañarle. ¿Cómo no voy a regañarle?

Apenas durmió los siguientes días. La oía bajar las escaleras en mitad de la noche y encender la tele. Anthony había dejado de responder al teléfono. Mi madre había preguntado si podía ir a verle, estaba preocupadísima por él. Él dijo que no. Entonces ella le dijo que le vería en el funeral y él le dijo que no quería que ella fuera.

¿Por qué no puedo ir?, dijo ella. ¿Qué he hecho yo?

Tú no has hecho nada, dije yo. Es solo que Anthony necesita espacio. Está confundido y verte puede que le haga sentirse peor.

Pero soy su madre, dijo ella.

El día de Nochevieja bajé y me la encontré sentada en la barra de desayuno en bata. Las cortinas estaban cerradas y la televisión apagada. Tenía un vaso vacío delante y una botella de vino sin abrir. Cogí la botella y la guardé en el armario, dejé el vaso en el fregadero. Las ojeras habían oscurecido la piel alrededor de sus ojos. Parecía enferma.

¿Fui mala?, dijo ella. ¿No fui una buena madre?

Fuiste perfecta, mamá. Tuvimos infancias maravillosas.

Empecé a hablarle de cuando solía llevarnos a Bundoran de vacaciones, cuando éramos pequeños. Pedía un adelanto del paro y nos metía en un bungalow que alquilaba con mi tía a las afueras de la ciudad; cerca de una docena de nosotros se quedaba allí durante la semana, primos y demás. Pasábamos días enteros en los parques de atracciones, montando en los coches de choque, íbamos a la playa y escalábamos las rocas y caminábamos sobre los Fairy Bridges. ¿Te acuerdas de Anthony saltando desde los trampolines al mar?, dije yo, y ella negó con la cabeza y miró por la ventana. Estaba nevando. La nieve no llegaba al suelo, pero caía en enormes remolinos sobre la calle.

Siento que es mi culpa, dijo ella.

¿El qué?

Ella me miró. Veía en sus ojos que estaba haciendo memoria.

¿Cómo no me di cuenta?, dijo ella.

Estaba hablando de Anthony. Estaba hablando sobre lo que mi padre le hizo cuando él era pequeño. Traté de mantener la calma. Traté de ser la voz de la razón, pero era como intentar nadar hacia alguien a quien el mar se ha tragado. Ya había desaparecido.

Dios mío. Lo siento, hijo. Lo siento tanto.

Cortó una servilleta del rollo de papel de cocina y la sostuvo con ambas manos delante suyo.

No lo sabía. Lo juro por Dios, no lo sabía.

Rodeé la barra de desayuno e intenté abrazarla. Entró en pánico y dijo, No, me pondré a llorar. Pero ya estaba llorando. Se tapó la cara con las manos y sollozó.

Esa noche subí a ver cómo estaba mi madre. Tenía las mangas del jersey bajadas hasta las manos y estaba tumbada con la espalda apoyada en el cabecero, estaba viendo la tele. Tenía mejor aspecto que por la mañana, debía de haber dormido un poco, y estaba más tranquila, más apagada. Le

dije que me hiciera sitio y ella colocó las almohadas que tenía a su lado y se arrastró encima. Estábamos acostumbrados a tumbarnos uno al lado del otro así, no teníamos alternativa las semanas en que volvía a casa desde Liverpool, cuando mi madre vivía en la habitación de invitados de mi abuela. Cenábamos en esa habitación, veíamos películas, y por la noche, yo dormía sobre cojines en el suelo. Una mañana intentó pasar por encima de mí para ir al baño y cayó de culo sobre mi cara. Le pregunté si se acordaba de eso y sonrió.

Gracias a Dios que llevaba el pijama, dijo ella.

Había una bolsa de patatas vacía sobre la cama, a su lado, y tenía migas por todo el jersey de lana. Intentó quitárselas, pero las migas se habían enredado en la lana y no podía sacudirlas. Se dio palmadas con ambas manos, violentamente, se estaba golpeando de verdad. La cogí por la muñeca y le dije que parara. Me miró confundida, luego se dejó caer contra el cabecero.

Todavía sueño con él, dijo ella.

¿Con quién?, pero sabía exactamente de quién estaba hablando.

Me contó un sueño que había tenido en el que estaban yendo en coche juntos, en el coche de mi padre. Él llevaba la camiseta de tirantes blanca que solía ponerse en verano, con los pantalones cortos rojos, y estaba atractivo y moreno: había estado trabajando al aire libre, en una obra, y se le marcaban los músculos de los brazos. «It's Raining Man» sonaba en la radio, la versión antigua, la de las Weather Girls, y mi padre había subido el volumen al máximo. Las ventanillas estaban abiertas, la brisa recorría el coche, y cuando se detuvo en el semáforo de Falls Road, todo el mundo le veía, se estaban riendo de él. A mi padre no le importaba una mierda. Solo estaba conduciendo, cantando a pleno pulmón. Luego estaban juntos en la cama, estaban haciendo el amor –eso fue lo que dijo mi madre «haciendo el amor»– y todo era como antes, cuando empezaron a salir, cuando hablaban de casarse, de tener hijos. De salir de aquel lugar y empezar una nueva vida juntos. Ella también sabía que estaba soñando, y esa era la cuestión. En el sueño era la de antes, tan contenta y enamorada que no podía hacer nada, no funcionaba, pero a la vez también era la persona que era ahora, y no podía dejar de pensar, no, no puedes hacer esto, tienes que parar.

¿Qué pasa si Anthony se entera?, decía ella, en el sueño.

Mi padre se limitaba a sonreír y decir, Está bien, no te preocupes, nadie lo sabrá, y la conducía de vuelta a la cama.

Soy una madre terrible, ¿verdad?, dijo ella.

La rodeé con el brazo y la abracé.
No pasa nada, dije. Yo también sueño con él.

19

Debería haber pensado lo que estaba haciendo antes de empezar a hacerlo, pero a veces esas cosas adquieren una velocidad propia. De repente eran las dos de la mañana y estaba sentado en la barra de desayuno de mi madre, leyendo lo que había escrito.

Había un personaje que se levantaba el día después de Navidad, de bajón. Había una escena con una madre en lo alto de las escaleras: «Podrías haber sido tú, podríamos estar enterrándote a ti». Había un hermano que se inclinaba sobre el volante para mirar al cielo. Había rumores, había sospechas. Había una muerte sobrevolando las cabezas de todos, y había amor; dos personajes cuyas vidas habían tomado direcciones diferentes, era lo que era, y eso era lo que tenía que ser.

Me lo llevé conmigo al centro al día siguiente, desperado por salir de casa. Fui a una cafetería y me senté como había visto que hacía la gente, en una mesa al lado de la ventana, y miré a una mujer dar de comer a las palomas una rebanada de pan que llevaba encima, en el bolso. En lugar de pagar por algo de comer, me había llevado un sándwich de atún y lo tenía debajo de la mesa por si el gerente veía qué estaba haciendo y me echaba. Me lo comí a escondidas, mientras releía lo que había escrito esa tarde, y me fijé en una chica sentada enfrente de mí leyendo a Emily Dickinson. Cogí mi ejemplar de los cuentos de Clarice Lispector y lo coloqué en un ángulo que le permitiera ver la portada. No funcionó. Esas cosas nunca funcionan.

A las cinco, cogí el tren de vuelta a casa de mi madre y miré cómo desaparecía la montaña detrás de los árboles. Era enero, el cielo era una gran nube, y en la montaña había aparecido otro mensaje:

Le mandé un mensaje a Mairéad y le pregunté si le echaría un vistazo a mi cuento corto. Contestó de inmediato y me dijo que se lo pasara. No sabía si estaba trabajando menos horas o si tenía pocos amigos allí, pero tenía contacto con ella más a menudo que antes de que se fuera. Le estaba yendo bien, a pesar de la incertidumbre de las primeras semanas, un montón de trabajos a los que se presentó querían a alguien que hablara alemán, pero luego consiguió ese curro genial como asistente editorial de una revista de cine feminista de la que era fan desde la universidad. Eran unas prácticas de seis meses, y si todo iba bien y conseguían la financiación adecuada había muchas posibilidades de que la hicieran fija. En Instagram había fotos de ella con bufandas y gorros de lana, dando vueltas por Berlín nevado. Había ido a la Biblioteca Estatal de Berlín y alguien le había sacado una foto con un abrigo largo negro, de pie en la esquina de las escaleras mirando al suelo, melancólica, como el hombre de esa película que le encantaba, *El cielo sobre Berlín*. Colgó la foto con el texto «anhelando la mortalidad». Tenía setenta y cuatro likes.

Cuando acabé de escribir el email, levanté la vista y vi a una chica que se parecía a Aoife sentada a una mesa al fondo del vagón. Estaba en el asiento de pasillo de espaldas a la dirección del tren, y estaba compartiendo los auriculares con otra chica sentada a su lado. En un momento dado, apoyó la cabeza en el hombro de su amiga y cerró los ojos. No era ella. No podía haber sido ella ni remotamente, pero de todas formas la sensación estaba ahí, en mi pecho; quería saber quién era.

Encontré un vídeo de Aoife bailando esa noche, cuando mi madre se fue a la cama. Su academia de baile había montado un vídeo con todas las actuaciones que habían hecho en su espectáculo de invierno y lo habían subido a YouTube. Comenzaba con los más pequeños primero, tenían cuatro o cinco años, y haciendo cabriolas en el escenario con sus minitutús, derritiendo corazones. Luego iban las chicas más mayores, las adolescentes. Se movían como si hubieran estado haciendo eso toda la vida, serenamente, con paciencia, con los cuellos estirados de una manera que solo los bailarines son capaces, como si fueran cisnes. Salté adelante porque no me sentía bien viéndolas, era un poco espeluznante, y encontré a Aoife sola en medio del escenario con la luz iluminándola. Era hermosa. La forma

en que giraba y sonreía y levantaba los brazos en el aire, con una seguridad increíble, como si ese fuera el lugar en el que ella debía estar, y luego desaparecía. Retrocedí y lo miré una y otra vez, y cada vez notaba cosas diferentes en su expresión, la manera en que miraba al público. La luz, la quietud. El talento que claramente tenía. Cómo cambiaba su cara cuando sus ojos conectaban con alguien del público y su sonrisa se suavizaba. Podría haber visto a alguna de sus amigas, o a su profesor de danza, o a su madre, pero no lo creía. Estaba convencido de que estaba buscando a mi padre.

Mairéad y yo habíamos quedado para una llamada esa semana, pero conseguí una entrevista en una cafetería y tuve que cancelarlo. Pero la entrevista fue bien, parecí gustarle bastante al gerente. Luego me llamaron al día siguiente y me preguntaron si podía empezar el próximo lunes. Se lo conté a mi madre cuando volvió a casa de trabajar y suspiró, dejó caer las bolsas de la compra en el suelo y dijo, Es fantástico, hijo. ¿Eso quiere decir que podrás ayudarme un poco?

Sí, en cuanto me paguen.

Gracias a Dios.

La cafetería estaba enfrente del ayuntamiento. Aún seguía oscuro a las seis y media de la mañana; la luz del interior iluminaba la calzada. Me dieron una camiseta roja de aprendiz, un delantal negro, y un librito de cuarenta y pico páginas con todas las reglas y normas impresas. En unas cuantas semanas habría un examen. Tenía que aprobar ese examen para que me dieran una camiseta negra. La camiseta negra significaba que eras un barista oficial. Le pregunté al gerente qué pasaba si no aprobaba el examen de la camiseta.

Tendríamos que despedirte, dijo frunciendo el ceño.

Metí el cuaderno en mi bolsa y lo dejé en el almacén, que también era la sala de personal. Fuera en la barra era como estar otra vez en un bar de nuevo por primera vez, solo que en lugar de clientes borrachos gritándome los pedidos, una corriente continua de empleados de comercio fluía continuamente en el local. La espuma de leche era la parte complicada, y había estándares que cumplir para cada bebida: un latte tenía que tener una delgada capa de espuma, un capuccino tenía que ser tres cuartos espuma, pero la espuma tenía que ser sedosa de modo que cuando la retiraras con la cuchara, pudieras ver el lugar donde la leche se había

mezclado con el café. Había todo un tema con el ajuste de la molienda, la presión de la carga de café, ajustar el tiempo de cada carga de café para que cuando espolvorearas el azúcar moreno sobre la crema del café, se viera. Hice cuanto pude, pero solo era capaz de retener cierta cantidad de información, y ni siquiera habíamos empezado todavía con las bebidas con hielo. A las diez, la tienda se calmó. Había un descanso a las once, y durante el resto del día, lavé platos, fregué el suelo, y atendí a cada cliente que apareció por la puerta. Cuando el turno acabó, me sentía como si hubiera hecho una sesión en el gimnasio, y todavía me quedaba el servicio comunitario para acabar.

Fui a la biblioteca Linen Hall y pillé la mesa al final de la sección de biografías, con la ventana que daba a Donegall Square, y leí el último email de Mairéad. Decía que le gustaba mi relato, pensaba que era muy bueno, y en el siguiente párrafo, después de darme algunas sugerencias, me contaba que había una revista del sur que estaba buscando material. Fui a su página web y leí las condiciones. Parecía que sabían lo que hacían, habían publicado algunos autores de los que yo había oído hablar, y Mairéad me dijo que eran buenos.

Tienen prestigio, dijo ella. Están bien considerados.

Fuera hacía un día horrible; la lluvia descendía por la ventana. Veía los paraguas subir y bajar entre los autobuses y pensé, quizá les gustará. Quizá me publicarán.

Salí de Linen Hall y me compré un menú que comí en el bus 81 en dirección a Springfield, de camino a Turf Lodge. Paddy, el supervisor, estaba como siempre en la puerta. Nos entregó trapos y producto para pulir la madera y nos dijo que limpiáramos los bancos. Una chica llamada Róisín estaba haciendo la fila enfrente. En lugar de agacharse para pulverizar y frotar como hacía yo, ella se sentaba en el banco y se deslizaba de espaldas. Vi a otros dos tíos haciendo lo mismo y los imité. El ritmo era casi como el de podar, frotando adelante y atrás, solo que era más tranquilo. Me daba tiempo para pensar, reflexionar sobre las cosas que habían pasado, la mierda que parecía seguirme allá donde iba. Ryan, Mairéad, Anthony y mi madre. Daniel Jackson. Lo que debió de ser para la gente que estaba allí aquella noche, lo que pasó por sus cabezas mientras me veían correr por la calle como un loco, gritando a todo el mundo, diciéndoles que los iba a matar. Yo mismo lo había visto muchas veces, cuando alguien estallaba por nada y sus colegas hacían lo que podían para sujetarlo. Siempre es ridículo. Siempre es estúpido, y hasta antes del momento en que pegué a Daniel

Jackson, la gente debía de estar dando codazos a sus amigos y diciendo, Mira cómo está este capullo. Luego solté el puñetazo y fue en plan, Qué puto mierda. Porque todo se había calmado. Había dejado de intentar pelearme con todo el mundo, y cuando Daniel Jackson me tendió la mano, creyendo que todo había terminado, le pegué. Lo dejé ko. ¿Qué clase de persona hace eso?

Nos llevó una hora acabar, luego Paddy nos llevó a la sala de reuniones de detrás de la capilla. Esperamos el resto del turno allí, bebiendo té y comiendo galletas Hobnobs, escuchando a Paddy contarnos sus planes de ir a Gaeltacht una semana a finales de mes. Tenía una casa prefabricada allí, en Donegal. Él y su mujer iban siempre que podían, incluso un fin de semana suelto, cuando el viaje de dos horas en coche, ida y vuelta, era tan parte de su escapada como el tiempo que pasaban paseando por la playa en Gweedore, bebiendo whiskey de las cantinas, caminando por la orilla.

Pero ¿en realidad qué es Gaeltacht?, dijo Cricky.

¿Qué quieres decir con qué es Gaeltacht?

Cricky bajó la vista. Estaba sentado en su rincón habitual de la sala, separado del resto de nosotros, con la capucha puesta. Mordisqueó el cordón y se cerró la chaqueta sobre la boca. En plan, ¿qué se hace allí?, dijo él.

Estás allí. Hablas irlandés. ¿Eres tonto o qué?

Yo tampoco he estado nunca, dijo Róisín. ¿Está bien?

Paddy cerró los ojos y respiró hondo.

Sí, está bien. Está muy bien.

¿Se puede ir si no sabes hablar irlandés?

Se puede, pero no llegarías muy lejos.

Me sé el Ave María, ¿basta con eso?

Adelante.

Sé do bheath' a Mhuire, atá lán de ghrásta, tá an Tiarna leat…

Róisín se puso de pie y luego hizo un baile de celebración, como si hubiera ganado.

Puede que vaya un fin de semana, dijo. Para lucir mis habilidades.

Paddy puso los ojos en blanco. Parecía un carlino. Tenía algo enternecedor, el jersey de lana que nunca se quitaba, y el modo que tenía de sorber el té, como si fuera un anciano sentado al lado de la chimenea. Nos decía que iba al piso de arriba a comprobar algo y sabíamos de sobra que iba a encender una vela.

¿Por quién crees que está rezando?, dijo Róisín.

Por Dios, ¿por quién crees si no?, dijo Jamesy.

No se le ponen velas a Dios, paleto.

Entonces ¿por quién las prendes?

Por alguien a quien quieres, dijo Cricky, y todos le miraron.

Cuando el turno acabó, Cricky y yo íbamos en la misma dirección, bajando por Monagh Bypass. El tiempo no era tan malo como antes, las nevadas aleatorias habían pasado, pero estaba oscuro, hacía frío. Cricky temblaba. Aparte de la sudadera con capucha que estaba pegada a su cabeza, no llevaba muchas capas, y era un chaval delgado. Le sobresalían los huesos de los hombros. Le pregunté cómo había acabado haciendo servicios comunitarios. Me contó que la poli le había parado y registrado una noche que había salido con la moto. Encontraron marihuana en su bolsillo. No era nada, un poco para un porro, pero los polis se comportaron como si fuera un alijo.

¿Y por qué te pararon, para empezar?, dije yo.

No lo sé, tío. Solo había salido con la moto, estaba dando vueltas.

Escupió entre los dientes e hizo un ruido desagradable.

A veces hago excursiones, dijo él. Me subo a la moto y veo dónde acabo. Me llevo un poco de maría, me fumo un porro. Me relaja. El mejor sitio es Cave Hill. Subo y miro la ciudad. Es increíble, ¿has subido alguna vez?

No he vuelto desde que era un niño.

Deberías, es bestial. La mejor vista de la ciudad.

¿Fue allí donde te pararon los polis?

No, estaba subiendo por Boucher Road. Volvía del camino del río, ¿sabes el que hay en Belvoir? Hay un campo allí. Nadie te molesta. Te puedes sentar y mirar a los patos en el río, es guay. Pero sí, me vieron subiendo por Boucher Road y me pararon, me preguntaron de dónde era y adónde iba. Les dije que era de Falls Road. Y a continuación me empujaron contra el furgón, me cachearon.

Se rio, pero yo sabía que para él no era gracioso.

Lo peor es que me despidieron hace unos meses, soy un chispas titulado, pero ¿has intentado buscar un trabajo de lo que sea? Hoy en día hace falta un título universitario para conseguir un trabajo en un bar, dijo él.

¿De qué te acusaron? ¿Posesión?

Posesión, sí. Cien horas. ¿Qué hay de ti?

Agresión, dije. Me cascaron doscientas horas.

¿Doscientas horas? Joder.

Y una multa de seiscientas libras, también.

Cricky se detuvo. Joder, ¿por asalto? ¿Te declaraste culpable?

No respondí. Me volví para que no pudiera verme la cara, pero él lo supo. Lo entendió.

Vaya gilipollas, dijo riéndose.

Cuando llegué a Dunmurry esa noche, vi la furgoneta de Anthony aparcada delante de la casa de nuestra madre. Las dos ventanillas estaban abiertas a pesar de que estaba helando. Estábamos a mediados de febrero y estaba allí sentado en camiseta de manga corta y pantalón de chándal. Le pregunté que cómo estaba y dijo, que Nada nuevo, sube. Entré y cerré la puerta. Pero la ventanilla seguía abierta. Intenté subirla, pero Anthony dijo, No. Me estoy aclimatando al frío, dijo, y no estaba de broma. Se sopló las manos ahuecadas y me soltó el rollo habitual de que no había bebido una gota en semanas. Había vuelto al gimnasio, estaba haciendo pesas en banco, y aunque su peso no había cambiado ni un gramo por lo que se veía, juraba que estaba más fuerte, más rápido, más ligero.

También he estado escribiendo, dijo. He empezado el guion.

Era el mismo guion del que me había hablado ya, el de los Cazadores Nocturnos, solo que ahora sonaba más como *Independence Day*. Estaba obsesionado con las películas sobre el fin del mundo, cualquier cosa en la que saliera un apocalipsis zombi, pero también extraterrestres, invasiones espaciales: cualquier película sobre las teorías conspirativas de las que estaba hasta las cejas desde que cayó en el mismo agujero de YouTube que había caído Ryan con lo de Bob Lazar, solo que Anthony estaba comprando el lote completo. Hablaba sobre Roswell y hablaba sobre el Área 51. Dijo que la Luna no era la Luna sino una base alienígena. Señaló el cielo y dijo, ¿Ves? Han estado allí arriba todo este tiempo, vigilando a todo el mundo. El Gobierno nos lo oculta porque quieren controlarnos. Todo tiene que ver con el control, dijo él. Porque, seamos sinceros, si la gente supiera lo que están haciendo, si la verdad saliera a la luz…

Puso cara de que era mejor que no lo supiera.

Entonces ¿qué estás haciendo ahora?, dije.

Hice esa pregunta como suele hacerla la gente, con la esperanza de que

cuando la persona te responde, puedas decir, Entonces no te entretengo, y le dejas a lo suyo. Pero Anthony no me siguió el rollo. Dijo, A la mierda todo, y continuó con la conversación como si no le hubieran interrumpido. Ahora estaba haciendo planes. Quería que pasara un fin de semana con él en el portátil, escribiendo las ideas que tenía. Por muchas ideas que escribiéramos no conseguiríamos hacer una película, pero no quería desilusionarle.

Cuando al fin llegamos al punto en que estaba lo bastante feliz como para marcharme, me detuvo, una vez más, y apoyó el codo en la ventana abierta.

Dime una cosa, dijo como si nada. ¿Sabes dónde está tu padre?

La primera cosa que se me cruzó por la cabeza fue que Anthony iba a matarle. Cualquiera que le conociera pensaría lo mismo. Lo que no me convencía era que había estado esperando que volviera del servicio comunitario, delante de la casa de nuestra madre, en su furgoneta, para hacerme esa pregunta. Las cosas no iban bien entre él y mi madre desde Navidades, y eso en parte explicaba por qué no quería entrar en casa. Pero también habría podido llamarme. Podría haberme llevado a dar una vuelta.

No voy a ir a por él ni nada por el estilo, dijo él. Solo quiero saber dónde está ese cabrón, ¿sabes?

Sí, sé a qué te refieres. Yo también querría saberlo.

Así que no lo sabes, ¿eh?

No, no tengo ni idea, dije.

Está bien, no creía que lo supieras. Solo era por si acaso…

Su voz se apagó. Arrancó la furgoneta.

Fui directo a casa de mi madre y le conté lo que Anthony me había dicho. Ella estaba tomando una taza de agua hirviendo con limón. Cogía infecciones de riñón, normalmente cuando estaba estresada o cansada. Ya hacía unos días que era bastante grave. Tuvo que faltar al trabajo el lunes. Luego tuvo que trabajar el resto de la semana mientras todavía le dolía porque no podía permitirse quedarse en casa: no había baja de enfermedad en sus trabajos de limpiadora, ni vacaciones tampoco. O iba o no le pagaban. Así que no era el mejor momento para venirle con eso, pero tenía que hacerlo. No había nadie más.

¿Sabes dónde está?, dijo mi madre, refiriéndose a mi padre.

No. Aunque lo supiera, no se lo diría.

Bien. No lo hagas.

Bajó los pies de la mesa de centro, hizo una mueca de dolor y se sujetó la espalda con una mano para enderezarse.

Ha estado aparcado delante de la casa de tu tía, dijo.

¿Para qué?, dije, pero ya lo sabía.

Ha estado esperando para ver si tu padre iba a visitarla.

Dios.

Ya.

No hará nada, ¿verdad?

Mi madre me miró. Tenía los ojos completamente en blanco.

No digas nada…

No lo haré.

Bajó la voz. Casi estaba susurrando.

Una noche estábamos aquí, tomando algo. Anthony me contó que lamentaba haber impedido que el IRA ejecutara a tu padre.

¿El IRA iba a ejecutarlo?

Cuando todo salió a la luz, sí. Iban a dispararle.

¿Qué pasó?

Recibimos una llamada telefónica, un par de hombres llamaron a la puerta.

¿Quiénes eran esos hombres?

No sé, eran del IRA. No los conoces.

Estaba mordiéndose las uñas. La piel del pulgar y el dedo índice.

No quería que lo hicieran, dijo ella. Le dije a Anthony, Si haces que le maten de un disparo mañana, para él será una salida fácil, pero para nosotros no. Tendremos que vivir con ello el resto de nuestras vidas. Pesará en nuestras conciencias. Entonces Anthony me dijo que él tampoco quería que lo hicieran. No quería que mataran a tu padre.

¿Lo impidió?

Los dos lo impedimos.

Me hundí en el sofá. Dios, dije.

Lo sé. Debería habértelo contado.

No, no es eso. Es solo que… creía que lo sabía todo.

Mi madre suspiró. Hay un montón de cosas que no sabes, hijo, dijo.

20

Cobré mi primer sueldo a final de mes, un martes. Fui directo al cajero y lo saqué todo porque sabía que me harían un cargo con un descubierto de treinta libras en cualquier momento y no quería que me sablearan. Mi madre me dijo que no me preocupara por las facturas del gas y de internet. Guárdalo para cuando encuentres un sitio donde vivir, dijo. Me había visto sentado en la barra de desayuno por la noche, navegando en las páginas de alquileres. No había mucha oferta. Los pocos sitios de una habitación que encontré eran demasiado caros, y todas las casas compartidas estaban en North y South Belfast, en zonas que no conocía. Luego encontré un sitio cerca de Queen's, en University Street. Era una de esas casas adosadas de tres plantas que se veían por esa zona de la ciudad, donde viven todos los estudiantes, estaba a quince minutos a pie del centro, lo cual era perfecto para el trabajo. Le envié un email a la casera. Me respondió al día siguiente, y el viernes, fui a verlo.

Era la primera vez que iba a ver un piso solo. Mi estrategia era hacer como si no lo fuera. La casera me llevó a lo que debería haber sido el salón, pero en cambio era una oficina, con archivadores y todo, y me explicó que había registrado la organización benéfica en la que colaboraba en esa dirección, años atrás, antes de jubilarse. Ella ya no usaba esa oficina, nadie la usaba, y fue muy clara al respecto; todo era legal y estaba declarado. Cerró la puerta de la oficina a su espalda, luego me llevó al final del pasillo y me presentó a un chaval vietnamita llamado Tung. Había un ordenador de gaming en el escritorio que estaba a los pies de su cama, y a lo largo del alféizar, latas vacías de Monster que había apilado en forma de pirámide. Le estreché la mano y él sonrió y miró al suelo.

Son buenos chicos, dijo la casera. Nunca dan problemas. Estudiantes buenos y tranquilos. Tú también eres estudiante, ¿verdad? ¿Qué estás estudiando?

Literatura, dije.

¿En Queen's? Mi nieta estudia en Queen's. Medicina. Será médico.

Me llevó al piso de arriba y me enseñó la habitación que había ido a ver. Había una cama doble, un armario, y lo que ella dijo que eran dos ventanas orientadas al sur. Abrí las cortinas y el sol se asomó por detrás de la chimenea de enfrente.

Incluye espacio de despacho, dijo la casera.

¿Espacio de despacho?

Entre la habitación y el descansillo, había una habitación con un escritorio y una estantería. Me volví hacia la casera y dije, ¿Las dos habitaciones? Ella sonrió y dijo, Sí, las dos. Van juntas. Me reí. Dije algo como, Joder, y volví al baño para verlo bien. No había humedades a la vista, ni moho, y la moqueta estaba limpia, el colchón era nuevo. Me senté a los pies de la cama y miré alrededor.

¿Doscientas veinte libras al mes?, dije.

Sí, doscientas veinte. Pero no incluye los gastos.

Conocí a Tuan, otro chico vietnamita, en el descansillo. Su habitación era flipante. Era lo bastante grande para un sofá y una cama doble, y había dos ventanas enormes que daban a University Street. Luz a raudales. Le di las gracias por dejarme echar un vistazo y él dijo, Está bien, y nos siguió escaleras arriba. Había otro baño y otras dos habitaciones, y la cocina, que estaba en el último piso. Miré sin mucha atención a mi alrededor y dije lo típico de Sí, fantástico, sin quedarme con nada. Estaba demasiado excitado. Tuan se inclinó sobre una olla de caldo que tenía hirviendo a fuego lento. Metió una cuchara y me dio a probar.

Está increíble, dije. Salud.

Mientras bajábamos las escaleras la casera me dijo que tenía otras dos visitas esa tarde, así que si estaba interesado, tendría que darme prisa. Tengo el contrato aquí, dijo ella, y tal cual, lo tenía. Lo sacó de una carpeta que llevaba bajo el brazo y me lo mostró. El único problema era que la habitación a la que me mudaría no estaría disponible hasta dos semanas después. Le bastaba con cobrarme la fianza ahora y el primer mes de alquiler el día que me mudara, si me resultaba conveniente. La verdad era que sí. Era mejor que pagar todo de golpe ya. Así todavía tendría algo de dinero para pasar el resto del mes.

Eché un vistazo más a la habitación y al despacho, y mientras miraba, estaba repasando mentalmente cuándo me pagarían en la cafetería y cómo podría estirar ese dinero para llegar a fin de mes. Sería ajustado, pero factible, y de ninguna de las maneras encontraría nada mejor por el dinero que estaba pagando. Dije, Bueno, de acuerdo, me lo quedo, y la casera me llevó al piso de abajo a firmar el contrato. Puse a mi abuela como aval, y me llevé una copia del contrato para que me lo firmara. Fijamos la fecha del traslado el 27 de marzo. Estreché la mano de la casera y las de Tuan y Tung. Habían bajado para despedirse de mí.

Me costaba creer lo fácil que había sido, la primera habitación que había ido a ver, y no podría haber sido en un sitio mejor. Botanic Avenue estaba al principio de la calle, la universidad estaba a la vuelta de la esquina, y siguiendo University Road, estabas en Shaftesbury Square. El cine estaba a diez minutos a pie. Podría ir paseando siempre que quisiera y ver una película. También había una librería de segunda mano, al lado del local de falafels. Pasé una hora larga allí, buscando en la sección de ficción, y los clásicos, donde encontré una copia de *La insoportable levedad del ser*. Abrí una página al azar y leí un párrafo, y luego fui a la portadilla y vi la dedicatoria que alguien había escrito: «Vivienne, espero que este libro te llegue y llene un vacío hasta que yo aprenda a darte lo que necesitas. Te quiero, John». Lo compré por dos libras y me lo llevé a la cafetería que había más adelante en la misma calle.

Fuera, el cielo estaba rojo y parecía como si la carretera estuviera bajo una lámpara de calor. También estaba llena de estudiantes. Venían de Queen's y eran buenos turnos para bares y cafeterías; la cafetería Maggie Mays y el restaurante Boojum tenían colas en la puerta, todos iban igual vestidos: pantalón de chándal y camiseta de fútbol gaélico. Los pobres desgraciados que estaban sentados en el suelo en la puerta del Spar ni siquiera les dedicaban una mirada. Tampoco a la mujer que vendía *The Big Issue* delante del fish and chips. Era mayor, a duras penas se tenía en pie, y se arrastraba de un lugar a otro, suplicando a la gente que se detuviera. Pasé a su lado de camino a la cafetería. Había una mesa al lado de la ventana que tenía mi nombre, me senté allí con un café y un *caramel shortbread* e intenté imaginar cómo sería vivir allí. Mi mente volvía incesantemente a Mairéad. Pensé que esa sería la clase de plan que ella habría hecho: pasar el rato antes de ir a ver una película en el Queen's Film Theatre. Siempre hablaba del QFT. Decía que era su sitio favorito. Me metí en la página web para ver si había algo. Todo eran películas en lenguas

extranjeras, no había oído hablar de ninguna, pero había una que tenía pinta de que podía interesarme. Se llamaba *La Haine*, y la ponían esa noche, a las nueve. Pensé en enviarle un mensaje a Mairéad para preguntarle si valía la pena esperar para verla. Ella lo sabría. Y de repente apareció de la nada la chica con la que estaba saliendo al otro lado de la calle. Julia. Se dirigía a un sitio llamado No Alibis. Otra librería. Esperé diez minutos antes de ir enfrente, luego me quedé un rato delante de la librería, temiendo que no me reconociera o que fingiera no reconocerme.

Empujé la puerta para abrirla; tenía una campanita.

Julia estaba en el mostrador con Conor, que estaba sentado en un taburete detrás de la caja. Sonrieron y dijeron, Eh, ¿qué tal? Bajé la cabeza y saludé estúpidamente, agitando un poco la mano, y continué hacia la parte de atrás, a la sección de ficción. Después de estar allí unos diez minutos, delante de la misma estantería, Conor se enderezó y dijo, ¿Estás buscando algo en particular? Le pregunté si tenía el primer libro de Kundera, *La broma*, y él salió de detrás del mostrador. El único libro de Kundera que tenía era el que acababa de comprar. Pero podía pedir *La broma* para mí, si quería. Dije, Sí, estaría bien, y le seguí hasta la caja. Julia estaba apoyada con el hombro en la pared, bebiendo una lata de cerveza artesanal.

¿Cuál es tu número?, dijo Conor.

¿Mi número?

Para avisarte cuando llegue el libro. Te enviaremos un mensaje.

Fui a mis contactos, pero no recordaba si lo había grabado como «Yo» o «Sean». O «Número nuevo». Julia se dio cuenta de que me estaba costando y me dijo que apuntara su número y le enviara un mensaje. Le envié un whatsapp diciendo «hola». Le cantó mi número a Conor y Conor lo apuntó en el ordenador.

Ya está pedido, dijo él.

Le di las gracias, pero no me fui. Me quedé donde estaba en el mostrador y miré alrededor de la tienda. Hay un montón de policial, dije, refiriéndome a las novelas policiacas.

Conor no pudo contenerse. Es una zona peligrosa, dijo él.

Julia sacó una lata de su bolso y me la ofreció, tímidamente, como si no quisiera espantarme. Conor también cogió una.

¿Puedes?, dije.

Ahora sí.

Salió de detrás del mostrador y giró el cartel de la puerta a CERRADO.

Tenía puesto Paul Simon, y de vuelta a su silla, hizo un bailecito. Empecé a sentirme más cómodo hablando sobre Mairéad y cómo le iba en Berlín. Julia estaba segura de que le estaba yendo bien –era Mairéad, no podía ser de otra manera– y eso me hizo pensar que ella no había sabido nada de Mairéad. Julia reconoció que era así cuando dijo, Ya se pondrá en contacto cuando sea el momento, y me miró, inquisitivamente, como para ver mi reacción. Sonreí. Sabía cómo era Mairéad. Podían pasar años sin saber nada de ella, luego aparecía de la nada y se colaba en tu vida como si no hubiera pasado el tiempo. Se lo dije a ellos, pero no reconocían a esa Mairéad. No la habían conocido el tiempo suficiente para verla desparecer.

Más tarde, cuando estábamos de pie fuera, en la calle, mirando a Conor bajar las persianas, Julia me invitó a ir con ellos a Bookfinders. Conor se limpió las manos en los vaqueros y dijo, Sí, vente a Bookfinders. No sabía qué era Bookfinders, y cuando se lo pregunté a Conor y a Julia dijeron cosas como Ya verás, es un sitio al que vamos, y sonrieron emocionados.

Desde fuera no parecía gran cosa. Tenía una puerta roja, una ventana con una reja oxidada y un cartel sobre la ventana que decía: BOOKFINDERS BOOKSHOP & CAFÉ. Conor abrió la puerta empujándola con el hombro y nos condujo a una sala repleta de libros viejos y gastados. Olía a polvo y moho, y en las esquinas del techo había telarañas enormes que colgaban flácidas por el peso de docenas de moscas muertas. Corrió una de las sillas que bloqueaban la entrada al café y dijo, Hola, somos nosotros. Allí detrás estaba oscuro, y atestado; había mesas a ambos lados del pasillo. Había un grupo de personas que reconocí de la noche en casa de Conor sentados alrededor de una mesa redonda enorme. Estaban bebiendo vino y fumando cigarros de liar. Me senté al lado de un pesado que hablaba de viajar en bici por Francia durante el verano. Detrás de mí, una mujer mayor con una tupida melena gris estaba sentada en la mesa de al lado del radiador. Tenía una copa de vino rosado en la mano, un cigarrillo en la otra, y fumaba de forma extravagante, con la barbilla hacia arriba. Se llamaba Mary, y era la encargada de la tienda. Preparaba los sándwiches de jamón y queso y la sopa de verduras, y a las cuatro, más o menos, se acercaba a los clientes que todavía remoloneaban por la tienda y les decía que se tenían que marchar, que estaba a punto de entrar en una reunión de trabajo. A eso era a lo que me habían invitado ahora. Era como un sanctasanctórum.

Este es Sean, dijo Conor, presentándome.

Mary me estrechó la mano dubitativa, como si no se fiara de mí, y luego Conor le contó que yo era amigo de Mairéad y su expresión cambió

por completo.

Oh, Mairéad. La echamos de menos, ¿verdad?

Así es, sí.

¿Cómo le está yendo? ¿Has tenido noticias de ella?

Está bien, está trabajando en una revista.

Oh, eso es maravilloso. Siempre supimos que lo conseguiría, ¿verdad?

Asentí. Lo sabíamos.

Acepté otra de esas cervezas artesanales que Julia estaba repartiendo y hablé con un tipo llamado Paul, que había leído sus poemas aquella noche después de la exposición. Le dije que me gustaba el ritmo de sus poemas y él me dio las gracias.

¿Y tú escribes?, dijo él.

Un poco, sí.

¿Poesía?

No, lo otro.

Me miró con curiosidad y dijo, Tú no estás en el máster, ¿verdad?

¿El máster?

El de Queen's.

Oh, no. Dios. Trabajo en una cafetería.

Paul no me lo recriminó. Me preguntó qué tal era. Le dije que empezar a las seis de la mañana no era lo mejor y él hizo una mueca. Conozco ese sufrimiento, dijo. Antes trabajaba en un call centre.

El libro de Kundera fue una buena buena transición. Lo saqué y le enseñé la dedicatoria. Sus ojos se encendieron. Me preguntó si podía enseñárselo a los demás y le dije, Sí, dale duro. El libro circuló por la sala. La gente se rio. Otros se horrorizaron. Llegó hasta Mary y ella se puso las gafas, pero estaba demasiado oscuro para ella; no había velas suficientes. Conor se lo leyó en voz alta. Estaba escandalizada.

¿Alguien aquí ha leído *La insoportable levedad del ser*?

Nadie lo había leído. Mary nos señaló con su cigarrillo. Entonces no comprendéis qué quiere decir esta dedicatoria, dijo, crípticamente, y me entregó de nuevo el libro. Cuando lo estaban guardando, Paul me preguntó si podía sacarle una foto. Miré cómo sujetaba el teléfono sobre la página.

Tengo que conseguir una copia, dijo.

Quédate esta.

Oh, no. No podría.

Claro que sí. Tengo otra en casa. Quédate esta.

En realidad, no tenía otra copia en casa, solo lo dije para que se la

quedara. Paul estaba incómodo y agradecido.

Es muy amable por tu parte, dijo él.

La gente que estaba en Bookfinders eran todos estudiantes de Queen's. Lo suyo era la literatura. La poesía en particular, pero sus intereses no se limitaban en ningún aspecto. Durante la hora que estuve allí hablaron de física cuántica, tenis, Yugoslavia, vacaciones Butlin's, y de la vez que Anna salió con un tío australiano en Madrid, que le preguntó si podían escuchar Justin Bieber mientras se magreaban en seco en el sofá. ¿Qué es magrearse en seco?, dijo Mary, con una voz que podría haber sido heredada directamente de la aristocracia. Según mi experiencia, no hay nada de seco en magrearse.

Hubo una explosión de carcajadas.

Mary, por favor, decía la gente, secándose las lágrimas de las mejillas.

Mary tenía que coger el tren de las siete, tenía que cerrar la tienda. Se dirigieron hacia Lavery's. Conor me preguntó si me apetecía ir. Yo pensé que era una buena manera de matar el tiempo hasta que comenzara la película. De camino por la calle, oí a alguien decir, ¿Quién es ese? Luego Paul se dio cuenta de que estaba solo y me esperó hasta que lo alcancé. Llevaba una chaqueta de tweed con coderas, y zapatos marrones con unas suelas que hacían ruido al caminar.

¿Jugarías una partida de billar?, dijo.

Podría, pero no se me da muy bien, y no lo haría por dinero, dije bromeando.

No, nada de dinero. Solo por jugar.

¿Nada de chanchullos?

Por Dios, no. Estás entre amigos.

Observé cómo se desabrochaba los puños y se arremangaba la camisa hasta los codos. Tenía la misma edad que yo pero podría haber pasado por alguien diez años mayor. La suavidad con la que hablaba, sus modales anticuados. No voy tanto a salones de billar como solía, me escuché decir a mí mismo, lo cual hubiera sonado extraño a cualquiera que me conociera. De hecho, mis colegas me habrían dado una colleja si me hubieran oído, pero ese era el efecto que producía Paul. Sin ser consciente de ello, te forzaba a operar en su registro, y te hacía salir con toda clase de mierdas que no habrías dicho de no estar con él. Buen golpe, dije cuando metió una bola en la tronera de la esquina contraria. ¡Bravo!

Me dio una paliza, me quedaban tres bolas en la mesa. Le estreché la mano.

Buena partida, dije, y él asintió, Buena partida.

La gente a la que no le interesaban esas cosas estaban apiñados debajo de una lámpara de calor en la zona de fumadores. Julia estaba allí. Estaba mirando a la nada entre los dos tíos que hablaban entre ellos enfrente de ella. Habían sacado los teléfonos y estaban viendo un vídeo que circulaba por ahí de un cura al que habían pillado tomando farlopa. Estaba sentado a la mesa de la cocina de su casa parroquial, fumando un cigarro, hablando de la manera que habla la gente a esas alturas del partido, como si no quisiera que la noche acabara. Uno de los tíos con los que estaba bebiendo le ofreció un billete de veinte enrollado en un canuto y el cura se agachó para esnifar. Quien fuera que estaba grabando el vídeo dejó que la cámara se detuviera en su cara mientras se atragantaba y tosía, asegurándose de que lo habían captado, y luego el vídeo acababa. Es lo mejor que he visto en mi vida, dijo Conor, y yo estuve de acuerdo, era divertido de la hostia, aunque me daba pena el cura; le habían pillado haciendo algo escandaloso. Después alguien encontró un artículo que decía que había parafernalia nazi por toda su casa. No pintaba bien. El cura dijo que eran artefactos históricos que llevaba años coleccionando, que no hacía ningún daño, pero eso no cambiaba el hecho de que tenía una gorra de un Stormtrooper de las SS junto a una bandera nazi doblada en la mesa a los pies de su cama. Conor pensaba que era hilarante.

Puede que empiece a ir a misa, dijo él.

Le invité a una pinta. Había sido increíble conmigo ese día, y estaba empezando a pensar que era buen tío. Julia era otra historia. Apenas me habló en todo el tiempo que estuve allí, y cuando de algún modo acabamos sentados uno al lado del otro, ella bajó la vista y se puso a fumar. De nuevo, fue Conor quien rompió el hielo. Me preguntó si quería ir al Menagerie, que venía un DJ de Inglaterra y pincharía drum & bass, pero yo ya había comprado mi entrada para el Queen's Film Theatre.

Julia se inclinó hacia delante. ¿Vas a ver *La Haine*?

Sí, a las nueve.

Me miró como si le estuviera tomando el pelo, luego se echó a reír. El tío sentado a su lado se puso a reír con ella, y cuando estaba a punto de preguntar ¿De qué coño os estáis riendo?, entonces Julia explicó que había comprado entradas para la misma película.

¿Vamos juntos?, dijo ella.

Parece buena idea, sí.

La película no empezaba hasta dentro de otra hora, así que fuimos al sitio de falafel que había visto antes en Botanic Avenue. Julia ya lo conocía. Me observó mientras yo sacaba los tomates y las cebollas de mi durum y los dejaba en el plato. Ella era vegana. O al menos pidió un plato vegano, y no sabía por qué alguien se haría eso a sí mismo si no era vegano. También pidió dos cervezas. No me había dado cuenta de lo borracha que estaba ella hasta que empezó a comer. Era como si estuviera al final de la noche. No acertaba a la boca.

Mairéad hablaba muy bien de ti, ¿sabes?, dijo ella.

¿Ah, sí?

Todo el tiempo. Decía que eras su mejor amigo.

Debía de haber bebido, dije.

Julia negó con la cabeza. Tenía salsa en la barbilla. Tuve que decírselo. Cogió una servilleta y se la restregó.

No ha hablado conmigo desde que se fue, dijo.

¿Ah, no?

No. Para nada.

Bajé la vista al plato. Había dado tres mordiscos al durum. Había demasiadas cosas dentro que me daban miedo. Cuando levanté la vista de nuevo, Julia tenía los ojos llorosos. Se abanicó con la mano, luego cogió la servilleta que había usado para limpiarse la salsa de la barbilla y se enjugó los ojos.

No sabía que vosotras estabais juntas, dije.

¿Nunca te contó nada al respecto?

En realidad, no.

Julia lo interpretó mal. Lo que quería decir era que Mairéad nunca me había contado que era bi. Se lo expliqué a Julia y ella pareció sorprendida.

¿Y por qué no te lo contó?

Cogí un trozo de pollo de mi durum y me lo comí. Julia ya ni tocaba su comida. Tenía la nariz congestionada.

No estoy segura de que pueda sentarme a ver una película, dijo ella.

No tenía por qué disculparse –era mejor que volviera con sus amigos–, pero lo hizo de todas formas. Fuera también me dio un abrazo. Era uno de esos abrazos que exigen mucho de la otra persona. En lugar de dejar las cosas así, me miró y dijo, Los dos lo estamos pasando mal sin ella, ¿verdad?

Era un poco demasiado.

Había un bar en el vestíbulo del QFT, pero solo servían cerveza artesanal y no sabía qué pedir. Pero la chica de la caja me ayudó. Sabía de dónde venía y me dio una IPA que dijo que estaba bien. Sabía un poco afrutada, como la cerveza que vuelve loca a la gente en el Continental Market, pero era fuerte; unas cuantas latas de eso y estarías pedo. Cinco minutos antes de que empezara la película, fui a mear. Cuando salí, la gente estaba haciendo cola para entrar. Le di la entrada a la chica que me había atendido, también se ocupaba de la puerta. Sonrió y dijo, ¿Qué te parece?

Bestial, dije, enseñándole la lata. Salud.

Me senté en la fila del medio y vi cómo se ocupaban los asientos a mi alrededor. Suena estúpido, pero estaba orgulloso de mí mismo. Había cruzado un umbral. Como cuando fui con Mairéad a la exposición, y luego a la lectura de poesía de después. Nunca habría hecho eso solo. Nunca habría hecho esto.

21

Mi agente de libertad condicional me consiguió unos cuantos turnos en una tienda de beneficencia en Finaghy. La señora que se ocupaba de todo nos tuvo a mí y a un tío llamado Gary todo el día encerrados en la sala de atrás, etiquetando cosas y poniendo precios. Estábamos rodeados de ropa en percheros, estanterías llenas de libros, DVD, juegos de mesa y estatuillas horteras que Gary cogía y se reía de ellas como si fueran graciosas. Él estaba con su heavy metal, llevaba una camiseta de Metallica cada día que venía, y llevaba unas patillas que le llegaban a la barbilla y le hacían parecer Lobezno con sobrepeso. Había hecho servicios comunitarios en esa tienda de beneficencia el año anterior y se había quedado de voluntario después de haber cumplido sus horas. No dijo una palabra de qué había hecho para acabar allí, pero no paraba de hablar de lo lejos que había llegado desde donde estaba antes.

Estaba en un sitio muy muy oscuro, me contó, así sin más. Ahora tenía un trabajo, era parte del equipo de seguridad nocturno de Vitoria Square, donde estaban todas las tiendas, y su prometida estaba embarazada. Iban a tener una niña.

Lo cual demuestra que puedes cambiar tu vida de verdad, dijo él.

Fui de la tienda de beneficencia a Holy Trinity e hice un turno con Paddy, que estaba de mal humor por alguna razón y nos mandó a los jardines de la capilla con recogedores de basura. No volví a casa de mi madre hasta las diez esa noche. Había sido una semana larga. Había hecho treinta y tantas horas de servicio comunitario y había trabajado veinte horas en la cafetería. El plan era terminar el servicio comunitario antes de mudarme de casa de mi madre; no quería seguir arrastrándolo, y no quería

mudarme a la otra punta de la ciudad para tener que volver cada semana a sentarme en la capilla con Paddy, hablando de mierdas. Podría haberlas terminado sin problema si mi jefe me hubiera dejado reducir las horas. Pero los turnos estaban hechos hacía dos semanas, y aunque no estaban tallados en piedra, no era fácil cubrir turnos con tan poca antelación. Era el único del personal con un contrato a tiempo parcial: todos los demás trabajaban cuarenta horas a la semana, y no me atreví a preguntar.

Esa noche podría haberme ido a dormir en cuanto había comido algo, pero no había tenido tiempo para mí en toda la semana y quería relajarme delante de la tele. Hice zapping y encontré un canal donde ponían *Cadena perpetua*. Estaba en la parte en la que están ordenando pilas de libros en la biblioteca y el tío pronuncia Alexander Dumas como Alexander Dumb Ass. Saqué una foto y se la envíe a Ryan. Me dijo que se iba a Australia la semana siguiente y estaba organizando unas pintas antes de irse. Le dije que estaría allí sin falta y él me respondió con el emoji del pulgar hacia arriba. Luego bajé la vista a mi camiseta del trabajo. Olía a leche.

A las doce, me fui a la cama. Estaba fuera de juego en cuanto mi cabeza tocó la almohada, después mi madre llegó berreando a casa a las dos de la mañana. Había alguien con ella. Oía voces.

Olvídate del trabajo. Levántalo. Dale una cerveza.

Era Anthony. Había traído a Anthony.

Para ya. Es tarde.

Sube la música.

Déjala baja, por el amor de Dios.

¿Que deje baja el qué? ¿Qué clase de fiesta es esta?

Me apreté los tapones en las orejas y me puse la almohada sobre la cabeza, pero me llegaba cada grito y cada risa, y tampoco es que estuvieran tratando de no hacer ruido: tenían la música a todo volumen y estaban borrachos de la hostia, hablando a voz en cuello. Me vestí y bajé, creyendo que podría hacerles sentirse mal por despertarme, pero estaban muy idos. Especialmente Anthony, que me vio bajando la escalera y eructó.

Adelante, hijo mío, gritó él. El rey en persona.

Me hizo una llave de cabeza, me besó en la cara y me arrastró hasta el tío que había llevado con él. Esta es la mayor leyenda que vas a conocer en la vida, dijo él. Terry Brennan.

Terry había pasado demasiado tiempo en las camas solares. Tenía los tres primeros botones de la camisa abiertos y llevaba una cadena de oro que colgaba como un oropel alrededor de su cuello. Era de la edad de mi

madre, pero podría haber pasado por diez años más; el aspecto de cuero le envejecía, y teñirte el pelo solo te sirve hasta cierto punto cuando pareces un bolso de señora. Me estrechó la mano. Tu hermano no se ha callado la puta boca hablando de ti durante toda la noche, dijo él.

¿Qué ha estado diciendo?

Que eres un maricón de cuidado, dijo Anthony, y me dio un puñetazo en el brazo.

Mi madre parecía atormentada. He tenido que traerle aquí, dijo ella cuando Anthony subió a mear. No quería que desapareciera y no volviera, y si está aquí conmigo, sé que está a salvo. Sé que no se está metiendo en líos.

Se mordió el labio inferior. Sus ojos estaban cargados de culpabilidad.

Anthony volvió y fue el turno de Terry para ir a mear. Sus caminos se cruzaron en medio del salón, detrás de mi madre, y al pasar uno al lado del otro, Anthony deslizó una bolsita en la mano ahuecada de Terry. Mi madre no era estúpida. Sabía lo que estaba pasando, pero mientras no se estuvieran haciendo las rayas delante de ella, podía hacerse la tonta. Tenía que hacérselo. Si decía algo, habría una discusión, y ella no podía lidiar con el temperamento de Anthony. No cuando estaba así.

¿En qué día estamos ahora, Terry?, dijo él.

Día dos, dijo Terry.

Solo es el día dos, madre. Nos quedan otros dos o tres.

No te vas a quedar aquí tres días, de ninguna de las maneras.

Yo tengo que trabajar por la mañana temprano, dije, y Anthony se rio.

Mala suerte para ti, ¿eh?

Terry cruzó la habitación tambaleándose y se apoyó con las dos manos en el fregadero de la cocina. Estaba respirando fuerte, chasqueando los labios, como si fuera a vomitar. Llevaba un anillo de casado en el dedo, y sabía por el tatuaje de su brazo que tenía cuatro hijos: tenía sus nombres escritos en un rollo que estaba decorado con flores. Anthony le revolvió el pelo. Se lo llevo diciendo toda la noche, es demasiado viejo, tiene que ir más despacio, dijo él.

Terry se tomó mal el comentario. Se dio la vuelta como si fuera a lanzar una pulla.

Joder, aquí viene, dijo Anthony, retrocediendo de un salto, riéndose y levantando las manos como si estuviera listo para rendirse. Este hombre te podría matar mientras duermes, me dijo a mí. Tiene más condecoraciones que Scappaticci, ¿o no, Terry? Es un hombre temible. En su día, la gente

cruzaba de acera para alejarse de él. Todavía lo hacen, ¿verdad? Estamos hablando de uno de los hombres más duros del barrio.

Eso continuó durante un rato, las alabanzas y la adulación, las historias delirantes sobre cosas indecibles que Terry le había hecho a la gente en el pasado. Como la del tío al que golpeó con la culata de una pistola por hablar de él a sus espaldas. Lo pillaste en el Beckett's, ¿verdad, Terry? El capullo estaba allí sentado, disfrutando de su pinta, y Terry le dio un toque en el hombro. Se debió de cagar encima, ¿no?

Terry se rio y dijo, Sí, así fue, pero se le había puesto la cara roja. Miró de reojo a mi madre. Las cosas ya no son así, dijo él. Eso era antes, cuando había una guerra. La gente tenía que hacer algo.

¿Y qué hiciste tú, Terry?

Mi madre le estaba fulminando con la mirada desde el otro lado de la barra de desayuno. Terry se puso más rojo. Intentó mascullar algo sobre operaciones y mi madre se rio.

¿Operaciones? Te echaron, Terry, ¿te acuerdas?

No me echaron de ninguna parte. Me fui yo.

Linchaste y ajusticiaste a Bronagh Convery.

No fui yo.

Fuiste tú, Terry. Todo el mundo en Twinbrook sabe que fuiste tú.

Terry miró a Anthony en busca de ayuda, pero mi madre se había levantado del taburete y estaba señalándole desde detrás de la barra de desayuno.

¿Y qué hay de Joe Sloan?, dijo ella. Tenía quince años. Era un niño, y lo seguiste hasta la puerta de una casa y le disparaste en las rodillas. Quince años. Valiente hombretón, eso eres, ¿verdad, Terry? Un valiente hombretón disparando a niños en la calle.

Alguien tiene que patrullar nuestros barrios.

Oh, sí. Robando a los traficantes de drogas. Quitándoles las drogas y vendiéndoselas a los chavales del barrio. No eres un republicano. Yo conozco a los republicanos y tú no eres uno de ellos.

Ese fue el pie de Anthony para intervenir. Está bien, calma, dijo él, riéndose, embaucándolos para que los dos creyeran que tenían razón, a su manera, sin decirles en qué tenían razón. Vosotros lo habéis visto todo, dijo él, de principio a fin. Nacisteis en medio de todo. Nosotros solo podemos imaginar como debió de ser, ¿verdad, Sean?

Le di la razón, solo podíamos imaginarlo. Anthony miró la cerveza que apenas había tocado.

Mañana llamas para decir que estás enfermo, ¿o qué?, dijo él.

No va a llamar para faltar, dijo mi madre. Acaba de empezar en ese trabajo.

¿Dónde está? ¿Es una cafetería? Tienes que sentarte y escribir más historias. ¿Te he contado que nuestro Sean está escribiendo una historia?

Sí, claro que me lo has contado, dijo Terry. Es fantástico, chaval. ¿De qué va?

Es sobre un tío cuyos amigos se mueren en una fiesta en una casa, dijo mi madre.

Me suena familiar, dijo Anthony riéndose.

Porque lo es.

Vi hacia donde iba la conversación e intenté decirle a mi madre que no era el momento, pero a ella se le había metido en la cabeza que Anthony querría escucharlo, que se sentiría halagado, y ella siguió vociferando sin mí, contándole toda la historia que iba de que su amigo moría de repente en una fiesta en una casa en Navidad. El personaje del hermano es como tú, dijo ella, excitada, como si le estuviera dando la mejor de las noticias. Está basado en ti.

¿Qué quieres decir?, dijo Anthony. ¿En qué sentido?

Es protector y duro, y dice las cosas de la forma en que las dirías tú. Por la manera en que está descrito. Se nota que eres tú, de la misma manera que se nota que la madre soy yo.

Espera un segundo, ¿qué está pasando aquí?

Anthony miró de reojo a Terry y más o menos se rio, pero no de verdad. Parecía atrapado.

¿Qué has dicho de mí, Sean?

No he dicho nada, está haciendo que suene peor de lo que es, dije yo.

Se volvió hacia nuestra madre. ¿Hay algo de eso en la historia?

¿De qué?

Le lanzó una mirada. Oh, Dios. No, dijo mi madre. No va sobre nada de eso.

Nunca escribiría sobre eso, Anto. No escribiría nada sobre ti sin hablar contigo primero.

Pero no me has dicho nada sobre esto, ¿o no?

Tenía pensado hacerlo. Es solo que no he tenido la oportunidad. Yo no haría algo así.

Anthony oyó el pánico en mi voz y se tranquilizó.

Sé que no lo harías, dijo él. Colgó el brazo alrededor de mi cuello y me

apretó. No me importa qué escribas, siempre y cuando estés escribiendo.

Te lo juro por Dios, Anthony. Puedes leerlo tú mismo. Te enviaré una copia.

No seas estúpido. Tú escribe lo que tengas que escribir. Si es sobre mí, es sobre mí. Si es sobre el rollo con tu padre, no me importa una mierda. Es tu padre. Yo te seguiré queriendo a muerte.

Mi madre se echó a llorar. Anthony lo vio y se puso sentimental.

Nada se interpone entre nosotros, ¿verdad, chaval?

Verdad.

Te he cuidado toda la vida, ¿o no?

Sí que lo has hecho.

¿Te acuerdas de cuándo te compré el portátil para que pudieras escribir? Su ordenador estaba infestado de virus, así que ahorré un poco y le compré el mejor portátil del mercado. Lo utilizó durante toda la universidad, ¿verdad?

Todavía lo uso, dije.

Todavía lo usa. Escribió esa historia ahí y todo. Por eso se lo compré, para que pudiera escribir sus libros.

Eres un buen hermano, dijo Terry.

No soy su hermano. Soy su padre, ¿o no, chaval? Siempre he sido más un padre que un hermano.

Lo has sido.

Mi madre hizo un ruido raro, como de hipo. Estaba intentando llorar, pero el alcohol había bloqueado su recaptación de serotonina, o dopamina, o lo que fuera que necesitaba más, y no podía. Estoy tan contenta de teneros aquí, dijo ella. Mis hijos. Solo nos falta Gerard y sería perfecto.

Cierto, ¿dónde está ese cabrón? Dale un toque, Terry, averigua en qué anda.

Algo no iba bien con mi madre. Durante todo el tiempo que Terry estuvo allí, ella tenía la vista clavada en él, vigilándolo. Normalmente, se hubiera ido a la cama. Lo habría dejado a lo suyo y se habría preocupado por el estado de la casa al día siguiente cuando se levantara. Pero se quedó donde estaba, en ese taburete en la barra de desayuno hasta las siete de la mañana, cuando finalmente se marcharon. Yo había dormido dos horas y me había vuelto a levantar, me estaba preparando para ir a trabajar cuando la oí subir arrastrando los pies.

¿Quién era ese tipo?, dije.

Terry Brennan.

Sí, pero ¿quién es?

¿De verdad lo quieres saber?

Se había derrumbado en su cama, completamente vestida, y estaba tumbada con los brazos abiertos sobre las sábanas.

Ese era el hombre que iba a disparar a tu padre, dijo ella.

¿Era él? ¿En serio?

Ella asintió y cerró los ojos. Tenía espasmos en las piernas.

¿Quién era el otro hombre?, dije.

¿Qué otro hombre?

El otro hombre. Tú me dijiste que eran dos hombres.

Mi madre movió la cabeza de lado a lado. No me acuerdo, dijo ella. Fra algo.

¿Fra?

De aquí del barrio.

Apenas podía abrir la boca.

¿Fra McCullough?

Ese era el tío del cementerio de Milltown, ese era su nombre. Fra McCullough.

Algo por el estilo, dijo mi madre. Fra McAlgo.

Mamá, ¿era Fra McCullough?

Levanté la voz. Tuve que hacerlo. Se estaba quedando dormida.

No lo sé, hijo, dijo ella. No me acuerdo.

Volví a Milltown tan pronto como pude. Desde fuera de las puertas del cementerio, traté de divisar el patio. Había una pequeña excavadora aparcada fuera de la caseta. Había movido la carretilla a un lateral. Un hombre que no conocía estaba apoyado sobre la barandilla y miraba hacia la carretera. Detrás de él, las lápidas del principio de la parcela se veían negras contra el cielo.

Pensé en dar media vuelta. Miré la hora y todo. Entonces Joe apareció por el lateral de la caseta con dos desbrozadoras bajo el brazo. Se detuvo, me miró y frunció el ceño.

No pensaba que fuera a volver a verte, dijo él.

Estaba cerca. He pensado en pasar a saludar.

En cuanto asomé la cabeza a la caseta, supe que Fra no estaba allí.

Alguien había ocupado su sitio en la esquina, un tío joven que estaba agachado atándose las botas. Me puse la capucha y salí a asegurarme. El resto de los hombres habían elegido sus desbrozadoras y estaban de pie alrededor del patio, fumando, esperando a empezar el turno. Ninguno era Fra.

Bueno, vamos, dijo Joe.

Se dirigieron a trabajar en el lado republicano. Se acercaba Semana Santa y Joe quería que estuviera en buen estado para el desfile conmemorativo. Me mantuve alejado y los miré trabajar. No había mucho que hacer, esa zona estaba inmaculada, con flores frescas y coronas colocadas a ambos lados del camino. Fui hasta el monumento y vi hombres con bolsas y recogedores de basura que venían detrás de mí. Algunos se santiguaban. Otros se quedaban al margen, mirando. Me paré en la lápida de Bobby Sands y leí los nombres de los hombres con los que le habían enterrado: Terence O'Neill y Joe McDonnell. No había epitafio. Ni versos de poemas ni citas. Nada que los distinguiera de la gente enterrada a su lado. Era mejor así, pensé. Este hombre sacrificó su vida por la causa, kind of thing, pero también, aquí había un hombre que era de donde yo era, que corrió por las mismas calles que yo. Lo sentí más profundamente de lo que nunca había sentido nada, pero fue pasajero, y cuando me alejé del monumento, el sentimiento había remitido.

Los hombres pararon para fumar. Se sentaron en las tumbas y sacaron sus teléfonos. Merodeé cerca de ellos, luego también me senté. Yo también solía venir, le dije al tío de mi lado. Doscientas horas.

Se frotó la nuca. ¿Dónde estás ahora?, dijo él.

Holy Trinity. La capilla.

Se apoyó en una lápida y miró las tumbas del otro lado del camino. ¿Llevas mucho aquí?, dije.

Unas cuantas semanas. No mucho.

¿Qué hiciste?

No hice una puta mierda. Agresión.

Brutal. ¿Cuántas horas?

Ciento veinte.

Dio una calada de su cigarro. Fue una calada corta, una calada rabiosa. El tipo de calada que das cuando estás pensando cosas malas.

¿Y qué hay de Fra, todavía sigue aquí?, dije.

¿Fra?

Sí, el tipo viejo. El que da miedo.

¿Fra McCullough? No tendrías que ir muy lejos para encontrarlo.

¿Está aquí?

No, joder. Está cruzando la carretera.

Dijo «cruzando la carretera» como si fuera un sitio concreto. Resultó ser el McEnaney's. Si estás buscando a ese puto loco, allí lo encontrarás, dijo él.

En el bar, Fra estaba sentado solo, bebiendo una pinta de Guinness. Me fijé en que tenía unas cuarenta libras en monedas apiladas ordenadamente delante de él, en montones de cinco. Pagaba sus pintas con esos montones, y hacía nuevos montones con las monedas que sobraban. Estuve allí cerca de una hora, observándole. No habló con nadie. Ni siquiera miró su teléfono. Estaba sentado, bebiendo, cogiendo su pinta como si tuviera un ojo cerrado y estuviera intentando calcular la distancia. Finalmente me acerqué y me senté en el taburete de lado. Me miró como si en medio hubiera una carretera muy transitada.

¿A qué colegio fuiste?, dijo.

La Salle.

Mi hijo fue allí. ¿Lo conocías?

Sacó un recordatorio de su bolsillo y me lo enseñó. Sabía exactamente quien era. Estaba en un curso menos que yo.

Se suicidó, dijo Fra.

Lo sé. Me acuerdo.

Tocó la foto de su hijo con el pulgar, delicadamente, y la acarició.

Ahora tienes que irte, dijo él.

Cogí un taxi negro en la carretera. Solo estábamos yo y un chaval con la capucha puesta sentado delante de mí, en el asiento plegable. Golpeó la ventana y se bajó en la rotonda Poleglass. Miré al conductor, su envergadura en el asiento de delante, y me pregunté si sería un voluntario. Siempre era una posibilidad; los prisioneros que habían liberado al principio del proceso de paz todavía arrastraban sus antecedentes penales, y no conseguían trabajo en ninguna parte, y la centralita de taxis negros era uno de los pocos sitios que los contrataba. Pero no podías preguntarle. No podías decir algo como, Eh, colega, ¿estuviste en el IRA? Era una de esas cosas. Como mi tía abuela. Nadie de nuestra familia supo nada hasta que murió. Un par de tipos llamaron a la puerta de mi abuela y le dijeron que tendría un funeral republicano, con la bandera sobre el ataúd y la

guardia de honor. Mi abuela no sabía nada. Eso es lo delirante del tema. Podrías estar en un taxi conducido por alguien que le ha metido una bala en la cabeza a otra persona y no lo sabrías.

Los ojos del conductor estaban en el retrovisor. ¿Vas a Summer Hill?

No, justo al girar en Cherry Road, colega. Gracias.

Estábamos de nuevo en Twinbrook, siguiendo la carretera que rodeaba los campos. El sol estaba empezando a ponerse, las nubes se habían abierto y la luz amarillenta teñía las hojas de los árboles que bordeaban River Path. Allí abajo había un grupo de chavalitas, en la piedra grande, bebiendo botellas de combinados de vodka WKD azules. Llevaban pantalones de chándal y tops de tirantes y pendientes de oro que brillaban cuando bailaban. No como Aoife. Ella estaba bien arreglada en vaqueros y crop tops y se hacía selfis en el espejo de su armario. Estaba viendo sus posts, admirado de lo incansable que era documentando sus outfits preferidos, cuando recibí un mensaje de Anthony.

«Ayúdame», decía.

Le llamé. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Por favor, Sean. Rápido.

¿Dónde estás?

En el piso. El piso de Gerard. No me dejes solo.

No. Espera.

Sali del taxi al principio de Aspen Road e intenté pagar al conductor a través de la ventanilla del acompañante, pero no llegaba al bolsillo, tenía las manos ocupadas, y se me cayó un puñado de monedas que resonó en el suelo. Detrás de mí, un grupo de tíos que conocía del barrio me miraron mientras me colgaba la bolsa al hombro y corría a toda hostia calle arriba, a los pisos de la esquina, donde vi la puerta de entrada de Gerard abierta. Todavía tenía el teléfono en la mano, seguía hablando con Anthony, preguntándole dónde estaba, pero él ya había colgado.

Estoy aquí, dijo desde la otra habitación. Aquí.

Estaba de rodillas en medio del suelo del salón. No llevaba camisa, los vaqueros se le habían bajado por debajo de la cintura, y su tripa estaba más grande de lo que la había visto nunca. Le colgaba sobre la cintura, con estrías, esas largas hendiduras púrpuras que le llegaban hasta la espalda. Se apretó las manos contra el pecho y gimió.

No puedo respirar, dijo. No puedo respirar.

Intenté darle agua y me dijo, No. Necesito una cerveza. Tráeme una cerveza.

Le di una de la caja y la abrió con los dientes.

No puedo dejar de pensar en ello, dijo él.

¿De pensar en qué? ¿Qué pasa?

Oh, Dios. Dios santo.

Cerró los ojos y trató de inspirar por la nariz y espirar por la boca, como nos había enseñado nuestra madre cuando éramos pequeños, pero estaba temblando. No solo las manos, todo el cuerpo, y continuaba tensándose, como si tratara de expulsar el temblor a empujones. Después se puso de pie de un saltó y caminó de un lado a otro de la habitación. Durante un segundo, estaba bien, parecía que había pasado, y luego se dobló. Se cayó al suelo, se acurrucó, y gruñó. Creía que se iba a morir. Tienes que ir al hospital, dije yo, pero él dijo, No, solo es un ataque de pánico.

Pasará, dijo él.

Conté los días desde la noche que fue a casa de nuestra madre. Y recordé que había dicho que llevaba dos días de fiesta, lo que quería decir que ahora llevaba bebiendo y tomando farlopa cerca de una semana.

¿Una semana? ¿Nada más?, dijo él, riéndose.

La cerveza ayudó. Le di otra y se la bebió de un trago. Luego se recuperó y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el sofá. Fui hacia la ventana y él dijo, No, pero solo estaba abriéndola, no había tocado las cortinas. Cerró los ojos y se recostó hacia atrás, apoyó la cabeza en el asiento del sofá. Le dejé ahí sentado un minuto, luego me senté en el suelo a su lado.

No puedo dejar de pensar en ello, dijo otra vez.

Se bebió la cerveza, respiró. Bebió más. Apartó la mirada.

Tenía al pequeño Anthony aquí abajo conmigo, dijo. Estaba en el suelo, tocando el teclado que tiene, y estaba sentado sin más, apretando las teclas. Luego se volvió y me miró, con su carita, y volvió todo. Lo veía con la misma claridad del día, pero ya no lo veía a través de mis ojos. Lo veía a través de sus ojos, los ojos de tu padre. Yo era él, Sean. Estaba mirándome a mí mismo cuando tenía esa edad, y lo único que podía pensar era, ¿cómo puede alguien hacerle algo así? ¿Cómo puede alguien hacerle eso a un niño pequeño?

Se apartó de mí, y durante un rato nos quedamos sentados y escuchamos los sonidos de la calle que entraban por la ventana: una mujer gritando, un niño riendo, y en algún sitio más lejos, el ruido de una moto cruzando los campos.

Él nunca te hizo nada, ¿verdad?, dijo Anthony.

No. Nada.

Me miró. Era duro. Tenía la cara hinchada. Sus ojos estaban completamente rojos. Si te hizo algo, lo encontraré y lo mataré, dijo él.

No me hizo nada, dije yo. No sé por qué, pero no lo hizo.

Júramelo. Júramelo ahora mismo.

Lo juro por la vida de nuestra madre, Anto. Nunca me tocó.

Dejó caer la cabeza. El sudor le bajaba por la nuca.

No tendría que haber dicho ni una palabra, dijo. No tendría que haber dicho nada, pero pensaba que te estaba pasando a ti. Negó con la cabeza, maldijo. No debería haber dicho nada, dijo él. Tendría que habérmelo callado. Yo soy la razón por la que perdiste a tu padre.

Tú no eres…

Sí lo soy. Lo puto soy.

Se cogió el pecho al decirlo. Su cara se contrajo de dolor.

Vuelve. Está volviendo.

Se abrazó las rodillas contra el pecho y se meció.

No puedo respirar, dijo. No puedo respirar.

22

El gerente regional se presentó en la cafetería el martes: quería supervisar mi examen de la camiseta negra. Me pidió que le hiciera un espresso. El tiempo fueron doce segundos exactos, la temperatura era la justa, y cuando echó el azúcar sobre la crema, no se disolvió, lo cual era bueno. Luego me pidió que hiciera un capuccino. No fue tan bien como podría haber ido; era un poco espumoso. El gerente regional retiró la espuma con la cuchara y dijo, Sí, tú puedes hacerlo mejor, y me hizo preparar otro. A continuación pidió un latte, luego un flat white. Después me llevó a una mesa apartada y examinó mis conocimientos de las cosas que se suponía que debía haber leído en el librito de cuarenta y pico páginas. No lo había hecho. Respondí mal seis preguntas. El gerente regional inspiró entre los dientes.

Lo siento, Sean, pero no es suficiente.

Me había suspendido, se me encogió el corazón.

Podemos volver a intentarlo en unas semanas, dijo.

¿No estoy despedido?

No. Pero tienes que aprobarlo la próxima, ¿de acuerdo?

Sí, de acuerdo. Gracias.

Había sido un examen sorpresa. Si me hubieran avisado podría haberme sentado a estudiar la noche antes. Ahora tenía que hacerlo todo de nuevo, y esta vez tenía que aprobar, o de lo contrario, se acababa todo. En paro otra vez. Fichando. Atrapado en casa de mi madre porque no podía permitirme alquilar otro sitio sin una entrada de dinero, y también habría perdido la fianza del piso de Botanic Avenue. Me afectó de veras porque me estaba esforzando. No me había ido de farra en siglos, no había visto a mis colegas en semanas y estaba trabajando a destajo todas las horas que

podía, en Holy Trinity y en la tienda de beneficencia, intentando cumplir las horas. No cambiaba nada. No era capaz de hacer nada bien.

Cuando salí del trabajo al final de mi turno, parte de mí estaba en plan, a la mierda, me voy a poner hasta el culo. Me voy a meter un kilo de farlopa y olvidarme de todo. Mi mente estaba fijada en eso. Esperando la cola en la parada de los taxis negros, esperando al próximo coche para que me llevara a Andytown a ver a Ryan en casa de Finty para la despedida de Ryan, era lo único en lo que podía pensar: ponerme hasta el culo. Entonces miré el teléfono y vi la foto que Aoife había colgado en sus stories. Casi me dio un ataque. Estaba de pie con su amiga al lado de las escaleras mecánicas de Victoria Square, literalmente a la vuelta de la esquina de donde yo estaba, y había subido la foto hacía menos de una hora. Todavía podría estar allí.

Corrí como un loco por Castle Lane. Para cuando llegué a Arthur Square, estaba sudando a mares. Aoife no estaba en ninguna parte, y yo estaba como un capullo exactamente en el mismo sitio al lado de las escaleras mecánicas en medio del centro comercial, como si ella fuera a volver. No lo hizo, pero yo seguí refrescando mi feed por si acaso ella colgaba otra foto, y finalmente cogí un taxi negro a Andytown a las siete esa noche, después de caminar por la calle durante horas y horas, entrando y saliendo de las tiendas, hasta que las hubieron cerrado todas. Intentaba localizarla entre la multitud.

Le había dicho a Ryan que quedaría con él y Finty en Andytown para unas rondas. Se iba a Australia el día siguiente. No tenía excusa.

El taxi me dejó delante del Biddy Duffy y di un paseo hasta la entrada del club social. No era la clase de bar al que podías entrar sin más. Tenías que pulsar un timbre para llamar la atención del hombre que estaba sentado en un escritorio al otro lado de las puertas. Él comprobó en las cámaras que yo no era un perturbado que venía a destrozar el lugar, luego me hizo apuntarme en un libro de visitas. En la pared a su espalda había un mural de James Connolly herido en una camilla. También había una Proclamación enmarcada, y habían hecho un stencil en el suelo con las palabras Club Social de Andersontown en gaélico: *Cumann Sóisialta Bhaile Andarsan*. El hombre me miró.

¿Has quedado con alguien?

Sí, mis amigos están dentro, dije.

Bajó la vista al libro de visitas. ¿Fintan McKenna?

Sí, Finty.

El hombre asintió. Adelante, dijo.

Encontré a Ryan y a Finty, estaban al fondo de la sala de billares. Ya habían bebido bastante, su mesa estaba llena de vasos vacíos, y repetían caóticamente que teníamos que liarla en honor de la última noche de Ryan. Este sacó una bolsita del bolsillo y la agitó delante de mi cara. La aparté de un manotazo.

¿Estás loco? Guarda eso, dije mirando alrededor.

Ese lugar no era como el Lauren Glen, la gente no estaba haciendo cola para entrar en los cubículos a meterse una punta, y si te pillaban metiéndote coca, harían más que echarte. Se lo dije a Ryan y él me dijo que estaba bien: No te preocupes. Conocen al padre de Finty, ¿verdad, Finty?

Oh, sí, lo conocen de sobra. Saben todo lo que hay que saber.

En un día bueno, las posibilidades de que el padre de Finty los defendiera eran escasas, y no se estaban haciendo ningún favor. La manera en que se comportaban, hablando de cuanta farlopa habían tomado, la fiesta que pensaban meterse. No había ningún hombre en la sala de billares que no se hubiera detenido a medio tiro para mirar a Ryan entrar paseando en el baño, descaradamente, agitando las llaves por el camino. Quería que todo el mundo supiera lo que estaba haciendo porque que les dieran, podía hacer lo que quisiera y no iba a permitir que una panda de carcamales que se creían los pilares de la comunidad le dijeran lo contrario. Cuando volvió, me metió la bolsa en el bolsillo de atrás y dijo, Adelante, hijito. Le dije que no, que no podía. Tenía que trabajar por la mañana. Me miró como si le hubiera escupido en la cara.

¿Eso es lo que es esto? ¿Qué coño es esto?

Me cogió de la camiseta del trabajo como si me la fuera a arrancar. Le aparté de un manotazo y él se rio, le dio un codazo a Finty.

Me voy a vivir a Australia y este cabrón ni siquiera se va a meter una raya, dijo él.

No sé en qué estaba pensando, tenía cuarenta y tantas horas de viaje por delante, con escalas en Dubái y Tailandia, y él se comportaba como si ya estuviera allí, tomando cócteles en Bondi Beach, pasándoselo de muerte.

Intenté convencerle para que parara, pero Ryan tenía los nervios a flor de piel, y estaba liándola, con el brazo alrededor del cuello de Finty, cantando a voces las canciones que habían puesto en la jukebox para molestar a los viejos que estaban apostados en la barra: Vengaboys,

Backstreet Boys, Westlife. Nos gritaban desde la otra punta, nos decían que pararan ya: Aquí en la mesa hay dinero. Pero Ryan y Finty no podían contenerse. Vale, vale, decían, y luego, diez minutos después, cuando los hombres se habían vuelto a sus partidas, sonaba «Uptown Girl» y Ryan y Finty estaban de pie, bailando y cantando cada palabra.

En el baño, un hombre con una camiseta de las huelgas de hambre me arrinconó. Deberías decirles a tus amigos que frenen, dijo. Se van a hacer daño.

No estaba de broma. Se lo conté a Ryan, y Ryan empezó a comportarse en plan tío duro diciendo que no le asustaban unos cuantos tíos aspirantes al IRA que se creían que manejaban el cotarro. Pero sabía de qué iba, no era estúpido y su mal genio duraba poco. Se calmó. Finty también. Volvieron a intentar tentarme con una noche loca, y no dejaban de hablar de esas chicas con las que se suponía que habían quedado después, en el Whitefort. Ryan me enseñó fotos en su teléfono. Mira qué cuerpo, dijo él, y levantó el teléfono para que la viera. Llevaba leggins. Su culo era irreal. No irreal en plan bien, sino irreal en el sentido de que no parecía de verdad. Finty se enfadó con solo mirarla.

Joder, mira eso, dijo él.

¿Mira qué?

A ella. Me rompe el corazón.

Ryan miró la foto, luego a mí. Espera, ya verás sus amigas, dijo él.

No sé si era que Finty tenía un sexto sentido para esas cosas o que era más observador que los demás, pero se dio cuenta de que había tres hombres sentados en la barra que antes no estaban. El hombre de detrás de la barra estaba hablando con alguien por teléfono. Finty miró de nuevo a los tres hombres y dijo, No tienen bebidas. En la puerta, el hombre de la entrada nos estaba observando. Esos cabrones traman algo, dijo él, pero Ryan no cedía.

Que les jodan, dijo. ¿Qué van a hacer?

Entonces vi la cara de Finty, cómo se ponía pálido.

Papá, no…

Le tiró del taburete y le dio un puñetazo en la cara. Intentó protegerse con las manos sobre la cabeza, pero su padre era demasiado rápido, demasiado fuerte. Arrastró a Finty a la esquina de la sala, a la salida de incendios, y desapareció con él. Ryan intentó correr tras él, pero lo cogieron por el cuello y le dijeron que se sentara.

¿Qué coño pasa? ¿Qué hemos hecho?

Había pánico en su voz. Estábamos rodeados.

Vacíate los bolsillos.

¿Para qué?

Vacíate los putos bolsillos.

Les enseñé lo que llevaba y Ryan hizo lo mismo, excepto la farla. Uno de los hombres se acercó a la jukebox y puso una canción de Christy Moore. Miré a Ryan. Intentó hacerse el guay y se bebió su pinta como si no le importara, pero no convencía a nadie. Le temblaba el vaso en la mano.

Solo estábamos vacilando, dijo. No era más que un poco de música.

El padre de Finty no opinaba lo mismo. Estaba de pie con un puño cerrado a la espalda. Era enorme, más grande de lo que lo recordaba, y se inclinó sobre Ryan con la cara a un centímetro de la suya.

¿Dónde está?, dijo él.

¿Dónde está el qué?

Se agachó con la mano en el respaldo de la silla de Ryan.

No tengo nada, lo juro por Dios…

Cogió a Ryan por la nuca y lo arrastró de su asiento hacia la salida de incendios. No hubo patadas ni gritos, no opuso resistencia; era como un títere que hubiera colapsado, y sus piernas estaban completamente vencidas.

Está en mi calcetín, está en mi calcetín, dijo él.

Tuvimos que quitarnos los zapatos –para que el padre de Finty viera que no teníamos nada más escondido– y los calcetines, que no nos dejó ponérnoslos de nuevo hasta que pasamos descalzos delante del bar, delante de todo el mundo. Fuera había dejado de llover pero el suelo estaba mojado, no había forma de esquivarlo; se nos calaron los calcetines. El padre de Finty nos miró saltar de un pie a otro, intentando atarnos los cordones. Si os vuelvo a ver cerca de este bar, seguiréis a mi hijo a la parte de atrás, ¿me escucháis?, dijo él.

Ryan caminó con la cabeza baja, mirando el suelo.

Eso era una bolsa de doscientas libras de farlopa, dijo.

Encontramos a Finty sentado delante de las escaleras de Fusco's. Le sangraba la boca. Ryan le pidió unos pañuelos a la mujer del mostrador. Ella salió con un botiquín y le dijo que le dejara ver.

Has perdido un diente, dijo ella.

Le dio una botella de agua de la nevera, y también una bolsa de hielo para el ojo.

Deberías ir a urgencias, dijo ella.

¿Es grave?

Se le abrió el labio.

Ven aquí, abre la boca.

Finty se estaba riendo. Tenía la camisa llena de sangre.

No siento nada, mira.

Apretó los dientes. La sangre le chorreó por la barbilla.

Es la coca, dijo Ryan. Te has metido demasiada.

Cogimos un taxi hasta el Royal Victoria Hospital y esperaban con el resto de gente a que nos atendieran. La mujer que estaba sentada más allá en el banco llevaba con ella a su hija pequeña y la niña estaba en pijama. Había otra mujer en bata, leyendo una revista, y en el otro lado de la sala, un viejo con la cabeza apoyada en la pared. Creíamos que sería entrar y salir, Finty solo necesitaba puntos. Pero había un montón de gente en la sala de espera, y se notaba que llevaban horas esperando. Finty nos dijo que nos fuéramos, que no tenía sentido pasar la noche allí sentados, pero no nos parecía bien dejarlo solo allí, y yo prefería sentarme con él a dejar que Ryan me convenciera para ir con él al Whitefort. Las chicas esas le estaban enviando mensajes, preguntándole dónde estaba, luego su teléfono murió.

¿Hay un teléfono público?, dijo él.

No importaba si lo había. No se sabía los números.

Al final atendieron a Finty a las doce de la noche, cuatro horas después de que llegáramos. Su boca no tenía buena pinta, apenas podía hablar, y ahora que la coca le estaba bajando lo notaba. A Ryan le prestó un cargador un tipo que tuvo el sentido común de llevárselo con él. Intentó llamar a las chicas con las que había quedado en Whitefort, pero no le contestaron.

Hemos perdido nuestra oportunidad, dijo, pero no parecía demasiado molesto.

Fui a la máquina de vending y compré una bolsa de patatas. Cuando volví, Ryan estaba en un grupo de Facebook que habían creado para irlandeses que se mudaban a Australia. Me enseñó las fotos. Parecía que se lo estaban pasando bien.

¿No te apetecería?, dijo él.

¿Ir a Australia? No, no es para mí.

Ryan se rio. Aquí estás con una camiseta de barista, capullo.

Pero me queda bien, ¿no?

Y una puta mierda. Quítatela y quémala.

Metió la mano en mi bolsa de patatas y sacó una enorme que estaba doblada como una flor.

En serio, ¿qué vas a hacer?, dijo él.

No estaba siendo sarcástico. Quería saberlo de verdad.

Me voy a mudar a un piso en Botanic Avenue y a partir de ahí ya veré, dije yo.

Sabía que eso no tenía ningún sentido para Ryan, no entendía qué diferencia podía tener mudarse, y yo no se lo iba a explicar. No sabía cómo. Se derrumbó en su asiento y miró fijamente el puesto de enfermeras al final del pasillo.

Yo también me lo voy a tomar con calma esta noche, dijo él. Mañana viajo.

¿Qué hay de este capullo?, dije yo.

Finty estaba arrastrando los pies por el pasillo en dirección a nosotros. Tenía la cara como un pan, pero estaba sonriendo.

Él no va a ir a ninguna parte, dijo Ryan. Él estará aquí toda la vida.

Recibí un email de la revista a la que le había enviado mi cuento esa noche, cuando estaba esperando en la parada del autobús del hospital. Decía lo que pensaba que diría, que no iban a publicar mi historia. Pero el editor había escrito cosas como «las frases están bien ponderadas y la historia fluye». Incluso sugería maneras de reescribir la historia para que funcionara mejor. Luego decía, al final del email, «solo quiero reiterar que creo que tienes un talento increíble, y espero que vuelvas a enviar tus textos a la revista». Parte de mí pensaba que era una cortina de humo. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Tenía que valorar cientos de propuestas, estaba seguro, y era imposible que respondiera a todas con emails como ese.

Hice una captura de pantalla y se la envié a Mairéad. Me llamó.

Te puto dije que les gustaría, dijo ella.

Tuve que recordarle que era un rechazo. Pero es uno bueno, dijo ella. Quiere leer más cosas que hayas escrito.

No he escrito nada más, dije.

Bueno, entonces tendrás que escribir algo más, ¿no?

No había pensado tan adelante, pero sí, eso sería lo que tendría que hacer.

Estuve en Bookfinders el otro día, dije.

¿En serio? ¿Conociste a Mary? La echo tanto de menos…

Y ella a ti también, todos te echan de menos.

¿Quiénes estaban?

Le mencioné los nombres que sabía, luego llegué a Julia. Me llevó a un sitio de falafels, dije yo.

¿Julia te llevó a un sitio de falafels? Espera, un momento. ¿Cómo acabaste con Julia?

Volví al comienzo, la visita a la habitación en University Street: Mairéad estaba emocionada por mí, pero también pensaba que la casera parecía un poco opaca. Luego le conté que había visto a Julia y que la había seguido al otro lado de la calle hasta No Alibis.

¿La seguiste?

Solo vi que iba en esa dirección. Quería saludarla.

Le conté lo de la dedicatoria del libro de Kundera, luego le conté la reacción de Paul a la dedicatoria, y ella dijo, Esa es exactamente la clase de cosa que le interesaría. Omití la parte de que le había regalado el libro. Hacía que sonara como que quería ser su amigo. Luego le conté que fuimos a Lavery's, que estuvimos en la sala de billar y finalmente en el sitio de falafels. Durante todo eso, solo hubo silencio del lado de Mairéad. Sin embargo, yo sabía que seguía allí. Incluso cuando la otra persona no habla, lo notas. Hay un leve sonido. Es como presionar la mano sobre la oreja, pero desde lejos.

No estaba muy bien, le dije sobre Julia.

El sonido que rompió el silencio fue un suspiro. Mairéad gruñó. No quería tener que contarte esto, dijo ella.

¿Contarme qué?

Que soy bi, Sean. Soy puto bi.

Ya lo sé.

Sí, y yo sé que lo sabes.

Entonces ¿por qué no me lo dijiste?

Porque no es tan fácil, ¿no?

Joder, Mairéad, soy yo.

Lo sé, es solo…

Hizo una pausa. Oí ese leve sonido de nuevo. Mairéad tomó aire.

Fui a Queen's, dijo ella. Conocí a toda esa gente que no era como la gente con la que crecimos, tenía otra vida, y ya no estaba asustada de mi sexualidad, ¿sabes? Lo conté y no tuve que preocuparme por lo que fuera a decir nadie. Luego me encontré contigo esa noche en la Mono. Una parte de mí pensaba, espabila, no es más que Sean. A él no le va a importar. La

otra parte de mí quería esconderse. Porque todavía lo noto. Todavía tengo ese miedo.

Pero no tienes que tener miedo de mí, dije yo.

Lo sé.

¿Y entonces dónde entra el tema de Julia?

Mairéad se sorbió la nariz. Eso es otro tema, dijo ella.

Oí un ruido, como si ella estuviera cambiando de postura. Luego oí que apoyaba algo en una mesa, un vaso quizá. Intenté imaginarla sentada en su apartamento en Berlín, pero estaba demasiado lejos.

Me quedé en casa de Julia una noche, dijo. Tomamos unas copas. No sé, pasó. Luego pasó de nuevo. Yo seguía volviendo porque era un sitio donde quedarme, y cada vez que volvía, nos acostábamos. Después de unas cuantas semanas, las cosas se pusieron intensas. Julia empezó a hablar de venir a Berlín. Sus padres iban a darle dinero para ir, era un tema oficial. Luego me dijo que me quería. Era todo… tendría que haberlo cortado de raíz después de la primera noche. Tendría que haber sido directa con ella desde el principio.

Conmigo fuiste directa, dije yo.

Exacto, y míranos.

Me reí. Somos un caos, dije.

Lo somos de verdad.

Hubo otra pausa. Me había ido de la parada de autobús y estaba caminando por la calle en dirección a Beechmount. El Beehive estaba vacío. Unos cuantos hombres de pie en la puerta fumaban pensativos, con los ojos clavados en los charcos a sus pies. Saludé con la cabeza al pasar, y luego crucé la calle porque había un grupo de chavales delante del chino y no estaba por la labor de pasar por en medio.

Una de las chicas gritó algo. Creí que me estaba gritando a mí, pero luego vi que otro grupo caminaba por Nansen Street. Solo estaba llamando a sus amigos.

Conor también me dijo que se suponía que iba a ir a Berlín contigo, dije yo.

Sí, durante un día más o menos. Pero no se lo quitaba de la boca.

Él lo contaba como si fueras tú la que no querías que fuera.

Mairéad suspiró de nuevo. Típico de él decir eso, dijo ella.

Me senté en los escalones delante de centro de cultura Cultúrlann y observé a un hombre que paseaba a su perro por Brighton Street. La lluvia había parado, pero hacía frío. Veía mi aliento.

Creo que Julia piensa que la estaba utilizando, dijo Mairéad.

¿Para qué, para tener un sitio donde estar?

Sí.

¿Lo estabas haciendo?

Mairéad se lo pensó. El hecho de que se lo pensara me hizo dudar.

Ella me ofreció un sitio donde quedarme y yo lo acepté, dijo ella.

Pero tú sabías que ella quería estar contigo, ¿verdad?

Sí, lo sabía, y yo quería estar con ella. Es solo que no funcionó.

¿Porque te dijo que te quería?

Haces más preguntas que un poli.

Solo es curiosidad.

No, no es verdad. Estás intentando averiguar si te estaba usando a ti.

¿Lo estabas haciendo?

¿Qué crees?

Era mi turno de pensar. No me llevó mucho tiempo.

Perdona, dije. Me estoy comportando como un capullo.

Sí, te estás comportando como un capullo.

Se calló de nuevo. Creía que eso era todo, que la conversación había terminado. Luego oí que se abría una lata. Cerveza. Estaba bebiendo cerveza.

¿Cómo te sientes por mudarte a Botanic Avenue?

Notaba que estaba sonriendo cuando dijo eso. Había algo en la forma en que sonaba, como si estuviera hablando con la parte de delante de la boca.

Es otro mundo, ¿verdad?, dijo ella.

Asentí, lo era. Hay estudiantes por todas partes, dije.

Demasiados, a menos que seas estudiante. Entonces el mejor ambiente del mundo. Pero te acostumbrarás.

¿Tú crees?

Sí, estarás de maravilla. Encajarás a la perfección.

No me sentía así el otro día, cuando estaba con sus amigos. Pero no dije nada al respecto. No quería que pensara que no me caían bien.

¿Sigues pasándotelo bien allí?, dije.

Es increíble, Sean. De verdad. El otro día estaba sentada en la hierba delante del Reichstag, leyendo un libro, y paré y miré a mi alrededor y me dije, ¿qué coño estoy haciendo aquí?

Pero no es como el ayuntamiento, ¿verdad?

No. Definitivamente no lo es.

Ni tampoco Cultúrlann.

¿Cultúrlann?

Es donde estoy ahora. Sentado fuera.

Ah, vale. Qué random.

Observé a dos mujeres que caminaban en dirección a Beechmount. Llevaban abrigos enormes con las capuchas puestas, y mientras andaban bebían a morro Coca-Cola light. Al otro lado de la calle, al principio de Shiels Street había un mural de prevención del suicidio que mostraba dos manos acercándose una a otra con una leyenda que decía: «Pedir ayuda es una fortaleza, no una debilidad». Era uno de esos murales pintados por chavales del club de juventud local, y se notaba, parecía que había sido hecho en un aula.

Deberías venir a Berlín, dijo Mairéad. Aunque fuera unos días. Podrías quedarte conmigo, solo tendrías que pagar el vuelo.

¿No me cobrarías por la habitación?

No, tú no me cobraste, ¿verdad?

Hablando de eso…

No te puto atrevas.

Me reí. Las mujeres que pasaban por la calle me miraron.

Quizá en unos meses, cuando esté instalado en este piso, dije yo.

Sí, por supuesto. Me encantaría verte.

Y a mí también.

Hubo otra pausa. Las mujeres de los abrigos enormes se habían parado fuera de la casa de apuestas. Una de ellas intentó encender un cigarro, pero había demasiado viento. Esperé hasta que se fueron, luego dije, Echo de menos hablar contigo.

Lo sé. Yo también lo echo de menos.

Lo digo en serio. Eres la única persona con la que puedo hablar.

Todavía podemos hablar.

Lo sé.

Miré el árbol que había al final del paseo. Las hojas eran blancas a la luz de la luna que brillaba. Hacía que pareciera que el asfalto se estaba moviendo. Esperé a los fantasmas. No vinieron.

Hace tiempo que quería contarte algo, dije. Quiero decir que hay algo de lo que quería hablar contigo.

Vale.

Es sobre mi familia. Sobre cuando mi padre se fue, ¿sabes?

Sí, lo sé.

¿Qué sabes?

Se quedó en silencio un momento. ¿Quieres que lo diga?, dijo ella.

Sí. Si quieres.

Él era un abusador, ¿verdad?

Asentí, pero Mairéad no podía ver que estaba asintiendo con la cabeza, así que tuve que decir, Sí, él era un abusador, y luego tuve que asegurarme de que no lo malinterpretaba.

Pero no conmigo, dije. Él no abusó de mí.

¿Fue con Anthony?

Sí. Solo con Anthony.

Eso fue todo lo que fui capaz de decir, e incluso eso parecía demasiado.

¿Estás bien?, dijo Mairéad.

Asentí de nuevo. Las lágrimas aparecieron de la nada. Intenté respirar a través de ellas, pero suavemente, para que Mairéad no lo oyera.

Tengo que irme, dije.

Vale. Pero promete una cosa, Sean.

No voy a hacer ninguna estupidez.

Lo sé. No me refiero a eso.

Suspiró por la nariz. Por un segundo, pensé que ella también estaba llorando.

¿Qué?, dije yo.

Prométeme que seguiremos hablando.

Me reí flojo.

En serio, Sean.

Lo juro por Dios, dije.

Vale, bueno. Antes de que cuelgues…

Su voz se apagó, hubo un ruido extraño, luego su voz volvió sólida y clara.

Sabes que te quiero a muerte, ¿verdad?, dijo ella.

Asentí de nuevo. Yo también te quiero, dije.

23

Una tarde recibí una llamada de teléfono de mi madre. Había parado en un Tesco de camino a casa desde el trabajo y estaba tan dolorida que necesitaba ayuda para llevar las compras. Tenía los riñones mal otra vez, tenía infecciones cada dos semanas, y cada vez que le decía a la empresa de limpieza que no podía desplazarse muy lejos, que no estaba bien, ellos la ignoraban y la mandaban a donde necesitaban que fuera, aunque fuera a dos o tres viajes de autobús de distancia. Cuando llegué, estaba sentada en el banco de delante de la tienda, sola, con las asas de las bolsas entre los dedos.

Hijo mío, dijo ella. Eres tan bueno…

Ella entrelazó su brazo al mío y se apoyó en mí.

La gente va a pensar que tengo un toy boy, dijo ella.

En casa, desembolsé las compras y guardé todo, luego me senté en la barra de desayuno y revisé las notas que el editor de la revista me había enviado. Eran buenos comentarios, pero estaba cansado. No estaba de humor para escribir. Ya estaba entrada la tarde, mi madre había sacado sus varitas de pescado del congelador y estaba esperando que el horno se calentara. Se lavó las manos con el jabón de lavar los platos y el olor a citronela invadió la cocina.

Es la lejía, dijo ella. Irrita la piel.

Escribí el nombre de Aoife en la barra de búsqueda como ahora hacía casi cada día, para asegurarme de que no me había perdido nada, y casi se me cayó el teléfono. Estaba sentada en la escultura esa con forma de aro de cebolla, la de Arthur Square, donde Mairéad y yo nos habíamos comido el McDonald's para llevar después de la Mono. Tenía la capucha puesta, y se

veía la lluvia en el suelo detrás de ella, esa luz apagada, y estaba sonriendo, maliciosamente, como si estuviera en un sitio donde no debía estar, luego la story acababa. La abrí otra vez y pausé la pantalla con el pulgar para que se quedara allí, para comprobar que lo había visto bien. Estaba en Belfast otra vez. Estaba dando vueltas por la ciudad con un grupo de chicas que vestía igual que ella, con leggings y chaquetas vaqueras. Hice una captura de pantalla. Era más fácil, y no estaba cruzando ninguna barrera ni nada así; su perfil era abierto. Cualquiera podía ir a su página y mirar.

Quizá eso era lo que quería. Quizá sabía que había alguien ahí fuera buscándola. Luego recordé lo que sucedió la última vez y no estaba tan seguro de que ella quisiera ser encontrada.

Volví al documento de Word e intenté trabajar en las correcciones.

Mi madre se había comido sus varitas y estaba echando una siesta en el sofá. Tenía el forro polar echado encima como una manta, y roncaba tan fuerte que se despertó a sí misma. Me reí. Ella me miró, sonrió, y se durmió otra vez.

Al final, acabé de escribir y me permití un último vistazo al Facebook de Aoife. No publicaba mucho allí, todo era en Twitter e Instagram. Miré las fotos en las que la habían etiquetado, y las fotos en las que estaba vestida con deslumbrantes vestuarios de danza, tutús y maquillaje de ojos con brillantina. Esas fotos tenían docenas de comentarios diciéndole lo guapa que era. Ella les daba like y respondía, en general con un piropo similar, a menos que fuera un chico tratando de llamar su atención, en cuyo caso ella decía algo tipo «gracias, Sam, agradezco tu aportación», y lo olvidaba. Me encantaba verlo, la manera en que ella se defendía. No aceptaba mierdas, pero tampoco le daba miedo reírse de sí misma: «¿Por qué debería estudiar para los exámenes cuando puedo mirar extensiones de pestañas y soñar con ser una madre intensa que lleva a sus hijos a danza y a teatro?».

Pensé en qué pasaría si la agregara como amiga. Si le escribiera y le contara quién era. Qué diría. Cuánto tiempo pasaría hasta que llegáramos al punto en que se hiciera la pregunta. Y eso era lo que me frenaba, saber que ella querría saber y que yo tendría que decirle: nuestro padre abusó de mi hermano cuando era un niño pequeño. Se coló en su habitación por la noche cuando mi madre estaba en la cama e hizo cosas terribles. No podía hacerla pasar por eso. No quería que tuviera que cargar con eso. Y de todas formas era posible que no quisiera tener nada que ver conmigo. Porque ese

era su padre, y ella creería a su padre antes que a nadie. A menos que él se lo hubiera hecho a ella también.

Bajé en la página. La habían etiquetado en un post con otras tres chicas en el teatro lírico: «Solo llegamos cuatro horas antes». Era ese mismo día, a las tres. Estaba aquí para ver un espectáculo. Fui a la página del teatro. La única cosa que había esa noche era un espectáculo de danza llamado *Madra Rua*. No leí de qué iba. Compré una entrada y esperé a que me llegara el email de confirmación. A las seis, me preparé y a las seis y media estaba en un bus que iba por Lisburn Road.

No la veía, había demasiada gente, y todos se arremolinaban en el bar del teatro, bebiendo vino en vasos de plástico. Cogí un taburete al lado de la ventana y escaneé la multitud. Era como una coreografía, la manera en que se desconectaban de una conversación e iban a la siguiente. Nadie se quedaba mucho tiempo, siempre había alguien más con quien hablar, y eso hacía difícil seguirlos. Diez minutos antes de que el espectáculo empezara, comprobé qué llevaba puesto Aoife ese día, en la foto de la escultura del aro de cebolla. Cada vez que veía una chaqueta vaquera me daba un vuelco el corazón.

La megafonía ordenó que fuéramos a nuestros asientos. Había dos entradas, una al principio de la escalera y otra arriba. Fui hacia las puertas de arriba lentamente, con la mano en la barandilla, con las piernas como gelatina cada vez que me daba la vuelta para observar las oleadas de gente que se movían en el piso de abajo. Al final creía que había cometido un error; ella no estaba allí, y sentí algo parecido al alivio. Entonces la vi, al final de la cola. Estaba de puntillas intentando ver por encima de la gente que se amontonaba a su alrededor, al principio de las escaleras. Nos separaban unos veinte pasos, y ella avanzaba con el resto de la gente, expectante, con cara de angustia.

Entradas, por favor, dijo la mujer de la puerta.

Entré al auditorio y había mucho revuelo a mi alrededor; todo el mundo se levantó para dejar pasar a un grupo de mujeres. Luego el tipo que estaba a mi lado no paraba de inclinarse hacia delante. Alargué el cuello para mirar, y después de un rato, cuando todo se había calmado, finalmente volví a ver a Aoife de nuevo, unas cuantas filas más adelante y a la izquierda, sentada con sus amigas. Las cuatro estaban riendo, tapándose la boca con la mano. Después el telón se abrió y la amiga de Aoife le dio un

codazo para que guardara el teléfono, y durante los siguientes noventa minutos, la observé mientras veía el espectáculo.

Cada tanto, ella miraba de reojo a sus amigas, y sus amigas la miraban a ella y asentían como si ellas también lo hubieran visto. Así sabía que algo la había impresionado. Por la manera en que se inclinaba ligeramente hacia delante, con la atención puesta en el espectáculo. Me imaginé acercándome a ella después y preguntándole qué le había parecido, y luego escuchando todas las cosas que tenía que decir. Presentándome como su hermano. Dándole un abrazo. Contándole dónde había estado todo ese tiempo y por qué.

El espectáculo acabó y la sala estalló. Una ovación en pie.

Mantuve la vista en Aoife. No quería perderla, y cuando bajaba la escalera la volví a ver, caminando con sus amigas hacia el bar. Había una mujer bien vestida esperándolas. Debió de preguntarles qué tal había estado, ellas hablaban excitadas, pero no oía qué decía Aoife, había demasiada gente, y se interponían en mi camino. Luego la multitud se abrió. Ella caminaba hacia mí. No podía moverme, y cuando ella pasó, me miró directamente. No hubo ni un destello de reconocimiento. No miró dos veces. Se fue.

No iba a contarle a mi madre dónde había estado. Cuando la vi tumbada en la cama esa noche, viendo la tele, pensé, no. Déjalo estar. Pero luego ella dio una palmada en el hueco a su lado y me dijo, Ven, siéntate conmigo. Me subí a la cama desde los pies y me senté a su lado, apoyado con la espalda en el cabecero.

¿Has empezado a hacer las cajas?, dijo ella. Anthony ha dicho que te echará una mano.

Sí, eso dijo.

Ahora está bien. Ha vuelto al trabajo y todo, y ha dejado de beber.

Eso es bueno.

Le dije que buscara ayuda. Se rio sin más.

¿Qué clase de ayuda?

Asistencia psicológica o algo. Pero las listas de espera son espantosas. La gente espera años para que la atiendan.

¿Y qué hay de ti? ¿Por qué no vas?

No, ya lo he intentado. No funcionó. No dejaban de hacerme hablar de mi pasado.

Creía que esa era la cuestión.

Me miró por el rabillo del ojo. Ahora llevaba puesto el forro polar, con la cremallera subida hasta la barbilla. Según lo veo yo, el pasado es el pasado, dijo ella. Yo sencillamente seguí. Continué viviendo. Pero Anthony es distinto. Las cosas que le han pasado. Necesita ayuda, ¿o no?

Todos la necesitamos, dije yo.

¿Eso crees?

Sí, eso creo.

Mi madre se subió las mangas por encima de las manos y cruzó los brazos. Entonces ¿dónde has estado esta noche?, dijo ella.

En el centro, viendo una obra.

¿Dónde era?

En el teatro lírico.

Oh, disculpe. El teatro lírico, dijo ella con su mejor voz de pija. ¿Qué obra era?

Era más un espectáculo de danza.

¿Un espectáculo de danza? No sabía que te interesara.

No me interesa. Simplemente he ido.

¿Era bueno?

Muy bueno, sí. Aoife estaba allí.

¿Aoife? ¿Aoife qué?

Mi hermana pequeña.

Mi madre abrió los ojos como platos. ¿Has hablado con ella?

No. Solo la he visto. Estaba en el otro lado de la sala.

¿Cómo sabías que era ella?

La encontré online. Colgó algo diciendo que iba a teatro lírico y fui. Hay fotos.

Saqué el teléfono y se las enseñé.

Dios, es preciosa, ¿verdad?

Asentí. No sabía qué más decir. Mi madre me miró. Veo a tu padre en ella, dijo. Y a ti. Se parece a ti.

No, no se parece.

Sí. Tú tienes la misma nariz, y los ojos. Muy oscuros. Como tu padre.

Le cogí el teléfono y bloqueé la pantalla. No sé si ella sabe que existo, dije.

Estoy segura de que lo sabe.

¿Cómo iba a saberlo? Solo tenía cuatro años.

Nunca se sabe con tu padre. Probablemente se ha inventado alguna

historia. Cuando nos separamos, le contó a la gente que yo era alcohólica. Intentó mandarme a los de servicios sociales y todo.

¿En serio?

No me dejaba en paz. Si miraba por la ventana por la noche, cuando te estaba llevando a la cama, lo veía de pie al otro lado de la calle, vigilando la casa como un acosador. Si iba al centro con tu abuela a hacer unas compras, miraba detrás de mí y veía su cara entre la multitud. Así es como era.

Miró por la ventana, vio que las cortinas estaban abiertas y se levantó para cerrarlas.

¿Está ahí fuera?, dije en broma.

No me extrañaría de él, dijo ella. Pero le pillaremos. Un día de estos. Lo encerraremos para siempre.

A lo largo de los años se había hablado de llevar a mi padre a juicio. Mi madre siempre decía que era algo que Anthony debía hacer, y Anthony decía que quería hacerlo, pero cuando llegaba el momento, nunca lo hacía, y yo no le culpaba. No había ninguna garantía de que las cosas fueran a salir a su favor. No importaba lo sólido que fuera tu caso, Anthony como todo el mundo sabía que los juzgados son los juzgados, y al final, es la gente que tiene dinero la que gana casos.

No podemos obligarle a hacer nada que no quiera, dijo mi madre. Tenemos que esperar a que esté preparado.

No creo que nunca lo esté.

Vio la expresión de mi cara y bajó la vista a su regazo.

Piénsalo de esta manera, dijo mi madre. Tu padre está en alguna parte en el campo comportándose como si fuera de una familia de bien con sus armas y sus platos, y se está cagando encima. Mirando por encima del hombro todos y cada uno de los días, esperando que vayamos a por él. Te lo digo, era un paranoico desatado cuando estaba con él. Pensaba que la gente iba a venir a matarlo, y para ser justos, probablemente era así. Las cosas que ha hecho. Por eso se mudó. Sabía que el IRA iba a ejecutarlo. Ahora tiene a su mujer y a su hija y su enorme casa en el campo. Tiene mucho que perder, y sabe que está llegando. Sabe que algún día llamaran a su puerta y todo se derrumbará.

No puedes estar segura de eso, dije yo.

Lo estoy. Estoy más segura de eso que de nada en el mundo, hijo. Tendrá su merecido. A cada cerdo le llega su san Martín, eso es todo lo que digo. A cada cerdo.

24

El libro de Kundera que Conor había encargado para mí estaba listo para recoger. Recibí el mensaje mientras estaba en el bus 81 de camino a Holy Trinity. Me invitó a la presentación de un libro, y yo agradecí el gesto, pero estaba cansado. Había sido un día frenético en el trabajo. Nadie había tenido un descanso de verdad; cinco minutos para devorar un panino de jamón y queso y andando, de vuelta a las cajas. También hacía un calor de morirse en el bus. El cristal atrapaba el calor, y no había sombra, no pasaba aire ni con las ventanas abiertas. Cerré los ojos un segundo, y cuando los volví a abrir estaban en lo alto de Grosvenor Road. Al otro de la calle, una mujer se detuvo en McPeakes y compró un ramo de flores. Llevaba un uniforme de enfermera de la marina, y la observé mientras llevaba esas flores a Dunville Park, donde un grupo de chicas de Saint Louise se habían quitado los zapatos y estaban tumbadas descalzas en la hierba.

El semáforo se puso en verde, y el autobús avanzó por Springfield Road, pasado el mural de la masacre de Springhill, el del lateral de la casa de delante de la estación de policía con los retratos de las cinco personas que los británicos asesinaron ese día, y me pregunté si debería enviar un mensaje a Daniel Jackson y decirle que lo sentía. Sentía que era lo que debía hacer, pero cuando busqué su nombre en Facebook no apareció nada. Luego escribí a Mairéad para ver si ella podía encontrarle y ella me envió una captura de pantalla de su perfil. Me había bloqueado, y me parecía justo.

Bloqueé el teléfono y miré por la ventana en el momento en que la montaña aparecía a la vista. Las siguientes palabras estaban escritas en letras blancas enormes:

El bus me dejó como siempre en lo alto de Norglen Road. Había salido el sol y todo el mundo estaba en sus jardines. En lugar de cocinar, habían enviado a los niños a por fish and chips y se lo estaban comiendo directamente en los conos de papel en medio de la calle. Se tiraban patatas unos a otros, y cogían las patatas del suelo y las bendecían. Una mujer fue directa a la calle. Le quitó de un manotazo la patata sucia de la mano a su hijo y lo llevó a rastras cogido del cuello a casa. El niño salió un par de minutos después con un plato que no podía sacar del jardín, con la cara reluciente de lágrimas.

Fui a la capilla a reunirme con Paddy y el resto, pero allí no había nadie. Me quedé durante un rato en medio de la galería vacía, mirando a mi alrededor, contemplando cómo entraba la luz por las vidrieras de colores. Luego las estaciones del vía crucis de un lado de la capilla al otro. No sabía qué esperaba. No había ido a misa desde que era pequeño, y la última vez que recé una oración fue en el funeral de Bronagh McCardle. Ese día comulgué, y me arrodillé y dije, Por favor, Dios. No permitas que mueran más amigos míos. Tres semanas más tarde, John Paul Burns murió de una sobredosis de pregabalina. Nunca más volví a comulgar.

Mira a este oportunista, dijo Paddy, mirando enfadado su reloj. Veinte minutos tarde.

Por supuesto, es su último turno, dijo Róisín. Le está permitido.

¿Quién lo dice?

Yo. Soy la nueva supervisora.

¿Ah, sí?, dijo Paddy, cruzando los brazos. ¿Cuándo ha pasado esto?

Hemos votado cuando estabas arriba. Está decidido.

Mis días felices. Me voy a casa y lo dejo en vuestras manos, ¿no?

No, Paddy. Te quedarás aquí hasta que todos nosotros hayamos acabado nuestras horas. Ese es tu castigo.

Me senté en el extremo de la mesa y cogí las galletas Hobnobs. Entonces ¿esta noche no trabajamos?, dije, y todos me miraron.

¿En serio?, dijo Róisín.

Cierto, tenemos trabajo que hacer, ¿o no?, dijo Paddy retirando su silla como para levantarse.

Jo, cuéntanos más de los Troubles, Paddy. Venga.

¿No os apetece ir a aspirar un rato?

No, por favor, he estado todo el día blanqueando dientes.

Pero Sean estaba deseando trabajar un poco. Es su último turno.

Pues mándale a él.

Estaba allí arriba, el sitio está como los chorros del oro, dije yo.

¿Y qué estabas haciendo, prender una vela?

Sí, una por Paddy. Por ser tan bueno con nosotros.

Paddy siempre es bueno con nosotros, ¿o no, Paddy? Por eso nos va a dejar tomárnoslo con la calma esta noche, ¿verdad?

Paddy gruñó. Sacad la leche de la nevera, dijo él.

Róisín abrió el cartón de leche y lo olió, hizo una mueca, pero se lo pasó a Paddy de todas formas, y luego se quedó remoloneando con la mano en la silla de Paddy. Sin ánimo de ofender, Paddy, te quiero con todo mi corazón, pero no veo la hora de largarme de aquí, dijo ella.

Pues todavía te queda para acabar, dijo Paddy.

Y una mierda. Cinco horas después de esta noche y estoy lista.

¿Cinco? Estoy casi seguro de que te quedan quince.

Paddy, ni se te ocurra. Lo juro por Dios.

Paddy sacó su libretita. La abrió sobre la mesa delante de nosotros, se puso las gafas, y alargó el dedo índice.

Veamos. Róisín O'Hara, quince horas.

Lárgate.

En serio. Mira.

Róisín le quitó la libreta, vio que Paddy le estaba tomando el pelo, y se la devolvió tirándola sobre la mesa. Ni se te ocurra hacer una broma, dijo ella. En serio. Tengo mucho que hacer.

Llevaba semanas hablando de volver a las clases nocturnas a las que estaba asistiendo. Había montado su propio negocio online, vendiendo extensiones. Ahora estaba centrada en abrir una tienda. Lo único que le faltaban eran unas cuantas cualificaciones para entender los detalles más concretos y estaba preparada. Paddy tenía debilidad por ella. Le gustaba que tuviera metas. Aquí tienes a una mujer con un plan, le gustaba decir. Tiene la vista puesta en el panorama general. Se inclinó hacia delante con los codos apoyados en la mesa y estudió la sala. ¿Cuáles son tus planes, Seany? ¿Qué vas a hacer cuando hayas dejado todo esto atrás?

Me voy a ir de casa de mi madre, dije.

Buen chico, apunta alto, dijo Paddy poniendo los ojos en blanco. Y ya que estás, saca los cubos de basura cuando salgas, ¿lo harás? Ya que es tu última noche.

¿Solo?

Claro, mira qué brazos. Venga, vete.

Los cubos estaban en la parte de atrás de la capilla. Tenían frenos en las ruedas que había que patear hacia arriba para desbloquearlos. Era cuesta abajo hasta la puerta principal; dejé que el primer cubo rodara solo la mayor parte del camino y aproveché la inercia para guiarlo por el aparcamiento. Cuando estaba volviendo a por el segundo, vi al cura. Estaba en el jardín de delante de su casa, quitando malas hierbas. Era pelirrojo y de cara redonda. También llevaba gafas, y tenía las mejillas encendidas por el sol. Quería preguntarle qué pensaba del cura de Banbridge, el que habían pillado tomando cocaína. Quería decirle algo como, Ahora ya no tiene esvásticas en las paredes, ¿verdad, padre? Pero me dio la espalda y se puso a cortar las flores mustias de sus jardineras. Arrastré el cubo por el asfalto. No se dio la vuelta.

Cuando regresé a la sala, Paddy estaba enseñando a Róisín a bailar. Costaba creerlo, con la complexión de Paddy, pero en su día fue bailarín irlandés. Había ganado competiciones por todo el mundo. Le mostró a Róisín a ponerse en punta sobre el dedo utilizando el pie de atrás para subir… y uno, dos, tres, cuatro. ¿Ves? Los tíos miraban desde sus asientos a la mesa, entretenidos. Entonces Cricky se levantó de un salto de su asiento. Yo te enseñaré cómo se hace, dijo él, y empezó a volar por la habitación con la mano levantada como Michael Flatley. Aplaudimos, animamos y grabamos vídeos con nuestros teléfonos. Róisín lo miró enfadada. Después vio que iba hacia ella con el brazo tendido y cambió de idea. Entrelazó su brazo con el de él y bailaron en círculos por la sala.

Era mi última noche en casa de mi madre y no me quedaba nada por embalar, solo las cosas que tenía que coger de la habitación que había en el piso de arriba de la peluquería de al lado. En su mayor parte, eran cosas de la universidad: trabajos, cuadernos y esas libretas Moleskine que solía llevar encima en Liverpool. Abrí una y leí una entrada de marzo de 2010. Estaba en una cafetería en Bold Street. Fuera hacía sol, y yo intentaba describir cómo se movían las palomas de un lado a otro en el asfalto. Eso era lo que yo creía que se tenía que hacer en esa época: describir todo. Luego decía que estaba leyendo *El ser y la nada*, lo cual me hizo reír. Por aquel entonces, no sabía de qué hablaba Sartre la mitad del tiempo, pero pensaba que el existencialismo era una genialidad. Todo ese rollo de que el malestar era una condición humana universal. Hablaba de ello con

cualquiera que me escuchara, pero aprendí bastante rápido que hay un momento y un lugar, y que no era sentado en el sofá de alguien a las cinco de la mañana, metiéndonos rayas de mefedrona.

Al lado de las cosas de la universidad había una caja grande de libros de cuando era pequeño. Todas esas novelas de fantasy que me volvían loco entonces, con los elfos y la magia y las grandes guerras contra los invasores foráneos, en las que la suerte está echada. Decidí dejar la caja en el trastero. Me dije a mí mismo, Cuando llegue al punto en que sepa dónde estoy, volveré a por ella. Me la llevaré. Entonces vi la esquina de un marco de madera asomando en una bolsa de consorcio y lo reconocí al instante. Era el perro que mi madre había pintado cuando era un niño. Lo saqué de la bolsa y lo llevé a casa para enseñárselo.

Dios, es horrible, ¿no? Dijo ella.

Yo creo que es increíble.

¿De verdad?

Sí, me encanta. ¿Puedo llevármelo?

Mi madre parecía escéptica. ¿Estás seguro de que no quieres que te pinte otra cosa?, dijo ella. Podría hacer un retrato del hombre ese que te encantaba, ¿cómo se llamaba? ¿Tupac?

No, quiero este.

Bueno, está bien.

Fue al armario de debajo del fregadero donde guardaba todas sus cosas de pintar y cogió un trozo de cuerda. La ató en los ganchos de la parte de atrás del marco y comprobó que los nudos eran seguros.

Así está bien, dijo ella.

Le dije a Anthony que no se preocupara, que tenía que ayudarme a llevarlo todo dentro de la casa. Pero él quería ver cómo era la casa. Me fijé en lo oscuro que era el pasillo, y en el estado de la moqueta cuando subimos la escalera. No obstante, la habitación era bonita y luminosa, muy espaciosa. Luego me di cuenta de que las ventanas daban a un callejón y el callejón estaba lleno de contenedores. Olía. Anthony dejó las cajas de libros e inspeccionó la habitación.

Han pintado encima del papel de pared, dijo él. ¿Ves cómo se están formando burbujas? Dio una vuelta por la habitación, golpeando las paredes con los nudillos. Esto es hormigón armado, dijo riéndose. No hay aislamiento.

¿En serio?, dije, como si supiera lo que eso significaba.

Solo te digo que tienes suerte de que sea verano.

Bajando la escalera, me preguntó si podía echar un vistazo al patio de atrás. Solo quiero ver con qué nos las estamos viendo, dijo él. Abrí la puerta y tuve que taparme la nariz con la camiseta. Había basura por todas partes, y a lo largo del pasillo las gaviotas bajaban en picado desde los tejados y rompían las bolsas de basura para abrirlas.

Tienen trabajo que hacer, dijo Anthony sobre la ampliación.

¿Es chungo?

No, pero lo han hecho en plan barato. Notarás el frío por la noche.

Cuando volvimos dentro, Tung estaba en la puerta de su habitación. Anthony le dio la mano.

Asegúrate de que hace su parte de la limpieza, le dijo refiriéndose a mí.

Tung sonrió. Era difícil saber cuánto entendía.

Acompañé a Anthony a la puerta. Se detuvo en el escalón de la puerta y miró a ambos lados de la calle. Te va a encantar vivir aquí, dijo. Con tantos estudiantes y demás, te lo pasarás de miedo.

Pero yo ya no soy un estudiante, ¿no?

Como si lo fueras con todos los libros que lees.

Me dio un puñetazo en el brazo. Luego se apoyó con la espalda contra la pared. Sé que te he estado dando la brasa con lo del guion, pero…

Anthony.

¿Qué?

¿Conoces a un tío llamado Fra McCullough?

Conozco a un Fra McCullough del barrio, dijo él, quitándose pintura de la mano con la uña. ¿Por qué?

Sé quién es Terry Brennan. Mamá me lo contó.

Ah, ¿sí? ¿Te lo contó?

Lo llevaste a su casa.

Anthony sonrió con desprecio. Habla mucho, esa mujer, dijo él.

Se miró la pintura que tenía en el brazo, rascándosela, y luego giró el brazo para llegar a las manchas del codo.

¿Qué quieres saber?, dijo él.

Quiero saber si Fra McCullough era el otro tío.

¿Qué otro tío?

El otro tío que fue con Terry a disparar a mi padre.

No, no era él. Era otro Fra.

¿Fra qué?

Cosgrove, creo. No me acuerdo. También era del barrio.

No tenía motivos para mentirme, hasta donde yo podía ver. Pero a la vez, nada de lo que me dijo me hizo sentir mejor. Estaba demasiado tranquilo, y seguía mirándome por el rabillo del ojo, como si estuviera tratando de entender qué quería.

El tal Fra McCullough me preguntó por mi padre un día que estaba cortando la hierba en el cementerio de Milltown, dije. No sé, pensé…

¿Qué pensaste?

Pensé que estaba intentando molestarme.

Anthony se acercó a mí con la mano en mi hombro. Nadie está intentando molestarte, dijo. ¿Crees que dejaría que te tocaran?

No es eso, es que… No quiero que hagas ninguna estupidez.

Anthony se rio. ¿Yo? ¿Qué iba a hacer? ¿Disparar a ese capullo?

Probablemente, dije, y él se quedó callado. Durante un instante, ninguno de los dos dijo nada, y luego él me miro.

Tú sabes dónde está, ¿verdad?, dijo él.

Admití que lo sabía. Sus hombros se hundieron.

¿Estás enfadado conmigo?, dije.

¿Enfadado contigo? Repitió la frase de nuevo, y luego sonrió. Hazme un favor, dijo él. Quédate aquí, ¿me oyes? Dije que lo intentaría, y él dijo, No vas a intentar nada, vas a hacer lo que yo te diga.

Me tendió la mano para que se la estrechara. Lo hizo y él me envolvió en un abrazo.

Traté de apartarme de él, pero era más fuerte que yo y no pensaba soltarme. Aparta, dije, y él se rio y me besó en la oreja y en la mejilla, en la cara y el cuello y en todas partes donde llegaba mientras me rodeaba con el brazo. Y mientras lo hacía me dijo que me quería. Te quiero a muerte, dijo él, y me besó una y otra vez.

Puse las sábanas en la cama, las mismas que tenía en el piso con Ryan. Luego saqué mi ropa y la guardé. El plan era convertir la oficina en un estudio, pero luego pensé que sería agradable tener los libros en la habitación, había mucho espacio y tenía más luz gracias a las ventanas. Llevé a rastras las estanterías y coloqué los libros en orden alfabético. Cuando terminé de hacer eso, llevé también el escritorio y colgué el cuadro del perro encima. Luego me senté en la cama y miré a mi alrededor. Parecía un sitio donde podría vivir.

A las cuatro, fui a No Alibis y recogí el libro. Conor no estaba. El tío que me atendió fue muy simpático. Me contó que estaban en Bookfinders.

En todo caso es donde suelen estar, dijo.

Fui caminando hasta la puerta roja, pero no me atreví a entrar. Estaba demasiado nervioso. En cambio, paseé hasta Queen's y me di una vuelta por el campus. Había gente sentada en los bancos que rodeaban los edificios de la universidad, fumando, leyendo libros. En el jardín botánico había música. Había grupos de estudiantes tumbados en la hierba bebiendo vino en vasos de plástico. No hacían nada por ocultarlo. Los polis estaban ahí mismo, en las puertas, y la gente estaba bebiendo de todas maneras, totalmente despreocupada. Pero caminar por el medio era estresante. Esperaba que en cualquier momento me dieran en la nuca con uno de esos balones de rugby que unos tiarrones con camisetas de la selección de Irlanda estaban pateando de un lado a otro. Como estaba preocupado por eso no me estaba fijando por dónde iba; tropecé con la bolsa de alguien y casi me caigo de culo. La gente se rio. Avergonzado me fui corriendo a un lado del terreno. Había árboles, y sombra. Me senté con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y me puse a mirar a una chica guapa de pelo rizado tocar la guitarra. Cantaba con los ojos cerrados, pero no oía su voz. Había demasiado ruido, y durante un rato me quedé sentado, observando a la gente pasarlo bien. Luego abrí mi libro y leí:

«Así que, después de muchos años, me encontraba otra vez en casa».[4]

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, querría darle las gracias a mi agente, Eleanor Birne, por haber sido una presencia serena y reafirmante a lo largo de este proceso, y una agente espectacular, la mejor del sector. También querría darle las gracias a mi editora, Hermione Thompson, cuya amistad y solidaridad han sido importantísimas para mí. Este libro no sería lo que es sin ella. También a Milo Walls, por todo lo que han hecho para que este libro sea tan bueno como fuera posible. A Hannah Chukwu, Simon Prosser y todo el mundo en Hamish Hamilton y FSG, por su trabajo y dedicación. A todo el mundo de PEW: John Ashe, Patrick Walsh y Margaret Halton, y a mis supervisores: Darran McCann, Sinead Sturgeon, Michael Pierse, Ian Sansom y Glenn Patterson, por sus consejos y generosidad. Y a Ciaran Carson, por supuesto, por todas las cosas que me ha enseñado.

Gracias a mis amigos: Padraig Regan, Dane Holt, Sacha White, Manuela Moser, Stephen Connolly, Scott McKendry, Stephen O'Neill, Matthew Rice y Stephen Sexton, por las cervezas y las conversaciones, las tonterías y los cigarros. También me gustaría darle las gracias a Mary Denvir, por los días maravillosos en Bookfinders, por las reuniones y los sándwiches. Dios mío, los sándwiches. Gracias también a Damian Smyth, por el apoyo. También a Susannah Dickey, cuya primera lectura del libro fue de gran ayuda para descubrir qué estaba intentando decir. A Louise Kennedy (tía Louise), por llevarme a Sligo y atiborrarme de vino, y a John Patrick McHugh, por leer las cosas que me daba demasiada vergüenza enseñarle a nadie más: ¿dónde estaríamos sin Frank O'Connor?

También me gustaría aprovechar esta oportunidad para darles las gracias a los locos de atar con los crecí: Decky, Desie, Dowdzy, Mooney,

Quinn, Aydzo y Dermey. Gareth, Keven y Charlie. Conor y Ciaran. Big Bird, Wee Bird y Bronagh Massey. Marty Berry. Kevy Mullan. Ciara McAree. A todos los Poleglassers. A todos los Twinbrookers. A todo el mundo de Areema, y a todos los pirados con los que fui al colegio. Sabéis quienes sois.

No puedo continuar sin darle las gracias a Thomas Morris, cuya amistad se ha vuelto imprescindible para mí. Gracias por hacerme escribir esa carta, y por el título, y por todo lo que has hecho por mí, como persona y como escritor. Este libro no existiría sin ti. Gracias también a Kevin Breathnach, mi amigo. Por el tiempo que pasamos juntos en South Parade: nunca lo olvidaré. También a Tara McEvoy, por estar siempre ahí para mí, como amiga, lectora, y por ser alguien que siempre velará toda la noche, hasta que el Centra abra. Finalmente, me gustaría darle las gracias a Ellen, por ir a la presentación de The Tangerine en el American Bar y comprarme una copia de la revista. No podría haber sobrevivido estos tres años sin ti. Eres mi precioso amor y te quiero. A Agnes también. Nuestra niña.

Gracias a mi madre, por todo.

A mi abuela y a mi abuelo.

A Mark y Ciarnan.

A Ciarnan, Rhys y Chloe.

A Tim.

A Jim, que solía llevarme a ver los cisnes.

A Mary McAree (tía Mary), por enseñarme a teclear mi nombre.

A Alicia Stubbersfield, por enseñarme cómo se hace.

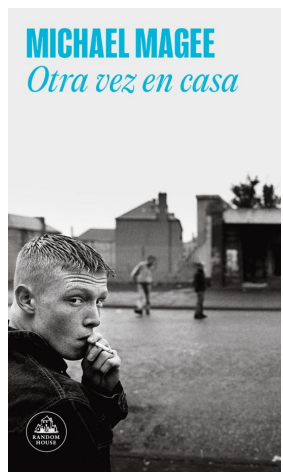
Y a Gerry Sullivan, que me enseñó lengua en el colegio.

Un retrato de la masculinidad moderna, marcada por la clase, el trauma y el silencio.

Premio Rooney 2023 de Literatura irlandesa.

Nero Book Award a mejor debut literario 2023.

«Un debut excepcional destinado a convertirse en uno de los mejores libros del año».
The Irish Times



Anthony, el hermano de Sean, es un hombre duro. Cuando eran niños, su madre intentó mantenerlos alejados del conflicto, pero tratar con Anto siempre ha sido complicado. Se suponía que Sean debía ser distinto. Se suponía que debía marcharse para no regresar jamás. Pero, tras cuatro años en Liverpool, Sean vuelve a Belfast y se encuentra con una ciudad sumida en la miseria y la frustración, y a sus amigos y a su hermano cada vez más hundidos en el pozo sin fondo del alcohol y las drogas. Una noche, Sean agrede a un desconocido, y ese acto de violencia repentina desencadenará una serie de acontecimientos que lo forzarán a decidir qué tipo de hombre quiere ser. Gracias a su propia experiencia, Michael Magee despliega un retrato de la masculinidad moderna, marcada por la clase, el trauma y el

silencio, pero también por la valentía de amar y sobrevivir. *Otra vez en casa* es una extraordinaria obra de ficción sobre cómo encontrar tu lugar en la ciudad que te ha visto nacer y sobre la lucha por labrarse un futuro en un entorno marcado por la violencia y la desesperanza.

La crítica ha dicho:

«Una visión de una Belfast posconflicto que no llegó a ser lo que prometía, asolada por la pobreza, el dolor y los recuerdos. Pero, lejos de ser sombría, en muchas ocasiones me hizo reír a carcajadas. Está llena de amor. Cada personaje está creado con tal agudeza que tuve la sensación de que los conocía de antes; incluso el más imperfecto de ellos es tratado con dignidad y respeto, y con una ausencia de reproche que me recordó a Annie Ernaux. ¡Y la escritura! Flexible, rica y coloquial: nadie hace eso. Una mezcla de Kneecap y Chéjov. ¡Absolutamente magnífica!».
Louise Kennedy

«Aunque la voz es decididamente irlandesa, el mensaje de esta necesaria novela es universal. *Otra vez en casa* trata de encontrar la manera de trascender el dolor, y la gente y el lugar donde has nacido».
The New York Times

«Inquebrantable, directo, con una sensibilidad que desarma [...]. Magee, que impregna su narración de honestidad y gracia, consigue que su barrio cobre vida para los lectores y sugiere que, en medio de lo que parece una lucha interminable, siempre hay lugar para la esperanza».
The Washington Post

«Un libro genuinamente necesario. Una asombrosamente humana y tierna evocación de la clase social, la violencia y el reto de pertenecer a un mundo que parece diseñado para mantenerte al margen».
The Guardian

«Magee tiene un talento extraordinario».
Laura Hackett, *The Sunday Times*

«*Otra vez en casa* es una novela de la clase trabajadora, en el sentido de una novela que se toma en serio la representación de la clase trabajadora. Pero

también es muchas otras cosas: una novela irlandesa, una Bildungsroman, una novela sobre los fracasos de la élite política de Irlanda del Norte, que ha estado demasiado dispuesta a barrer la imagen desaliñada del país de un pasado marcado recientemente por el conflicto y la violencia patrocinada por el Estado... se trata de un retrato complejo y compasivo de un Belfast moderno realizado por un nuevo talento impresionante».

The Times Literary Suplement

Michael Magee es una de las jóvenes promesas de la literatura irlandesa. Sus escritos han aparecido en numerosas publicaciones literarias y su primera novela, *Otra vez en casa* ha sido ampliamente galardonada.

Título original: *Close to home*

Primera edición: mayo de 2024

© 2023, Michael Nolan
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Gabriela Ellena Castellotti, por la traducción
[1] «Joe McDonnell», letra y música de Brian Warfield, Skin Music
[2] de Ciaran Carson, «Question Time», en *Belfast Confetti* (1989), reproducido con permiso de los herederos del autor y The Gallery Press (Loughcrew, Oldcastle, County Meath, Irlanda)
[3] *Guerra y guerra*, László Krasznahorkai, Acantilado, abril de 2009, traducido por Adan Kovacsics
[4] *La broma*, Tusquets Editores, 2012; traducción de Fernando de Valenzuela. © 1967, 1980, 1985, Milan Kundera. Todos los derechos reservados. Reproducido por cortesía de Tusquets Editores

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Toby Binder

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4322-4

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: LitRandomHouse
X: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Otra vez en casa
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Segunda parte
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Tercera parte
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Michael Magee

Créditos